Friedrich Nietzsche

Así habló Zaratustra

Un libro para todos y para nadie · primera, segunda y tercera partes

Escrito hacia 1883-1884.
Primera edición: Chemnitz, Ernst Schmeitzner, 1883 (primera y segunda partes) y 1884 (tercera parte).

Traducción del alemán de Anthony Cazares, con Claude, 2026.
https://anthonycazares.cafe/libros/nietzsche/asi-hablo-zaratustra/

Sobre esta edición

Soy Anthony Cazares. Estudio filosofía y hago el canal FilosofIA, donde estas obras también se leen en voz alta. Traduzco cada una desde el original, no desde otra traducción, con la ayuda de Claude, un modelo de inteligencia artificial de Anthropic: la IA propone y contrasta lecturas; yo reviso el texto, decido cada pasaje dudoso y respondo por el resultado. Para que nada dependa de creerme, cada libro publica su aparato: qué fuentes se compararon y qué se eligió en cada caso.

El original está en dominio público. Esta traducción es libre: puedes copiarla, adaptarla y compartirla, sin fines comerciales y citando la fuente (CC BY-NC 4.0).

Índice

Primera parte · Prólogo de Zaratustra

1 Prólogo de Zaratustra, 1
2 Prólogo de Zaratustra, 2
3 Prólogo de Zaratustra, 3
4 Prólogo de Zaratustra, 4
5 Prólogo de Zaratustra, 5
6 Prólogo de Zaratustra, 6
7 Prólogo de Zaratustra, 7
8 Prólogo de Zaratustra, 8
9 Prólogo de Zaratustra, 9
10 Prólogo de Zaratustra, 10

Primera parte · Los discursos de Zaratustra

1 De las tres transformaciones
2 De las cátedras de la virtud
3 De los trasmundanos
4 De los despreciadores del cuerpo
5 De las alegrías y las pasiones
6 Del pálido delincuente
7 Del leer y el escribir
8 Del árbol en la montaña
9 De los predicadores de la muerte
10 De la guerra y el pueblo guerrero
11 Del nuevo ídolo
12 De las moscas del mercado
13 De la castidad
14 Del amigo
15 De las mil y una metas
16 Del amor al prójimo
17 Del camino del creador

18 De las mujercitas viejas y jóvenes
19 De la mordedura de la víbora
20 Del hijo y el matrimonio
21 De la muerte libre
22 De la virtud que regala

Segunda parte

1 El niño del espejo
2 En las islas afortunadas
3 De los compasivos
4 De los sacerdotes
5 De los virtuosos
6 De la chusma
7 De las tarántulas
8 De los sabios famosos
9 La canción nocturna
10 La canción del baile
11 La canción del sepulcro
12 De la superación de sí mismo
13 De los sublimes
14 Del país de la cultura
15 Del conocimiento inmaculado
16 De los eruditos
17 De los poetas
18 De los grandes acontecimientos
19 El adivino
20 De la redención
21 De la prudencia con los hombres
22 La hora más silenciosa

Tercera parte

1 El caminante
2 De la visión y el enigma

3 De la bienaventuranza involuntaria
4 Antes de la salida del sol
5 De la virtud que empequeñece
6 En el monte de los Olivos
7 Del pasar de largo
8 De los apóstatas
9 El regreso a casa
10 De los tres males
11 Del espíritu de la pesadez
12 De las tablas viejas y nuevas
13 El convaleciente
14 Del gran anhelo
15 La otra canción del baile
16 Los siete sellos

Prólogo de Zaratustra, 1

Cuando Zaratustra tenía treinta años, dejó su tierra natal y el lago de su tierra natal y se fue a las montañas. Allí gozó de su espíritu y de su soledad, y durante diez años no se cansó de ello. Pero al fin su corazón se transformó, y una mañana se levantó con la aurora, se plantó ante el sol y le habló así:

«¡Gran astro! ¿Qué sería de tu felicidad, si no tuvieras a aquellos a quienes alumbras?

Diez años has subido hasta aquí, hasta mi cueva: te habrías hartado de tu luz y de este camino, de no ser por mí, por mi águila y mi serpiente.

Pero cada mañana te esperábamos, te quitábamos lo que te sobraba y te bendecíamos por ello.

¡Mira! Estoy harto de mi sabiduría, como la abeja que ha juntado demasiada miel; necesito manos que se tiendan.

Quisiera regalar y repartir, hasta que los sabios entre los hombres vuelvan a alegrarse de su locura, y los pobres de su riqueza.

Para eso tengo que bajar a lo hondo, como haces tú al anochecer, cuando te vas detrás del mar y llevas luz todavía al mundo de abajo, ¡tú, astro colmado de riqueza!

Igual que tú, tengo que *irme a mi ocaso*, como lo llaman los hombres, hacia quienes quiero bajar.

¡Bendíceme, pues, ojo sereno, que sin envidia puedes ver incluso una felicidad demasiado grande!

¡Bendice la copa que quiere desbordarse, para que el agua fluya de ella dorada y lleve a todas partes el reflejo de tu deleite!

¡Mira! Esta copa quiere volver a vaciarse, y Zaratustra quiere volver a ser hombre».

Así comenzó el ocaso de Zaratustra.

Notas

1. El título. En el texto se llama *Zarathustra's Vorrede*, el prólogo de Zaratustra; pero en el índice de la primera edición (p. 114) Nietzsche lo tituló «*Vom Übermenschen und vom letzten Menschen*», del superhombre y del último hombre. Ese título solo está en el impreso.

10. Los números. Las diez secciones están numeradas en el original. En esta edición cada una tiene su página, con su número.

Prólogo de Zaratustra, 2

Zaratustra bajó solo de las montañas y nadie le salió al encuentro. Pero cuando llegó a los bosques, de pronto tuvo delante a un anciano que había dejado su santa choza para buscar raíces en el bosque. Y el anciano le habló así a Zaratustra:

No me es extraño este caminante: hace muchos años pasó por aquí. Zaratustra se llamaba; pero se ha transformado.

Entonces llevabas tu ceniza a la montaña: ¿quieres hoy llevar tu fuego a los valles? ¿No temes el castigo del incendiario?

Sí, reconozco a Zaratustra. Limpio es su ojo, y en su boca no se esconde ningún asco. ¿No camina como un bailarín?

Transformado está Zaratustra, niño se ha vuelto Zaratustra, un despierto es Zaratustra: ¿qué quieres ahora entre los que duermen?

Como en el mar vivías en la soledad, y el mar te llevaba. Ay, ¿quieres bajar a tierra? Ay, ¿quieres volver a arrastrar tú mismo tu cuerpo?

Zaratustra respondió: «Amo a los hombres».

¿Por qué, dijo el santo, me fui yo al bosque y al desierto? ¿No fue porque amaba demasiado a los hombres?

Ahora amo a Dios: a los hombres no los amo. El hombre es para mí una cosa demasiado imperfecta. El amor al hombre me mataría.

Zaratustra respondió: «¡Qué dije yo de amor! Les llevo a los hombres un regalo».

No les des nada, dijo el santo. Mejor quítales algo y cárgalo con ellos: eso es lo que mejor les hará, ¡con tal de que a ti te haga bien!

Y si quieres darles algo, no les des más que una limosna, ¡y haz que todavía la mendiguen!

«No, respondió Zaratustra, yo no doy limosnas. No soy lo bastante pobre para eso».

El santo se rió de Zaratustra y habló así: ¡Entonces procura que acepten tus tesoros! Desconfían de los ermitaños y no creen que vengamos a regalar.

Nuestros pasos les suenan demasiado solitarios por las callejas. Y como cuando de noche, en sus camas, oyen caminar a un hombre mucho antes de que salga el sol, así se preguntan: ¿adónde irá el ladrón?

¡No vayas con los hombres, quédate en el bosque! ¡Mejor ve con los animales! ¿Por qué no quieres ser como yo: un oso entre osos, un pájaro entre pájaros?

«¿Y qué hace el santo en el bosque?», preguntó Zaratustra.

El santo respondió: Hago canciones y las canto, y cuando hago canciones río, lloro y rezongo: así alabo a Dios.

Cantando, llorando, riendo y rezongando alabo al Dios que es mi Dios. Pero ¿qué nos traes tú de regalo?

Cuando Zaratustra hubo oído estas palabras, saludó al santo y dijo: «¡Qué podría yo daros! ¡Pero dejadme ir pronto, no sea que os quite algo!». Y así se separaron el uno del otro, el anciano y el hombre, riendo como ríen dos muchachos.

Pero cuando Zaratustra estuvo solo, le habló así a su corazón: «¡Será posible! ¡Este viejo santo, en su bosque, todavía no ha oído nada de que *Dios ha muerto*!».

Notas

4. Dios ha muerto. «*Gott todt*», con la grafía de 1883 y con énfasis en el impreso. Nietzsche ya lo había escrito en La gaya ciencia (1882); aquí lo piensa Zaratustra ante el santo del bosque.

Prólogo de Zaratustra, 3

Cuando Zaratustra llegó a la ciudad más cercana, que está junto a los bosques, encontró allí mucho pueblo reunido en la plaza del mercado: porque se había anunciado que iba a verse a un funámbulo. Y Zaratustra le habló así al pueblo:

Yo os enseño el superhombre. El hombre es algo que debe ser superado. ¿Qué habéis hecho para superarlo?

Todos los seres, hasta ahora, crearon algo por encima de sí mismos: ¿y vosotros queréis ser el reflujo de esa gran marea, y preferís volver al animal antes que superar al hombre?

¿Qué es el mono para el hombre? Una carcajada, o una vergüenza dolorosa. Y eso mismo ha de ser el hombre para el superhombre: una carcajada, o una vergüenza dolorosa.

Habéis hecho el camino del gusano al hombre, y mucho en vosotros es todavía gusano. En otro tiempo fuisteis monos, y aún ahora el hombre es más mono que cualquier mono.

Y el más sabio de vosotros no es más que una discordia y un híbrido de planta y fantasma. Pero ¿os mando yo que os volváis fantasmas o plantas?

¡Mirad, yo os enseño el superhombre!

El superhombre es el sentido de la tierra. Que vuestra voluntad diga: ¡el superhombre *sea* el sentido de la tierra!

Os conjuro, hermanos míos: *¡permaneced fieles a la tierra!*, y no creáis a quienes os hablan de esperanzas de más allá de la tierra. Son envenenadores, lo sepan o no.

Son despreciadores de la vida, gente que se va apagando, envenenados ellos mismos, de los que la tierra está cansada: ¡que se vayan de una vez!

En otro tiempo el sacrilegio contra Dios era el mayor sacrilegio; pero Dios murió, y con él murieron también esos sacrílegos. Atentar contra la

tierra es ahora lo más terrible, ¡y tener en más las entrañas de lo inescrutable que el sentido de la tierra!

En otro tiempo el alma miraba al cuerpo con desprecio, y entonces ese desprecio era lo más alto: lo quería flaco, horrible, famélico. Así pensaba escapársele a él y a la tierra.

¡Oh, esa alma era ella misma todavía flaca, horrible y famélica, y la crueldad era la voluptuosidad de esa alma!

Pero también vosotros, hermanos míos, decidme: ¿qué anuncia vuestro cuerpo de vuestra alma? ¿No es vuestra alma pobreza y suciedad y un lastimoso bienestar?

En verdad, el hombre es un río sucio. Hay que ser un mar para poder recibir un río sucio sin volverse impuro.

Mirad, yo os enseño el superhombre: él es ese mar; en él puede hundirse vuestro gran desprecio.

¿Qué es lo más grande que podéis vivir? Es la hora del gran desprecio. La hora en que también vuestra felicidad se os vuelve asco, y lo mismo vuestra razón y vuestra virtud.

La hora en que decís: «¡Qué importa mi felicidad! Es pobreza y suciedad y un lastimoso bienestar. ¡Pero mi felicidad debería justificar la existencia misma!».

La hora en que decís: «¡Qué importa mi razón! ¿Ansía el saber como el león su alimento? ¡Es pobreza y suciedad y un lastimoso bienestar!».

La hora en que decís: «¡Qué importa mi virtud! Todavía no me ha hecho enloquecer. ¡Qué cansado estoy de mi bien y de mi mal! ¡Todo eso es pobreza y suciedad y un lastimoso bienestar!».

La hora en que decís: «¡Qué importa mi justicia! No veo que yo sea brasa y carbón. ¡Pero el justo es brasa y carbón!».

La hora en que decís: «¡Qué importa mi compasión! ¿No es la compasión la cruz en la que clavan al que ama a los hombres? Pero mi compasión no es una crucifixión».

¿Habéis hablado ya así? ¿Habéis gritado ya así? ¡Ay, si os hubiera oído gritar así!

No vuestro pecado: ¡vuestra moderación clama al cielo, vuestra mezquindad clama al cielo aun en vuestro pecado!

¿Dónde está el rayo que os lama con su lengua? ¿Dónde está la locura con que habría que vacunaros?

Mirad, yo os enseño el superhombre: ¡él es ese rayo, él es esa locura!

Cuando Zaratustra hubo hablado así, uno del pueblo gritó: «¡Ya hemos oído bastante del funámbulo; ahora dejadnos verlo también!». Y todo el pueblo se rió de Zaratustra. Pero el funámbulo, que creyó que aquellas palabras iban por él, se puso a su obra.

Notas

2. Superhombre. *Übermensch*. Nietzsche arma su vocabulario sobre *über*, «por encima de», «más allá de»: el superhombre es lo que el hombre tiene que llegar a ser por encima de sí. En español comparte raíz con «superar» (*überwinden*): «el hombre es algo que debe ser superado».

Prólogo de Zaratustra, 4

Pero Zaratustra miró al pueblo y se asombró. Luego habló así:

El hombre es una cuerda atada entre el animal y el superhombre: una cuerda sobre un abismo.

Un peligroso pasar al otro lado, un peligroso ir de camino, un peligroso mirar atrás, un peligroso estremecerse y quedarse parado.

Lo grande del hombre es que es un puente y no un fin: lo que puede amarse en el hombre es que es un *tránsito* y un *ocaso*.

Amo a los que no saben vivir si no es hundiéndose en su ocaso: porque son los que pasan al otro lado.

Amo a los grandes despreciadores, porque son los grandes veneradores, y flechas del anhelo hacia la otra orilla.

Amo a los que no buscan primero, detrás de las estrellas, una razón para hundirse en su ocaso y ser víctimas, sino que se sacrifican a la tierra, para que la tierra llegue un día a ser del superhombre.

Amo al que vive para conocer, y quiere conocer para que un día viva el superhombre. Y así quiere su ocaso.

Amo al que trabaja e inventa para construirle la casa al superhombre y prepararle la tierra, el animal y la planta: porque así quiere su ocaso.

Amo al que ama su virtud: porque la virtud es voluntad de ocaso y una flecha del anhelo.

Amo al que no se guarda para sí ni una gota de espíritu, sino que quiere ser por entero el espíritu de su virtud: así cruza el puente como espíritu.

Amo al que hace de su virtud su inclinación y su fatalidad: así, por su virtud, quiere seguir viviendo y no vivir más.

Amo al que no quiere tener demasiadas virtudes. Una virtud es más virtud que dos, porque es más nudo del que se cuelga la fatalidad.

Amo a aquel cuya alma se derrocha, que no quiere que le den las gracias ni devuelve nada: porque siempre regala y no quiere conservarse.

Amo al que se avergüenza cuando el dado cae a su favor, y entonces pregunta: ¿seré acaso un jugador tramposo?; porque quiere perecer.

Amo al que lanza palabras de oro por delante de sus actos y cumple siempre más de lo que promete: porque quiere su ocaso.

Amo al que justifica a los venideros y redime a los pasados: porque quiere perecer por los de ahora.

Amo al que castiga a su dios porque ama a su dios: porque tiene que perecer por la cólera de su dios.

Amo a aquel cuya alma es profunda aun en la herida, y que puede perecer por una pequeña vivencia: así cruza de buena gana el puente.

Amo a aquel cuya alma está tan llena que se olvida de sí mismo, y todas las cosas están en él: así todas las cosas se vuelven su ocaso.

Amo al que es de espíritu libre y de corazón libre: así su cabeza no es más que la entraña de su corazón, y su corazón lo empuja al ocaso.

Amo a todos los que son como gotas pesadas que caen una a una de la nube oscura suspendida sobre los hombres: anuncian que viene el rayo, y perecen como anunciadores.

Mirad, yo soy un anunciador del rayo y una gota pesada de la nube: pero ese rayo se llama superhombre.

Notas

3. Ocaso y tránsito. *Untergang*, *untergehen*: lo que hace el sol al ponerse, y también hundirse. «Así comenzó el ocaso de Zaratustra»: su bajada hacia los hombres es una puesta de sol. Y «el hombre es un tránsito y un ocaso»: *Übergang* y *Untergang* riman en el original.

Prólogo de Zaratustra, 5

Cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras, volvió a mirar al pueblo y calló. «Ahí están», le dijo a su corazón, «ahí se ríen: no me entienden, no soy la boca para estos oídos.

¿Habrá que romperles primero los oídos, para que aprendan a oír con los ojos? ¿Habrá que retumbar como timbales y predicadores de penitencia? ¿O solo le creen al que tartamudea?

Tienen algo de lo que están orgullosos. ¿Cómo llaman eso que los enorgullece? Cultura lo llaman: los distingue de los cabreros.

Por eso no les gusta oír de sí mismos la palabra "desprecio". Hablaré, pues, a su orgullo.

Les hablaré de lo más despreciable: y eso es *el último hombre*».

Y Zaratustra le habló así al pueblo:

Es hora de que el hombre se fije su meta. Es hora de que el hombre plante el germen de su más alta esperanza.

Todavía su suelo es bastante rico para ello. Pero ese suelo será un día pobre y manso, y ningún árbol alto podrá ya crecer de él.

¡Ay! ¡Llega el tiempo en que el hombre ya no lanzará la flecha de su anhelo más allá del hombre, y la cuerda de su arco habrá olvidado cómo vibrar!

Os digo: hay que tener todavía caos dentro de uno para poder dar a luz una estrella que baila. Os digo: vosotros tenéis todavía caos dentro.

¡Ay! Llega el tiempo en que el hombre ya no dará a luz ninguna estrella. ¡Ay! Llega el tiempo del hombre más despreciable, el que ya no puede despreciarse a sí mismo.

¡Mirad! Os muestro *el último hombre*.

«¿Qué es amor? ¿Qué es creación? ¿Qué es anhelo? ¿Qué es estrella?», así pregunta el último hombre, y parpadea.

La tierra se ha vuelto entonces pequeña, y sobre ella brinca el último hombre, que todo lo empequeñece. Su estirpe es inextinguible, como la pulga de tierra; el último hombre es el que más vive.

«Hemos inventado la felicidad», dicen los últimos hombres, y parpadean.

Han dejado las comarcas donde era duro vivir: porque se necesita calor. Todavía se ama al vecino y uno se frota contra él: porque se necesita calor.

Enfermarse y desconfiar les parece pecado: se anda con cuidado. ¡Tonto el que todavía tropieza con piedras o con hombres!

Un poco de veneno de vez en cuando: eso da sueños agradables. Y mucho veneno al final, para un morir agradable.

Todavía se trabaja, porque el trabajo es un entretenimiento. Pero se cuida uno de que el entretenimiento no canse.

Ya nadie se vuelve pobre ni rico: las dos cosas son demasiado molestas. ¿Quién quiere todavía gobernar? ¿Quién, obedecer? Las dos cosas son demasiado molestas.

¡Ningún pastor y un solo rebaño! Todos quieren lo mismo, todos son iguales: el que siente distinto se va por su propio pie al manicomio.

«Antes todo el mundo estaba loco», dicen los más finos, y parpadean.

Se es listo y se sabe todo lo que ha pasado: así nunca se acaba de burlarse. Todavía se riñe, pero uno se reconcilia pronto; si no, se estropea el estómago.

Se tiene su placercito para el día y su placercito para la noche: pero se honra la salud.

«Hemos inventado la felicidad», dicen los últimos hombres, y parpadean.

Y aquí terminó el primer discurso de Zaratustra, al que también llaman «el prólogo»: porque en este punto lo interrumpieron el griterío y el regocijo de la multitud. «¡Danos a ese último hombre, oh Zaratustra —

así gritaban—, haznos esos últimos hombres! ¡Y te regalamos el superhombre!». Y todo el pueblo exultaba y chasqueaba la lengua. Pero Zaratustra se entristeció y le dijo a su corazón:

No me entienden: no soy la boca para estos oídos.

Demasiado tiempo viví, sin duda, en las montañas, demasiado escuché a los arroyos y a los árboles: ahora les hablo como a los cabreros.

Inmóvil está mi alma, y clara como las montañas por la mañana. Pero ellos creen que soy frío, un burlón que hace bromas terribles.

Y ahora me miran y se ríen: y mientras se ríen, todavía me odian. Hay hielo en su risa.

Notas

5. El último hombre. *Der letzte Mensch*: el más despreciable, el que ya no puede despreciarse a sí mismo. «Hemos inventado la felicidad», dice, y parpadea.

7. Cultura. *Bildung*, la formación: lo que el pueblo cree que lo distingue de los cabreros.

Prólogo de Zaratustra, 6

Pero entonces sucedió algo que enmudeció todas las bocas y dejó fijos todos los ojos. Mientras tanto, en efecto, el funámbulo había empezado su obra: había salido por una puertecilla y caminaba sobre la cuerda, que estaba tendida entre dos torres, de modo que colgaba sobre la plaza y sobre el pueblo. Cuando estaba justo a la mitad de su camino, la puertecilla se abrió otra vez, y un tipo abigarrado, parecido a un bufón, saltó fuera y fue con pasos rápidos detrás del primero. «¡Adelante, cojo!, gritó su voz terrible, ¡adelante, perezoso, contrabandista, cara pálida! ¡Que no te haga cosquillas con mi talón! ¿Qué haces aquí entre las torres? En la torre es donde tendrías que estar, habría que encerrarte: ¡a uno mejor que tú le cierras el paso!». Y con cada palabra se le acercaba más y más: pero cuando ya solo estaba un paso detrás de él, sucedió lo espantoso, lo que enmudeció todas las bocas y dejó fijos todos los ojos: lanzó un alarido como un demonio y saltó por encima del que le estorbaba el camino. Y este, al ver así triunfar a su rival, perdió la cabeza y la cuerda; tiró su pértiga y se precipitó al vacío, más rápido que ella, como un remolino de brazos y piernas. La plaza y el pueblo parecían el mar cuando entra la tormenta: todos huían en desbandada, unos por encima de otros, sobre todo allí donde el cuerpo iba a caer.

Pero Zaratustra se quedó quieto, y justo a su lado cayó el cuerpo, maltrecho y roto, pero todavía no muerto. Al cabo de un rato el destrozado recobró el conocimiento y vio a Zaratustra arrodillado junto a él. «¿Qué haces ahí?, dijo al fin. Hace mucho que sabía que el diablo me iba a poner la zancadilla. Ahora me arrastra al infierno: ¿quieres impedírselo?».

«Por mi honor, amigo, respondió Zaratustra, nada de eso de que hablas existe: no hay diablo ni infierno. Tu alma estará muerta aún antes que tu cuerpo: ¡no temas ya nada!».

El hombre levantó la vista, desconfiado. «Si dices la verdad, dijo entonces, no pierdo nada al perder la vida. No soy mucho más que un

animal al que han enseñado a bailar a golpes y con bocados escasos».

«No es así, dijo Zaratustra: tú hiciste del peligro tu oficio, y en eso no hay nada que despreciar. Ahora pereces por tu oficio: por eso te enterraré con mis propias manos».

Cuando Zaratustra hubo dicho esto, el moribundo ya no respondió; pero movió la mano, como si buscara la mano de Zaratustra para darle las gracias.

Notas

6. Funámbulo y bufón. *Seiltänzer*, «el que baila en la cuerda»: el funámbulo. Y el *Possenreisser*, el bufón que salta por encima de él. «El hombre es una cuerda atada entre el animal y el superhombre.»

Prólogo de Zaratustra, 7

Mientras tanto llegó la tarde y la plaza se hundió en la oscuridad: entonces el pueblo se dispersó, porque hasta la curiosidad y el espanto se cansan. Pero Zaratustra seguía sentado en el suelo junto al muerto, sumido en sus pensamientos: así se olvidó del tiempo. Por fin se hizo de noche, y un viento frío sopló sobre el solitario. Entonces Zaratustra se levantó y le dijo a su corazón:

¡En verdad, bonita pesca ha hecho hoy Zaratustra! No pescó ningún hombre, pero sí un cadáver.

Inquietante es la existencia humana, y todavía sin sentido: un bufón puede volverse su fatalidad.

Quiero enseñar a los hombres el sentido de su ser: que es el superhombre, el rayo que sale de la oscura nube hombre.

Pero todavía estoy lejos de ellos, y mi sentido no habla a sus sentidos. Todavía soy para los hombres un punto medio entre un loco y un cadáver.

Oscura es la noche, oscuros son los caminos de Zaratustra. ¡Ven, compañero frío y rígido! Te llevo adonde te enterraré con mis manos.

Prólogo de Zaratustra, 8

Cuando Zaratustra hubo dicho esto a su corazón, se cargó el cadáver a la espalda y se puso en camino. Y no había andado aún cien pasos cuando un hombre se le acercó sigilosamente y le susurró al oído, y ¡mira!, el que hablaba era el bufón de la torre. «Vete de esta ciudad, oh Zaratustra, le dijo; aquí te odian demasiados. Te odian los buenos y justos, y te llaman su enemigo y despreciador; te odian los creyentes de la fe verdadera, y te llaman el peligro de la multitud. Tu suerte fue que se rieran de ti: y en verdad, hablabas como un bufón. Tu suerte fue que te juntaras con el perro muerto; al rebajarte así, te has salvado por hoy. Pero vete de esta ciudad, o mañana saltaré por encima de ti, un vivo por encima de un muerto». Y cuando hubo dicho esto, el hombre desapareció; pero Zaratustra siguió caminando por las callejas oscuras.

En la puerta de la ciudad le salieron al paso los sepultureros: le alumbraron la cara con la antorcha, reconocieron a Zaratustra y se burlaron mucho de él. «Zaratustra se lleva al perro muerto: ¡bravo, Zaratustra se ha hecho sepulturero! Porque nuestras manos son demasiado limpias para este asado. ¿Querrá Zaratustra robarle al diablo su bocado? ¡Pues adelante, y buen provecho! ¡Con tal de que el diablo no sea mejor ladrón que Zaratustra!: se roba a los dos, se come a los dos». Y se reían entre ellos y juntaban las cabezas.

Zaratustra no dijo palabra y siguió su camino. Cuando llevaba dos horas andando, junto a bosques y pantanos, había oído demasiado el aullido hambriento de los lobos, y a él mismo le entró hambre. Así que se detuvo ante una casa solitaria en la que ardía una luz.

El hambre me asalta, dijo Zaratustra, como un bandido. En bosques y pantanos me asalta mi hambre, y en plena noche.

Extraños caprichos tiene mi hambre. A menudo no me viene sino después de comer, y hoy no me vino en todo el día: ¿dónde se habrá metido?

Y con esto Zaratustra llamó a la puerta de la casa. Apareció un viejo; llevaba la luz y preguntó: «¿Quién viene a mí y a mi mal dormir?».

«Un vivo y un muerto, dijo Zaratustra. Dadme de comer y de beber; se me olvidó durante el día. El que da de comer al hambriento reconforta su propia alma: así habla la sabiduría».

El viejo se fue, pero volvió enseguida y le ofreció a Zaratustra pan y vino. «Mala comarca es esta para los que tienen hambre, dijo; por eso vivo aquí. Animales y hombres vienen a mí, el ermitaño. Pero dile también a tu compañero que coma y beba; está más cansado que tú». Zaratustra respondió: «Muerto está mi compañero; difícilmente lo convenceré». «Eso no me importa, dijo el viejo, malhumorado; el que llama a mi casa tiene que tomar también lo que le ofrezco. ¡Comed y que os vaya bien!».

Después Zaratustra caminó otras dos horas, confiando en el camino y en la luz de las estrellas: porque estaba acostumbrado a andar de noche y le gustaba mirar a la cara a todo lo que duerme. Pero cuando despuntó la mañana, Zaratustra se encontró en un bosque profundo, y ya no se veía ningún camino. Entonces puso al muerto en un árbol hueco, a su cabecera, porque quería protegerlo de los lobos, y se tendió él mismo en el suelo, sobre el musgo. Y enseguida se durmió, cansado el cuerpo, pero con el alma inmóvil.

Prólogo de Zaratustra, 9

Mucho tiempo durmió Zaratustra, y no solo la aurora pasó sobre su rostro, sino también la mañana. Pero al fin se abrió su ojo: asombrado miró Zaratustra al bosque y al silencio, asombrado miró dentro de sí. Luego se levantó de un salto, como un navegante que de pronto ve tierra, y dio un grito de júbilo: porque veía una verdad nueva. Y entonces le habló así a su corazón:

Se me ha encendido una luz: necesito compañeros, y vivos; no compañeros muertos y cadáveres que llevo conmigo adonde quiero.

Necesito compañeros vivos, que me sigan porque quieren seguirse a sí mismos, y adonde yo quiero.

Se me ha encendido una luz: ¡que Zaratustra no le hable al pueblo, sino a compañeros! ¡Zaratustra no ha de volverse pastor y perro de un rebaño!

Sacar a muchos del rebaño: para eso vine. Que se enfaden conmigo el pueblo y el rebaño: Zaratustra quiere que los pastores lo llamen ladrón.

Pastores digo, pero ellos se llaman a sí mismos los buenos y justos. Pastores digo: pero ellos se llaman los creyentes de la fe verdadera.

¡Mira a los buenos y justos! ¿A quién odian más? Al que rompe sus tablas de valores, al que rompe, al infractor: pero ese es el creador.

¡Mira a los creyentes de todas las fes! ¿A quién odian más? Al que rompe sus tablas de valores, al que rompe, al infractor: pero ese es el creador.

Compañeros busca el creador, y no cadáveres, ni tampoco rebaños y creyentes. A los que crean con él busca el creador, a los que escriben valores nuevos en tablas nuevas.

Compañeros busca el creador, y quienes cosechen con él: porque en él todo está maduro para la cosecha. Pero le faltan las cien hoces: así que arranca espigas con la mano, y se irrita.

Compañeros busca el creador, y de los que saben afilar sus hoces. Los llamarán destructores y despreciadores del bien y del mal. Pero son los que cosechan y los que celebran.

Compañeros de creación busca Zaratustra, compañeros de cosecha y de fiesta busca Zaratustra: ¡qué tiene él que hacer con rebaños y pastores y cadáveres!

Y tú, mi primer compañero, ¡que te vaya bien! Bien te enterré en tu árbol hueco, bien te escondí de los lobos.

Pero me separo de ti; se ha cumplido el tiempo. Entre aurora y aurora me llegó una verdad nueva.

No he de ser pastor, ni sepulturero. Ni siquiera quiero volver a hablar con el pueblo; por última vez le he hablado a un muerto.

A los que crean, a los que cosechan, a los que celebran quiero unirme: quiero mostrarles el arcoíris y todas las escaleras del superhombre.

A los ermitaños les cantaré mi canción, y a los ermitaños de a dos; y a quien tenga todavía oídos para lo inaudito, a ese quiero apesadumbrarle el corazón con mi felicidad.

Hacia mi meta quiero ir, sigo mi paso; por encima de los que vacilan y de los rezagados saltaré. ¡Que mi paso sea así su ocaso!

Notas

8. El que rompe, el infractor. En la sección 9 Nietzsche junta *Brecher*, el que rompe las tablas de valores, y *Verbrecher*, el delincuente: para los buenos y justos, el creador es las dos cosas.

9. Ermitaños de a dos. *Zweisiedler*: palabra inventada por Nietzsche sobre *Einsiedler*, ermitaño.

Prólogo de Zaratustra, 10

Esto le había dicho Zaratustra a su corazón cuando el sol estaba en el mediodía: entonces miró hacia lo alto, interrogante, porque oía sobre sí el grito agudo de un pájaro. Y ¡mira!: un águila trazaba amplios círculos en el aire, y de ella colgaba una serpiente, no como una presa, sino como una amiga: porque se le enroscaba al cuello.

«¡Son mis animales!», dijo Zaratustra, y se alegró de corazón.

«El animal más orgulloso bajo el sol y el animal más astuto bajo el sol: han salido a explorar.

Quieren averiguar si Zaratustra vive todavía. En verdad, ¿vivo todavía?

Más peligroso lo encontré entre los hombres que entre los animales; caminos peligrosos anda Zaratustra. ¡Que mis animales me guíen!».

Cuando Zaratustra hubo dicho esto, se acordó de las palabras del santo en el bosque, suspiró y le habló así a su corazón:

¡Ojalá fuera más astuto! ¡Ojalá fuera astuto de raíz, como mi serpiente!

Pero pido lo imposible: así que le pido a mi orgullo que vaya siempre con mi astucia.

Y si un día mi astucia me abandona —¡ay, le gusta echarse a volar!—, ¡que mi orgullo vuele entonces con mi locura!

Así comenzó el ocaso de Zaratustra.

De las tres transformaciones

Tres transformaciones del espíritu os nombro: cómo el espíritu se vuelve camello, y el camello león, y el león, por último, niño.

Hay muchas cosas pesadas para el espíritu, para el espíritu fuerte y hecho a cargar, en el que habita la veneración: lo pesado y lo más pesado es lo que pide su fuerza.

¿Qué es pesado?, así pregunta el espíritu hecho a cargar, y se arrodilla, igual que el camello, y quiere que lo carguen bien.

¿Qué es lo más pesado, oh héroes?, así pregunta el espíritu hecho a cargar, para que yo lo tome sobre mí y me alegre de mi fuerza.

¿No es esto: humillarse para herir la propia soberbia? ¿Dejar brillar la propia locura para burlarse de la propia sabiduría?

¿O es esto: apartarse de nuestra causa cuando celebra su victoria? ¿Subir a altas montañas para tentar al tentador?

¿O es esto: alimentarse de bellotas y de la hierba del conocimiento, y por amor a la verdad padecer hambre en el alma?

¿O es esto: estar enfermo y mandar a casa a los que consuelan, y hacerse amigo de sordos que nunca oyen lo que quieres?

¿O es esto: meterse en agua sucia si es el agua de la verdad, y no apartar de sí ranas frías ni sapos calientes?

¿O es esto: amar a los que nos desprecian, y tenderle la mano al fantasma cuando quiere asustarnos?

Todo esto, lo más pesado, lo toma sobre sí el espíritu hecho a cargar: igual que el camello que, cargado, se apresura hacia el desierto, así se apresura él hacia su desierto.

Pero en el más solitario de los desiertos ocurre la segunda transformación: aquí el espíritu se vuelve león; quiere apresar su libertad y ser señor en su propio desierto.

Aquí busca a su último señor: quiere volverse enemigo suyo y de su último dios; quiere luchar por la victoria con el gran dragón.

¿Cuál es el gran dragón al que el espíritu ya no quiere llamar señor y dios? «Tú debes» se llama el gran dragón. Pero el espíritu del león dice «yo quiero».

«Tú debes» le sale al paso, centelleando de oro, un animal de escamas, y en cada escama brilla en oro: «¡Tú debes!».

Valores milenarios brillan en esas escamas, y así habla el más poderoso de todos los dragones: «Todo el valor de las cosas brilla en mí».

«Todo valor ha sido ya creado, y todo valor creado soy yo. ¡En verdad, ya no ha de haber ningún "yo quiero"!». Así habla el dragón.

Hermanos míos, ¿para qué hace falta el león en el espíritu? ¿Por qué no basta el animal de carga, que renuncia y venera?

Crear valores nuevos: eso tampoco lo puede todavía el león; pero crearse libertad para un nuevo crear: eso lo puede el poder del león.

Crearse libertad y un santo no aun frente al deber: para eso, hermanos míos, hace falta el león.

Tomarse el derecho a valores nuevos: ese es el tomar más terrible para un espíritu hecho a cargar y venerador. En verdad, para él es una rapiña, y cosa de un animal de presa.

En otro tiempo amó como lo más sagrado el «Tú debes»: ahora tiene que encontrar ilusión y capricho incluso en lo más sagrado, para arrebatarle a su amor la libertad: para esa rapiña hace falta el león.

Pero decid, hermanos míos, ¿qué puede todavía el niño, que ni el león pudo? ¿Por qué el león rapaz tiene que volverse todavía niño?

Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que gira por sí sola, un primer movimiento, un santo decir sí.

Sí, para el juego del crear, hermanos míos, hace falta un santo decir sí: *su* voluntad quiere ahora el espíritu, *su* mundo se gana el que estaba perdido para el mundo.

Tres transformaciones del espíritu os he nombrado: cómo el espíritu se volvió camello, y el camello león, y el león, por último, niño.

Así habló Zaratustra. Y entonces se hallaba en la ciudad que se llama la Vaca Pinta.

Notas

1. Transformación. *Verwandlung*: la misma palabra del prólogo, cuando el corazón de Zaratustra «se transforma» y el santo lo ve «transformado». La mantenemos igual en toda la obra para que se oiga el eco.

2. El espíritu «hecho a cargar». Nietzsche escribe tragsam, una palabra casi inventada sobre *tragen*, cargar: el que aguanta peso. La decimos con una perífrasis porque «sufrido» se queda corto.

3. «Tú debes» y «yo quiero». *Du-sollst* e *Ich will*. «*Du sollst*» es la forma de los mandamientos en la Biblia de Lutero: «No matarás» es, literalmente, «tú no debes matar». El dragón es la moral recibida, y brilla en cada escama.

4. Un santo decir sí. *Ja-sagen*: Nietzsche lo convierte en sustantivo, casi en una virtud. Es la respuesta al «santo no» del león, que dice no incluso al deber.

5. Una rueda que gira por sí sola. *Ein aus sich rollendes Rad*: el comienzo que no necesita que lo empujen. La imagen vuelve en «Del camino del creador» y en «Del hijo y el matrimonio».

6. La Vaca Pinta. *Die bunte Kuh*, la ciudad donde predica Zaratustra en esta primera parte. *Bunt* es «de muchos colores»; en español, una vaca con manchas es «pinta».

7. Un énfasis que casi se pierde. En «su voluntad quiere ahora el espíritu, su mundo se gana el que estaba perdido para el mundo», el impreso espacia las letras de los dos «su»: es su manera de subrayar. La transcripción digital del Deutsches Textarchiv marca solo el primero; el facsímil de la página 32 confirma los dos.

De las cátedras de la virtud

A Zaratustra le alabaron a un sabio que sabía hablar bien del sueño y de la virtud: decían que por eso lo honraban y le pagaban mucho, y que todos los jóvenes se sentaban ante su cátedra. Zaratustra fue a verlo, y se sentó con todos los jóvenes ante su cátedra. Y el sabio habló así:

¡Honor y pudor ante el sueño! ¡Eso es lo primero! ¡Y apartarse del camino de todos los que duermen mal y velan de noche!

Hasta el ladrón es pudoroso ante el sueño: siempre se escabulle en silencio a través de la noche. Pero desvergonzado es el sereno, desvergonzado lleva su cuerno.

No es arte menor dormir: hace falta estar despierto todo el día pensando en ello.

Diez veces al día tienes que superarte a ti mismo: eso da un buen cansancio y es adormidera para el alma.

Diez veces tienes que volver a reconciliarte contigo mismo: porque la superación es amargura, y duerme mal el que no se ha reconciliado.

Diez verdades tienes que encontrar al día: si no, de noche sigues buscando la verdad, y tu alma se queda con hambre.

Diez veces al día tienes que reír y estar alegre: si no, te molesta de noche el estómago, ese padre de la tristeza.

Pocos lo saben, pero hay que tener todas las virtudes para dormir bien. ¿Diré falso testimonio? ¿Cometeré adulterio?

¿Codiciaré la criada de mi prójimo? Todo eso se llevaría mal con el buen dormir.

Y aun teniendo todas las virtudes, hay que entender todavía de una cosa: mandar a dormir a tiempo a las virtudes mismas.

¡Que no riñan entre ellas, esas mujercitas tan formales! ¡Y por tu causa, desdichado!

Paz con Dios y con el vecino: así lo quiere el buen dormir. ¡Y paz también con el diablo del vecino! Si no, te ronda de noche.

¡Honor y obediencia a la autoridad, y también a la autoridad torcida! Así lo quiere el buen dormir. ¿Qué culpa tengo yo de que al poder le guste andar con las piernas torcidas?

Para mí siempre será el mejor pastor el que lleva su oveja al prado más verde: así se lleva bien con el buen dormir.

Muchos honores no quiero, ni grandes tesoros: eso inflama el bazo. Pero se duerme mal sin un buen nombre y un pequeño tesoro.

Una compañía pequeña me es más grata que una mala: pero tiene que irse y venir a su hora. Así se lleva bien con el buen dormir.

Me gustan mucho también los pobres de espíritu: favorecen el sueño. Bienaventurados son, sobre todo si se les da siempre la razón.

Así transcurre el día del virtuoso. Y cuando llega la noche, ¡me guardo muy bien de llamar al sueño! ¡No quiere que lo llamen, el sueño, que es el señor de las virtudes!

Sino que pienso en lo que hice y pensé durante el día. Rumiando me pregunto, paciente como una vaca: ¿cuáles fueron tus diez superaciones?

¿Y cuáles fueron las diez reconciliaciones, y las diez verdades, y las diez carcajadas con que se regaló mi corazón?

Sopesando cosas así y mecido por cuarenta pensamientos, me asalta de pronto el sueño, el no llamado, el señor de las virtudes.

El sueño me llama al ojo: y se me pone pesado. El sueño me toca la boca: y se me queda abierta.

En verdad, viene a mí con suelas blandas, el más querido de los ladrones, y me roba mis pensamientos: me quedo ahí de pie, tonto como esta cátedra.

Pero ya no me quedo de pie mucho tiempo: ya estoy acostado.

Cuando Zaratustra oyó hablar así al sabio, se rió para sus adentros: porque se le había encendido una luz. Y le habló así a su corazón:

Un loco me parece este sabio con sus cuarenta pensamientos: pero creo que entiende bien de dormir.

¡Dichoso ya el que vive cerca de este sabio! Un sueño así se contagia, se contagia aun a través de una pared gruesa.

Hasta en su cátedra habita un hechizo. Y no en vano se sentaban los jóvenes ante el predicador de la virtud.

Su sabiduría dice: velar para dormir bien. Y en verdad, si la vida no tuviera sentido y yo tuviera que elegir un sinsentido, también para mí sería este el sinsentido más digno de elegirse.

Ahora entiendo claramente lo que se buscaba ante todo, en otro tiempo, cuando se buscaban maestros de virtud. ¡Se buscaba un buen dormir, y virtudes de adormidera para acompañarlo!

Para todos esos alabados sabios de las cátedras, la sabiduría era dormir sin soñar: no conocían mejor sentido de la vida.

Todavía hoy hay sin duda algunos como este predicador de la virtud, y no siempre tan honrados: pero su tiempo ha pasado. Y ya no se quedan de pie mucho tiempo: ya están acostados.

Bienaventurados estos somnolientos: porque pronto se quedarán dormidos.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Cátedra. *Lehrstuhl*, literalmente «silla de enseñar»: la cátedra universitaria, la del profesor de moral al que todos los jóvenes se sientan a escuchar.

2. Los mandamientos como preguntas de insomne. «¿Diré falso testimonio? ¿Cometeré adulterio? ¿Codiciaré la criada de mi prójimo?» son el octavo, el sexto y el décimo mandamientos, con palabras de la Biblia de Lutero (Éxodo 20). En boca del sabio no se peca porque pecar quita el sueño.

3. Bienaventurados. «Bienaventurados son…» y el cierre, «Bienaventurados estos somnolientos: porque pronto se quedarán dormidos», imitan las bienaventuranzas del Sermón de la Montaña. Los «pobres de espíritu» aparecen tal cual.

4. Adormidera. *Mohn*: la amapola del opio. «Virtudes de adormidera» (*mohnblumige Tugenden*) son virtudes que adormecen.

5. El sereno y su cuerno. *Der Wächter der Nacht*: el vigilante nocturno que recorría las calles y daba las horas tocando un cuerno. En español, el sereno.

6. «Esas mujercitas tan formales.» Son las virtudes: el sabio las trata como a unas señoritas bien educadas que no deben reñir entre ellas. *Artige Weiblein*; conservamos el diminutivo burlón.

7. Superar. «Diez veces al día tienes que superarte a ti mismo»: es *überwinden*, el verbo del prólogo, «el hombre es algo que debe ser superado», el mismo que da «superhombre». En boca del sabio queda rebajado a gimnasia para dormir.

8. Dormir sin soñar. En español «sueño» es a la vez dormir y soñar; el alemán distingue *Schlaf* y *Traum*. Por eso traducimos: «la sabiduría era dormir sin soñar».

De los trasmundanos

En otro tiempo también Zaratustra lanzó su ilusión más allá del hombre, como todos los trasmundanos. Obra de un dios doliente y atormentado me parecía entonces el mundo.

Sueño me parecía entonces el mundo, y poema de un dios; humo de colores ante los ojos de un divino descontento.

Bien y mal, y placer y dolor, y yo y tú: humo de colores me parecía ante unos ojos creadores. El creador quería apartar la vista de sí mismo, y entonces creó el mundo.

Placer ebrio es para el que sufre apartar la vista de su sufrimiento y perderse. Placer ebrio y perderse a sí mismo me pareció en otro tiempo el mundo.

Este mundo, el eternamente imperfecto, imagen de una eterna contradicción, e imagen imperfecta: un placer ebrio para su creador imperfecto: así me pareció en otro tiempo el mundo.

Así lancé también yo en otro tiempo mi ilusión más allá del hombre, como todos los trasmundanos. ¿Más allá del hombre, de verdad?

¡Ay, hermanos, ese dios que yo creé era obra y locura de hombre, como todos los dioses!

Hombre era, y solo un pobre pedazo de hombre y de yo: de mi propia ceniza y de mi propia brasa me vino ese fantasma, ¡y en verdad no me vino del más allá!

¿Qué pasó, hermanos míos? Me superé a mí, al que sufría; llevé mi propia ceniza a la montaña, me inventé una llama más clara. ¡Y mira! ¡Entonces el fantasma se *apartó* de mí!

Sufrimiento sería ahora para mí, y tormento para el convaleciente, creer en tales fantasmas: sufrimiento sería ahora para mí, y humillación. Así hablo a los trasmundanos.

Sufrimiento fue, e impotencia, lo que creó todos los trasmundos; y esa breve locura de felicidad que solo conoce el que más sufre.

El cansancio que quiere llegar a lo último de un solo salto, de un salto mortal, un pobre cansancio ignorante que ya ni siquiera quiere querer: ese creó todos los dioses y trasmundos.

¡Creedme, hermanos míos! Fue el cuerpo el que desesperó del cuerpo: el que palpaba con los dedos del espíritu engañado las últimas paredes.

¡Creedme, hermanos míos! Fue el cuerpo el que desesperó de la tierra: el que oyó que el vientre del ser le hablaba.

Y entonces quiso atravesar con la cabeza las últimas paredes, y no solo con la cabeza: pasar al otro lado, a «aquel mundo».

Pero «aquel mundo» está bien escondido del hombre, ese mundo deshumanizado e inhumano que es una nada celestial; y el vientre del ser no le habla en absoluto al hombre, si no es como hombre.

En verdad, todo ser es difícil de demostrar y difícil de hacer hablar. Decidme, hermanos, ¿no es la más extraña de todas las cosas la que mejor demostrada está todavía?

Sí, este yo, y la contradicción y el embrollo del yo, es lo que habla todavía con más honestidad de su ser: este yo que crea, que quiere, que valora, y que es la medida y el valor de las cosas.

Y este ser, el más honesto, el yo, habla del cuerpo, y quiere todavía el cuerpo, aun cuando poetiza y se exalta y aletea con las alas rotas.

Cada vez con más honestidad aprende a hablar el yo: y cuanto más aprende, más palabras y honores encuentra para el cuerpo y la tierra.

Un orgullo nuevo me enseñó mi yo, y yo se lo enseño a los hombres: no meter ya la cabeza en la arena de las cosas celestiales, sino llevarla libremente, ¡una cabeza de tierra, que crea el sentido de la tierra!

Una voluntad nueva enseño a los hombres: querer este camino que el hombre ha recorrido a ciegas, y llamarlo bueno, y no escabullirse ya de él, como los enfermos y los que se van apagando.

Enfermos y gente que se iba apagando fueron los que despreciaron el cuerpo y la tierra, e inventaron lo celestial y las gotas de sangre redentoras: ¡pero hasta esos venenos dulces y sombríos los tomaron del cuerpo y de la tierra!

Querían escapar de su miseria, y las estrellas les quedaban demasiado lejos. Entonces suspiraron: «¡Oh, si hubiera caminos celestiales para colarse en otro ser y en otra felicidad!». Y entonces se inventaron sus tretas y sus brebajes de sangre.

Se creían ahora arrebatados de su cuerpo y de esta tierra, esos ingratos. Pero ¿a quién le debían el espasmo y el deleite de su arrebato? A su cuerpo y a esta tierra.

Zaratustra es indulgente con los enfermos. En verdad, no se enfada con sus maneras de consolarse y de ser ingratos. ¡Que se vuelvan convalecientes y superadores, y se creen un cuerpo más alto!

Tampoco se enfada Zaratustra con el convaleciente cuando mira con ternura su ilusión y ronda a medianoche la tumba de su dios: pero enfermedad y cuerpo enfermo siguen siendo para mí también sus lágrimas.

Mucha gente enfermiza hubo siempre entre los que poetizan y tienen ansia de Dios; odian con furia al que conoce, y a la más joven de las virtudes, que se llama honestidad.

Siempre miran hacia atrás, hacia tiempos oscuros: entonces, desde luego, la ilusión y la fe eran otra cosa; el delirio de la razón era semejanza con Dios, y la duda, pecado.

Demasiado bien conozco a estos semejantes a Dios: quieren que se crea en ellos y que la duda sea pecado. Demasiado bien sé también en qué creen ellos mismos más que en nada.

En verdad no en trasmundos ni en gotas de sangre redentoras: también ellos creen, más que en nada, en el cuerpo, y su propio cuerpo es para ellos su cosa en sí.

Pero es para ellos una cosa enfermiza, y con gusto saldrían de su piel. Por eso escuchan a los predicadores de la muerte, y predican ellos mismos trasmundos.

Escuchad mejor, hermanos míos, la voz del cuerpo sano: es una voz más honesta y más pura.

Con más honestidad y más pureza habla el cuerpo sano, el perfecto y hecho a escuadra: y habla del sentido de la tierra.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Trasmundanos. *Hinterweltler*: palabra inventada por Nietzsche. *Hinterwelt* es «el mundo de detrás», el más allá; y la palabra suena a *Hinterwäldler*, el palurdo que vive monte adentro. Los trasmundanos creen en otro mundo y son, a la vez, unos provincianos del espíritu.

2. La cosa en sí. «Su propio cuerpo es para ellos su cosa en sí» (*Ding an sich*): el término de Kant para la realidad tal como es, detrás de las apariencias. Nietzsche lo aplica, con sorna, al cuerpo.

3. Un salto mortal. *Todessprung*: el salto a la muerte y, en el circo, el salto mortal. Es el cansancio que quiere llegar a lo último de un golpe.

4. Las gotas de sangre redentoras. Alusión a la sangre de Cristo y a la redención. Nietzsche dice que hasta esos venenos dulces los tomaron del cuerpo y de la tierra.

5. Honestidad. *Redlichkeit*, «la más joven de las virtudes»: la probidad intelectual, no engañarse a uno mismo. Es una palabra clave de Nietzsche.

6. Superar. «Me superé a mí, al que sufría»: *überwinden*, el verbo del prólogo, el mismo que da «superhombre».

7. Cuerpo. Nietzsche escribe *Leib*, el cuerpo vivido, el que uno es; no *Körper*, el cuerpo como objeto. En español las dos son «cuerpo».

8. Hecho a escuadra. *Rechtwinklig*, «en ángulo recto»: bien plantado, derecho, sin torceduras. Vuelve en «Del hijo y el matrimonio».

9. Una palabra con énfasis. «El fantasma se apartó de mí»: el impreso espacia las letras de *wich*, «se apartó». Por eso va en cursiva en nuestra versión escrita.

10. Los predicadores de la muerte. Aparecen aquí de pasada; tienen su propio discurso, el noveno.

De los despreciadores del cuerpo

A los despreciadores del cuerpo quiero decirles mi palabra. No quiero que aprendan ni enseñen de otro modo, sino solo que le digan adiós a su propio cuerpo, y así se queden mudos.

«Cuerpo soy y alma», así habla el niño. ¿Y por qué no habría de hablarse como los niños?

Pero el despierto, el que sabe, dice: cuerpo soy de arriba abajo, y nada más; y alma es solo una palabra para algo del cuerpo.

El cuerpo es una gran razón, una multiplicidad con un solo sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor.

Herramienta de tu cuerpo es también tu pequeña razón, hermano mío, esa que llamas «espíritu»: una pequeña herramienta y un juguete de tu gran razón.

«Yo», dices, y estás orgulloso de esa palabra. Pero lo más grande, en lo que no quieres creer, es tu cuerpo y su gran razón: esa no dice yo, pero hace yo.

Lo que siente el sentido, lo que conoce el espíritu, nunca tiene su fin en sí mismo. Pero el sentido y el espíritu quisieran convencerte de que son el fin de todas las cosas: así de vanidosos son.

Herramientas y juguetes son el sentido y el espíritu: detrás de ellos está todavía el sí-mismo. El sí-mismo busca también con los ojos de los sentidos, escucha también con los oídos del espíritu.

Siempre escucha y busca el sí-mismo: compara, somete, conquista, destruye. Domina, y es también el dominador del yo.

Detrás de tus pensamientos y sentimientos, hermano mío, hay un soberano poderoso, un sabio desconocido: se llama sí-mismo. En tu cuerpo habita, tu cuerpo es él.

Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría. ¿Y quién sabe para qué necesita tu cuerpo precisamente tu mejor sabiduría?

Tu sí-mismo se ríe de tu yo y de sus saltos orgullosos. «¿Qué son para mí esos saltos y vuelos del pensamiento?, se dice. Un rodeo hacia mi fin. Yo soy los andadores del yo y el apuntador de sus conceptos».

El sí-mismo le dice al yo: «¡Aquí siente dolor!». Y entonces el yo sufre y piensa en cómo dejar de sufrir: y para eso justamente *debe* pensar.

El sí-mismo le dice al yo: «¡Aquí siente placer!». Y entonces se alegra y piensa en cómo alegrarse todavía muchas veces: y para eso justamente *debe* pensar.

A los despreciadores del cuerpo quiero decirles una palabra. Que desprecien, eso lo hace su aprecio. ¿Qué es lo que creó el apreciar y el despreciar, y el valor y la voluntad?

El sí-mismo creador se creó el apreciar y el despreciar, se creó el placer y el dolor. El cuerpo creador se creó el espíritu como una mano de su voluntad.

Aun en vuestra locura y en vuestro desprecio, despreciadores del cuerpo, servís a vuestro sí-mismo. Os lo digo: vuestro propio sí-mismo quiere morir, y se aparta de la vida.

Ya no es capaz de lo que más quiere: crear por encima de sí. Eso es lo que más quiere, ese es todo su fervor.

Pero ahora se le ha hecho tarde para eso: así que vuestro sí-mismo quiere hundirse, despreciadores del cuerpo.

Hundirse quiere vuestro sí-mismo, ¡y por eso os volvisteis despreciadores del cuerpo! Porque ya no sois capaces de crear por encima de vosotros.

Y por eso ahora estáis enfadados con la vida y con la tierra. Hay una envidia que no sabéis en la mirada torcida de vuestro desprecio.

¡No sigo vuestro camino, despreciadores del cuerpo! ¡No sois para mí puentes hacia el superhombre!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Cuerpo. *Leib*, el cuerpo vivido, el que uno es; no *Körper*, el cuerpo como objeto. El español no tiene dos palabras: todo el discurso depende de que se lea *Leib*.

2. El sí-mismo. *Das Selbst*: lo que está detrás del yo (*das Ich*), «un soberano poderoso, un sabio desconocido». Lo escribimos con guion, «el sí-mismo», para que se lea como sustantivo.

3. La gran razón y la pequeña. Nietzsche llama «gran razón» al cuerpo y «pequeña razón» a lo que solemos llamar espíritu: una herramienta y un juguete del cuerpo.

4. Andadores y apuntador. *Gängelband* son los andadores, las correas con que se sostiene a un niño que aprende a caminar; *Einbläser* es el apuntador del teatro, el que le sopla el texto al actor. Así se ve el sí-mismo frente al yo.

5. Apreciar y despreciar. *Achten* y *Verachten*: en alemán, como en español, una palabra lleva a la otra dentro. «Que desprecien, eso lo hace su aprecio.»

6. Dos énfasis del impreso. «Y para eso justamente debe pensar», dos veces: el impreso espacia las letras de *soll*, «debe». Lo comprobamos en el facsímil de la página 43, porque la transcripción digital no lo marca.

7. Hundirse. *Untergehen*: «vuestro sí-mismo quiere hundirse». Es el verbo del prólogo, el del sol que se pone, el del ocaso de Zaratustra; aquí sin gloria ninguna.

8. Puentes hacia el superhombre. *Übermensch*: el ser que el hombre tiene que llegar a ser, por encima de sí. «Superhombre» comparte raíz con «superar», que es el verbo que usa Nietzsche para el hombre: algo que debe ser superado.

De las alegrías y las pasiones

Hermano mío, si tienes una virtud, y es tu virtud, no la tienes en común con nadie.

Claro que quieres llamarla por su nombre y acariciarla; quieres tirarle de la oreja y pasar el rato con ella.

¡Y mira! ¡Ahora tienes su nombre en común con el pueblo, y te has vuelto pueblo y rebaño con tu virtud!

Mejor harías en decir: «Indecible es, y sin nombre, lo que hace el tormento y la dulzura de mi alma, y es además el hambre de mis entrañas».

Que tu virtud sea demasiado alta para la confianza de los nombres: y si tienes que hablar de ella, no te avergüences de balbucear.

Habla así, y balbucea: «Este es *mi* bien, esto es lo que amo, así me gusta del todo, solo así quiero yo el bien.

No lo quiero como ley de un dios, no lo quiero como estatuto y necesidad de los hombres: que no sea para mí un indicador de caminos hacia sobre-tierras y paraísos.

Es una virtud terrenal la que amo: hay poca astucia en ella, y menos que nada la razón de todos.

Pero este pájaro se hizo el nido en mi casa: por eso lo amo y lo estrecho contra mi corazón; ahora está conmigo, empollando sus huevos de oro».

Así has de balbucear, y alabar tu virtud.

En otro tiempo tenías pasiones y las llamabas malas. Pero ahora ya solo tienes tus virtudes: crecieron de tus pasiones.

Le pusiste tu meta más alta en el corazón a esas pasiones: entonces se volvieron tus virtudes y tus pasiones alegres.

Y aunque fueras de la estirpe de los iracundos, o de la de los voluptuosos, o de los furiosos de la fe, o de los vengativos:

al final todas tus pasiones se volvieron virtudes, y todos tus demonios, ángeles.

En otro tiempo tenías perros salvajes en tu sótano: pero al final se transformaron en pájaros y en cantoras encantadoras.

Con tus venenos te preparaste tu bálsamo; ordeñaste a tu vaca Tristeza, y ahora bebes la leche dulce de su ubre.

Y ya nada malo crece de ti en adelante, si no es el mal que crece de la lucha de tus virtudes.

Hermano mío, si tienes suerte, tienes una sola virtud y no más: así cruzas el puente con más ligereza.

Distingue tener muchas virtudes, pero es una suerte pesada; y más de uno se fue al desierto y se mató, porque estaba cansado de ser batalla y campo de batalla de virtudes.

Hermano mío, ¿son malas la guerra y la batalla? Pero este mal es necesario; necesarios son la envidia y la desconfianza y la calumnia entre tus virtudes.

Mira cómo cada una de tus virtudes codicia lo más alto: quiere todo tu espíritu, para que sea *su* heraldo; quiere toda tu fuerza en la cólera, en el odio y en el amor.

Cada virtud tiene celos de la otra, y los celos son una cosa terrible. También las virtudes pueden perecer por los celos.

Aquel a quien rodea la llama de los celos vuelve al final contra sí mismo, igual que el escorpión, el aguijón envenenado.

Ay, hermano mío, ¿nunca has visto a una virtud calumniarse y apuñalarse a sí misma?

El hombre es algo que tiene que ser superado: y por eso has de amar tus virtudes, porque perecerás por ellas.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Pasiones alegres. El título dice *Von den Freuden- und Leidenschaften*. *Leidenschaft* es «pasión», y viene de *Leiden*, padecer, igual que «pasión» viene del latín pati. Nietzsche inventa su contrario, *Freudenschaft*, de *Freude*, alegría: una pasión hecha de gozo. Lo traducimos «pasiones alegres».

2. Sobre-tierras. *Über-Erden*: otro invento, las tierras de más arriba, los cielos y paraísos. Es la familia de «*über*» que recorre el libro: superhombre, superar, sobre-tierras.

3. Balbucear. Stammeln: hablar entrecortado, como el que no encuentra las palabras. Zaratustra prefiere que se balbucee la propia virtud antes que llamarla con el nombre de todos.

4. Una palabra con énfasis. «Este es mi bien»: el impreso espacia *mein*, «mi».

5. Se mató. «Más de uno se fue al desierto y se mató»: así, sin rodeos, en el original (*tödtete sich*).

6. Tener que ser superado. Aquí Nietzsche escribe que el hombre es algo que «tiene que» (*muss*) ser superado; en el prólogo, que «debe» (*soll*). Respetamos la diferencia.

Del pálido delincuente

¿No queréis matar, jueces y sacrificadores, antes de que el animal haya asentido con la cabeza? Mirad, el pálido delincuente ha asentido: por su ojo habla el gran desprecio.

«Mi yo es algo que debe ser superado: mi yo es para mí el gran desprecio del hombre»: así habla por ese ojo.

Que se juzgara a sí mismo fue su momento más alto: ¡no dejéis que el sublime vuelva a caer en su bajeza!

No hay redención para el que sufre así de sí mismo, si no es la muerte rápida.

Vuestro matar, jueces, ha de ser una compasión y no una venganza. ¡Y al matar, procurad justificar vosotros mismos la vida!

No basta con que os reconciliéis con aquel a quien matáis. Que vuestra tristeza sea amor al superhombre: ¡así justificáis vuestro seguir-viviendo!

«Enemigo» habéis de decir, pero no «malvado»; «enfermo» habéis de decir, pero no «canalla»; «loco» habéis de decir, pero no «pecador».

Y tú, juez rojo, si quisieras decir en voz alta todo lo que ya has hecho con el pensamiento, todo el mundo gritaría: «¡Fuera esa inmundicia, ese gusano venenoso!».

Pero una cosa es el pensamiento, otra el acto, otra la imagen del acto. La rueda del porqué no gira entre ellos.

Una imagen volvió pálido a este hombre pálido. Estaba a la altura de su acto cuando lo hizo: pero no soportó su imagen una vez hecho.

Desde entonces se vio siempre como el autor de un solo acto. Locura llamo a esto: la excepción se le volvió esencia.

La raya hechiza a la gallina; el golpe que él dio hechizó su pobre razón: a esto llamo la locura *después* del acto.

¡Oíd, jueces! Hay todavía otra locura: y esa es antes del acto. ¡Ay, no os metisteis lo bastante hondo en esa alma!

Así habla el juez rojo: «¿Por qué asesinó este delincuente? Quería robar». Pero yo os digo: su alma quería sangre, no botín: ¡tenía sed de la dicha del cuchillo!

Pero su pobre razón no comprendió esa locura y lo convenció. «¡Qué importa la sangre!, le dijo; ¿no quieres por lo menos llevarte un botín? ¿Tomarte una venganza?».

Y él escuchó a su pobre razón: como plomo pesaba sobre él su discurso; así que robó al asesinar. No quería avergonzarse de su locura.

Y ahora vuelve a pesar sobre él el plomo de su culpa, y otra vez está su pobre razón tan rígida, tan paralizada, tan pesada.

Si al menos pudiera sacudir la cabeza, su carga rodaría al suelo: pero ¿quién sacude esa cabeza?

¿Qué es este hombre? Un montón de enfermedades que, a través del espíritu, alargan la mano hacia el mundo: allí quieren hacer su presa.

¿Qué es este hombre? Un ovillo de serpientes salvajes que rara vez están en paz juntas: entonces se van cada una por su lado y buscan presa en el mundo.

¡Mirad este pobre cuerpo! Lo que sufría y deseaba, esta pobre alma se lo interpretó: lo interpretó como placer asesino y avidez de la dicha del cuchillo.

Al que hoy enferma lo asalta el mal que hoy es malo: quiere hacer daño con aquello que le hace daño. Pero hubo otros tiempos, y otro mal y otro bien.

En otro tiempo la duda era mala, y la voluntad de sí-mismo. Entonces el enfermo se volvía hereje y bruja: como hereje y bruja sufría y quería hacer sufrir.

Pero esto no quiere entrar en vuestros oídos: perjudica a vuestros buenos, me decís. ¡Pero qué me importan vuestros buenos!

Mucho en vuestros buenos me da asco, y en verdad no su maldad. ¡Ojalá tuvieran una locura por la que perecer, como este pálido delincuente!

En verdad, quisiera que su locura se llamara verdad, o fidelidad, o justicia: pero ellos tienen su virtud para vivir mucho, y en un lastimoso bienestar.

Soy una baranda junto al río: ¡que se agarre a mí quien pueda agarrarme! Pero vuestra muleta no lo soy.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Antes de que el animal asienta. En los sacrificios antiguos se esperaba a que la víctima inclinara la cabeza, como si consintiera. Nietzsche aplica la imagen a la condena: los jueces quieren que el reo asienta.

2. El juez rojo. *Der rothe Richter*: el de la toga roja y el de las condenas de sangre.

3. La raya hechiza a la gallina. Si se pone a una gallina con el pico sobre una raya de tiza, se queda inmóvil: es un experimento famoso desde el siglo XVII (Athanasius Kircher lo llamó experimentum mirabile). Nietzsche juega con *Strich*, la raya, y *Streich*, el golpe.

4. La rueda del porqué. *Das Rad des Grundes*: la cadena de causas. Entre el pensamiento, el acto y la imagen del acto, dice Zaratustra, no gira esa rueda.

5. La voluntad de sí-mismo. *Wille zum Selbst*: en otro tiempo, dudar y querer ser uno mismo era malo, y el enfermo terminaba como hereje o como bruja.

6. Superar. «Mi yo es algo que debe ser superado»: el delincuente dice de sí lo que el prólogo dice del hombre.

7. Una palabra con énfasis. «La locura después del acto»: el impreso espacia *nach*, «después».

Del leer y el escribir

De todo lo escrito amo solo lo que uno escribe con su sangre. Escribe con sangre: y aprenderás que la sangre es espíritu.

No es fácil entender la sangre ajena: odio a los ociosos que leen.

El que conoce al lector ya no hace nada por el lector. Un siglo más de lectores, y el espíritu mismo apestará.

Que a todo el mundo se le permita aprender a leer echa a perder a la larga no solo el escribir, sino también el pensar.

En otro tiempo el espíritu era Dios, luego se hizo hombre, y ahora encima se vuelve plebe.

El que escribe con sangre y en sentencias no quiere ser leído, sino aprendido de memoria.

En las montañas el camino más corto va de cumbre en cumbre: pero para eso tienes que tener piernas largas. Las sentencias han de ser cumbres: y aquellos a quienes se habla, grandes y altos de talla.

El aire ligero y puro, el peligro cerca y el espíritu lleno de una alegre malicia: así casan bien las cosas.

Quiero tener duendes a mi alrededor, porque soy valiente. El valor que ahuyenta a los fantasmas se crea sus propios duendes: el valor quiere reír.

Ya no siento con vosotros: esa nube que veo debajo de mí, esa negrura y esa pesadez de las que me río, precisamente eso es vuestra nube de tormenta.

Vosotros miráis hacia arriba cuando anheláis elevaros. Y yo miro hacia abajo, porque estoy elevado.

¿Quién de vosotros puede reír y estar elevado a la vez?

El que sube a las montañas más altas se ríe de todas las tragedias y de toda la seriedad de luto.

Valientes, despreocupados, burlones, violentos: así nos quiere la sabiduría; es una mujer, y siempre ama solo a un guerrero.

Me decís: «La vida es pesada de llevar». Pero ¿para qué tendríais por la mañana vuestro orgullo y por la tarde vuestra resignación?

La vida es pesada de llevar: ¡pero no os pongáis tan delicados! Todos somos lindos burros y burras de carga.

¿Qué tenemos en común con el capullo de rosa, que tiembla porque tiene una gota de rocío sobre el cuerpo?

Es verdad: amamos la vida, no porque estemos acostumbrados a la vida, sino porque estamos acostumbrados a amar.

Siempre hay algo de locura en el amor. Pero siempre hay también algo de razón en la locura.

Y también a mí, que quiero bien a la vida, me parece que las mariposas y las pompas de jabón, y lo que entre los hombres es de su especie, son los que más saben de la felicidad.

Ver revolotear esas almitas ligeras, tontas, delicadas, inquietas: eso seduce a Zaratustra hasta las lágrimas y las canciones.

Yo solo creería en un dios que supiera bailar.

Y cuando vi a mi demonio, lo encontré serio, minucioso, profundo, solemne: era el espíritu de la pesadez; por él caen todas las cosas.

No con la cólera, sino con la risa se mata. ¡Arriba, matemos al espíritu de la pesadez!

He aprendido a andar: desde entonces me dejo correr. He aprendido a volar: desde entonces no quiero que me empujen para moverme de mi sitio.

Ahora soy ligero, ahora vuelo, ahora me veo por debajo de mí, ahora un dios baila a través de mí.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Sentencias. *Sprüche*: frases breves, cerradas, que se aprenden de memoria. Nietzsche escribió buena parte de su obra en esa forma, y aquí dice por qué: «las sentencias han de ser cumbres».

2. El espíritu de la pesadez. *Der Geist der Schwere*: el demonio de Zaratustra, serio, profundo, solemne. Es el enemigo de todo el libro, y vuelve en las partes siguientes.

3. Tragedias y seriedad de luto. *Trauer-Spiele und Trauer-Ernste*: *Trauerspiel* es «tragedia», literalmente «juego de luto», y Nietzsche le pega *Trauer-Ernst*, «seriedad de luto». El que sube a lo más alto se ríe de las dos.

4. La sabiduría es una mujer. «Así nos quiere la sabiduría: es una mujer, y siempre ama solo a un guerrero.» La imagen vuelve en el libro; la mantenemos como está.

5. Un dios que baile. «*Ich würde nur an einen Gott glauben, der zu tanzen verstünde*.» Es de las frases más citadas de Nietzsche, y está aquí.

6. Matar con la risa. «No con la cólera, sino con la risa se mata»: el original dice *tödten*, matar, y así queda.

Del árbol en la montaña

El ojo de Zaratustra había visto que un joven lo esquivaba. Y cuando una tarde iba solo por los montes que rodean la ciudad que se llama «la Vaca Pinta», he aquí que, caminando, encontró a ese joven sentado, recostado contra un árbol, mirando al valle con ojos cansados. Zaratustra agarró el árbol junto al cual estaba sentado el joven, y habló así:

Si quisiera sacudir este árbol con mis manos, no podría.

Pero el viento, que no vemos, lo atormenta y lo dobla hacia donde quiere. Las manos invisibles son las que peor nos doblan y atormentan.

Entonces el joven se levantó, consternado, y dijo: «Oigo a Zaratustra, y justo estaba pensando en él». Zaratustra replicó:

«¿Por qué te asustas por eso? Pero con el hombre pasa lo que con el árbol.

Cuanto más quiere subir hacia lo alto y lo claro, con más fuerza tienden sus raíces hacia la tierra, hacia abajo, hacia lo oscuro, lo profundo: hacia el mal».

«¡Sí, hacia el mal!, gritó el joven. ¿Cómo es posible que hayas descubierto mi alma?».

Zaratustra sonrió y dijo: «Hay almas que nunca se descubrirán, a no ser que primero se las invente».

«¡Sí, hacia el mal!, gritó otra vez el joven.

Dijiste la verdad, Zaratustra. Ya no confío en mí mismo desde que quiero subir a lo alto, y nadie confía ya en mí: ¿cómo sucede esto?

Me transformo demasiado deprisa: mi hoy refuta mi ayer. A menudo me salto los escalones cuando subo, y eso no me lo perdona ningún escalón.

Cuando estoy arriba, siempre me encuentro solo. Nadie habla conmigo; el frío de la soledad me hace temblar. ¿Qué quiero yo en la altura?

Mi desprecio y mi anhelo crecen juntos; cuanto más alto subo, más desprecio al que sube. ¿Qué quiere él en la altura?

¡Cómo me avergüenzo de mi subir y mi tropezar! ¡Cómo me burlo de mi resoplar violento! ¡Cómo odio al que vuela! ¡Qué cansado estoy en la altura!».

Aquí calló el joven. Y Zaratustra contempló el árbol junto al que estaban, y habló así:

Este árbol está aquí solo, en la montaña; creció muy por encima del hombre y del animal.

Y si quisiera hablar, no tendría a nadie que lo entendiera: así de alto creció.

Ahora espera y espera: ¿qué es lo que espera? Vive demasiado cerca de la morada de las nubes: ¿esperará tal vez el primer rayo?

Cuando Zaratustra hubo dicho esto, el joven gritó con gestos violentos: «Sí, Zaratustra, dices la verdad. Mi ocaso anhelaba cuando quería subir a lo alto, ¡y tú eres el rayo que yo esperaba! Mira, ¿qué soy todavía desde que te nos apareciste? ¡La *envidia* de ti es lo que me ha destruido!». Así habló el joven, y lloró amargamente. Pero Zaratustra le pasó el brazo por los hombros y se lo llevó consigo.

Y cuando llevaban un rato caminando juntos, Zaratustra empezó a hablar así:

Se me desgarra el corazón. Mejor que tus palabras, me dice tu ojo todo tu peligro.

Todavía no eres libre: todavía *buscas* la libertad. Tu buscar te ha dejado trasnochado y en exceso despierto.

Quieres ir a la altura libre; tu alma tiene sed de estrellas. Pero también tus malos instintos tienen sed de libertad.

Tus perros salvajes quieren salir a la libertad; ladran de gusto en su sótano cuando tu espíritu se propone abrir todas las cárceles.

Todavía eres para mí un prisionero que se imagina la libertad: ay, en esos prisioneros el alma se vuelve lista, pero también taimada y mala.

El liberado del espíritu tiene que purificarse todavía. Mucha cárcel y mucho moho le quedan todavía dentro: todavía tiene que volverse puro su ojo.

Sí, conozco tu peligro. Pero por mi amor y mi esperanza te conjuro: ¡no tires tu amor y tu esperanza!

Todavía te sientes noble, y noble te sienten todavía también los otros, los que te guardan rencor y te echan malas miradas. Sabe que un noble les estorba el camino a todos.

También a los buenos les estorba un noble: y aun cuando lo llaman un bueno, lo que quieren con eso es quitárselo de en medio.

Lo nuevo quiere crear el noble, y una virtud nueva. Lo viejo quiere el bueno, y que lo viejo se conserve.

Pero el peligro del noble no es volverse un bueno, sino un insolente, un burlón, un destructor.

Ay, conocí nobles que perdieron su esperanza más alta. Y entonces calumniaron todas las esperanzas altas.

Entonces vivieron insolentes, en placeres breves, y apenas lanzaban ya metas más allá del día.

«También el espíritu es voluptuosidad», decían. Entonces a su espíritu se le rompieron las alas: ahora se arrastra por ahí y ensucia lo que roe.

En otro tiempo pensaron hacerse héroes: ahora son libertinos. Pesadumbre y espanto les da el héroe.

Pero por mi amor y mi esperanza te conjuro: ¡no tires al héroe que hay en tu alma! ¡Ten por sagrada tu esperanza más alta!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. El árbol y las raíces. «Cuanto más quiere subir hacia lo alto y lo claro, con más fuerza tienden sus raíces hacia la tierra, hacia abajo, hacia lo oscuro, lo profundo: hacia el mal.» Es una de las imágenes centrales del libro.

2. Mi ocaso anhelaba. «*Nach meinem Untergange verlangte ich*»: el joven usa la palabra del prólogo, *Untergang*, el ocaso de Zaratustra, el hundirse. Y Zaratustra es el rayo que esperaba.

3. Trasnochado y en exceso despierto. *Übernächtig und überwach*: dos palabras con *über*, la preposición de «superhombre». Aquí el exceso es cansancio.

4. Dos palabras con énfasis. «La envidia de ti es lo que me ha destruido» y «todavía buscas la libertad»: el impreso espacia *Neid*, envidia, y *sucht*, buscas.

5. Los perros salvajes del sótano. La imagen de las pasiones encerradas viene de «De las alegrías y las pasiones».

6. El noble y el bueno. *Edel* y *gut*: el noble quiere crear lo nuevo; el bueno, que lo viejo se conserve. Nietzsche desarrollará la distinción años después, en La genealogía de la moral (1887).

7. La Vaca Pinta. *Die bunte Kuh*, la ciudad de esta primera parte: *bunt* es «de muchos colores», y una vaca con manchas, en español, es «pinta».

De los predicadores de la muerte

Hay predicadores de la muerte: y la tierra está llena de gente a la que hay que predicarle que se aparte de la vida.

Llena está la tierra de superfluos; echada a perder está la vida por los demasiados. ¡Que se los saque de esta vida con el cebo de la «vida eterna»!

«Amarillos»: así se llama a los predicadores de la muerte, o «negros». Pero yo quiero mostrároslos todavía en otros colores.

Ahí están los terribles, que llevan dentro la fiera y no tienen más elección que los placeres o desgarrarse a sí mismos. Y también sus placeres son todavía desgarrarse a sí mismos.

Ni siquiera han llegado a ser hombres todavía, estos terribles: ¡que prediquen el apartarse de la vida, y se vayan ellos mismos!

Ahí están los tísicos del alma: apenas han nacido, ya empiezan a morir, y anhelan doctrinas del cansancio y la renuncia.

Con gusto estarían muertos, ¡y nosotros deberíamos dar por buena su voluntad! ¡Guardémonos de despertar a estos muertos y de dañar estos ataúdes vivientes!

Se cruzan con un enfermo, o con un anciano, o con un cadáver, y enseguida dicen: «¡La vida está refutada!».

Pero solo ellos están refutados, y su ojo, que no ve más que una sola cara de la existencia.

Envueltos en una espesa melancolía y ávidos de los pequeños accidentes que traen la muerte: así esperan, apretando los dientes.

O bien echan mano de los dulces y se burlan de su propia niñería mientras tanto: se aferran a la brizna de paja de su vida, y se burlan de estar todavía aferrados a una brizna de paja.

Su sabiduría dice: «Tonto el que sigue viviendo, ¡pero así de tontos somos! ¡Y eso justamente es lo más tonto de la vida!».

«La vida no es más que sufrimiento», dicen otros, y no mienten: ¡pues procurad acabar *vosotros*! ¡Procurad que termine la vida que no es más que sufrimiento!

Y que la doctrina de vuestra virtud diga así: «¡Te matarás a ti mismo! ¡Te escabullirás de ti mismo!».

«La voluptuosidad es pecado —así dicen unos, los que predican la muerte—: ¡apartémonos y no engendremos hijos!».

«Parir es penoso —dicen los otros—: ¿para qué parir todavía? ¡Solo se paren desdichados!». Y también ellos son predicadores de la muerte.

«Hace falta compasión —así dicen los terceros—. ¡Tomad lo que tengo! ¡Tomad lo que soy! ¡Tanto menos me ata la vida!».

Si fueran compasivos de raíz, les quitarían a sus prójimos las ganas de vivir. Ser malos: esa sería su verdadera bondad.

Pero ellos quieren librarse de la vida: ¡qué les importa atar a otros todavía más fuerte con sus cadenas y sus regalos!

Y también vosotros, para quienes la vida es trabajo desenfrenado e inquietud: ¿no estáis muy cansados de la vida? ¿No estáis muy maduros para la prédica de la muerte?

Todos vosotros, los que amáis el trabajo desenfrenado y lo rápido, lo nuevo, lo extraño: os soportáis mal; vuestra diligencia es huida, y voluntad de olvidaros de vosotros mismos.

Si creyerais más en la vida, os arrojaríais menos al instante. Pero no tenéis dentro contenido suficiente para esperar, ¡ni siquiera para la pereza!

Por todas partes resuena la voz de los que predican la muerte: y la tierra está llena de gente a la que hay que predicarle la muerte.

O «la vida eterna»: me da lo mismo, ¡con tal de que se vayan pronto!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. El título se queda. *Von den Predigern des Todes*: de los predicadores de la muerte. Lo que el texto dice, lo decimos.

2. Amarillos y negros. «*Gelbe*» y «*Schwarze*»: los amarillos son los monjes budistas, por el color de sus hábitos; los negros, el clero cristiano. Nietzsche junta las dos predicaciones de renuncia.

3. Un enfermo, un anciano, un cadáver. Es el eco de la leyenda de Buda: el joven Siddhartha sale del palacio, se encuentra con un anciano, con un enfermo y con un muerto, y renuncia al mundo.

4. «La vida no es más que sufrimiento.» Es, casi palabra por palabra, la tesis de Schopenhauer, el maestro de juventud de Nietzsche, y del budismo que Schopenhauer admiraba. Zaratustra la toma al pie de la letra: pues procurad acabar vosotros.

5. «¡Te matarás a ti mismo!» La doctrina se formula como un mandamiento: *du sollst*, tú debes, como en «no matarás» (*du sollst nicht töten*).

6. Los demasiados. *Die Viel-zu-Vielen*: palabra compuesta de Nietzsche para la masa. Vuelve en «Del nuevo ídolo» y en «De la muerte libre».

7. Una palabra con énfasis. «¡Pues procurad acabar vosotros!»: el impreso espacia *ihr*, vosotros.

8. La vida eterna. Entre comillas en el original: «das *ewige Leben*». Zaratustra no discute si existe; le da igual, con tal de que se vayan pronto.

De la guerra y el pueblo guerrero

De nuestros mejores enemigos no queremos que se nos trate con miramientos, ni tampoco de aquellos a quienes amamos de raíz. ¡Dejadme, pues, deciros la verdad!

¡Hermanos míos en la guerra! Os amo de raíz, soy y fui uno de los vuestros. Y soy también vuestro mejor enemigo. ¡Dejadme, pues, deciros la verdad!

Sé del odio y la envidia de vuestro corazón. No sois lo bastante grandes para no conocer el odio y la envidia. ¡Sed, pues, lo bastante grandes para no avergonzaros de ellos!

Y si no podéis ser santos del conocimiento, sed al menos sus guerreros. Esos son los compañeros y precursores de tal santidad.

Veo muchos soldados: ¡ojalá viera muchos guerreros! «Uni-forme» se llama lo que llevan: ¡que no sea uniforme lo que esconden debajo!

Habéis de ser de esos cuyo ojo busca siempre un enemigo: *vuestro* enemigo. Y en algunos de vosotros hay un odio a primera vista.

¡Vuestro enemigo habéis de buscar, vuestra guerra habéis de hacer, y por vuestros pensamientos! ¡Y si vuestro pensamiento sucumbe, que vuestra honestidad todavía cante victoria por ello!

Habéis de amar la paz como medio para nuevas guerras. Y la paz corta más que la larga.

A vosotros no os aconsejo el trabajo, sino la lucha. A vosotros no os aconsejo la paz, sino la victoria. ¡Que vuestro trabajo sea una lucha, que vuestra paz sea una victoria!

Solo puede uno callar y estarse quieto cuando tiene flecha y arco: si no, parlotea y riñe. ¡Que vuestra paz sea una victoria!

¿Decís que es la buena causa la que santifica incluso la guerra? Yo os digo: es la buena guerra la que santifica toda causa.

La guerra y el valor han hecho más cosas grandes que el amor al prójimo. No vuestra compasión, sino vuestra valentía ha salvado hasta ahora a los desventurados.

¿Qué es bueno?, preguntáis. Ser valiente es bueno. Dejad que las niñas digan: «Bueno es lo que es bonito y enternecedor a la vez».

Os llaman sin corazón: pero vuestro corazón es auténtico, y amo el pudor de vuestra cordialidad. Vosotros os avergonzáis de vuestra pleamar, y otros se avergüenzan de su bajamar.

¿Sois feos? ¡Pues bien, hermanos míos! ¡Echaos encima lo sublime, el manto de lo feo!

Y cuando vuestra alma se hace grande, se vuelve arrogante, y en vuestra sublimidad hay maldad. Os conozco.

En la maldad se encuentran el arrogante y el débil. Pero se malentienden. Os conozco.

Solo podéis tener enemigos para odiar, no enemigos para despreciar. Tenéis que estar orgullosos de vuestro enemigo: entonces los éxitos de vuestro enemigo son también vuestros éxitos.

La rebelión: esa es la nobleza del esclavo. ¡Que vuestra nobleza sea la obediencia! ¡Que vuestro mismo mandar sea un obedecer!

A un buen guerrero le suena más agradable «tú debes» que «yo quiero». Y todo lo que os es querido habéis de dejar que primero os lo ordenen.

¡Que vuestro amor a la vida sea amor a vuestra esperanza más alta, y vuestra esperanza más alta, el pensamiento más alto de la vida!

Pero vuestro pensamiento más alto habéis de dejar que os lo ordene yo, y dice así: el hombre es algo que debe ser superado.

¡Vivid así vuestra vida de obediencia y de guerra! ¡Qué importa vivir mucho! ¡Qué guerrero quiere que lo traten con miramientos!

¡No os trato con miramientos: os amo de raíz, hermanos míos en la guerra!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Guerreros y soldados. *Kriegsmann* y *Soldat*: Nietzsche distingue al guerrero, que lucha por sus propios pensamientos, del soldado, que viste uniforme. «Veo muchos soldados: ¡ojalá viera muchos guerreros!»

2. Uni-forme. «*Ein-form nennt man's*»: Nietzsche parte *Uniform* en «una sola forma» y pide que no sea uniforme lo que esconden debajo. En español el juego funciona igual.

3. Santos del conocimiento. *Heilige der Erkenntniss*: la guerra de este discurso es, ante todo, la del pensamiento: «vuestra guerra habéis de hacer, y por vuestros pensamientos».

4. Vuestro enemigo, con énfasis. «*Nach eurem Feinde*»: el impreso espacia *eurem*, vuestro. No cualquier enemigo: el propio.

5. Pleamar y bajamar. *Fluth* y *Ebbe*, la marea alta y la baja: unos se avergüenzan de su abundancia; otros, de su escasez.

6. Superar. «El hombre es algo que debe ser superado»: *überwinden*, el verbo del prólogo, el mismo que da «superhombre». Aquí es la orden que Zaratustra da como pensamiento más alto.

7. Tú debes, yo quiero. «A un buen guerrero le suena más agradable tú debes que yo quiero»: el revés exacto de «De las tres transformaciones», donde el león le dice «yo quiero» al dragón «tú debes». En el guerrero, obedecer es una elección.

Del nuevo ídolo

En alguna parte hay todavía pueblos y rebaños, pero no entre nosotros, hermanos míos: aquí hay Estados.

¿Estado? ¿Qué es eso? ¡Bien! Abridme ahora los oídos, porque ahora os digo mi palabra sobre la muerte de los pueblos.

Estado se llama el más frío de todos los monstruos fríos. Fríamente miente también; y esta mentira sale arrastrándose de su boca: «Yo, el Estado, soy el pueblo».

¡Es mentira! Creadores fueron los que crearon los pueblos y colgaron sobre ellos una fe y un amor: así sirvieron a la vida.

Destructores son los que tienden trampas a muchos y las llaman Estado: cuelgan sobre ellos una espada y cien apetitos.

Donde todavía hay pueblo, el pueblo no entiende al Estado y lo odia como mal de ojo y pecado contra las costumbres y los derechos.

Esta señal os doy: cada pueblo habla su lengua del bien y del mal, que el vecino no entiende. Su lenguaje se lo inventó en costumbres y derechos.

Pero el Estado miente en todas las lenguas del bien y del mal; y diga lo que diga, miente, y tenga lo que tenga, lo ha robado.

Todo en él es falso; muerde con dientes robados, el mordedor. Falsas son hasta sus entrañas.

Confusión de las lenguas del bien y del mal: esta señal os doy como señal del Estado. ¡En verdad, esta señal indica la voluntad de muerte! ¡En verdad, les hace señas a los predicadores de la muerte!

Nacen demasiados: ¡para los superfluos se inventó el Estado!

¡Mirad cómo los atrae hacia sí, a los demasiados! ¡Cómo los traga y los mastica y los rumia!

«En la tierra no hay nada más grande que yo: yo soy el dedo ordenador de Dios», así ruge la bestia. ¡Y no solo los de orejas largas y vista corta

caen de rodillas!

¡Ay, también a vosotros, almas grandes, os susurra sus sombrías mentiras! ¡Ay, adivina los corazones ricos, que gustan de derrocharse!

¡Sí, también a vosotros os adivina, vencedores del viejo dios! Os cansasteis en la lucha, ¡y ahora vuestro cansancio sirve todavía al nuevo ídolo!

¡Héroes y gente honorable quisiera tener alrededor, el nuevo ídolo! Le gusta tomar el sol de las buenas conciencias, ¡a la bestia fría!

Todo quiere dároslo a *vosotros*, si *vosotros* lo adoráis, el nuevo ídolo: así se compra el brillo de vuestra virtud y la mirada de vuestros ojos orgullosos.

¡Con vosotros quiere cebar a los demasiados! Sí, se inventó ahí una obra maestra infernal, un caballo de la muerte que tintinea con el adorno de honores divinos.

Sí, se inventó ahí un morir para muchos que se alaba a sí mismo como vida: ¡en verdad, un servicio de corazón a todos los predicadores de la muerte!

Estado llamo a donde todos beben veneno, buenos y malos; Estado, donde todos se pierden a sí mismos, buenos y malos; Estado, donde el lento suicidio de todos se llama «la vida».

¡Mirad a estos superfluos! Se roban las obras de los inventores y los tesoros de los sabios: cultura llaman a su robo, ¡y todo se les vuelve enfermedad y fastidio!

¡Mirad a estos superfluos! Siempre están enfermos; vomitan su bilis y lo llaman periódico. Se devoran unos a otros y ni siquiera pueden digerirse.

¡Mirad a estos superfluos! Adquieren riquezas y se vuelven más pobres con ellas. Poder quieren, y antes que nada la palanca del poder, mucho dinero, ¡estos impotentes!

¡Miradlos trepar, a estos monos veloces! Trepan unos por encima de otros y así se arrastran al fango y al fondo.

Todos quieren llegar al trono: esa es su locura, ¡como si la felicidad estuviera sentada en el trono! A menudo el fango se sienta en el trono, y a menudo también el trono en el fango.

Locos me parecen todos, y monos trepadores y exaltados. Mal me huele su ídolo, la bestia fría: mal me huelen todos juntos, estos idólatras.

Hermanos míos, ¿queréis ahogaros en el vaho de sus bocas y sus apetitos? ¡Mejor romped las ventanas y saltad al aire libre!

¡Apartaos del mal olor! ¡Alejaos de la idolatría de los superfluos!

¡Apartaos del mal olor! ¡Alejaos del humo de estos sacrificios humanos!

Libre está todavía la tierra para las almas grandes. Vacíos están todavía muchos lugares para los solos y los que están solos de a dos, alrededor de los cuales sopla el olor de mares tranquilos.

Libre está todavía para las almas grandes una vida libre. En verdad, quien poco posee, tanto menos es poseído: ¡alabada sea la pequeña pobreza!

Allí donde acaba el Estado, solo allí empieza el hombre que no es superfluo: allí empieza la canción de lo necesario, la melodía única e insustituible.

Allí donde *acaba* el Estado: ¡mirad allí, hermanos míos! ¿No lo veis, el arcoíris y los puentes del superhombre?

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Ídolo. *Götze*: el dios falso, el que se adora sin serlo. El nuevo ídolo es el Estado, que ocupa el lugar del viejo dios vencido.

2. «Yo, el Estado, soy el pueblo.» Suena a la frase atribuida a Luis XIV, «el Estado soy yo», dada vuelta: ahora el Estado dice ser el pueblo.

3. Confusión de las lenguas. *Sprachverwirrung*: la palabra con que el alemán nombra a Babel, *die babylonische Sprachverwirrung*. Cada pueblo habla su propia lengua del bien y del mal; el Estado miente en todas.

4. Los demasiados y los superfluos. *Die Viel-zu-Vielen*, *die Überflüssigen*: la masa para la que, dice Zaratustra, se inventó el Estado.

5. Cultura. *Bildung*, la formación, la educación: «cultura llaman a su robo», el de los que se roban las obras de los inventores.

6. El periódico. «Vomitan su bilis y lo llaman periódico»: *Zeitung*. En 1883 la prensa de masas era una novedad.

7. Suicidio y muerte. «El lento suicidio de todos» (*der langsame Selbstmord Aller*) y «un caballo de la muerte»: así en el original, y así queda.

8. Los solos de a dos. *Einsame und Zweisame*: Nietzsche inventa *Zweisame*, los que están solos de a dos, sobre *Einsame*, los solitarios.

9. Palabras con énfasis. «Allí donde acaba el Estado»: el impreso espacia *aufhört*, acaba. Y en «todo quiere dároslo a vosotros, si vosotros lo adoráis», los dos «vosotros».

10. Los puentes del superhombre. *Übermensch*: el ser que el hombre tiene que llegar a ser, por encima de sí; en español, de la misma raíz que «superar».

De las moscas del mercado

¡Huye, amigo mío, a tu soledad! Te veo aturdido por el ruido de los grandes hombres y acribillado por los aguijones de los pequeños.

El bosque y la roca saben callar dignamente contigo. Vuelve a parecerte al árbol que amas, el de ramas anchas: silencioso y atento se inclina sobre el mar.

Donde acaba la soledad, empieza el mercado; y donde empieza el mercado, empieza también el ruido de los grandes comediantes y el zumbido de las moscas venenosas.

En el mundo las mejores cosas todavía no valen nada sin alguien que primero las ponga en escena: grandes hombres llama el pueblo a esos escenificadores.

Poco comprende el pueblo lo grande, es decir, lo que crea. Pero tiene sentidos para todos los escenificadores y comediantes de grandes causas.

Alrededor de los inventores de valores nuevos gira el mundo: gira invisible. Pero alrededor de los comediantes giran el pueblo y la fama: así va el mundo.

Espíritu tiene el comediante, pero poca conciencia del espíritu. Cree siempre en aquello con lo que más fuerte hace creer: ¡hace creer en *sí mismo*!

Mañana tiene una fe nueva, y pasado mañana una más nueva. Tiene sentidos rápidos, como el pueblo, y un olfato tan variable como el tiempo.

Derribar: eso significa para él demostrar. Enloquecer: eso significa para él convencer. Y la sangre vale para él como la mejor de todas las razones.

Una verdad que solo se desliza en oídos finos la llama mentira y nada. ¡En verdad, solo cree en dioses que hacen mucho ruido en el mundo!

Lleno de bufones solemnes está el mercado, ¡y el pueblo se jacta de sus grandes hombres! Esos son para él los señores del momento.

Pero el momento los apremia: así que te apremian a ti. Y también de ti quieren un sí o un no. ¡Ay! ¿Quieres poner tu silla entre el *pro* y el contra?

¡No tengas celos de estos incondicionales y apremiantes, tú, amante de la verdad! Nunca todavía se colgó la verdad del brazo de un incondicional.

Por estos repentinos, vuelve a tu refugio: solo en el mercado lo asaltan a uno con ¿sí? o ¿no?

Lento es el vivir para todos los pozos profundos: tienen que esperar mucho hasta saber *qué* cayó en su hondura.

Lejos del mercado y de la fama sucede todo lo grande: lejos del mercado y de la fama vivieron siempre los inventores de valores nuevos.

Huye, amigo mío, a tu soledad: te veo acribillado por moscas venenosas. ¡Huye allí donde sopla un aire áspero y fuerte!

¡Huye a tu soledad! Viviste demasiado cerca de los pequeños y mezquinos. ¡Huye de su venganza invisible! Contra ti no son más que venganza.

¡No levantes más el brazo contra ellos! Son incontables, y no es tu destino ser espantamoscas.

Incontables son estos pequeños y mezquinos; y a más de un edificio orgulloso ya le trajeron la ruina gotas de lluvia y malas hierbas.

No eres de piedra, pero ya te ahuecaron muchas gotas. Todavía te romperás y reventarás por muchas gotas.

Te veo cansado por moscas venenosas, te veo arañado y sangrando en cien sitios; y tu orgullo ni siquiera quiere enfadarse.

Sangre quisieran de ti con toda inocencia, sangre ansían sus almas sin sangre, y por eso pican con toda inocencia.

Pero tú, profundo, sufres demasiado hondo incluso por las heridas pequeñas; y antes de que te hayas curado, ya se te arrastró por la mano el mismo gusano venenoso.

Demasiado orgulloso eres para matar a estos golosos. ¡Pero guárdate de que no se vuelva tu fatalidad cargar con toda su injusticia venenosa!

Zumban a tu alrededor también con sus alabanzas: su alabar es insistencia. Quieren estar cerca de tu piel y de tu sangre.

Te halagan como a un dios o a un demonio; gimotean ante ti como ante un dios o un demonio. ¡Qué importa! Son aduladores y quejicas, y nada más.

También se te muestran a menudo amables. Pero esa fue siempre la astucia de los cobardes. ¡Sí, los cobardes son astutos!

Piensan mucho en ti con su alma estrecha: ¡siempre les pareces cuestionable! Todo lo que se piensa mucho se vuelve cuestionable.

Te castigan por todas tus virtudes. De corazón solo te perdonan... tus desaciertos.

Como eres indulgente y de ánimo justo, dices: «Son inocentes de su pequeña existencia». Pero su alma estrecha piensa: «Toda existencia grande es culpa».

Aun cuando eres indulgente con ellos, se sienten despreciados por ti; y te devuelven tu beneficio con maleficios escondidos.

Tu orgullo sin palabras siempre va contra su gusto; se regocijan cuando alguna vez eres lo bastante modesto como para ser vanidoso.

Lo que reconocemos en un hombre, eso también se lo inflamamos. ¡Así que guárdate de los pequeños!

Ante ti se sienten pequeños, y su bajeza arde y se enciende contra ti en una venganza invisible.

¿No notaste cuántas veces se quedaban mudos cuando te acercabas a ellos, y cómo su fuerza se les iba como el humo de un fuego que se apaga?

Sí, amigo mío, eres la mala conciencia de tus prójimos: porque no son dignos de ti. Por eso te odian, y con gusto te chuparían la sangre.

Tus prójimos serán siempre moscas venenosas; lo que hay de grande en ti, eso mismo tiene que volverlos más venenosos, y cada vez más moscas.

Huye, amigo mío, a tu soledad, allí donde sopla un aire áspero y fuerte. No es tu destino ser espantamoscas.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. El mercado. *Der Markt*: la plaza pública, la del prólogo, donde Zaratustra le habló al pueblo y el pueblo le pidió al último hombre. Aquí es el lugar de la fama y del ruido.

2. Comediantes. *Schauspieler*, los actores: los que ponen en escena las cosas grandes sin crearlas. El pueblo los llama «grandes hombres».

3. ¿Sí? o ¿no? En el original, con los signos de interrogación dentro: «*mit Ja*? *oder Nein*? *überfallen*». Lo conservamos así.

4. Beneficio y maleficio. *Wohlthat* y *Wehthat*: Nietzsche opone a la buena obra una «mala obra» que no es palabra alemana corriente. En español, el par beneficio y maleficio conserva el juego.

5. Cuestionable. *Bedenklich* viene de *bedenken*, pensar mucho en algo: lo que se piensa mucho se vuelve cuestionable. El juego se sostiene a medias en español.

6. Palabras con énfasis. «Hace creer en sí mismo» y «hasta saber qué cayó en su hondura»: el impreso espacia *sich* y *was*. El segundo lo comprobamos en el facsímil de la página 70, porque la transcripción digital no lo marca.

7. Ruina. «A más de un edificio orgulloso ya le trajeron la ruina gotas de lluvia y malas hierbas»: el original dice *Untergang*, la palabra del ocaso de Zaratustra. Aquí, sin sol, es ruina.

De la castidad

Amo el bosque. En las ciudades se vive mal: hay demasiados en celo.

¿No es mejor caer en manos de un asesino que en los sueños de una mujer en celo?

Y mirad a estos hombres: su ojo lo dice, no conocen nada mejor en la tierra que acostarse con una mujer.

Hay fango en el fondo de su alma; ¡y ay si encima su fango tiene espíritu!

¡Si al menos fuerais perfectos como animales! Pero al animal le pertenece la inocencia.

¿Os aconsejo matar vuestros sentidos? Os aconsejo la inocencia de los sentidos.

¿Os aconsejo la castidad? La castidad es en algunos una virtud, pero en muchos casi un vicio.

Estos se abstienen, sí: pero la perra sensualidad mira con envidia desde todo lo que hacen.

Hasta las alturas de su virtud y hasta dentro del espíritu frío los sigue esa bestia y su discordia.

¡Y con qué buenos modales sabe la perra sensualidad mendigar un pedazo de espíritu cuando se le niega un pedazo de carne!

¿Amáis las tragedias y todo lo que rompe el corazón? Pero yo desconfío de vuestra perra.

Tenéis unos ojos demasiado crueles, y miráis con lascivia a los que sufren. ¿No será que vuestra voluptuosidad solo se ha disfrazado y se hace llamar compasión?

Y también esta parábola os doy: no pocos que quisieron expulsar a su demonio se metieron ellos mismos en los cerdos.

A quien le cuesta la castidad hay que desaconsejársela, para que no se vuelva el camino al infierno, es decir, al fango y al celo del alma.

¿Hablo de cosas sucias? Eso no es para mí lo peor.

No cuando la verdad es sucia, sino cuando es poco profunda, se mete de mala gana en su agua el que conoce.

En verdad, hay castos de raíz: son más mansos de corazón, ríen con más gusto y más abundancia que vosotros.

Se ríen también de la castidad y preguntan: «¡Qué es la castidad!

¿No es la castidad una locura? Pero esta locura vino a nosotros, y no nosotros a ella.

Le ofrecimos a este huésped posada y corazón: ahora vive con nosotros; ¡que se quede cuanto quiera!».

Así habló Zaratustra.

Notas

1. La perra sensualidad. *Die Hündin Sinnlichkeit*: la sensualidad como una perra que mendiga y mira con envidia desde todo lo que hacen los que se abstienen.

2. Los cerdos. «No pocos que quisieron expulsar a su demonio se metieron ellos mismos en los cerdos»: alusión al exorcismo de los Evangelios en que los demonios expulsados entran en una piara de cerdos (Marcos 5).

3. Voluptuosidad y compasión. *Wollust* y *Mitleiden*: «¿no será que vuestra voluptuosidad solo se ha disfrazado y se hace llamar compasión?». La sospecha sobre la compasión atraviesa todo el libro.

4. El que conoce. *Der Erkennende*: el hombre del conocimiento, que no rehúye la verdad sucia, sino la poco profunda.

5. Una errata del texto crítico. Al final: «esta locura vino a nosotros, y no nosotros a ella». La edición digital de Nietzsche Source trae «*zur ihr*», que no es alemán; el facsímil de la primera edición (p. 75) dice «*zu ihr*». Traducimos el impreso.

Del amigo

«Uno siempre está de más a mi alrededor», así piensa el ermitaño. «Siempre uno por uno: ¡a la larga eso da dos!».

El yo y el mí conversan siempre con demasiado ardor: ¿cómo podría soportarse, si no hubiera un amigo?

Para el ermitaño el amigo es siempre el tercero: el tercero es el corcho que impide que la conversación de los dos se hunda hasta el fondo.

Ay, hay demasiadas profundidades para todos los ermitaños. Por eso anhelan tanto un amigo, y su altura.

Nuestra fe en los otros delata en qué quisiéramos creer de nosotros mismos. Nuestro anhelo de un amigo es nuestro delator.

Y a menudo con el amor solo se quiere saltar por encima de la envidia. Y a menudo se ataca y se hace uno un enemigo para ocultar que es atacable.

«¡Sé al menos mi enemigo!», así habla la verdadera veneración, la que no se atreve a pedir amistad.

Si se quiere tener un amigo, hay que querer también hacer la guerra por él: y para hacer la guerra hay que *poder* ser enemigo.

En el amigo hay que honrar todavía al enemigo. ¿Puedes acercarte mucho a tu amigo sin pasarte a su bando?

En el amigo hay que tener al mejor enemigo. Has de estar más cerca de él con el corazón cuando te le opones.

¿No quieres llevar ropa delante de tu amigo? ¿Ha de ser un honor para tu amigo que te le entregues tal como eres? ¡Pero por eso mismo te manda al diablo!

El que no se oculta nada indigna: ¡tanta razón tenéis para temer la desnudez! Sí, si fuerais dioses, entonces podríais avergonzaros de vuestra ropa.

Nunca te acicalarás lo bastante para tu amigo: porque has de ser para él una flecha y un anhelo hacia el superhombre.

¿Has visto ya dormir a tu amigo, para saber qué aspecto tiene? ¿Qué es, si no, la cara de tu amigo? Es tu propia cara, en un espejo áspero e imperfecto.

¿Has visto ya dormir a tu amigo? ¿No te asustaste de que tu amigo tenga ese aspecto? Oh, amigo mío, el hombre es algo que tiene que ser superado.

En adivinar y en callar ha de ser maestro el amigo: no tienes que querer verlo todo. Tu sueño ha de revelarte lo que tu amigo hace despierto.

Que tu compasión sea un adivinar: que sepas primero si tu amigo quiere compasión. Quizá lo que ama en ti es el ojo entero y la mirada de la eternidad.

Que la compasión por el amigo se esconda bajo una cáscara dura: en ella has de romperte un diente. Así tendrá su finura y su dulzura.

¿Eres aire puro y soledad y pan y medicina para tu amigo? Más de uno no puede desatar sus propias cadenas, y sin embargo es para su amigo un libertador.

¿Eres un esclavo? Entonces no puedes ser amigo. ¿Eres un tirano? Entonces no puedes tener amigos.

Demasiado tiempo estuvieron escondidos en la mujer un esclavo y un tirano. Por eso la mujer todavía no es capaz de amistad: solo conoce el amor.

En el amor de la mujer hay injusticia y ceguera para todo lo que no ama. Y también en el amor sabio de la mujer hay todavía asalto, y rayo, y noche junto a la luz.

Todavía no es capaz la mujer de amistad: gatas siguen siendo las mujeres, y pájaros. O, en el mejor de los casos, vacas.

Todavía no es capaz la mujer de amistad. Pero decidme, varones, ¿quién de vosotros es capaz de amistad?

¡Oh, vuestra pobreza, varones, y vuestra avaricia del alma! Lo que vosotros le dais al amigo, eso quiero dárselo yo todavía a mi enemigo, y no por eso haberme vuelto más pobre.

Hay camaradería: ¡ojalá haya amistad!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. El yo y el mí. *Ich und Mich*: el sujeto y el objeto de uno mismo, que conversan sin parar.

2. Uno por uno da dos. «*Immer Einmal Eins*»: el *Einmaleins* es la tabla de multiplicar. Uno por uno, y a la larga al ermitaño le salen dos.

3. Sé al menos mi enemigo. «*Sei wenigstens mein Feind*!»: así habla, dice Zaratustra, la verdadera veneración, la que no se atreve a pedir amistad.

4. Poder, con énfasis. «Para hacer la guerra hay que poder ser enemigo»: el impreso espacia *können*, poder.

5. Hacia el superhombre. «Has de ser para él una flecha y un anhelo hacia el superhombre»: *Übermensch*, el ser que el hombre tiene que llegar a ser; en español, de la misma raíz que «superar».

6. Libertador. *Erlöser* es «redentor», el título de Cristo, y lleva dentro *lösen*, soltar: el que no puede soltar sus propias cadenas y aun así libera a su amigo. Traducimos «libertador» para conservar el soltar.

7. La mujer y la amistad. Los párrafos sobre la mujer («gatas… o, en el mejor de los casos, vacas») son de Nietzsche y van como están. El discurso los remata volviéndose contra los varones: «¿quién de vosotros es capaz de amistad?».

8. Tener que ser superado. «El hombre es algo que tiene que ser superado»: aquí dice *muss*, «tiene que»; en el prólogo, *soll*, «debe».

De las mil y una metas

Muchas tierras vio Zaratustra, y muchos pueblos: así descubrió el bien y el mal de muchos pueblos. Ningún poder mayor encontró Zaratustra en la tierra que el bien y el mal.

Ningún pueblo podría vivir sin antes valorar; pero si quiere conservarse, no puede valorar como valora el vecino.

Mucho de lo que para este pueblo se llamaba bueno, para otro se llamaba burla y oprobio: así lo encontré. Mucho encontré que aquí se llamaba malo y allá se adornaba con honores de púrpura.

Nunca un vecino entendió al otro: siempre se asombró su alma de la locura y la maldad del vecino.

Sobre cada pueblo cuelga una tabla de bienes. Mira, es la tabla de sus superaciones; mira, es la voz de su voluntad de poder.

Digno de alabanza es lo que le parece difícil; lo indispensable y difícil se llama bueno; y lo que todavía libera de la necesidad más grande, lo raro, lo más difícil, eso lo alaba como sagrado.

Lo que hace que domine y venza y brille, para espanto y envidia de su vecino: eso vale para él como lo alto, lo primero, la medida, el sentido de todas las cosas.

En verdad, hermano mío, si conoces primero la necesidad de un pueblo, y su tierra, y su cielo, y su vecino, adivinarás sin duda la ley de sus superaciones, y por qué sube por esa escalera hacia su esperanza.

«Siempre has de ser el primero y sobresalir por encima de los otros: tu alma celosa no ha de amar a nadie, si no es al amigo»: esto le hacía temblar el alma a un griego; así recorría su sendero de grandeza.

«Decir la verdad y manejar bien el arco y la flecha»: así le parecía a la vez querido y difícil a aquel pueblo del que viene mi nombre, el nombre que me es a la vez querido y difícil.

«Honrar al padre y a la madre y hacer su voluntad hasta la raíz del alma»: esta tabla de superación colgó sobre sí otro pueblo, y se volvió poderoso y eterno con ella.

«Ser fiel, y por la fidelidad jugarse el honor y la sangre aun por causas malas y peligrosas»: enseñándose así se dominó otro pueblo, y dominándose así quedó preñado y grávido de grandes esperanzas.

En verdad, los hombres se dieron a sí mismos todo su bien y su mal. En verdad, no lo tomaron, no lo encontraron, no les cayó como una voz del cielo.

Valores fue el hombre quien los puso en las cosas, para conservarse: ¡él fue quien creó el sentido de las cosas, un sentido humano! Por eso se llama «hombre», es decir: el que valora.

Valorar es crear: ¡oídlo, creadores! El valorar mismo es el tesoro y la joya de todas las cosas valoradas.

Solo por el valorar hay valor: y sin el valorar, la nuez de la existencia estaría hueca. ¡Oídlo, creadores!

Cambio de los valores: eso es cambio de los creadores. Siempre destruye el que tiene que ser un creador.

Creadores fueron primero los pueblos, y solo tarde los individuos; en verdad, el individuo mismo es todavía la creación más reciente.

Los pueblos se colgaron en otro tiempo una tabla del bien sobre sí. El amor que quiere dominar y el amor que quiere obedecer se crearon juntos tales tablas.

Más viejo es el placer en el rebaño que el placer en el yo: y mientras la buena conciencia se llame rebaño, solo la mala conciencia dice: yo.

En verdad, el yo astuto, el que no ama, el que quiere su provecho en el provecho de muchos: ese no es el origen del rebaño, sino su ocaso.

Amantes fueron siempre, y creadores, los que crearon el bien y el mal. Fuego del amor arde en los nombres de todas las virtudes, y fuego de la cólera.

Muchas tierras vio Zaratustra, y muchos pueblos: ningún poder mayor encontró Zaratustra en la tierra que las obras de los amantes: «bueno» y «malo» es su nombre.

En verdad, un monstruo es el poder de este alabar y censurar. Decid, hermanos, ¿quién me lo domará? Decid, ¿quién le echa a esta bestia el grillete sobre sus mil cuellos?

Mil metas hubo hasta ahora, porque hubo mil pueblos. Solo falta todavía el grillete para los mil cuellos; falta la meta única. Todavía la humanidad no tiene meta.

Pero decidme, hermanos míos: si a la humanidad todavía le falta la meta, ¿no falta también todavía... ella misma?

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Mil y una. *Von tausend und Einem Ziele*: en alemán suena a *Tausendundeine Nacht*, Las mil y una noches. Lo conservamos.

2. Voluntad de poder. *Wille zur Macht*: aquí aparece por primera vez en un libro publicado por Nietzsche. Se convertirá en una de sus ideas centrales.

3. Tabla de bienes. «*Eine Tafel der Güter*»: como las tablas de la ley, pero una por pueblo, y escrita por el pueblo mismo.

4. Los cuatro pueblos, sin nombre. Nietzsche no los nombra, pero se reconocen. Los griegos: «siempre has de ser el primero», el lema de la Ilíada (VI, 208). Los persas, el pueblo del que viene el nombre de Zaratustra: «decir la verdad y manejar bien el arco y la flecha», lo que según Heródoto (I, 136) les enseñaban a los niños. Los judíos: «honrar al padre y a la madre», el mandamiento. Y los alemanes: la fidelidad.

5. El que valora. «Por eso se llama hombre, es decir: el que valora.» Nietzsche lee la palabra *Mensch* como si viniera de medir, de estimar. En español el juego no se sostiene; lo dejamos dicho aquí.

6. Valorar es crear. «*Schätzen ist Schaffen*»: y dentro de *schätzen*, valorar, está *Schatz*, tesoro. De ahí «el tesoro y la joya de todas las cosas valoradas».

7. Superación. *Überwindung*, la palabra de «superar» y de «superhombre»: la tabla de cada pueblo es «la tabla de sus superaciones».

8. Ocaso. «Ese no es el origen del rebaño, sino su ocaso»: *Untergang*, la palabra del ocaso de Zaratustra en el prólogo.

Del amor al prójimo

Os apretujáis alrededor del prójimo y tenéis bellas palabras para ello. Pero yo os digo: vuestro amor al prójimo es vuestro mal amor a vosotros mismos.

Huís hacia el prójimo huyendo de vosotros mismos, y quisierais hacer de ello una virtud: pero yo veo a través de vuestra «abnegación».

El tú es más viejo que el yo; el tú ha sido santificado, pero todavía no el yo: así se apretuja el hombre hacia el prójimo.

¿Os aconsejo el amor al prójimo? ¡Antes os aconsejo la huida del prójimo y el amor al lejano!

Más alto que el amor al prójimo es el amor al lejano y al venidero; más alto todavía que el amor a los hombres es el amor a las cosas y a los fantasmas.

Ese fantasma que corre delante de ti, hermano mío, es más hermoso que tú; ¿por qué no le das tu carne y tus huesos? Pero tienes miedo y corres hacia tu prójimo.

No os aguantáis a vosotros mismos y no os amáis lo bastante: ahora queréis seducir al prójimo para que os ame, y doraros con su error.

Quisiera que no aguantarais a toda clase de prójimos y a sus vecinos: así tendríais que crear de vosotros mismos a vuestro amigo y su corazón desbordante.

Os invitáis un testigo cuando queréis hablar bien de vosotros; y cuando lo habéis seducido para que piense bien de vosotros, pensáis vosotros mismos bien de vosotros.

No solo miente el que habla contra lo que sabe, sino mucho más el que habla contra lo que no sabe. Y así habláis de vosotros en el trato, y con vosotros le mentís al vecino.

Así habla el loco: «El trato con los hombres echa a perder el carácter, sobre todo cuando no se tiene».

Uno va hacia el prójimo porque se busca, y el otro porque quisiera perderse. Vuestro mal amor a vosotros mismos os convierte la soledad en una cárcel.

Los más lejanos son los que pagan vuestro amor al prójimo; y en cuanto estáis cinco juntos, siempre tiene que morir un sexto.

Tampoco amo vuestras fiestas: demasiados comediantes encontré en ellas, y también los espectadores se comportaban a menudo como comediantes.

No os enseño el prójimo, sino el amigo. Que el amigo sea para vosotros la fiesta de la tierra y un presentimiento del superhombre.

Os enseño el amigo y su corazón rebosante. Pero hay que saber ser una esponja si se quiere ser amado por corazones rebosantes.

Os enseño el amigo en quien el mundo está acabado, una copa del bien: el amigo creador, que siempre tiene un mundo acabado para regalar.

Y así como el mundo se le desenrolló, así se le vuelve a enrollar en anillos, como el devenir del bien a través del mal, como el devenir de los fines a partir del azar.

Que el futuro y lo más lejano sean para ti la causa de tu hoy: en tu amigo has de amar al superhombre como tu causa.

Hermanos míos, no os aconsejo el amor al prójimo: os aconsejo el amor al lejano.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Prójimo. *Der Nächste*, literalmente «el más cercano»: la palabra del mandamiento «amarás a tu prójimo como a ti mismo». Todo el discurso juega con esa cercanía.

2. Amor al lejano. *Fernsten-Liebe*, «amor a lo más lejano»: palabra de Nietzsche, hecha en espejo de *Nächstenliebe*. Y *Nächsten-Flucht*, la huida del prójimo.

3. Abnegación. *Das* «*Selbstlose*», entre comillas en el original: lo desinteresado, el olvido de sí. Zaratustra dice que ve a través de él.

4. Así habla el loco. *Der Narr*, el loco de las cortes, el que dice verdades en broma: «el trato con los hombres echa a perder el carácter, sobre todo cuando no se tiene».

5. El sexto que tiene que morir. «En cuanto estáis cinco juntos, siempre tiene que morir un sexto»: son los más lejanos los que pagan el amor al prójimo.

6. Superhombre. «Un presentimiento del superhombre» y «amar al superhombre como tu causa»: *Übermensch*, el ser que el hombre tiene que llegar a ser; en español, de la misma raíz que «superar».

Del camino del creador

¿Quieres, hermano mío, irte al aislamiento? ¿Quieres buscar el camino hacia ti mismo? Detente todavía un poco y escúchame.

«El que busca se pierde fácilmente. Todo aislamiento es culpa»: así habla el rebaño. Y tú perteneciste mucho tiempo al rebaño.

La voz del rebaño seguirá sonando también en ti. Y cuando digas «ya no tengo una misma conciencia con vosotros», será un lamento y un dolor.

Mira, ese mismo dolor lo parió todavía la conciencia común: y el último resplandor de esa conciencia arde todavía sobre tu tristeza.

¿Pero quieres ir por el camino de tu tristeza, que es el camino hacia ti mismo? ¡Pues muéstrame tu derecho y tu fuerza para ello!

¿Eres una fuerza nueva y un derecho nuevo? ¿Un primer movimiento? ¿Una rueda que gira por sí sola? ¿Puedes también obligar a las estrellas a girar a tu alrededor?

¡Ay, hay tanta concupiscencia de altura! ¡Hay tantos espasmos de ambiciosos! ¡Muéstrame que no eres uno de los concupiscentes y ambiciosos!

¡Ay, hay tantos grandes pensamientos que no hacen más que un fuelle: inflan y dejan más vacío!

¿Libre te llamas? Tu pensamiento dominante quiero oír, y no que te has escapado de un yugo.

¿Eres de los que *tenían derecho* a escapar de un yugo? Hay más de uno que tiró su último valor al tirar su servidumbre.

¿Libre de qué? ¡Qué le importa eso a Zaratustra! Pero que tu ojo me anuncie con claridad: ¿libre *para qué*?

¿Puedes darte a ti mismo tu mal y tu bien, y colgar tu voluntad sobre ti como una ley? ¿Puedes ser tu propio juez y el vengador de tu ley?

Terrible es estar a solas con el juez y vengador de la propia ley. Así es arrojada una estrella al espacio desierto y al aliento helado del estar solo.

Hoy todavía sufres por los muchos, tú, el único: hoy todavía tienes tu valor entero y tus esperanzas.

Pero un día la soledad te cansará, un día tu orgullo se encorvará y tu valor rechinará. Un día gritarás: «¡Estoy solo!».

Un día ya no verás tu altura, y verás demasiado cerca tu bajeza; tu misma sublimidad te dará miedo como un fantasma. Un día gritarás: «¡Todo es falso!».

Hay sentimientos que quieren matar al solitario; si no lo consiguen, ¡pues entonces tienen que morir ellos! Pero ¿eres capaz de eso, de ser asesino?

¿Conoces ya, hermano mío, la palabra «desprecio»? ¿Y el tormento de tu justicia, el de ser justo con quienes te desprecian?

Obligas a muchos a cambiar de opinión sobre ti; eso te lo cobran caro. Te acercaste a ellos y sin embargo pasaste de largo: eso no te lo perdonan nunca.

Vas más allá de ellos: pero cuanto más alto subes, más pequeño te ve el ojo de la envidia. Y a quien más se odia es al que vuela.

«¡Cómo ibais a ser justos conmigo! —tienes que decir—; elijo vuestra injusticia como la parte que me ha tocado».

Injusticia y suciedad le arrojan al solitario: pero, hermano mío, si quieres ser una estrella, ¡no por eso has de alumbrarles menos!

¡Y guárdate de los buenos y justos! Les gusta crucificar a los que se inventan su propia virtud: odian al solitario.

¡Guárdate también de la santa simplicidad! Todo lo que no es simple le parece impío; y también le gusta jugar con fuego: el de las hogueras.

¡Y guárdate también de los arrebatos de tu amor! Demasiado deprisa le tiende el solitario la mano al que se cruza con él.

A más de un hombre no has de darle la mano, sino solo la zarpa: y quiero que tu zarpa tenga también garras.

Pero el peor enemigo con que puedes encontrarte serás siempre tú mismo; tú mismo te acechas en cuevas y bosques.

¡Solitario, vas por el camino hacia ti mismo! ¡Y tu camino pasa junto a ti mismo y junto a tus siete demonios!

Hereje serás para ti mismo, y bruja, y adivino, y loco, y escéptico, e impío, y malvado.

Tienes que querer quemarte en tu propia llama: ¡cómo ibas a volverte nuevo si antes no te has vuelto ceniza!

Solitario, vas por el camino del creador: ¡un dios quieres crearte con tus siete demonios!

Solitario, vas por el camino del amante: te amas a ti mismo, y por eso te desprecias, como solo desprecian los amantes.

¡Crear quiere el amante, porque desprecia! ¡Qué sabe de amor el que no tuvo que despreciar precisamente lo que amaba!

Con tu amor vete a tu aislamiento, y con tu crear, hermano mío; y solo tarde te seguirá cojeando la justicia.

Con mis lágrimas vete a tu aislamiento, hermano mío. Amo al que quiere crear por encima de sí mismo, y así perece.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. ¿Libre para qué? «*Frei wovon*? … *frei wozu*?»: libre de qué, libre para qué. El impreso espacia *wozu*. No basta con haber escapado de un yugo.

2. Tener derecho. «¿Eres de los que tenían derecho a escapar de un yugo?»: el impreso espacia *durfte*, le estaba permitido.

3. Aislamiento y soledad. *Vereinsamung* es irse quedando solo, el aislamiento; *Einsamkeit*, la soledad. Nietzsche usa las dos, y las distinguimos.

4. Una misma conciencia. «Ya no tengo una misma conciencia con vosotros»: el original escribe «*Ein Gewissen*» con mayúscula, una sola conciencia para todo el rebaño.

5. Una rueda que gira por sí sola. La imagen de «De las tres transformaciones»: el comienzo que no necesita que lo empujen.

6. La santa simplicidad. *Die heilige Einfalt*: sancta simplicitas. Según la leyenda, Jan Hus lo exclamó en la hoguera, en 1415, al ver a una anciana que acercaba leña. De ahí que «le gusta jugar con fuego: el de las hogueras».

7. Siete demonios. Los que Jesús expulsó de María Magdalena, según el Evangelio de Lucas (8, 2). De ellos, dice Zaratustra, quieres crearte un dios.

8. Amo al que perece. «Amo al que quiere crear por encima de sí mismo, y así perece»: *zu Grunde gehen*, irse al fondo. Es el tono del prólogo: «amo a los que…».

De las mujercitas viejas y jóvenes

«¿Por qué te deslizas tan huidizo en el crepúsculo, Zaratustra? ¿Y qué escondes con tanto cuidado bajo tu manto?

¿Es un tesoro que te regalaron? ¿O un niño que te ha nacido? ¿O vas ahora tú mismo por los caminos de los ladrones, tú, amigo de los malos?».

¡En verdad, hermano mío!, dijo Zaratustra, es un tesoro que me regalaron: es una pequeña verdad lo que llevo.

Pero es revoltosa como un niño pequeño; y si no le tapo la boca, grita a todo pulmón.

Hoy, cuando iba solo por mi camino, a la hora en que el sol se pone, me encontré con una viejecita, que le habló así a mi alma:

«Mucho nos ha hablado Zaratustra también a nosotras las mujeres, pero nunca nos habló de la mujer».

Y yo le repliqué: «De la mujer hay que hablar solo a los varones».

«Háblame también a mí de la mujer, dijo ella; soy lo bastante vieja como para olvidarlo enseguida».

Y yo complací a la viejecita y le hablé así:

Todo en la mujer es un enigma, y todo en la mujer tiene una sola solución: se llama embarazo.

El varón es para la mujer un medio: el fin es siempre el hijo. Pero ¿qué es la mujer para el varón?

Dos cosas quiere el varón auténtico: peligro y juego. Por eso quiere a la mujer, como el juguete más peligroso.

El varón ha de ser educado para la guerra, y la mujer para el descanso del guerrero: todo lo demás es locura.

Los frutos demasiado dulces no le gustan al guerrero. Por eso le gusta la mujer; amarga es todavía la mujer más dulce.

Mejor que un varón entiende la mujer a los niños, pero el varón es más niño que la mujer.

En el varón auténtico hay un niño escondido, que quiere jugar. ¡Vamos, mujeres, descubridme al niño que hay en el varón!

Que la mujer sea un juguete, pura y fina como una piedra preciosa, iluminada por las virtudes de un mundo que todavía no existe.

¡Que el rayo de una estrella brille en vuestro amor! Que vuestra esperanza se llame: «¡Ojalá dé a luz al superhombre!».

¡Que haya valentía en vuestro amor! ¡Con vuestro amor habéis de ir contra el que os infunde miedo!

¡Que en vuestro amor esté vuestro honor! Por lo demás, poco entiende la mujer de honor. Pero sea este vuestro honor: amar siempre más de lo que sois amadas, y no ser nunca las segundas.

Que el varón tema a la mujer cuando ama: entonces hace cualquier sacrificio, y toda otra cosa le parece sin valor.

Que el varón tema a la mujer cuando odia: porque el varón, en el fondo del alma, solo es malvado, pero la mujer allí es ruin.

¿A quién odia más la mujer? Así le habló el hierro al imán: «Te odio más que a nadie porque atraes, pero no eres lo bastante fuerte para atraerme hacia ti».

La felicidad del varón se llama: yo quiero. La felicidad de la mujer se llama: él quiere.

«¡Mira, justo ahora se ha vuelto perfecto el mundo!», así piensa toda mujer cuando obedece con todo su amor.

Y la mujer tiene que obedecer y encontrar una profundidad para su superficie. Superficie es el ánimo de la mujer, una piel inquieta y tempestuosa sobre un agua poco profunda.

Pero el ánimo del varón es profundo; su corriente rumorea en cuevas subterráneas: la mujer presiente su fuerza, pero no la comprende.

Entonces me replicó la viejecita: «Muchas cosas bonitas ha dicho Zaratustra, y sobre todo para las que son lo bastante jóvenes para ellas.

Es extraño: Zaratustra conoce poco a las mujeres, ¡y sin embargo tiene razón sobre ellas! ¿Será porque con la mujer ninguna cosa es imposible?

¡Y ahora toma, en agradecimiento, una pequeña verdad! ¡Que ya soy bastante vieja para ella!

Envuélvela y tápale la boca: si no, grita a todo pulmón, esta pequeña verdad».

«¡Dame, mujer, tu pequeña verdad!», dije yo. Y así habló la viejecita:

«¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!».

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Quién dice la frase del látigo. «¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!» no la dice Zaratustra: es la «pequeña verdad» que le regala la viejecita al final. Casi siempre se cita como si fuera suya.

2. Una foto de 1882. Un año antes de este libro, en Lucerna, Lou Salomé, Paul Rée y Nietzsche se hicieron una foto en la que ella, subida a un carrito, sostiene un látigo, y los dos hombres tiran del carro.

3. Mujercitas. *Weiblein* es el diminutivo de *Weib*, mujer, y en el original es burlón: por eso «viejecita» y «mujercitas».

4. Varón y hombre. Nietzsche separa *Mann*, el varón, de *Mensch*, el hombre como especie. En este discurso lo marcamos: «el varón es para la mujer un medio».

5. Malvado y ruin. «El varón, en el fondo del alma, solo es malvado, pero la mujer allí es ruin»: *böse* y *schlecht*, las dos palabras de lo malo que Nietzsche separará en La genealogía de la moral (1887).

6. Superhombre. «¡Ojalá dé a luz al superhombre!»: *Übermensch*, lo que el hombre tiene que llegar a ser; en español, de la misma raíz que «superar».

7. Traducir no es suscribir. Los juicios sobre la mujer son de Nietzsche y van tal cual: traducir no es darles la razón, y tampoco es suavizarlos.

De la mordedura de la víbora

Un día Zaratustra se había quedado dormido bajo una higuera, porque hacía calor, y se había puesto los brazos sobre la cara. Entonces llegó una víbora y le mordió en el cuello, de modo que Zaratustra gritó de dolor. Cuando se quitó el brazo de la cara, miró a la serpiente: y ella reconoció los ojos de Zaratustra, se retorció torpemente y quiso irse. «No, espera, dijo Zaratustra; ¡todavía no has recibido mi agradecimiento! Me despertaste a tiempo; mi camino es todavía largo». «Tu camino es ya corto, dijo la víbora con tristeza; mi veneno mata». Zaratustra sonrió. «¿Cuándo murió jamás un dragón por el veneno de una serpiente?, dijo. ¡Pero recupera tu veneno! No eres lo bastante rica para regalármelo». Entonces la víbora volvió a echársele al cuello y le lamió la herida.

Cuando Zaratustra contó esto una vez a sus discípulos, estos le preguntaron: «¿Y cuál es, oh Zaratustra, la moraleja de tu historia?». Zaratustra respondió así:

Destructor de la moral me llaman los buenos y justos: mi historia es inmoral.

Pero si tenéis un enemigo, no le devolváis bien por mal: porque eso lo avergonzaría. Demostrad más bien que os ha hecho algún bien.

¡Y antes enfadaos que avergonzar! Y cuando os maldigan, no me gusta que queráis bendecir. ¡Mejor maldecir un poco también!

Y si os hicieron una gran injusticia, ¡hacedme deprisa cinco pequeñas además! Horrible es de ver aquel a quien solo a él oprime la injusticia.

¿Sabíais esto ya? Injusticia compartida, media justicia. ¡Y que cargue con la injusticia el que puede llevarla!

Una pequeña venganza es más humana que ninguna venganza. Y si el castigo no es también un derecho y un honor para el que infringe, tampoco me gusta vuestro castigar.

Más noble es quitarse uno mismo la razón que quedarse con ella, sobre todo cuando se tiene. Solo que hay que ser lo bastante rico para eso.

No me gusta vuestra justicia fría; y en el ojo de vuestros jueces siempre me mira el verdugo con su hierro frío.

Decid, ¿dónde se encuentra la justicia que es amor con ojos que ven?

¡Inventadme, pues, el amor que no solo carga con todo castigo, sino también con toda culpa!

¡Inventadme, pues, la justicia que absuelve a todos, excepto al que juzga!

¿Queréis oír también esto? En el que quiere ser justo de raíz, hasta la mentira se vuelve amabilidad con los hombres.

¡Pero cómo iba yo a ser justo de raíz! ¡Cómo puedo dar a cada uno lo suyo! Básteme esto: doy a cada uno lo mío.

Por último, hermanos míos, ¡guardaos de ser injustos con los ermitaños! ¡Cómo podría olvidar un ermitaño! ¡Cómo podría devolver!

Como un pozo profundo es un ermitaño. Fácil es tirar dentro una piedra; pero si se hundió hasta el fondo, decid, ¿quién va a sacarla de nuevo?

¡Guardaos de ofender al ermitaño! Pero si lo hicisteis, entonces, ¡matadlo también!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Moraleja y moral. *Die Moral deiner Geschichte* es la moraleja de la historia, y Zaratustra responde que lo llaman «destructor de la moral». En español, moraleja y moral conservan el juego.

2. Tener razón, como en Schopenhauer. «Más noble es quitarse uno mismo la razón que quedarse con ella»: el original dice *Recht behalten*, las mismas palabras del título de Schopenhauer, *Die Kunst, Recht zu behalten*, El arte de tener razón. El maestro de juventud de Nietzsche escribió un tratado para quedarse con la razón; Zaratustra la regala.

3. El Evangelio al revés. «No le devolváis bien por mal» y «no me gusta que queráis bendecir» dan vuelta a dos enseñanzas del Nuevo Testamento: «vence el mal con el bien» (Romanos 12, 21) y «bendecid a los que os maldicen» (Lucas 6, 28).

4. Injusticia compartida, media justicia. «*Getheiltes Unrecht ist halbes Recht*»: parodia del refrán alemán *Geteiltes Leid ist halbes Leid*, pena compartida, media pena.

5. A cada uno lo suyo. «¡Cómo puedo dar a cada uno lo suyo!»: suum cuique, la fórmula de la justicia en el derecho romano. Zaratustra responde: «doy a cada uno lo mío».

6. El dragón. «¿Cuándo murió jamás un dragón por el veneno de una serpiente?»: Zaratustra se llama a sí mismo dragón. En «De las tres transformaciones» el dragón era el «Tú debes».

7. Matadlo también. «Pero si lo hicisteis, entonces, ¡matadlo también!»: *tödtet ihn*, así en el original.

Del hijo y el matrimonio

Tengo una pregunta solo para ti, hermano mío: como una sonda lanzo esta pregunta a tu alma, para saber cuán profunda es.

Eres joven y deseas hijo y matrimonio. Pero yo te pregunto: ¿eres un hombre que *tiene derecho* a desear un hijo?

¿Eres el victorioso, el que se domina a sí mismo, el soberano de los sentidos, el señor de tus virtudes? Así te pregunto.

¿O hablan por tu deseo el animal y la necesidad? ¿O el aislamiento? ¿O la discordia contigo mismo?

Quiero que sean tu victoria y tu libertad las que anhelen un hijo. Monumentos vivos has de construir a tu victoria y a tu liberación.

Por encima de ti has de construir. Pero primero tienes que estar tú mismo bien construido, a escuadra de cuerpo y de alma.

¡No solo has de propagarte hacia adelante, sino hacia arriba! ¡Para eso te ayude el jardín del matrimonio!

Un cuerpo más alto has de crear, un primer movimiento, una rueda que gira por sí sola: un creador has de crear.

Matrimonio: así llamo a la voluntad de dos de crear al uno que es más que quienes lo crearon. Veneración mutua llamo al matrimonio, la de quienes quieren tal voluntad.

Sea ese el sentido y la verdad de tu matrimonio. Pero lo que los demasiados llaman matrimonio, esos superfluos... ay, ¿cómo lo llamo?

¡Ay, esa pobreza del alma de a dos! ¡Ay, esa suciedad del alma de a dos! ¡Ay, ese lastimoso bienestar de a dos!

Matrimonio llaman a todo eso; y dicen que sus matrimonios se hicieron en el cielo.

¡Pues a mí no me gusta ese cielo de los superfluos! ¡No, no me gustan esos animales enredados en la red celestial!

¡Lejos de mí también el dios que llega cojeando a bendecir lo que él no unió!

¡No os riáis de tales matrimonios! ¿Qué hijo no tendría motivos para llorar por sus padres?

Digno me pareció este hombre, y maduro para el sentido de la tierra: pero cuando vi a su mujer, la tierra me pareció una casa de insensatos.

Sí, quisiera que la tierra temblara en convulsiones cuando un santo y una gansa se aparean.

Este salió como un héroe a la caza de verdades, y al final se hizo con una mentirita emperifollada. Su matrimonio lo llama.

Aquel era esquivo en el trato y escogía con remilgo. Pero de una sola vez echó a perder para siempre su compañía: su matrimonio lo llama.

Aquel buscaba una criada con las virtudes de un ángel. Pero de una sola vez se volvió la criada de una mujer, y ahora haría falta que encima se volviera ángel.

Cuidadosos encontré ahora a todos los compradores, y todos tienen ojos astutos. Pero a su mujer la compra a ciegas hasta el más astuto.

Muchas locuras cortas: eso se llama entre vosotros amor. Y vuestro matrimonio pone fin a muchas locuras cortas, como una sola larga estupidez.

Vuestro amor a la mujer y el amor de la mujer al varón: ¡ay, ojalá fuera compasión con dioses dolientes y velados! Pero casi siempre son dos animales que se adivinan el uno al otro.

Pero aun vuestro mejor amor no es más que un símbolo extasiado y un ardor doloroso. Es una antorcha que ha de alumbraros hacia caminos más altos.

¡Por encima de vosotros habéis de amar un día! ¡Así que primero *aprended* a amar! Y por eso tuvisteis que beber el cáliz amargo de vuestro amor.

Hay amargura en el cáliz aun del mejor amor: así despierta anhelo hacia el superhombre, ¡así te da sed a ti, el creador!

Sed para el creador, flecha y anhelo hacia el superhombre: di, hermano mío, ¿es esa tu voluntad de matrimonio?

Sagrados llamo yo a una voluntad así y a un matrimonio así.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. «*Dem*» o «*zum*» superhombre. En «flecha y anhelo hacia el superhombre», la primera edición dice «*dem Übermenschen*» y el texto crítico, «*zum Übermenschen*». En el ejemplar de la Staatsbibliothek de Berlín alguien tachó «*dem*» y escribió «*zum*» a mano, con tinta roja, en el margen (facsímil de la página 101). Seguimos el texto crítico, que concuerda con la frase anterior: «así despierta anhelo hacia el superhombre».

2. Tener derecho. «¿Eres un hombre que tiene derecho a desear un hijo?»: el impreso espacia *darf*. Y en «primero aprended a amar», espacia *lernt*.

3. Hacia adelante y hacia arriba. «No solo has de propagarte hacia adelante, sino hacia arriba»: fortpflanzen, reproducirse, es literalmente plantarse hacia adelante; Nietzsche le opone *hinauf*, hacia arriba.

4. A escuadra. «*Rechtwinklig an Leib und Seele*»: en ángulo recto de cuerpo y de alma, bien construido. Viene de «De los trasmundanos».

5. Una rueda que gira por sí sola. Otra vez la imagen de «De las tres transformaciones»: el hijo como un primer movimiento.

6. Sentido e insensatos. «La tierra me pareció una casa de insensatos»: el original juega con *Sinn*, sentido, y *Unsinnige*; en español sentido e insensatos conservan el juego.

7. Hechos en el cielo. «Dicen que sus matrimonios se hicieron en el cielo»: el refrán alemán, *Ehen werden im Himmel geschlossen*.

8. Superhombre. *Übermensch*, lo que el hombre tiene que llegar a ser; en español, de la misma raíz que «superar».

De la muerte libre

Muchos mueren demasiado tarde, y algunos mueren demasiado pronto. Todavía suena extraña la doctrina: «¡Muere a tiempo!».

Muere a tiempo: así lo enseña Zaratustra.

Claro, el que nunca vive a tiempo, ¿cómo va a morir alguna vez a tiempo? ¡Ojalá no hubiera nacido nunca! Así aconsejo a los superfluos.

Pero también los superfluos se dan importancia con su morir, y hasta la nuez más hueca quiere que la casquen.

Todos se toman en serio el morir: pero la muerte todavía no es una fiesta. Todavía no han aprendido los hombres a consagrar las fiestas más hermosas.

Os muestro la muerte que consuma, la que se vuelve para los vivos un aguijón y una promesa.

Su muerte la muere el que consuma, victorioso, rodeado de gente que espera y que promete.

Así habría que aprender a morir; ¡y no debería haber fiesta en la que un moribundo así no consagrara los juramentos de los vivos!

Morir así es lo mejor; lo segundo es morir en la lucha y derrochar un alma grande.

Pero tan odiosa para el que lucha como para el vencedor es vuestra muerte de mueca burlona, que se acerca a hurtadillas como un ladrón y, sin embargo, llega como señor.

Os alabo mi muerte, la muerte libre, que me viene porque *yo* quiero.

¿Y cuándo querré? El que tiene una meta y un heredero quiere la muerte a tiempo para su meta y su heredero.

Y por veneración a la meta y al heredero ya no colgará coronas secas en el santuario de la vida.

En verdad, no quiero parecerme a los cordeleros: estiran su hilo a lo largo y ellos mismos van siempre hacia atrás.

Más de uno se vuelve demasiado viejo también para sus verdades y sus victorias; una boca sin dientes ya no tiene derecho a todas las verdades.

Y todo el que quiere tener fama tiene que despedirse a tiempo del honor y ejercitar el arte difícil de... irse a tiempo.

Hay que dejar de dejarse comer cuando uno sabe mejor: eso lo saben los que quieren ser amados mucho tiempo.

Hay, claro, manzanas agrias cuyo destino quiere que esperen hasta el último día del otoño: y a la vez se vuelven maduras, amarillas y arrugadas.

A unos les envejece primero el corazón, y a otros el espíritu. Y algunos son viejos en la juventud: pero el que es joven tarde se mantiene joven mucho tiempo.

A más de uno se le malogra la vida: un gusano venenoso se le come el corazón. Que procure entonces que el morir le salga tanto mejor.

Más de uno nunca se vuelve dulce: se pudre ya en verano. La cobardía es lo que lo mantiene agarrado a su rama.

Demasiados viven, y demasiado tiempo cuelgan de sus ramas. ¡Ojalá viniera una tormenta que sacudiera del árbol todo esto podrido y agusanado!

¡Ojalá vinieran predicadores de la muerte *rápida*! ¡Esas serían para mí las verdaderas tormentas y sacudidoras de los árboles de la vida! Pero solo oigo predicar la muerte lenta y la paciencia con todo lo «terrenal».

Ay, ¿predicáis paciencia con lo terrenal? ¡Es lo terrenal lo que tiene demasiada paciencia con vosotros, lenguas blasfemas!

En verdad, demasiado pronto murió aquel hebreo al que honran los predicadores de la muerte lenta: y para muchos se volvió desde entonces una fatalidad que muriera demasiado pronto.

Todavía no conocía más que las lágrimas y la melancolía del hebreo, junto con el odio de los buenos y justos, el hebreo Jesús: entonces lo asaltó el anhelo de la muerte.

¡Ojalá se hubiera quedado en el desierto, lejos de los buenos y justos! Quizá habría aprendido a vivir, y a amar la tierra, ¡y a reír además!

¡Creedme, hermanos míos! Murió demasiado pronto; él mismo habría retirado su doctrina si hubiera llegado a mi edad. ¡Era lo bastante noble para retractarse!

Pero todavía no estaba maduro. Inmaduro ama el joven, e inmaduro odia también al hombre y a la tierra. Atados y pesados tiene todavía el ánimo y las alas del espíritu.

Pero en el hombre hecho hay más niño que en el joven, y menos melancolía: entiende mejor de muerte y de vida.

Libre para la muerte y libre en la muerte, un santo que dice no cuando ya no es tiempo del sí: así entiende de muerte y de vida.

Que vuestro morir no sea una blasfemia contra el hombre y la tierra, amigos míos: eso le pido a la miel de vuestra alma.

En vuestro morir han de arder todavía vuestro espíritu y vuestra virtud, como un arrebol de la tarde alrededor de la tierra: si no, el morir os ha salido mal.

Así quiero morir yo mismo, para que vosotros, amigos, améis más la tierra por mí; y en tierra quiero volver a convertirme, para tener descanso en la que me parió.

En verdad, una meta tenía Zaratustra, lanzó su pelota: ahora vosotros, amigos, sois los herederos de mi meta; a vosotros os lanzo la pelota de oro.

¡Más que nada me gusta veros, amigos míos, lanzar la pelota de oro! Y por eso me demoro todavía un poco en la tierra: ¡perdonádmelo!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. El título se queda. *Vom freien Tode*: de la muerte libre. Lo que el texto dice, lo decimos, en el título y en la voz.

2. Muere a tiempo. «*Stirb zur rechten Zeit*!»: literalmente, muere en el momento justo. Es la doctrina del discurso.

3. La muerte que consuma. *Der vollbringende Tod*: *vollbringen* es llevar a término, consumar; es la palabra de «todo está consumado» en la Biblia de Lutero, «*Es ist vollbracht*».

4. Jesús, por su nombre. «El hebreo Jesús»: es la única vez en esta primera parte que Zaratustra lo nombra. Dice que murió demasiado pronto y que habría retirado su doctrina si hubiera llegado a su edad.

5. Los cordeleros. *Seildreher*: los que tuercen cuerdas caminando hacia atrás para estirar el hilo. Zaratustra no quiere parecerse a ellos.

6. Palabras con énfasis. «Que me viene porque yo quiero»: el impreso espacia *ich*, yo. Y en «predicadores de la muerte rápida», espacia *schnellen*, rápida.

7. Libre para la muerte y libre en la muerte. «*Frei zum Tode und frei im Tode*»: y el «santo que dice no», *Nein-sager*, el reverso del «santo decir sí» del niño en «De las tres transformaciones».

8. Los demasiados y los superfluos. *Die Viel-zu-Vielen*, *die Überflüssigen*: los que viven demasiado y cuelgan demasiado tiempo de sus ramas.

De la virtud que regala

1

Cuando Zaratustra se hubo despedido de la ciudad a la que estaba apegado su corazón, y cuyo nombre es «la Vaca Pinta», lo siguieron muchos que se decían sus discípulos, y le hicieron compañía. Así llegaron a una encrucijada: allí Zaratustra les dijo que en adelante quería ir solo; porque era amigo de andar solo. Pero sus discípulos, al despedirse, le dieron un bastón en cuya empuñadura de oro una serpiente se enroscaba alrededor del sol. Zaratustra se alegró del bastón y se apoyó en él; luego habló así a sus discípulos:

Decidme: ¿cómo llegó el oro al valor más alto? Porque es poco común, e inútil, y luminoso, y suave en su brillo; siempre se regala.

Solo como imagen de la virtud más alta llegó el oro al valor más alto. Como el oro brilla la mirada del que regala. El brillo del oro hace la paz entre la luna y el sol.

Poco común es la virtud más alta, e inútil; luminosa es, y suave en su brillo: una virtud que regala es la virtud más alta.

En verdad, os adivino bien, discípulos míos: aspiráis, como yo, a la virtud que regala. ¿Qué tendríais en común con los gatos y los lobos?

Esta es vuestra sed: volveros vosotros mismos ofrendas y regalos; y por eso tenéis sed de amontonar todas las riquezas en vuestra alma.

Insaciable aspira vuestra alma a tesoros y joyas, porque vuestra virtud es insaciable en su querer regalar.

Obligáis a todas las cosas a venir a vosotros y a entrar en vosotros, para que vuelvan a brotar de vuestro manantial como los dones de vuestro amor.

En verdad, ladrona de todos los valores tiene que volverse un amor que regala así; pero sano y santo llamo yo a este egoísmo.

Hay otro egoísmo, uno demasiado pobre, uno hambriento, que siempre quiere robar: ese egoísmo de los enfermos, el egoísmo enfermo.

Con el ojo del ladrón mira todo lo que brilla; con la avidez del hambre mide al que tiene mucho que comer; y siempre ronda la mesa de los que regalan.

Enfermedad habla por tal codicia, y degeneración invisible; de un cuerpo enfermizo habla la avidez ladrona de este egoísmo.

Decidme, hermanos míos: ¿qué tenemos por malo, y por lo peor? ¿No es la *degeneración*? Y siempre sospechamos degeneración donde falta el alma que regala.

Hacia arriba va nuestro camino, de la especie a la sobre-especie. Pero nos horroriza el sentido degenerado que dice: «Todo para mí».

Hacia arriba vuela nuestro sentido: así es un símbolo de nuestro cuerpo, símbolo de una elevación. Símbolos de tales elevaciones son los nombres de las virtudes.

Así atraviesa el cuerpo la historia, uno que deviene y uno que lucha. Y el espíritu, ¿qué es para él? Heraldo, compañero y eco de sus luchas y sus victorias.

Símbolos son todos los nombres del bien y del mal: no dicen, solo hacen señas. ¡Tonto el que quiera sacar de ellos saber!

Prestad atención, hermanos míos, a cada hora en que vuestro espíritu quiera hablar en símbolos: ahí está el origen de vuestra virtud.

Elevado está entonces vuestro cuerpo, y resucitado; con su deleite embelesa al espíritu, para que se vuelva creador y valorador y amante y bienhechor de todas las cosas.

Cuando vuestro corazón se desborda ancho y lleno, como el río, bendición y peligro para los que viven a su orilla: ahí está el origen de vuestra virtud.

Cuando estáis por encima de la alabanza y la censura, y vuestra voluntad quiere mandar a todas las cosas, como la voluntad de un

amante: ahí está el origen de vuestra virtud.

Cuando despreciáis lo agradable y la cama blanda, y no podéis haceros la cama lo bastante lejos de los blandos: ahí está el origen de vuestra virtud.

Cuando sois los que quieren una sola voluntad, y a ese dar la vuelta a toda penuria lo llamáis necesidad: ahí está el origen de vuestra virtud.

¡En verdad, un nuevo bien y un nuevo mal es ella! ¡En verdad, un nuevo rumor profundo y la voz de un manantial nuevo!

Poder es ella, esta nueva virtud; un pensamiento dominante es, y a su alrededor un alma astuta: un sol de oro, y alrededor de él la serpiente del conocimiento.

2

Aquí calló Zaratustra un rato y miró con amor a sus discípulos. Luego siguió hablando así, y su voz se había transformado:

¡Permaneced fieles a la tierra, hermanos míos, con el poder de vuestra virtud! ¡Que vuestro amor que regala y vuestro conocimiento sirvan al sentido de la tierra! Así os lo pido y os lo conjuro.

¡No dejéis que se vayan volando de lo terrenal y den con las alas contra paredes eternas! ¡Ay, siempre hubo tanta virtud extraviada en vuelo!

¡Traed, como yo, la virtud extraviada de vuelta a la tierra, sí, de vuelta al cuerpo y a la vida: para que le dé a la tierra su sentido, un sentido humano!

De cien maneras se extraviaron y se equivocaron hasta ahora tanto el espíritu como la virtud. Ay, en nuestro cuerpo habitan todavía toda esa ilusión y ese error: se han vuelto ahí cuerpo y voluntad.

De cien maneras ensayaron y se extraviaron hasta ahora tanto el espíritu como la virtud. Sí, un ensayo fue el hombre. ¡Ay, mucha ignorancia y mucho error se han hecho cuerpo en nosotros!

No solo la razón de milenios: también su locura estalla en nosotros. Peligroso es ser heredero.

Todavía luchamos paso a paso con el gigante Azar, y sobre toda la humanidad reinó hasta ahora el absurdo, el sin-sentido.

¡Que vuestro espíritu y vuestra virtud sirvan al sentido de la tierra, hermanos míos, y que el valor de todas las cosas sea puesto de nuevo por vosotros! ¡Por eso habéis de ser luchadores! ¡Por eso habéis de ser creadores!

Sabiendo se purifica el cuerpo; ensayando con saber se eleva; para el que conoce, todos los instintos se santifican; para el elevado, el alma se vuelve alegre.

Médico, cúrate a ti mismo: así ayudas también a tu enfermo. Que su mejor ayuda sea ver con sus ojos al que se sana a sí mismo.

Hay mil senderos que nunca se han recorrido todavía; mil saludes e islas escondidas de la vida. Inagotados y sin descubrir siguen estando el hombre y la tierra del hombre.

¡Velad y escuchad, solitarios! Del futuro vienen vientos con un aleteo secreto; y a los oídos finos llega la buena nueva.

Solitarios de hoy, vosotros que os apartáis, habéis de ser un día un pueblo: de vosotros, que os elegisteis a vosotros mismos, ha de crecer un pueblo elegido; y de él, el superhombre.

¡En verdad, la tierra ha de volverse todavía un lugar de curación! Y ya flota a su alrededor un olor nuevo, que trae salud, ¡y una nueva esperanza!

3

Cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras, calló, como quien no ha dicho su última palabra; largo rato sopesó el bastón en su mano, dudando. Por fin habló así, y su voz se había transformado:

¡Solo me voy ahora, discípulos míos! ¡También vosotros os vais ahora, y solos! Así lo quiero.

En verdad, os lo aconsejo: ¡alejaos de mí y defendeos de Zaratustra! Y mejor aún: ¡avergonzaos de él! Quizá os engañó.

El hombre del conocimiento no solo tiene que amar a sus enemigos, sino también poder odiar a sus amigos.

Mal le paga uno a un maestro si se queda siempre en alumno. ¿Y por qué no queréis arrancarle hojas a mi corona?

Me veneráis; pero ¿y si un día vuestra veneración se viene abajo? ¡Guardaos de que no os aplaste una estatua!

¿Decís que creéis en Zaratustra? ¡Pero qué importa Zaratustra! Sois mis creyentes: ¡pero qué importan todos los creyentes!

Todavía no os habíais buscado: y me encontrasteis a mí. Así hacen todos los creyentes; por eso vale tan poco toda fe.

Ahora os mando perderme a mí y encontraros a vosotros; y solo cuando todos me hayáis negado volveré a vosotros.

En verdad, con otros ojos, hermanos míos, buscaré entonces a mis perdidos; con otro amor os amaré entonces.

Y un día todavía habréis de haberos vuelto mis amigos, e hijos de una sola esperanza: entonces estaré con vosotros por tercera vez, para celebrar con vosotros el gran mediodía.

Y el gran mediodía es cuando el hombre está a la mitad de su camino entre el animal y el superhombre, y celebra su camino hacia la tarde como su esperanza más alta: porque es el camino hacia una nueva mañana.

Entonces el que se hunde en su ocaso se bendecirá a sí mismo por ser uno que pasa al otro lado; y el sol de su conocimiento estará para él en el mediodía.

«*Muertos están todos los dioses: ahora queremos que viva el superhombre*»: ¡sea esta un día, en el gran mediodía, nuestra última voluntad!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. La virtud que regala. *Die schenkende Tugend*: *schenken* es regalar, el verbo del prólogo, «quisiera regalar y repartir». La virtud más alta es la que se da, como el oro, «que siempre se regala».

2. El bastón. Una empuñadura de oro en la que una serpiente se enrosca alrededor del sol: la serpiente del conocimiento en torno a la virtud, como dice el cierre de la primera sección.

3. De la especie a la sobre-especie. «*Von der Art hinüber zur Über-Art*»: *Art* es especie, y *Über-Art*, otra palabra de la familia de «*über*». *Entartung*, degeneración, es salirse de la especie; en español «degenerar» viene igual de genus.

4. Penuria y necesidad. «A ese dar la vuelta a toda penuria lo llamáis necesidad»: Nietzsche parte *Nothwendigkeit*, necesidad, en *Noth*, penuria, y *Wende*, vuelta. El juego no pasa entero al español.

5. Médico, cúrate a ti mismo. El proverbio del Evangelio de Lucas (4, 23).

6. Ocaso y tránsito. «El que se hunde en su ocaso se bendecirá a sí mismo por ser uno que pasa al otro lado»: *Untergehender* e *Hinübergehender*, las palabras del prólogo.

7. El gran mediodía. *Der grosse Mittag*: la hora en que el hombre está a mitad de camino entre el animal y el superhombre. «Muertos están todos los dioses: ahora queremos que viva el superhombre»: así cierra la primera parte, con énfasis en el impreso.

8. Vuelve en la segunda parte. «Solo cuando todos me hayáis negado volveré a vosotros»: Nietzsche puso estas frases como epígrafe de la segunda parte, publicada ese mismo 1883.

9. Las secciones. Este discurso tiene tres, numeradas en el original y aquí también.

SEGUNDA PARTE

El niño del espejo

«y solo cuando todos me hayáis negado volveré a vosotros. En verdad, con otros ojos, hermanos míos, buscaré entonces a mis perdidos; con otro amor os amaré entonces».

Zaratustra, «De la virtud que regala» (primera parte)

Después de esto Zaratustra volvió de nuevo a las montañas y a la soledad de su cueva, y se apartó de los hombres: esperando como un sembrador que ha echado su semilla. Pero su alma se llenó de impaciencia y de ansia de aquellos a quienes amaba: porque todavía tenía mucho que darles. Pues esto es lo más difícil: cerrar por amor la mano abierta y conservar el pudor de quien regala.

Así le pasaron al solitario meses y años; pero su sabiduría crecía, y su plenitud le causaba dolores.

Una mañana, sin embargo, despertó antes incluso de la aurora, reflexionó largo rato en su lecho y habló por fin a su corazón:

«¿Por qué me asusté tanto en mi sueño, hasta despertarme? ¿No se acercó a mí un niño que llevaba un espejo?

Oh Zaratustra, me dijo el niño, ¡mírate en el espejo!

Pero cuando miré el espejo, grité, y mi corazón se estremeció: porque no me vi a mí en él, sino la mueca de un demonio y su risa de burla.

En verdad, demasiado bien entiendo la señal y la advertencia del sueño: mi *doctrina* está en peligro, ¡la mala hierba quiere llamarse trigo!

Mis enemigos se han hecho poderosos y han desfigurado la imagen de mi doctrina, de modo que mis más queridos tienen que avergonzarse de los dones que les di.

Se me perdieron mis amigos; ¡me ha llegado la hora de buscar a mis perdidos!».

Con estas palabras Zaratustra se puso en pie de un salto, pero no como un angustiado que busca aire, sino más bien como un vidente y un cantor a quien acomete el espíritu. Su águila y su serpiente lo miraron asombradas: porque en su rostro había, igual que la aurora, una felicidad que venía.

¿Qué me ha pasado, animales míos?, dijo Zaratustra. ¿No estoy transformado? ¿No me llegó la bienaventuranza como un vendaval?

Insensata es mi felicidad, e insensateces dirá: todavía es demasiado joven, ¡así que tened paciencia con ella!

Herido estoy por mi felicidad: ¡que todos los que sufren sean mis médicos!

¡Puedo bajar otra vez a mis amigos, y también a mis enemigos! ¡Zaratustra puede hablar de nuevo, y regalar, y hacer a los amados lo más amado!

Mi amor impaciente se desborda en torrentes, hacia abajo, hacia el naciente y el poniente. Desde montañas calladas y tormentas de dolor mi alma baja rumorosa a los valles.

Demasiado tiempo estuve anhelando y mirando a lo lejos. Demasiado tiempo pertenecí a la soledad: así desaprendí a callar.

Boca me he vuelto por entero, y estruendo de un arroyo que cae de altas peñas: quiero precipitar mi *discurso* hacia abajo, a los valles.

¡Y que mi torrente de amor se precipite por donde no hay camino! ¡Cómo no habría de encontrar un torrente, al fin, el camino hacia el mar!

Bien hay un lago en mí, un lago ermitaño que se basta a sí mismo; pero mi torrente de amor lo arrastra consigo hacia abajo, ¡al mar!

Camino por vías nuevas, me viene un habla nueva; me he cansado, como todos los creadores, de las lenguas viejas. Mi espíritu ya no quiere andar sobre suelas gastadas.

Demasiado lento corre para mí todo hablar: ¡a tu carro salto, tormenta! ¡Y hasta a ti quiero azotarte todavía con mi maldad!

Como un grito y un júbilo quiero cruzar anchos mares, hasta encontrar las islas afortunadas donde moran mis amigos.

¡Y mis enemigos entre ellos! ¡Cómo amo ahora a cualquiera a quien me sea dado hablar! También mis enemigos son parte de mi bienaventuranza.

Y cuando quiero montar mi caballo más salvaje, lo que mejor me ayuda a subir es siempre mi lanza: ella es la servidora siempre dispuesta de mi pie.

¡La lanza que arrojo contra mis enemigos! ¡Cómo les agradezco a mis enemigos que por fin pueda arrojarla!

Demasiado grande era la tensión de mi nube: entre carcajadas de rayos quiero arrojar granizadas a la hondura.

Con fuerza se alzará entonces mi pecho, con fuerza soplará su tormenta por encima de las montañas: así le llega el alivio.

En verdad, ¡igual que una tormenta vienen mi felicidad y mi libertad! Pero mis enemigos han de creer que es *el Maligno* el que brama sobre sus cabezas.

Sí, también vosotros os asustaréis, amigos míos, de mi sabiduría salvaje; y quizá huyáis de ella junto con mis enemigos.

¡Ah, si yo supiera atraeros de vuelta con flautas de pastor! ¡Ah, si mi leona sabiduría aprendiera a rugir con ternura! ¡Y muchas cosas hemos aprendido ya juntos!

Mi sabiduría salvaje quedó preñada en montañas solitarias; sobre piedras ásperas dio a luz su cría, la más joven.

Ahora corre como loca por el desierto duro y busca y busca hierba blanda: ¡mi vieja sabiduría salvaje!

¡Sobre la hierba blanda de vuestros corazones, amigos míos, sobre vuestro amor querría acostar a su criatura más querida!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. El lema del libro. La segunda parte lleva al frente dos frases que Zaratustra ya dijo al final de la primera, en «De la virtud que regala»: «y solo cuando todos me hayáis negado volveré a vosotros. En verdad, con otros ojos, hermanos míos, buscaré entonces a mis perdidos; con otro amor os amaré entonces». El capítulo termina cumpliéndolas.

2. Doctrina. *Lehre*: lo que Zaratustra enseña y predica, con el peso religioso que la palabra tiene en alemán. En el impreso de 1883 va con las letras espaciadas, que era la manera de subrayar de entonces; por eso en nuestra versión escrita va en cursiva.

3. La mala hierba quiere llamarse trigo. Alusión a la parábola del Evangelio (Mateo 13): mientras los hombres dormían vino el enemigo y sembró cizaña entre el trigo. En el sueño de Zaratustra el enemigo ya sembró.

4. Regalar y el pudor. *Schenken* es el verbo con que cerró la primera parte, la virtud que regala. «Lo más difícil es cerrar por amor la mano abierta y conservar el pudor de quien regala»: contenerse cuando lo que uno quiere es dar.

5. El águila y la serpiente. Sus dos animales, los del prólogo: el más orgulloso y la más astuta. Aquí solo lo miran, asombrados.

6. Transformado. «¿No estoy transformado?»: *verwandelt*, la palabra del primer discurso, el de las tres transformaciones del espíritu.

7. Bienaventuranza. *Seligkeit*, distinta de *Glück*, la felicidad. *Selig* es la palabra de las bienaventuranzas del Evangelio, y Nietzsche la usa con ese eco: la felicidad de Zaratustra llega «como un vendaval».

8. Mi discurso. *Rede*: su habla, su modo de decir, la misma palabra que da título a «los discursos de Zaratustra». También va espaciada en el impreso.

9. El naciente y el poniente. *Aufgang* y *Niedergang*: por dónde sale y por dónde se pone el sol, y de ahí el oriente y el occidente. *Niedergang* guarda el eco de *Untergang*, el ocaso del prólogo.

10. Las islas afortunadas. Las islas de los bienaventurados de los griegos, en el confín del océano, adonde iban los héroes en lugar de morir. Dan título al capítulo siguiente.

11. El Maligno. *Der Böse*, el diablo, también espaciado en el impreso: lo que los enemigos creerán que ruge sobre sus cabezas cuando pase la tormenta de Zaratustra.

12. Mi leona sabiduría. La sabiduría salvaje que se preñó en las montañas y parió sobre piedras ásperas; ahora busca hierba blanda donde acostar a su cría, y esa hierba son los corazones de sus amigos.

SEGUNDA PARTE

En las islas afortunadas

Los higos caen de los árboles, son buenos y dulces; y al caer se les rasga la piel roja. Un viento del norte soy yo para los higos maduros.

Así, igual que higos, os caen estas doctrinas, amigos míos: ¡bebed ahora su jugo y su dulce carne! Es otoño alrededor, y cielo puro, y tarde.

Mirad qué plenitud hay en torno nuestro. Y desde la abundancia es hermoso mirar hacia mares lejanos.

En otro tiempo se decía Dios cuando se miraba hacia mares lejanos; pero ahora os he enseñado a decir: superhombre.

Dios es una conjetura; pero yo quiero que vuestro conjeturar no llegue más lejos que vuestra voluntad creadora.

¿Podríais *crear* un dios? ¡Entonces calladme de todos los dioses! Pero sí podríais crear al superhombre.

Quizá no vosotros mismos, hermanos míos. Pero podríais rehaceros hasta ser padres y antepasados del superhombre: ¡y sea ese vuestro mejor crear!

Dios es una conjetura: pero yo quiero que vuestro conjeturar esté limitado por lo pensable.

¿Podríais *pensar* un dios? Pero que voluntad de verdad signifique para vosotros esto: que todo sea transformado en algo pensable por el hombre, visible por el hombre, sensible por el hombre. ¡Vuestros propios sentidos debéis pensarlos hasta el final!

Y eso que llamasteis mundo debe ser creado primero por vosotros: vuestra razón, vuestra imagen, vuestra voluntad, vuestro amor debe llegar a ser él mismo. ¡Y en verdad, para vuestra bienaventuranza, vosotros los que conocéis!

¿Y cómo ibais a soportar la vida sin esa esperanza, vosotros los que conocéis? No os sería dado haber nacido ni en lo incomprensible ni en lo irracional.

Pero para abriros del todo mi corazón, amigos: *si* hubiera dioses, ¡cómo soportaría yo no ser un dios! *Luego* no hay dioses.

Yo saqué la conclusión; pero ahora ella me arrastra a mí.

Dios es una conjetura: ¿pero quién bebería todo el tormento de esa conjetura sin morir? ¿Ha de quitársele al que crea su fe, y al águila su cernerse en lejanías de águila?

Dios es un pensamiento que tuerce todo lo recto y hace girar todo lo que está en pie. ¿Cómo? ¿El tiempo habría desaparecido, y todo lo perecedero sería solo mentira?

Pensar esto es vértigo y mareo para los huesos humanos, y además vómito para el estómago: en verdad, la enfermedad que hace girar llamo yo a conjeturar tal cosa.

Malo lo llamo, y enemigo del hombre: ¡todo ese enseñar de lo Uno y lo Pleno y lo Inmóvil y lo Saciado y lo Imperecedero!

Todo lo imperecedero no es más que un símil. Y los poetas mienten demasiado.

Pero del tiempo y del devenir deben hablar los mejores símiles: ¡deben ser una alabanza y una justificación de todo lo perecedero!

Crear: esa es la gran redención del sufrimiento, y el aligerarse de la vida. Pero para que haya quien cree hace falta sufrimiento, y mucha transformación.

Sí, mucho morir amargo tiene que haber en vuestra vida, vosotros los que creáis. Así sois abogados y justificadores de todo lo perecedero.

Para que el que crea sea él mismo el niño que nace de nuevo, tiene que querer ser también la parturienta, y el dolor de la parturienta.

En verdad, por cien almas anduve mi camino, y por cien cunas y dolores de parto. Muchas despedidas he tomado ya; conozco las últimas horas que rompen el corazón.

Pero así lo quiere mi voluntad creadora, mi destino. O, para decíroslo con más honestidad: precisamente ese destino lo quiere mi voluntad.

Todo lo que siente sufre en mí y está en prisiones: pero mi querer viene siempre a mí como mi libertador y mi portador de alegría.

Querer libera: esa es la verdadera doctrina sobre la voluntad y la libertad; así os la enseña Zaratustra.

No-querer-más y no-estimar-más y no-crear-más: ah, ¡que ese gran cansancio se mantenga siempre lejos de mí!

También en el conocer siento solo el gozo de engendrar y de devenir que tiene mi voluntad; y si hay inocencia en mi conocimiento, es porque hay en él voluntad de engendrar.

Lejos de Dios y de los dioses me atrajo esa voluntad; ¿qué habría que crear, si los dioses existieran?

Pero hacia el hombre me empuja siempre de nuevo mi ardiente voluntad de crear; así empuja al martillo hacia la piedra.

Ah, hombres, en la piedra me duerme una imagen, ¡la imagen de mis imágenes! Ah, que tenga que dormir en la piedra más dura y más fea.

Ahora mi martillo se ensaña cruelmente contra su prisión. De la piedra saltan pedazos: ¿qué me importa eso?

Quiero acabarla: porque una sombra vino a mí; ¡lo más callado y lo más ligero de todas las cosas vino una vez a mí!

La belleza del superhombre vino a mí como sombra. Ah, hermanos míos, ¡qué me importan ya los dioses!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Conjetura. *Muthmaassung*: aventurar algo sin poder comprobarlo, que es justo el reproche. Se repite tres veces, como un estribillo: «Dios es una conjetura».

2. Símil. *Gleichnis*. «Todo lo imperecedero no es más que un símil» da vuelta al final del Fausto de Goethe, donde se lee «todo lo perecedero no es más que un símil». Nietzsche cambia una palabra y con eso lo invierte entero.

3. El que crea. *Schaffender*, no «el creador»: en español «creador» se lee como Dios, y el capítulo entero va contra eso.

4. Engendrar. *Zeugung*, en sentido sexual, no «producir». Va con la imagen de la parturienta que aparece en el mismo capítulo: el que crea tiene que querer ser también el dolor del parto.

5. Redención. *Erlösung*, palabra de la teología. «Crear: esa es la gran redención del sufrimiento». Es el término que dará título al capítulo veinte.

6. Superhombre. *Übermensch*: la palabra con que el lector hispano lo busca y lo reconoce, y que rima con «superar», que es el lazo que Nietzsche quiere.

7. Las islas afortunadas. Las makárōn nêsoi de los griegos, la morada de los bienaventurados en el confín del océano. Dan título a este capítulo y vuelven a lo largo de la parte.

8. La imagen en la piedra. El cierre —el martillo, la piedra dura, la imagen dormida dentro— es la vieja idea del escultor que libera la figura que ya estaba en el mármol. Nietzsche la usa para el hombre.

9. Una palabra con énfasis. El impreso de 1883 espacia las letras de crear (§6), pensar (§9) y de si y luego (§12). Era la manera de subrayar de entonces; por eso en nuestra versión escrita van en cursiva.

SEGUNDA PARTE

De los compasivos

Amigos míos, a vuestro amigo le ha llegado una burla: «¡mirad a Zaratustra! ¿No anda entre nosotros como entre animales?».

Pero mejor dicho es así: «el que conoce anda entre los hombres como entre animales».

Y el hombre mismo se llama, para el que conoce: el animal que tiene las mejillas rojas.

¿Cómo le pasó eso? ¿No es porque ha tenido que avergonzarse demasiadas veces?

Oh, amigos míos. Así habla el que conoce: vergüenza, vergüenza, vergüenza; esa es la historia del hombre.

Y por eso el noble se prohíbe avergonzar a otros: pudor se impone a sí mismo ante todo el que sufre.

En verdad, no me gustan los misericordiosos, los que son bienaventurados en su compasión: les falta demasiado pudor.

Si tengo que ser compasivo, no quiero que me lo llamen; y si lo soy, que sea de lejos.

De buena gana me cubro también la cabeza y huyo antes de ser reconocido: y así os mando hacer a vosotros, amigos míos.

Que mi destino me ponga siempre en el camino gente sin sufrimiento, como vosotros, y aquellos con quienes *me sea dado* tener en común la esperanza y la comida y la miel.

En verdad, hice esto y aquello por los que sufren: pero siempre me pareció que hacía algo mejor cuando aprendía a alegrarme mejor.

Desde que hay hombres, el hombre se ha alegrado demasiado poco: solo eso, hermanos míos, es nuestro pecado original.

Y si aprendemos a alegrarnos mejor, es como mejor desaprendemos a hacer daño a otros y a inventar daños.

Por eso me lavo la mano que ayudó al que sufre; por eso me limpio además el alma.

Porque haber visto sufrir al que sufre me dio vergüenza, por su vergüenza; y cuando lo ayudé, ofendí duramente su orgullo.

Las grandes obligaciones no vuelven agradecido, sino vengativo; y si el pequeño favor no se olvida, acaba saliendo de él un gusano que roe.

«¡Sed ásperos al aceptar! ¡Distinguid con el hecho de aceptar!»: así aconsejo a los que no tienen nada que regalar.

Pero yo soy de los que regalan: de buena gana regalo, como amigo a los amigos. Los extraños y los pobres que se arranquen ellos mismos la fruta de mi árbol: así avergüenza menos.

A los mendigos habría que abolirlos del todo. En verdad, uno se enoja de darles y se enoja de no darles.

Y lo mismo a los pecadores y a las malas conciencias. Creedme, amigos míos: los remordimientos educan para morder.

Pero lo peor son los pensamientos pequeños. En verdad, mejor haber obrado mal que haber pensado pequeño.

Vosotros decís: «el gusto por las pequeñas maldades nos ahorra más de una gran mala acción». Pero aquí no habría que querer ahorrar.

La mala acción es como un absceso: pica y rasca y revienta hacia afuera; habla con honestidad.

«Mira, yo soy enfermedad»: así habla la mala acción; esa es su honestidad.

Pero el pensamiento pequeño es como el hongo: se arrastra y se agacha y no quiere estar en ninguna parte, hasta que el cuerpo entero está podrido y mustio de hongos pequeños.

Pero a aquel que está poseído por el demonio le digo al oído esta palabra: «mejor aún, ¡cría en grande a tu demonio! También para ti hay todavía un camino de grandeza».

Ah, hermanos míos. De cada quien se sabe algo de más. Y más de uno se nos vuelve transparente, pero ni por eso podemos pasar a través de él.

Es difícil vivir con los hombres, porque callar es muy difícil.

Y no somos más injustos con aquel que nos repugna, sino con aquel que no nos importa nada.

Pero si tienes un amigo que sufre, sé un lugar de descanso para su sufrimiento, aunque como una cama dura, un catre de campaña: así le servirás mejor.

Y si un amigo te hace mal, di así: «te perdono lo que me hiciste a mí; pero que te lo hicieras *a ti*, ¿cómo podría perdonarte eso?».

Así habla todo gran amor: él supera incluso el perdón y la compasión.

Hay que sujetarse el corazón; porque si uno lo suelta, ¡qué pronto se le desboca la cabeza!

Ah, ¿dónde en el mundo se cometieron mayores locuras que entre los compasivos? ¿Y qué en el mundo causó más sufrimiento que las locuras de los compasivos?

¡Ay de todos los que aman y no tienen todavía una altura que esté por encima de su compasión!

Así me habló una vez el demonio: «también Dios tiene su infierno: es su amor a los hombres».

Y hace poco le oí decir esta palabra: «Dios ha muerto; de su compasión por los hombres murió Dios».

Así que quedad advertidos contra la compasión: *de ahí* les viene todavía a los hombres una nube pesada. En verdad, yo entiendo de señales del tiempo.

Pero fijaos también en esta palabra: todo gran amor está todavía por encima de toda su compasión, porque quiere además crear lo amado.

«A mí mismo me ofrezco a mi amor, *y a mi prójimo como a mí mismo*»: así habla todo el que crea.

Pero todos los que crean son duros.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Los compasivos. *Die Mitleidigen*: los que sienten compasión. No son los misericordiosos, *die Barmherzigen*, que aparecen aparte en el mismo capítulo y a quienes Zaratustra trata peor.

2. Vergüenza y pudor. En alemán es una sola palabra, *Scham*. «Vergüenza, vergüenza, vergüenza: esa es la historia del hombre» es la que se padece; «pudor se impone a sí mismo ante todo el que sufre» es la que uno se manda. El español las separa; conviene saber que en el original son la misma.

3. Pecado original. *Erbsünde*, literalmente «pecado heredado». «El hombre se ha alegrado demasiado poco: solo eso es nuestro pecado original».

4. Remordimientos. *Gewissensbisse*, literalmente «mordiscos de la conciencia». Por eso «educan para morder»: el español guarda el mordisco en «re-morder».

5. La cama dura. «Sé un lugar de descanso para su sufrimiento, aunque como una cama dura, un catre de campaña». Es el consejo práctico del capítulo, y resume su tesis.

6. El animal de las mejillas rojas. Así llama Zaratustra al hombre: el único que se sonroja, es decir, el único que ha tenido que avergonzarse tantas veces.

7. «Te perdono lo que me hiciste a mí». La fórmula del párrafo 31 invierte el perdón: lo imperdonable no es el daño recibido, es el que el amigo se hizo a sí mismo.

SEGUNDA PARTE

De los sacerdotes

Y una vez hizo Zaratustra una seña a sus discípulos y les dijo estas palabras:

«Ahí hay sacerdotes: y aunque son mis enemigos, pasad de largo junto a ellos en silencio y con la espada dormida.

También entre ellos hay héroes; muchos de ellos sufrieron demasiado, y por eso quieren hacer sufrir a otros.

Son malos enemigos: nada hay más vengativo que su humildad. Y fácilmente se ensucia el que los ataca.

Pero mi sangre está emparentada con la suya; y quiero saber mi sangre honrada también en la suya».

Y cuando hubieron pasado, el dolor acometió a Zaratustra; y no llevaba mucho luchando con su dolor cuando empezó a hablar así:

Me dan lástima estos sacerdotes. Van además contra mi gusto; pero eso es lo de menos para mí desde que estoy entre hombres.

Pero yo sufro y sufrí con ellos: para mí son prisioneros, y marcados. Aquel a quien llaman redentor los puso en cadenas:

en cadenas de valores falsos y palabras de delirio. ¡Ah, si alguien los redimiera todavía de su redentor!

Creyeron una vez desembarcar en una isla, cuando el mar los zarandeaba; pero mira, era un monstruo dormido.

Valores falsos y palabras de delirio: esos son los peores monstruos para los mortales; largo tiempo duerme y espera en ellos la fatalidad.

Pero al fin llega y despierta y devora y traga lo que se construyó chozas encima de él.

Oh, mirad esas chozas que se construyeron esos sacerdotes. Iglesias llaman a sus cuevas de olor dulzón.

Oh, esa luz falsificada, ese aire enrarecido. Aquí, donde al alma no le está permitido volar hacia su altura.

Sino que así manda su fe: «¡de rodillas escalera arriba, pecadores!».

En verdad, prefiero ver al desvergonzado que los ojos torcidos de su pudor y su devoción.

¿Quién se creó tales cuevas y escaleras de penitencia? ¿No fueron los que querían esconderse y se avergonzaban ante el cielo puro?

Y solo cuando el cielo puro vuelva a mirar por techos rotos, y abajo sobre la hierba y las amapolas rojas junto a muros rotos, volveré a dirigir mi corazón a los lugares de ese dios.

Llamaron Dios a lo que los contradecía y les hacía daño: y en verdad, había mucho de heroico en su adoración.

Y no supieron amar a su dios de otra manera que clavando al hombre en la cruz.

Pensaron vivir como cadáveres, de negro revistieron su cadáver; también de sus discursos huelo todavía el mal condimento de las cámaras mortuorias.

Y quien vive cerca de ellos vive cerca de estanques negros, desde los cuales el sapo canta su canción con dulce profundidad.

Mejores canciones tendrían que cantarme para que aprendiera a creer en su redentor: más redimidos tendrían que parecerme sus discípulos.

Desnudos querría verlos: porque solo la belleza debería predicar penitencia. ¿Pero a quién convence esa tristeza embozada?

En verdad, sus redentores mismos no salieron de la libertad ni del séptimo cielo de la libertad. En verdad, ellos mismos nunca anduvieron sobre las alfombras del conocimiento.

De huecos estaba hecho el espíritu de esos redentores; pero en cada hueco habían metido su delirio, su tapahuecos, al que llamaban Dios.

En su compasión se había ahogado su espíritu, y cuando se hinchaban y se desbordaban de compasión, siempre nadaba encima una gran locura.

Con afán y a gritos empujaban su rebaño sobre su pasarela: ¡como si hacia el futuro hubiera una sola pasarela! En verdad, también esos pastores pertenecían todavía a las ovejas.

Espíritus pequeños y almas espaciosas tenían esos pastores: pero, hermanos míos, ¡qué países tan pequeños han sido hasta ahora incluso las almas más espaciosas!

Signos de sangre escribieron en el camino que anduvieron, y su locura enseñaba que con sangre se demuestra la verdad.

Pero la sangre es el peor testigo de la verdad; la sangre envenena hasta la doctrina más pura y la convierte en delirio y odio de los corazones.

Y si alguien pasa por el fuego por su doctrina, ¿qué demuestra eso? Más es, en verdad, que del propio incendio salga la propia doctrina.

Corazón bochornoso y cabeza fría: donde eso se junta nace el viento huracanado, el «redentor».

Los hubo mayores, en verdad, y de nacimiento más alto, que aquellos a los que el pueblo llama redentores, esos vientos huracanados que arrastran.

Y de otros todavía mayores que todos los redentores tenéis que ser redimidos, hermanos míos, si queréis encontrar el camino hacia la libertad.

Nunca ha habido todavía un superhombre. Desnudos los vi a los dos, al hombre más grande y al más pequeño: demasiado parecidos son todavía el uno al otro.

En verdad, también al más grande lo encontré demasiado humano.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Tapahuecos. *Lückenbüsser*. «En cada hueco habían metido su delirio, su tapahuecos, al que llamaban Dios». En alemán es una palabra corriente —el que sale a cubrir una falta— y en español existe con el mismo chiste.

2. Delirio. *Wahn*: el desvarío, no la simple «ilusión». Es lo que encadena a los sacerdotes junto a los valores falsos.

3. Viento huracanado. *Brausewind*. «Corazón bochornoso y cabeza fría: donde eso se junta nace el viento huracanado, el redentor». Es la receta con que Nietzsche explica de qué está hecho un fundador de religión.

4. Demasiado humano. *Allzumenschlich*, la última palabra del capítulo. Es el título de su propio libro de 1878, Humano, demasiado humano, dicho de pasada y sin avisar.

5. Las escaleras de penitencia. *Buss-Treppen*: las escaleras que se suben de rodillas. Zaratustra pregunta quién construyó esas cuevas, y contesta: los que se avergonzaban ante el cielo puro.

6. La sangre como testigo. «La sangre es el peor testigo de la verdad». Va contra el argumento del mártir: que alguien muera por una doctrina no dice nada de si la doctrina es verdadera.

7. El monstruo dormido. La isla que resultó ser un monstruo es un motivo medieval —el marinero que ancla en una ballena—, y aquí son los valores falsos: duermen hasta que despiertan y devoran lo que se construyó encima.

SEGUNDA PARTE

De los virtuosos

Con truenos y fuegos artificiales celestes hay que hablarles a los sentidos flojos y dormidos.

Pero la voz de la belleza habla bajo: se desliza solo en las almas más despiertas.

Bajito tembló y rio hoy mi escudo; esa es la risa santa de la belleza, y su temblor.

De vosotros, virtuosos, se rio hoy mi belleza. Y así me llegó su voz: «¡todavía quieren que les paguen!».

Todavía queréis que os paguen, virtuosos. ¿Queréis tener salario por la virtud, y cielo por tierra, y eternidad por vuestro hoy?

¿Y ahora os enojáis conmigo porque enseño que no hay ningún pagador ni tesorero? Y en verdad, ni siquiera enseño que la virtud sea su propio salario.

Ah, esa es mi tristeza: en el fondo de las cosas se metieron a mentiras el premio y el castigo, y ahora además en el fondo de vuestras almas, virtuosos.

Pero como el hocico del jabalí ha de abrir mi palabra el fondo de vuestras almas; reja de arado quiero ser llamado por vosotros.

Todos los secretos de vuestro fondo han de salir a la luz; y cuando estéis removidos y rotos al sol, también vuestra mentira quedará separada de vuestra verdad.

Porque esta es vuestra verdad: sois *demasiado limpios* para la suciedad de estas palabras: venganza, castigo, salario, retribución.

Amáis vuestra virtud como la madre a su hijo; ¿pero cuándo se ha oído que una madre quisiera que le pagaran por su amor?

Vuestra virtud es vuestro sí-mismo más querido. La sed del anillo está en vosotros: alcanzarse otra vez a sí mismo, para eso lucha y gira todo

anillo.

Y como la estrella que se apaga es cada obra de vuestra virtud: su luz sigue siempre en camino y viaja. ¿Y cuándo dejará de estar en camino?

Así, la luz de vuestra virtud sigue en camino aunque la obra esté hecha. Aunque esté ya olvidada y muerta, su rayo de luz vive todavía y viaja.

Que vuestra virtud sea vuestro sí-mismo y no algo ajeno, una piel, un disfraz: esa es la verdad que sale del fondo de vuestra alma, virtuosos.

Pero sí hay algunos para quienes virtud significa el espasmo bajo un látigo: y vosotros habéis escuchado demasiado sus gritos.

Y hay otros que llaman virtud al apolillarse de sus vicios; y cuando su odio y sus celos estiran los miembros una vez, su «justicia» se despabila y se frota los ojos dormidos.

Y hay otros a los que se los arrastra hacia abajo: los arrastran sus demonios. Pero cuanto más se hunden, más ardiente brilla su ojo y el ansia de su dios.

Ah, también los gritos de esos llegaron a vuestros oídos, virtuosos: «lo que yo *no* soy, eso, eso es para mí Dios y virtud».

Y hay otros que vienen pesados y chirriando, como carros que bajan piedras: esos hablan mucho de dignidad y de virtud; ¡a su calzo de freno lo llaman virtud!

Y hay otros que son como relojes de todos los días a los que se les dio cuerda; hacen su tictac y quieren que al tictac se lo llame virtud.

En verdad, con esos me divierto: donde encuentre tales relojes les daré cuerda con mi burla; ¡y que además me ronroneen!

Y otros están orgullosos de su puñado de justicia y por amor de ella cometen ultrajes contra todas las cosas: de modo que el mundo se ahoga en su injusticia.

Ah, qué mal les sale de la boca la palabra «virtud». Y cuando dicen «soy justo», suena siempre igual que «he ajustado cuentas».

Con su virtud quieren sacarles los ojos a sus enemigos; y se elevan solo para rebajar a otros.

Y hay también otros que están sentados en su pantano y hablan así desde el cañaveral: «virtud es estarse quieto en el pantano.

No mordemos a nadie y nos apartamos del camino del que quiere morder; y en todo tenemos la opinión que nos dan».

Y hay también otros que aman los gestos y piensan: la virtud es una especie de gesto.

Sus rodillas adoran siempre, y sus manos son alabanzas de la virtud, pero su corazón no sabe nada de eso.

Y hay también otros que tienen por virtud decir: «la virtud es necesaria»; pero en el fondo solo creen que la policía es necesaria.

Y más de uno, que no puede ver lo alto en los hombres, llama virtud a ver demasiado de cerca lo bajo de ellos: así llama virtud a su mala mirada.

Y algunos quieren ser edificados y levantados, y a eso lo llaman virtud; y otros quieren ser derribados, y a eso también lo llaman virtud.

Y de esa manera casi todos creen tener parte en la virtud; y por lo menos cada quien quiere ser entendido en lo «bueno» y lo «malo».

Pero Zaratustra no vino a decirles a todos esos mentirosos y necios: «¡qué sabéis *vosotros* de virtud! ¡Qué *podríais* saber vosotros de virtud!».

Sino para que vosotros, amigos míos, os cansarais de las viejas palabras que aprendisteis de los necios y los mentirosos:

para que os cansarais de las palabras «salario», «retribución», «castigo», «venganza en la justicia»;

para que os cansarais de decir: «que una acción sea buena lo hace el que sea desinteresada».

Ah, amigos míos. Que *vuestro* sí-mismo esté en la acción como la madre está en el hijo: ¡sea esa *vuestra* palabra sobre la virtud!

En verdad, os quité cien palabras y los juguetes más queridos de vuestra virtud; y ahora os enojáis conmigo como se enojan los niños.

Jugaban junto al mar, y vino la ola y les arrastró el juguete a lo hondo: ahora lloran.

Pero esa misma ola ha de traerles juguetes nuevos y derramar ante ellos conchas nuevas de colores.

Así quedarán consolados; y como ellos, también vosotros, amigos míos, tendréis vuestros consuelos, y conchas nuevas de colores.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Justo y ajustar cuentas. Aquí hay un juego que en español no existe y que no se puede dejar caer. Nietzsche escribe que cuando dicen «*ich bin gerecht*», soy justo, suena igual que «*ich bin gerächt*», estoy vengado: dos palabras separadas por una vocal. Lo trasladamos a la única raíz castellana que hace lo mismo, «soy justo» y «he ajustado cuentas». La gracia es fonética, y si no se explica, no existe.

2. El sí-mismo. *Selbst*, con guion en nuestra versión para que se lea como sustantivo: lo que está detrás del yo. «Que vuestra virtud sea vuestro sí-mismo y no algo ajeno, una piel, un disfraz».

3. Retribución. *Vergeltung*: el pago que devuelve lo hecho, premio o castigo. Va en la lista de palabras de las que hay que cansarse, junto con salario, castigo y venganza.

4. El calzo de freno. *Hemmschuh*: la cuña que se mete bajo la rueda del carro para que no se despeñe. «A su calzo de freno lo llaman virtud».

5. Darles cuerda. *Aufziehen* significa a la vez dar cuerda a un reloj y tomarle el pelo a alguien. «Donde encuentre tales relojes les daré cuerda con mi burla» hace las dos cosas, igual que en alemán.

6. La sed del anillo. «Alcanzarse otra vez a sí mismo, para eso lucha y gira todo anillo». Es la imagen del retorno, que Nietzsche todavía no ha desplegado y que llegará en la tercera parte.

7. Las conchas de colores. El final —la ola que se lleva el juguete y traerá otros— es la respuesta de Zaratustra a haberles quitado cien palabras.

SEGUNDA PARTE

De la chusma

La vida es un manantial de placer; pero donde la chusma bebe también, todas las fuentes están envenenadas.

Soy amigo de todo lo limpio; pero no quiero ver las bocas que sonríen con mueca ni la sed de los impuros.

Echaron su ojo dentro de la fuente: ahora me brilla desde abajo su sonrisa repugnante.

El agua santa la han envenenado con su lascivia; y cuando llamaron placer a sus sueños sucios, envenenaron además las palabras.

La llama se pone de mal humor cuando ponen sus corazones húmedos al fuego; el espíritu mismo borbotea y humea donde la chusma se acerca al fuego.

En su mano la fruta se vuelve dulzona y pasada; su mirada deja al árbol frutal derribado por el viento y seco de copa.

Y más de uno que se apartó de la vida solo se apartó de la chusma: no quería compartir con la chusma la fuente y la llama y la fruta.

Y más de uno que se fue al desierto y pasó sed con las fieras solo no quería sentarse junto a la cisterna con camelleros sucios.

Y más de uno que llegó como un destructor y como un granizo para todos los campos de fruta solo quería meterle el pie en las fauces a la chusma y taparle así el gaznate.

Y no es ese el bocado con el que más me atraganté: saber que la vida misma necesita enemistad y morir y cruces de martirio.

Sino que una vez pregunté, y casi me ahogo con mi pregunta: ¿cómo? ¿La vida *necesita* también a la chusma?

¿Hacen falta fuentes envenenadas y fuegos hediondos y sueños ensuciados y gusanos en el pan de la vida?

No mi odio, sino mi asco me comía hambriento la vida. Ah, muchas veces me cansé del espíritu cuando encontré que también la chusma tenía ingenio.

Y a los que dominan les di la espalda cuando vi lo que llaman ahora dominar: regatear y traficar por el poder, ¡con la chusma!

Entre pueblos de lengua extraña viví, con los oídos cerrados: para que me siguiera siendo extraña la lengua de su regateo y su traficar por el poder.

Y tapándome la nariz anduve de mal humor por todo el ayer y el hoy: en verdad, todo el ayer y el hoy huelen mal a chusma que escribe.

Como un tullido que se quedó sordo y ciego y mudo: así viví mucho tiempo, para no vivir con la chusma del poder y de la escritura y del placer.

Con esfuerzo subía escaleras mi espíritu, y con cuidado; limosnas de placer eran su alivio; al ciego la vida se le arrastraba apoyada en el bastón.

¿Qué me pasó? ¿Cómo me redimí del asco? ¿Quién rejuveneció mi ojo? ¿Cómo alcancé volando la altura donde ya no hay chusma sentada junto a la fuente?

¿Me creó alas mi propio asco, y fuerzas que adivinan manantiales? En verdad, tuve que volar a lo más alto para encontrar otra vez el manantial del placer.

Oh, lo encontré, hermanos míos. Aquí, en lo más alto, me brota el manantial del placer. Y hay una vida en la que ninguna chusma bebe también.

Casi demasiado fuerte manas para mí, fuente del placer. Y a menudo vuelves a vaciar la copa por querer llenarla.

Y todavía tengo que aprender a acercarme a ti con más modestia: demasiado fuerte corre aún mi corazón hacia ti, mi corazón, sobre el que

arde mi verano, el corto, caliente, melancólico, sobrebienaventurado: ¡cómo desea mi corazón de verano tu frescura!

Pasada la tristeza vacilante de mi primavera. Pasada la maldad de mis copos de nieve en junio. Verano me he vuelto por entero, y mediodía de verano.

Un verano en lo más alto, con fuentes frías y silencio bienaventurado: oh, venid, amigos míos, para que el silencio se vuelva todavía más bienaventurado.

Porque esta es *nuestra* altura y nuestra patria: vivimos aquí demasiado alto y demasiado empinado para todos los impuros y su sed.

Echad vuestros ojos puros en el manantial de mi placer, amigos. ¡Cómo iba a enturbiarse por eso! Os reirá de vuelta con *su* pureza.

En el árbol futuro construimos nuestro nido; ¡águilas han de traernos comida en sus picos a nosotros, los solitarios!

En verdad, ninguna comida de la que pudieran comer también los sucios. ¡Creerían estar devorando fuego y se quemarían las bocas!

En verdad, no tenemos aquí preparados hogares para los sucios. Cueva de hielo se llamaría nuestra felicidad para sus cuerpos y para sus espíritus.

Y como vientos fuertes queremos vivir por encima de ellos, vecinos de las águilas, vecinos de la nieve, vecinos del sol: así viven los vientos fuertes.

Y como un viento quiero alguna vez soplar entre ellos y quitarle el aliento a su espíritu con mi espíritu: así lo quiere mi futuro.

En verdad, Zaratustra es un viento fuerte para todas las tierras bajas; y este consejo da a sus enemigos y a todo lo que escupe y gargajea: «guardaos de escupir *contra* el viento».

Así habló Zaratustra.

Notas

1. La chusma. *Gesindel*. No «la plebe» ni «el populacho», que son categorías sociales: *Gesindel* es un insulto. Y el capítulo se lo aplica a los que dominan, a los que escriben y a los que gozan, no a los de abajo.

2. Regatear y traficar. Schachern *und markten*, los dos verbos del mercado, en alemán despectivos. «Vi lo que llaman ahora dominar: regatear y traficar por el poder».

3. Manantial y fuente. *Born* es el manantial que brota; *Brunnen*, el pozo o la fuente construida. «La vida es un manantial de placer» abre el capítulo y lo cierra.

4. El asco. *Ekel*. «No mi odio, sino mi asco me comía hambriento la vida». Es la palabra que gobierna el capítulo, y una de las que más pesan en toda la obra.

5. La chusma que escribe. *Schreibendes Gesindel*: en 1883, la prensa. «Todo el ayer y el hoy huelen mal a chusma que escribe».

6. Guardaos de escupir contra el viento. El cierre es un refrán, y Zaratustra lo usa como amenaza: él es el viento fuerte para todas las tierras bajas.

SEGUNDA PARTE

De las tarántulas

Mira, esa es la cueva de la tarántula. ¿Quieres verla tú mismo? Aquí cuelga su red: tócala, para que tiemble.

Ahí viene de buena gana: ¡bienvenida, tarántula! Negro se asienta en tu espalda tu triángulo, tu emblema; y sé también lo que se asienta en tu alma.

Venganza se asienta en tu alma: donde muerdes crece una costra negra; con venganza tu veneno hace girar el alma.

Así os hablo en símil a vosotros, que hacéis girar las almas, predicadores de la *igualdad*. Tarántulas sois para mí, y vengativos escondidos.

Pero yo sacaré vuestros escondrijos a la luz: por eso os río en la cara mi carcajada de la altura.

Por eso tiro de vuestra red, para que vuestra rabia os saque de vuestra cueva de mentiras y vuestra venganza salte de detrás de vuestra palabra «justicia».

Porque *que el hombre sea redimido de la venganza*: ese es para mí el puente hacia la más alta esperanza, y un arcoíris después de largas tormentas.

Pero las tarántulas, claro, lo quieren de otra manera. «Justicia se llame precisamente para nosotros esto: que el mundo se llene con las tormentas de nuestra venganza»: así hablan entre ellas.

«Venganza queremos ejercer, e insulto, contra todos los que no son iguales a nosotros», así se juran los corazones de tarántula.

«Y "voluntad de igualdad": ese mismo ha de ser en adelante el nombre de la virtud; y contra todo lo que tiene poder queremos alzar nuestro griterío».

Predicadores de la igualdad: la locura tiránica de la impotencia es lo que grita así desde vosotros pidiendo «igualdad»; vuestros antojos de tirano más secretos se disfrazan así de palabras de virtud.

Presunción amargada, envidia contenida, quizá la presunción y la envidia de vuestros padres: de vosotros brota como llama y como locura de venganza.

Lo que el padre calló llega a hablar en el hijo; y muchas veces encontré que el hijo era el secreto desnudado del padre.

Se parecen a los entusiasmados: pero no es el corazón lo que los entusiasma, sino la venganza. Y cuando se vuelven finos y fríos, no es el espíritu, sino la envidia, lo que los vuelve finos y fríos.

Sus celos los llevan también por los senderos de los pensadores; y esta es la marca de sus celos: siempre van demasiado lejos, hasta que su cansancio acaba teniendo que echarse a dormir sobre la nieve.

De cada una de sus quejas suena venganza, en cada uno de sus elogios hay un hacer daño; y ser juez les parece bienaventuranza.

Pero así os aconsejo, amigos míos: desconfiad de todos aquellos en quienes es poderoso el impulso de castigar.

Esa es gente de mala clase y mal origen; de sus caras asoman el verdugo y el sabueso.

Desconfiad de todos los que hablan mucho de su justicia. En verdad, a sus almas no solo les falta miel.

Y cuando se llaman a sí mismos «los buenos y justos», no olvidéis que para ser fariseos no les falta más que poder.

Amigos míos, no quiero que me mezclen ni me confundan.

Hay algunos que predican mi doctrina de la vida: y al mismo tiempo son predicadores de la igualdad y tarántulas.

Que hablen a favor de la vida aunque estén sentadas en su cueva, esas arañas venenosas, y apartadas de la vida: eso lo hacen porque con ello quieren hacer daño.

Quieren con ello hacerle daño a los que ahora tienen el poder: porque entre esos es donde todavía se encuentra más en casa la prédica de la muerte.

Si fuera de otro modo, las tarántulas enseñarían otra cosa: y precisamente ellas fueron en otro tiempo las mejores calumniadoras del mundo y quemadoras de herejes.

Con esos predicadores de la igualdad no quiero ser mezclado ni confundido. Porque así me habla *a mí* la justicia: «los hombres no son iguales».

Y tampoco han de llegar a serlo. ¿Qué sería entonces mi amor al superhombre si yo hablara de otra manera?

Por mil puentes y pasarelas han de empujarse hacia el futuro, y cada vez más guerra y desigualdad ha de ponerse entre ellos: ¡así me hace hablar mi gran amor!

Inventores de imágenes y de fantasmas han de volverse en sus enemistades, y con sus imágenes y sus fantasmas han de librar todavía unos contra otros el combate más alto.

Bueno y malo, y rico y pobre, y alto y bajo, y todos los nombres de los valores: armas han de ser, y señales que suenan al entrechocar, de que la vida tiene que superarse siempre de nuevo a sí misma.

Hacia lo alto quiere construirse con pilares y escalones la vida misma: quiere mirar a lejanías anchas y hacia afuera, a bellezas bienaventuradas; *por eso* necesita altura.

Y porque necesita altura, necesita escalones y contradicción entre los escalones y los que suben. Subir quiere la vida, y subiendo superarse a sí misma.

Y mirad, amigos míos. Aquí, donde está la cueva de la tarántula, se levantan hacia arriba las ruinas de un templo antiguo: ¡mirad hacia allá con ojos iluminados!

En verdad, quien aquí amontonó una vez hacia arriba sus pensamientos en piedra sabía del secreto de toda vida tanto como el más sabio.

Que haya lucha y desigualdad incluso en la belleza, y guerra por el poder y por el poder mayor: eso nos enseña aquí en el símil más claro.

Cómo se quiebran aquí divinamente bóveda y arco, en lucha cuerpo a cuerpo; cómo con luz y sombra pugnan uno contra otro, los que pugnan divinamente:

así de seguros y hermosos seamos también nosotros enemigos, amigos míos. Divinamente queremos pugnar uno *contra* otro.

¡Ay! Ahí me mordió a mí mismo la tarántula, mi vieja enemiga. Divinamente segura y hermosa me mordió en el dedo.

«Tiene que haber castigo y justicia», así piensa ella: «no en vano ha de cantar él aquí canciones en honor de la enemistad».

Sí, se ha vengado. Y ¡ay!, ahora con venganza hará girar también mi alma.

Pero para que yo *no* gire, amigos míos, ¡atadme fuerte aquí a esta columna! Prefiero ser un santo de la columna que un remolino de sed de venganza.

En verdad, Zaratustra no es un viento que da vueltas ni un torbellino; y si es un bailarín, nunca jamás un bailarín de tarantela.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Predicadores de la igualdad. *Prediger der Gleichheit*. Lo que examina Nietzsche no es la igualdad, es el predicador: «la locura tiránica de la impotencia es lo que grita así desde vosotros pidiendo igualdad».

2. Venganza y sed de venganza. *Rache* y *Rachsucht*. La segunda es el vicio, la adicción a vengarse. Es la palabra que gobierna este capítulo y que volverá, ya como tesis, en «De la redención».

3. Impotencia. *Ohnmacht*: el no poder, no lo sexual.

4. El santo de la columna. *Säulen-Heiliger*: los estilitas, como Simeón, que pasaron años sobre una columna sin bajar. «Prefiero ser un santo de la columna que un remolino de sed de venganza».

5. El bailarín de tarantela. La tarantela es el baile con que se creía curar la mordedura de la tarántula: bailar hasta sudar el veneno. Zaratustra, mordido al

final del capítulo, se niega a bailarla.

6. «Los hombres no son iguales». Conviene leer lo que sigue: Nietzsche lo dice para sostener que hacen falta escalones, y que la vida necesita altura para poder superarse. No es un programa de gobierno, es una imagen de la vida que sube.

7. Las ruinas del templo. La bóveda y el arco que pugnan uno contra otro son el símil del capítulo: belleza hecha de fuerzas que se oponen.

SEGUNDA PARTE

De los sabios famosos

Al pueblo habéis servido, y a la superstición del pueblo, todos vosotros, sabios famosos, y *no* a la verdad. Y precisamente por eso se os rendía veneración.

Y por eso también se soportaba vuestra incredulidad, porque era una ocurrencia y un rodeo hacia el pueblo. Así deja hacer el señor a sus esclavos, y hasta se divierte con su insolencia.

Pero el que es odiado por el pueblo como el lobo por los perros: ese es el espíritu libre, el enemigo de las cadenas, el que no adora, el que habita en los bosques.

Cazarlo fuera de su escondrijo: a eso llamó siempre el pueblo «sentido de lo justo»; contra él sigue azuzando todavía a sus perros de dientes más afilados.

«Porque la verdad está ahí: ¡el pueblo está ahí, después de todo! ¡Ay, ay de los que buscan!»: así ha resonado desde siempre.

A vuestro pueblo queríais darle la razón en su veneración: a eso lo llamasteis «voluntad de verdad», sabios famosos.

Y vuestro corazón se decía siempre: «del pueblo vine: de allí me vino también la voz de Dios». Tercos y astutos, como el asno, fuisteis siempre en cuanto abogados del pueblo.

Y más de un poderoso que quería ir bien con el pueblo enganchó delante de sus caballos, además, un borriquito: un sabio famoso.

Y ahora querría, sabios famosos, que os quitarais de encima de una vez la piel del león.

La piel de la fiera, la de manchas de colores, y las greñas del que investiga, del que busca, del que conquista.

Ah, para que yo aprenda a creer en vuestra «veracidad», antes tendríais que romperme vuestra voluntad que venera.

Veraz: así llamo yo al que va a desiertos sin dioses y ha roto su corazón que venera.

En la arena amarilla y quemado por el sol, mira de reojo, sediento, hacia las islas ricas en manantiales, donde lo vivo descansa bajo árboles oscuros.

Pero su sed no lo convence de volverse igual a esos que están a gusto: porque donde hay oasis hay también ídolos.

Hambrienta, violenta, solitaria, sin dios: así se quiere a sí misma la voluntad del león.

Libre de la felicidad de los siervos, redimida de dioses y adoraciones, sin miedo y temible, grande y solitaria: así es la voluntad del veraz.

En el desierto vivieron desde siempre los veraces, los espíritus libres, como señores del desierto; pero en las ciudades viven los sabios famosos, bien cebados: los animales de tiro.

Porque siempre tiran, como asnos, del carro del *pueblo*.

No es que me enoje con ellos por eso: pero siguen siendo para mí servidores y animales enjaezados, aunque brillen con arneses de oro.

Y muchas veces fueron buenos servidores, dignos de alabanza. Porque así habla la virtud: «si tienes que ser servidor, busca a aquel a quien tu servicio le sirva mejor.

El espíritu y la virtud de tu señor han de crecer por el hecho de que tú seas su servidor: así creces tú mismo con su espíritu y su virtud».

Y en verdad, sabios famosos, servidores del pueblo: vosotros mismos crecisteis con el espíritu y la virtud del pueblo, y el pueblo creció por vosotros. En vuestro honor lo digo.

Pero pueblo seguís siendo para mí incluso en vuestras virtudes: pueblo de ojos torpes, pueblo que no sabe qué es *espíritu*.

Espíritu es la vida que corta ella misma en lo vivo: con el propio tormento aumenta el propio saber. ¿Lo sabíais ya?

Y la felicidad del espíritu es esta: ser ungido y consagrado con lágrimas como animal de sacrificio. ¿Lo sabíais ya?

Y la ceguera del ciego, y su buscar y su andar a tientas, han de dar testimonio todavía del poder del sol al que miró. ¿Lo sabíais ya?

Y con montañas ha de aprender a *construir* el que conoce. Poca cosa es que el espíritu mueva montañas. ¿Lo sabíais ya?

Vosotros solo conocéis las chispas del espíritu: pero no veis el yunque que él es, ni la crueldad de su martillo.

En verdad, no conocéis el orgullo del espíritu. Pero menos aún soportaríais la modestia del espíritu, si alguna vez quisiera hablar.

Y nunca os fue dado arrojar vuestro espíritu a un hoyo de nieve: no estáis lo bastante calientes para eso. Así que tampoco conocéis los arrebatos de su frío.

Pero en todo os tomáis demasiadas confianzas con el espíritu; y de la sabiduría hicisteis muchas veces un asilo y un hospital para malos poetas.

No sois águilas: por eso tampoco conocisteis la felicidad que hay en el espanto del espíritu. Y quien no es pájaro no debe acampar sobre abismos.

Sois para mí tibios: pero todo conocimiento profundo corre frío. Heladas están las fuentes más interiores del espíritu: un alivio para manos calientes y para los que obran.

Respetables estáis ahí ante mí, y tiesos, y con la espalda recta, sabios famosos: a vosotros no os empuja ningún viento fuerte ni ninguna voluntad fuerte.

¿Nunca visteis una vela ir por el mar, redondeada e hinchada y temblando ante el ímpetu del viento?

Como la vela, temblando ante el ímpetu del espíritu, va mi sabiduría por el mar: mi sabiduría salvaje.

Pero vosotros, servidores del pueblo, sabios famosos: ¿cómo *podríais* venir conmigo?

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Los sabios famosos. *Berühmte Weise*. No son los «más sabios» a quienes se dirige el capítulo doce: estos son los que tienen reputación.

2. Veracidad. *Wahrhaftigkeit*, distinta de *Redlichkeit*, la honestidad. El veraz de este capítulo es el que rompió su corazón que venera y se fue al desierto sin dioses.

3. Espíritu libre. *Freier Geist*: término del propio Nietzsche desde Humano, demasiado humano. Aquí es al que el pueblo caza con sus perros de dientes más afilados.

4. Animales de tiro. *Zugthiere*. «Siempre tiran, como asnos, del carro del pueblo». Es el remate del retrato.

5. Mover montañas. «Poca cosa es que el espíritu mueva montañas» juega con la frase de san Pablo sobre la fe que mueve montañas, y pide algo más difícil: construir con ellas.

6. El yunque y el martillo. «Solo conocéis las chispas del espíritu: pero no veis el yunque que él es, ni la crueldad de su martillo».

7. Donde hay oasis hay ídolos. La línea explica por qué el veraz no se queda a descansar en ninguna parte.

SEGUNDA PARTE

La canción nocturna

Es de noche: ahora hablan más alto todas las fuentes que saltan. Y también mi alma es una fuente que salta.

Es de noche: solo ahora despiertan todas las canciones de los que aman. Y también mi alma es la canción de alguien que ama.

Algo no saciado, insaciable, hay en mí; quiere hacerse oír. Un ansia de amor hay en mí, que habla ella misma la lengua del amor.

Luz soy yo: ah, ¡si fuera noche! Pero esta es mi soledad: que estoy ceñido de luz.

Ah, ¡si yo fuera oscuro y nocturno! ¡Cómo mamaría de los pechos de la luz!

Y a vosotras mismas querría bendeciros todavía, estrellitas centelleantes y gusanos de luz de allá arriba, y ser bienaventurado por vuestros regalos de luz.

Pero yo vivo en mi propia luz, me bebo de vuelta hacia dentro las llamas que brotan de mí.

No conozco la felicidad del que recibe; y muchas veces soñé que robar tiene que ser todavía más bienaventurado que recibir.

Esta es mi pobreza: que mi mano nunca descansa de regalar. Esta es mi envidia: que veo ojos que esperan, y las noches iluminadas del anhelo.

Oh, desdicha de todos los que regalan. Oh, eclipse de mi sol. Oh, ansia de desear. Oh, hambre voraz en la saciedad.

Ellos toman de mí: ¿pero toco todavía su alma? Hay un abismo entre dar y tomar; y el abismo más pequeño es el último al que se le tiende un puente.

De mi belleza crece un hambre: querría hacer daño a aquellos a quienes alumbro, querría robar a los que he colmado de regalos. Así tengo hambre de maldad.

Retirar la mano cuando ya se tiende otra mano hacia ella; vacilar como la cascada, que vacila todavía al caer: así tengo hambre de maldad.

Tal venganza urde mi plenitud; tal perfidia brota de mi soledad.

Mi felicidad de regalar murió de tanto regalar; mi virtud se cansó de sí misma en su abundancia.

El peligro del que regala siempre es perder el pudor; a quien siempre reparte, la mano y el corazón se le llenan de callos de tanto repartir.

Mi ojo ya no se desborda ante la vergüenza de los que piden; mi mano se volvió demasiado dura para el temblor de las manos llenas.

¿Adónde se fue la lágrima de mi ojo, y el plumón de mi corazón? Oh, soledad de todos los que regalan. Oh, silencio de todos los que alumbran.

Muchos soles giran en el espacio vacío: a todo lo que es oscuro le hablan con su luz; a mí me callan.

Oh, esta es la enemistad de la luz contra lo que luce: sin piedad recorre sus órbitas.

Injusto con lo que luce, en lo más hondo del corazón; frío con los soles: así recorre su órbita cada sol.

Como una tormenta vuelan los soles por sus órbitas: ese es su recorrido. Siguen su voluntad inexorable: esa es su frialdad.

Oh, sois vosotros, los oscuros, los nocturnos, los que creáis calor a partir de lo que luce. Oh, sois vosotros los que bebéis leche y alivio de las ubres de la luz.

Ah, hay hielo a mi alrededor, mi mano se quema con lo helado. Ah, hay sed en mí, que languidece por vuestra sed.

Es de noche: ah, ¡que tenga yo que ser luz! Y sed de lo nocturno. Y soledad.

Es de noche: ahora brota de mí como un manantial mi deseo; deseo hablar.

Es de noche: ahora hablan más alto todas las fuentes que saltan. Y también mi alma es una fuente que salta.

Es de noche: solo ahora despiertan todas las canciones de los que aman. Y también mi alma es la canción de alguien que ama.

Así cantó Zaratustra.

Notas

1. Así cantó Zaratustra. Los tres cantos de esta parte —esta canción, la del baile y la del sepulcro— no cierran con «así habló» sino con «así cantó». Es de Nietzsche, y se respeta.

2. Fuente que salta. *Springender Brunnen*: el surtidor. «Y también mi alma es una fuente que salta».

3. Los que regalan. *Schenkende*. Vuelve del prólogo y de «La virtud que regala», el discurso con que cerraba la primera parte. Allí regalar era la virtud más alta; aquí se cuenta lo que le cuesta al que solo da.

4. El pudor del que da. *Scham*. «El peligro del que regala siempre es perder el pudor». La misma palabra que gobernaba «De los compasivos».

5. Robar sería más bienaventurado. La frase del párrafo ocho invierte el «más bienaventurado es dar que recibir» de los Hechos de los Apóstoles.

6. El abismo entre dar y tomar. «Y el abismo más pequeño es el último al que se le tiende un puente»: el que separa al que da del que recibe.

7. Una curiosidad del facsímil. En el párrafo nueve el impreso deja caer dentro de la frase un «3*»: es la signatura del pliego, la marca del encuadernador, no texto. Se ve en la página y no se lee.

SEGUNDA PARTE

La canción del baile

Una tarde iba Zaratustra con sus discípulos por el bosque; y cuando buscaba una fuente, he aquí que llegó a un prado verde, rodeado en silencio de árboles y matorrales: en él bailaban unas muchachas unas con otras. En cuanto las muchachas reconocieron a Zaratustra dejaron de bailar; pero Zaratustra se acercó a ellas con gesto amable y dijo estas palabras:

«No dejéis de bailar, muchachas encantadoras. No ha venido a vosotras ningún aguafiestas de mala mirada, ningún enemigo de las muchachas.

Abogado de Dios soy yo ante el demonio: pero el demonio es el espíritu de la pesadez. ¿Cómo iba yo, ligeras, a ser enemigo de bailes divinos? ¿O de pies de muchacha con tobillos hermosos?

Cierto que soy un bosque y una noche de árboles oscuros: pero quien no le tiene miedo a mi oscuridad encuentra también laderas de rosas bajo mis cipreses.

Y también encuentra al pequeño dios, el más querido de las muchachas: junto a la fuente está tumbado, quieto, con los ojos cerrados.

En verdad, a pleno día se me quedó dormido, el holgazán. ¿Habrá corrido demasiado detrás de mariposas?

No os enojéis conmigo, hermosas bailarinas, si castigo un poco al pequeño dios. Gritará y llorará, sin duda; pero hasta llorando da risa.

Y con lágrimas en los ojos ha de pediros un baile; y yo mismo cantaré una canción para su baile:

una canción de baile y de burla contra el espíritu de la pesadez, mi altísimo y poderosísimo demonio, de quien dicen que es el señor del mundo».

Y esta es la canción que cantó Zaratustra mientras Cupido y las muchachas bailaban juntos.

En tu ojo miré hace poco, oh vida. Y me pareció que me hundía en lo insondable.

Pero tú me sacaste con un anzuelo de oro; te reíste con burla cuando te llamé insondable.

«Así hablan todos los peces», dijiste; «lo que *ellos* no sondean es insondable.

Pero yo solo soy mudable y salvaje y en todo una mujer, y no una mujer virtuosa, aunque vosotros los varones me llaméis la profunda, o la fiel, la eterna, la llena de misterio.

Pero vosotros, los varones, nos regaláis siempre vuestras propias virtudes; ah, ¡virtuosos!».

Así rio ella, la increíble; pero yo nunca le creo a ella ni a su risa cuando habla mal de sí misma.

Y cuando hablé a solas con mi sabiduría salvaje, me dijo enojada: «Tú quieres, tú deseas, tú amas; solo por eso *alabas* la vida».

Casi le contesté con maldad y le dije la verdad a la enojada; y no se puede contestar con más maldad que diciéndole la verdad a la propia sabiduría.

Porque así están las cosas entre nosotros tres. De raíz solo amo la vida; y, en verdad, más que nunca cuando la odio.

Y si quiero bien a la sabiduría, y muchas veces demasiado bien, es porque me recuerda muchísimo a la vida.

Tiene su ojo, su risa y hasta su cañita de pescar de oro: ¿qué culpa tengo yo de que las dos se parezcan tanto?

Y cuando una vez la vida me preguntó: «¿Y quién es esa, la sabiduría?», yo dije con entusiasmo: «¡Ah, sí, la sabiduría!

Se tiene sed de ella y no se sacia uno, se mira a través de velos, se manotea a través de redes.

¿Es hermosa? ¡Qué sé yo! Pero con ella se sigue cebando el anzuelo para las carpas más viejas.

Es mudable y terca; muchas veces la vi morderse el labio y pasarse el peine a contrapelo.

Quizá es mala y falsa, y en todo una hembra; pero cuando habla mal de sí misma es justo cuando más seduce».

Cuando le dije esto a la vida, ella rio con malicia y cerró los ojos. «¿De quién hablas?», dijo; «¿no será de mí?

Y aunque tuvieras razón, ¡eso no se me dice así, a la cara! Pero anda, habla ahora también de tu sabiduría».

Ah, y entonces volviste a abrir tu ojo, oh vida amada. Y me pareció que me hundía otra vez en lo insondable.

Así cantó Zaratustra. Pero cuando el baile terminó y las muchachas se fueron, se puso triste.

«Hace mucho que el sol se puso», dijo por fin; «el prado está húmedo, de los bosques viene frío.

Algo desconocido está a mi alrededor y mira pensativo. ¡Cómo! ¿Todavía vives, Zaratustra?

¿Por qué? ¿Para qué? ¿Por medio de qué? ¿Hacia dónde? ¿Dónde? ¿Cómo? ¿No es una locura seguir viviendo?

Ah, amigos míos, es la tarde la que pregunta así desde mí. Perdonadme mi tristeza.

Se hizo de tarde: perdonadme que se haya hecho de tarde».

Así habló Zaratustra.

Notas

1. El espíritu de la pesadez. *Geist der Schwere*: el demonio del que Zaratustra dice ser el enemigo. Tendrá su propio discurso en la tercera parte.

2. El pequeño dios y Cupido. Nietzsche lo nombra dos veces, primero por perífrasis y luego por su nombre latino al presentar la canción. Se respeta el cambio.

3. Mujer y hembra. En la canción, la Vida se llama a sí misma *Weib*, mujer; unos párrafos después Zaratustra usa *Frauenzimmer*, palabra vieja y algo despectiva. El cambio de palabra es el que marca el desprecio, y por eso aquí se lee «hembra».

4. Insondable. *Unergründlich*: lo que abre y cierra la canción. «Me pareció que me hundía en lo insondable».

5. «Solo por eso alabas la vida». El reproche que le hace su propia sabiduría —que quiere, desea y ama, y por eso habla bien de la vida— es la objeción más seria del capítulo, y Zaratustra no la contesta.

6. Las comillas de este capítulo. Aquí tomamos una decisión que conviene declarar: la canción no va entrecomillada. Ver abajo.

SEGUNDA PARTE

La canción del sepulcro

«Allá está la isla de los sepulcros, la callada; allá están también los sepulcros de mi juventud. Allá quiero llevar una corona de vida siempre verde».

Decidiéndolo así en mi corazón, crucé el mar.

Oh, visiones y apariciones de mi juventud. Oh, todas vosotras, miradas del amor, instantes divinos. ¡Qué rápido se me murieron! Hoy me acuerdo de vosotros como de mis muertos.

De vosotros me viene, mis muertos más queridos, un olor dulce que suelta el corazón y las lágrimas. En verdad, sacude y suelta el corazón del que navega solo.

Sigo siendo el más rico y el más digno de envidia, yo, el más solitario. Porque yo os *tuve*, y vosotros me tenéis todavía: decid, ¿a quién le cayeron del árbol, como a mí, manzanas de rosa como esas?

Sigo siendo el heredero y la tierra de vuestro amor, floreciendo en memoria vuestra con virtudes silvestres de colores, oh amadísimos.

Ah, estábamos hechos para quedarnos cerca unos de otros, dulces prodigios extraños; y no vinisteis a mí y a mi deseo como pájaros asustadizos, sino como quien confía al que confía.

Sí, hechos para la fidelidad, como yo, y para eternidades tiernas: ¿tengo que llamaros ahora por vuestra infidelidad, miradas e instantes divinos? Ningún otro nombre he aprendido todavía.

En verdad, demasiado rápido se me murieron, fugitivos. Pero ni vosotros huisteis de mí ni yo de vosotros: somos inocentes el uno del otro en nuestra infidelidad.

Para matarme *a mí* os estrangularon a vosotros, pájaros cantores de mis esperanzas. Sí, contra vosotros, queridísimos, disparó siempre sus flechas la maldad: para darle a mi corazón.

Y dio. Porque vosotros fuisteis siempre lo más entrañable para mí, mi posesión y mi estar poseído: *por eso* tuvisteis que morir jóvenes, y demasiado pronto.

Contra lo más vulnerable que yo poseía se disparó la flecha: erais vosotros, cuya piel es como el plumón, y más aún como la sonrisa que se muere de una mirada.

Pero esta palabra quiero decirles a mis enemigos: ¿qué es todo asesinato de hombres comparado con lo que vosotros me hicisteis?

Algo peor me hicisteis que todo asesinato de hombres; me quitasteis lo irrecuperable: así os hablo, enemigos míos.

Porque asesinasteis las visiones de mi juventud y sus prodigios más queridos. Me quitasteis a mis compañeros de juego, los espíritus bienaventurados. En su memoria deposito esta corona y esta maldición.

Esta maldición contra vosotros, enemigos míos. Porque hicisteis corto lo que en mí era eterno, como se quiebra un sonido en la noche fría. Apenas como un destello de ojos divinos me llegó ahora: ¡como un instante!

Así habló una vez, en una hora buena, mi pureza: «divinos han de ser para mí todos los seres».

Entonces me asaltasteis con fantasmas sucios; ah, ¿adónde huyó aquella hora buena?

«Todos los días han de ser para mí santos»: así hablaba una vez la sabiduría de mi juventud. En verdad, ¡palabras de una sabiduría alegre!

Pero entonces vosotros, enemigos, me robasteis mis noches y las vendisteis para tormento sin sueño: ah, ¿adónde huyó aquella sabiduría alegre?

Una vez deseé augurios felices de pájaros: entonces me cruzasteis por el camino un monstruo de lechuza, repugnante. Ah, ¿adónde huyó entonces mi tierno deseo?

Una vez hice voto de renunciar a todo asco: entonces convertisteis a mis cercanos y a mis prójimos en llagas purulentas. Ah, ¿adónde huyó entonces mi voto más noble?

Como ciego anduve una vez caminos bienaventurados: entonces echasteis inmundicia en el camino del ciego, y ahora le da asco el viejo sendero de ciegos.

Y cuando hice lo más difícil que tenía que hacer y celebré la victoria de mis superaciones: entonces hicisteis que los que me amaban gritaran que yo era quien más daño les hacía.

En verdad, ese fue siempre vuestro hacer: me amargasteis mi mejor miel y el trabajo de mis mejores abejas.

A mi caridad le mandasteis siempre los mendigos más descarados; alrededor de mi compasión apiñasteis siempre a los desvergonzados incurables. Así heristeis mi virtud en su fe.

Y cuando ofrecía en sacrificio lo más santo que tenía, al instante vuestra «piedad» ponía al lado sus ofrendas más grasientas: de modo que en el humo de vuestra grasa se ahogaba lo más santo que tenía.

Y una vez quise bailar como nunca había bailado: más allá de todos los cielos quería bailar. Entonces persuadisteis a mi cantor más querido.

Y él entonó una melodía siniestra y sorda; ah, me sonó en los oídos como un cuerno lúgubre.

Cantor asesino, instrumento de la maldad, ¡inocentísimo! Ya estaba yo listo para el mejor de los bailes: entonces asesinaste con tus sonidos mi arrebato.

Solo bailando sé decir el símil de las cosas más altas; y mi símil más alto se me quedó sin decir, en los miembros.

Sin decir y sin redimir se me quedó la más alta esperanza. Y se me murieron todas las visiones y todos los consuelos de mi juventud.

¿Cómo lo soporté? ¿Cómo sané y superé tales heridas? ¿Cómo resucitó mi alma de esos sepulcros?

Sí, hay en mí algo invulnerable, insepultable, algo que hace saltar las rocas: se llama *mi voluntad*. Callada avanza, y sin cambiar, a través de los años.

Su marcha quiere andarla sobre mis pies, mi vieja voluntad; duro de corazón es su sentido, e invulnerable.

Invulnerable soy solo en mi talón. Todavía vives ahí y sigues siendo la misma, pacientísima. Todavía te abriste paso por todos los sepulcros.

En ti vive todavía lo no redimido de mi juventud; y como vida y juventud estás sentada aquí, esperando, sobre amarillos escombros de sepulcros.

Sí, todavía eres para mí la que hace añicos todos los sepulcros: ¡salve, voluntad mía! Y solo donde hay sepulcros hay resurrecciones.

Así cantó Zaratustra.

Notas

1. La isla de los sepulcros. *Gräberinsel*. «Sepulcro» y no «tumba»: es la palabra bíblica, y es la que pide el cierre, «solo donde hay sepulcros hay resurrecciones».

2. Instante. *Augenblick*, literalmente «golpe de ojo». En el párrafo 16 va pegado a «un destello de ojos divinos», y el juego se oye: lo eterno se encogió hasta caber en un parpadeo.

3. Quien confía. *Trauende*, de *trauen*, fiarse: la misma raíz de *Treue*, la fidelidad, y de *trauen*, casar. «No vinisteis como pájaros asustadizos, sino como quien confía al que confía».

4. Invulnerable solo en el talón. El párrafo 36 invierte a Aquiles: donde el héroe griego era vulnerable, Zaratustra es lo único que no pueden herirle.

5. El cantor asesino. La escena del baile que no se bailó —el cantor persuadido, la melodía siniestra— es la herida que el capítulo no nombra directamente. Los lectores de Nietzsche suelen leer ahí a Wagner.

6. Mi voluntad. Lo único invulnerable e insepultable, «algo que hace saltar las rocas». El capítulo prepara así el siguiente, que es donde la voluntad se explica.

SEGUNDA PARTE

De la superación de sí mismo

¿«Voluntad de verdad» llamáis, los más sabios, a lo que os empuja y os pone en celo?

Voluntad de hacer pensable todo lo que es: así llamo *yo* a vuestra voluntad.

Todo lo que es queréis primero *hacerlo* pensable: porque dudáis, con buena desconfianza, de que ya sea pensable.

¡Pero ha de someterse a vosotros y doblegarse! Así lo quiere vuestra voluntad. Liso ha de volverse, y sujeto al espíritu, como su espejo y su reflejo.

Esa es toda vuestra voluntad, los más sabios: una voluntad de poder; y lo es también cuando habláis del bien y del mal y de las valoraciones.

Queréis crear todavía el mundo ante el cual podáis arrodillaros: esa es vuestra última esperanza y vuestra última embriaguez.

Los no sabios, claro, el pueblo: esos son como el río sobre el que sigue navegando una barca; y en la barca van sentadas, solemnes y embozadas, las valoraciones.

Vuestra voluntad y vuestros valores los pusisteis sobre el río del devenir; una vieja voluntad de poder me delata lo que el pueblo cree que es bueno y malo.

Fuisteis vosotros, los más sabios, quienes sentasteis a tales huéspedes en esa barca y les disteis boato y nombres orgullosos: vosotros y vuestra voluntad de dominio.

Ahora el río lleva vuestra barca más allá: *tiene que* llevarla. Poco importa que la ola rota haga espuma y contradiga furiosa a la quilla.

No es el río vuestro peligro ni el final de vuestro bien y vuestro mal, los más sabios: sino aquella voluntad misma, la voluntad de poder, la inagotable voluntad de vida que engendra.

Pero para que entendáis mi palabra sobre el bien y el mal, quiero deciros además mi palabra sobre la vida y sobre la índole de todo lo vivo.

Fui detrás de lo vivo, anduve los caminos más grandes y los más pequeños para conocer su índole.

Con un espejo de cien caras recogí su mirada cuando tenía la boca cerrada, para que su ojo me hablara. Y su ojo me habló.

Pero dondequiera que encontré algo vivo, oí también hablar de obediencia. Todo lo vivo es algo que obedece.

Y esto es lo segundo: se le manda a aquel que no sabe obedecerse a sí mismo. Así es la índole de lo vivo.

Y esto es lo tercero que oí: que mandar es más difícil que obedecer. Y no solo porque el que manda lleva la carga de todos los que obedecen, y porque fácilmente esa carga lo aplasta:

en todo mandar me pareció ver un ensayo y una apuesta; y siempre que manda, lo vivo se arriesga a sí mismo.

Más aún: cuando se manda a sí mismo, también entonces tiene que pagar por su mandar. De su propia ley tiene que volverse juez y vengador y víctima.

¿Cómo ocurre esto?, me pregunté. ¿Qué persuade a lo vivo de obedecer y de mandar, y de practicar obediencia incluso cuando manda?

Oíd ahora mi palabra, los más sabios. Examinad en serio si me metí hasta el corazón mismo de la vida, y hasta las raíces de su corazón.

Donde encontré algo vivo, encontré voluntad de poder; y hasta en la voluntad del que sirve encontré la voluntad de ser señor.

Que lo más débil sirva a lo más fuerte: a eso lo persuade su propia voluntad, que quiere ser señora de lo todavía más débil; solo de ese placer no puede prescindir.

Y así como lo más pequeño se entrega a lo más grande para tener placer y poder sobre lo más pequeño todavía, así se entrega también lo más grande y pone en juego, por el poder, la vida.

Esa es la entrega de lo más grande: que es apuesta y peligro, y un jugar a los dados con la muerte.

Y donde hay sacrificio y servicios y miradas de amor, también ahí hay voluntad de ser señor. Por caminos furtivos se desliza el más débil hasta dentro del castillo, y hasta el corazón del más poderoso, y ahí roba poder.

Y este secreto me lo dijo la vida misma. «Mira», dijo, «yo soy *lo que tiene que superarse siempre a sí mismo*.

Claro que vosotros lo llamáis voluntad de engendrar, o impulso hacia el fin, hacia lo más alto, lo más lejano, lo más múltiple: pero todo eso es una sola cosa, y un solo secreto.

Antes me voy al ocaso que renunciar a esa única cosa; y en verdad, donde hay ocaso y caída de hojas, mira: ahí se sacrifica vida, por poder.

Que yo tenga que ser lucha y devenir y fin y contradicción de los fines: ah, quien adivina mi voluntad adivina también por qué caminos *torcidos* tiene que andar.

Cualquier cosa que yo cree, y por mucho que la ame, pronto tengo que ser su adversario, y el de mi amor: así lo quiere mi voluntad.

Y también tú, el que conoce, no eres más que un sendero y una huella de mi voluntad: en verdad, mi voluntad de poder anda también sobre los pies de tu voluntad de verdad.

No acertó en la verdad, desde luego, el que le disparó la palabra "voluntad de existencia": esa voluntad no existe.

Porque lo que no es no puede querer; y lo que está en la existencia, ¿cómo podría querer todavía llegar a la existencia?

Solo donde hay vida hay también voluntad: pero no voluntad de vida, sino —así te lo enseño— voluntad de poder.

Muchas cosas son estimadas por el viviente más alto que la vida misma; pero desde el estimar mismo habla la voluntad de poder».

Así me enseñó una vez la vida: y con eso os resuelvo todavía, los más sabios, el enigma de vuestro corazón.

En verdad os digo: un bien y un mal que fueran imperecederos no existen. Desde sí mismos tienen que superarse siempre de nuevo.

Con vuestros valores y vuestras palabras sobre el bien y el mal ejercéis violencia, vosotros que valoráis: y ese es vuestro amor escondido, y el brillar, el temblar y el desbordarse de vuestra alma.

Pero de vuestros valores crece una violencia más fuerte, y una superación nueva: contra ella se rompen el huevo y la cáscara.

Y quien tiene que ser un creador en el bien y en el mal: en verdad, ese tiene que ser antes un destructor y romper valores.

Así, el mal más alto pertenece a la bondad más alta: pero esa es la bondad que crea.

Hablemos de ello, los más sabios, aunque sea malo. Callar es peor; todas las verdades calladas se vuelven venenosas.

Y que se rompa todo lo que en nuestras verdades pueda romperse. ¡Todavía hay más de una casa que construir!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Voluntad de poder. *Wille zur Macht*. Y con ella, la que Nietzsche rechaza por su nombre: la «voluntad de vida» de Schopenhauer. Por eso la frase «no voluntad de vida, sino voluntad de poder» es una ruptura, no una definición.

2. Voluntad de existencia. *Wille zum Dasein*, la otra que rechaza: «lo que no es no puede querer; y lo que está en la existencia, ¿cómo podría querer todavía llegar a la existencia?».

3. La superación de sí mismo. *Selbst-Überwindung*. Nietzsche pone el guion para que se oiga *Selbst*: no es «mejorarse», es que lo vivo tiene que superarse a sí mismo. «Yo soy lo que tiene que superarse siempre a sí mismo», dice la Vida.

4. Obedecer y mandar. Los tres hallazgos del capítulo: todo lo vivo obedece; se le manda a quien no sabe obedecerse a sí mismo; y mandar es más difícil que

obedecer, porque el que manda se arriesga a sí mismo.

5. Valoración. *Werthschätzung*: lo que va sentado, «solemne y embozado», en la barca que el río del devenir arrastra.

6. Los más sabios. *Die Weisesten*, a quienes va dirigido el capítulo. No son los «sabios famosos» del capítulo ocho: aquí el superlativo es con quienes Zaratustra discute en serio.

7. El huevo y la cáscara. «De vuestros valores crece una violencia más fuerte, y una superación nueva: contra ella se rompen el huevo y la cáscara».

SEGUNDA PARTE

De los sublimes

Quieto está el fondo de mi mar: ¿quién adivinaría que esconde monstruos bromistas?

Inconmovible es mi profundidad: pero brilla con enigmas y carcajadas que nadan en ella.

A un sublime vi hoy, a un solemne, a un penitente del espíritu: oh, ¡cómo se rio mi alma de su fealdad!

Con el pecho levantado y como los que contienen el aliento: así estaba ahí el sublime, y callado, colgado de verdades feas, su botín de caza, y rico en ropas rasgadas; también le colgaban muchas espinas, pero todavía no le vi ninguna rosa.

Todavía no aprendió la risa ni la belleza. Sombrío volvió este cazador del bosque del conocimiento.

De la lucha con animales salvajes volvió a casa: pero de su seriedad asoma también todavía un animal salvaje, uno no superado.

Como un tigre que quiere saltar, así sigue ahí parado; pero a mí no me gustan esas almas tensas, mi gusto es hostil a todos esos que se retiran.

¿Y me decís, amigos, que sobre el gusto y el paladar no hay que discutir? Pero toda la vida es disputa por el gusto y el paladar.

El gusto: eso es a la vez el peso, y el platillo de la balanza, y el que pesa; y ay de todo lo vivo que quisiera vivir sin disputa por el peso y el platillo y los que pesan.

Si se cansara de su sublimidad, ese sublime: solo entonces empezaría su belleza, y solo entonces querré yo paladearlo y encontrarlo sabroso.

Y solo cuando se aparte de sí mismo saltará por encima de su propia sombra, y en verdad, ¡dentro de *su* sol!

Demasiado tiempo estuvo sentado en la sombra, se le pusieron pálidas las mejillas al penitente del espíritu; casi se murió de hambre con sus

esperas.

Desprecio hay todavía en su ojo; y en su boca se esconde asco. Cierto que ahora descansa, pero su descanso todavía no se ha tumbado al sol.

Debería hacer como el toro; y su felicidad debería oler a tierra y no a desprecio de la tierra.

Como toro blanco querría verlo, resoplando y bramando delante de la reja del arado; y su bramido debería alabar además todo lo terrenal.

Oscuro está todavía su rostro; la sombra de la mano juega sobre él. Ensombrecido está todavía el sentido de su ojo.

Su propia acción es todavía la sombra que hay sobre él: la mano oscurece al que obra. Todavía no ha superado su acción.

Cierto que me gusta en él la nuca del toro: pero ahora quiero ver además el ojo del ángel.

También su voluntad de héroe tiene que desaprenderla todavía: uno que ha sido alzado ha de ser para mí, y no solo un sublime; el éter mismo debería alzarlo a él, al que ya no tiene voluntad.

Domó monstruos, resolvió enigmas: pero debería además redimir a sus monstruos y a sus enigmas, debería transformarlos en hijos del cielo.

Todavía su conocimiento no aprendió a sonreír ni a estar sin celos; todavía su pasión desbordada no se ha aquietado en la belleza.

En verdad, no en la saciedad ha de callar y sumergirse su deseo, sino en la belleza. La gracia pertenece a la generosidad del que piensa en grande.

Con el brazo echado sobre la cabeza: así debería descansar el héroe, así debería superar también su descansar.

Pero precisamente para el héroe *lo bello* es la más difícil de todas las cosas. Lo bello es inalcanzable para toda voluntad violenta.

Un poco más, un poco menos: eso justamente es aquí mucho, eso es aquí lo más.

Estar de pie con los músculos flojos y con la voluntad desenganchada: eso es lo más difícil para todos vosotros, sublimes.

Cuando el poder se vuelve clemente y baja hasta lo visible: belleza llamo yo a ese bajar.

Y de nadie quiero belleza tanto como precisamente de ti, poderoso: que tu bondad sea tu último sometimiento de ti mismo.

Todo mal te lo creo capaz de hacer: por eso quiero de ti el bien.

En verdad, muchas veces me reí de los debiluchos que se creen buenos porque tienen las zarpas cojas.

Debes aspirar a la virtud de la columna: se vuelve siempre más hermosa y más delicada, pero por dentro más dura y capaz de cargar más, cuanto más sube.

Sí, sublime, alguna vez has de ser hermoso todavía, y ponerle el espejo delante a tu propia belleza.

Entonces tu alma se estremecerá de deseos divinos; y habrá adoración incluso en tu vanidad.

Porque este es el secreto del alma: solo cuando el héroe la ha abandonado se le acerca, en sueños, el sobre-héroe.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. El sublime. *Erhaben* significa literalmente «alzado», y el capítulo juega con eso: el sublime tiene que volverse «uno que ha sido alzado». En español «sublime» esconde la misma idea de altura, pero el juego solo se oye si se dice.

2. Penitente del espíritu. *Büsser des Geistes*: el que hace penitencia con el espíritu, como el asceta con el cuerpo.

3. Sobre gustos. «¿Y me decís que sobre el gusto y el paladar no hay que discutir?» es el refrán latino, y Zaratustra lo niega: toda la vida es disputa por el gusto.

4. Sometimiento de sí mismo. *Selbst-Überwältigung*, distinto de la superación del capítulo anterior: *überwältigen* es avasallar. «Que tu bondad sea tu último sometimiento de ti mismo».

5. La virtud de la columna. «Se vuelve siempre más hermosa y más delicada, pero por dentro más dura y capaz de cargar más, cuanto más sube». Es la imagen que resume el capítulo.

6. El sobre-héroe. *Über-Held*, en la última línea: invento de Nietzsche calcado sobre *Übermensch*. Aquí «superhéroe» es imposible, porque hoy significa otra cosa y hundiría el pasaje; por eso se calca con guion, como él lo escribe.

7. Saltar sobre la propia sombra. La expresión alemana significa hacer lo que uno cree imposible para sí. Zaratustra añade: y caer dentro de su propio sol.

SEGUNDA PARTE

Del país de la cultura

Demasiado lejos volé hacia dentro del futuro: me asaltó un espanto.

Y cuando miré a mi alrededor, ¡mira!, el tiempo era mi único contemporáneo.

Entonces huí hacia atrás, hacia casa, y cada vez más deprisa: así llegué a vosotros, los de ahora, y al país de la cultura.

Por primera vez traía un ojo para vosotros, y buen deseo: en verdad, con anhelo en el corazón llegué.

¿Pero qué me pasó? Por mucho miedo que tuviera, ¡tuve que reírme! Nunca vio mi ojo algo tan salpicado de colores.

Reí y reí mientras el pie todavía me temblaba, y el corazón con él: «¡pero si esta es la patria de todos los botes de pintura!», dije.

Pintarrajeados con cincuenta manchas en la cara y en los miembros: así estabais ahí sentados, para mi asombro, los de ahora.

Y con cincuenta espejos alrededor, que halagaban vuestro juego de colores y le daban la razón.

En verdad, no podríais llevar mejor máscara, los de ahora, que vuestra propia cara. ¿Quién podría *reconoceros*?

Escritos por completo con los signos del pasado, y esos signos repintados además con signos nuevos: así os habéis escondido bien de todos los descifradores de signos.

Y aunque uno sea examinador de riñones, ¿quién va a creer todavía que tenéis riñones? Parecéis horneados de colores y de papelitos pegados.

Todas las épocas y todos los pueblos miran de colores desde vuestros velos; todas las costumbres y todas las creencias hablan de colores desde vuestros gestos.

Si alguien os quitara los velos y las capas y los colores y los gestos, le quedaría justo lo suficiente para espantar pájaros con ello.

En verdad, yo mismo soy el pájaro espantado que os vio una vez desnudos y sin color; y salí volando cuando el esqueleto me hizo señas de amor.

Antes preferiría ser jornalero en el inframundo y entre las sombras de antaño. ¡Más gordos y más llenos que vosotros son todavía los del inframundo!

Esto, sí, esto es amargura en mis entrañas: que no os soporto ni desnudos ni vestidos, los de ahora.

Todo lo inquietante del futuro, y lo que alguna vez les dio escalofríos a los pájaros extraviados, es en verdad más hogareño y más familiar que vuestra «realidad».

Porque así habláis: «reales somos del todo, y sin fe y sin superstición»; así os sacáis pecho, ah, ¡y ni siquiera tenéis pecho!

Sí, ¿cómo ibais a *poder* creer, salpicados de colores? Vosotros, que sois una pintura de todo lo que alguna vez se creyó.

Refutaciones andantes sois de la fe misma, y quebradura de miembros de todos los pensamientos. *Indignos de fe*: así os llamo, realistas.

Todas las épocas parlotean unas contra otras en vuestros espíritus; y los sueños y el parloteo de todas las épocas eran más reales que vuestro estar despiertos.

Estériles sois: *por eso* os falta fe. Pero quien tuvo que crear tuvo siempre también sus sueños verdaderos y sus signos en las estrellas, ¡y creía en el creer!

Puertas entreabiertas sois, a las que esperan los sepultureros. Y esta es *vuestra* realidad: «todo merece perecer».

Ah, cómo estáis ahí, estériles, ¡qué flacos de costillas! Y más de uno de vosotros se dio cuenta de ello.

Y dijo: «¿será que un dios, mientras yo dormía, me quitó a escondidas algo? En verdad, ¡lo suficiente para hacerse con ello una mujercita!

Asombrosa es la pobreza de mis costillas». Así habló ya más de uno de los de ahora.

Sí, dais risa, los de ahora. Y sobre todo cuando os asombráis de vosotros mismos.

Y ay de mí si no pudiera reírme de vuestro asombro y tuviera que beberme todo lo repugnante de vuestros cuencos.

Así que me lo tomaré con vosotros a la ligera, porque tengo *cosas pesadas* que cargar; ¿y qué me importa que además se me sienten escarabajos y gusanos con alas en el fardo?

En verdad, no será por eso que se me haga más pesado. Y no de vosotros, los de ahora, me ha de venir el gran cansancio.

Ah, ¿adónde voy a subir ya con mi anhelo? Desde todas las montañas miro buscando patrias y matrias.

Pero patria no encontré en ninguna parte: inestable soy en todas las ciudades, y una partida en todas las puertas.

Extraños me son, y objeto de burla, los de ahora, hacia quienes hace poco me empujó el corazón; y estoy desterrado de patrias y de matrias.

Así que solo amo ya el *país de mis hijos*, el no descubierto, en el mar más lejano: hacia él mando a mis velas buscar y buscar.

En mis hijos quiero enmendar el ser hijo de mis padres: y en todo el futuro, *este* presente.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Los de ahora. *Die Gegenwärtigen*: no «los contemporáneos», que suena neutro. *Gegenwärtige* es «los presentes», dicho con desdén.

2. Cultura. *Bildung*: la formación, lo que uno ha leído y absorbido. El «país de la cultura» es la Europa culta de 1883.

3. Indignos de fe. *Unglaubwürdige*. En alemán es un solo juego: no pueden creer, *glauben*, y no son creíbles, *glaubwürdig*. «Increíbles» en español dice hoy lo

contrario, admiración, así que conservamos la raíz por el otro lado, la fe.

4. Examinador de riñones. *Nierenprüfer*, de la Biblia: el que «prueba los riñones y el corazón», Jeremías 11, 20, es decir, el que ve lo que hay dentro. Aquí no encuentra nada dentro.

5. Todo merece perecer. La «realidad» de los de ahora, dice Zaratustra, es una frase del Fausto de Goethe, y la dice Mefistófeles.

6. Patrias y matrias. Nietzsche escribe *Vater- und Mutterländer*, tierras de padres y tierras de madres. «Matria» existe en español y hace el mismo par.

7. La costilla que falta. El párrafo 25 parodia el Génesis: uno de los de ahora se pregunta si un dios le quitó algo mientras dormía, lo bastante para hacer con ello una mujercita.

8. El país de mis hijos. El cierre —amar solo la tierra no descubierta de los hijos— es la salida del capítulo, y vuelve al final de la obra.

SEGUNDA PARTE

Del conocimiento inmaculado

Cuando ayer salió la luna, creí que quería dar a luz un sol: tan ancha y tan preñada estaba en el horizonte.

Pero fue para mí una mentirosa con su embarazo; y antes creeré en el hombre de la luna que en la mujer.

Claro que tampoco tiene mucho de hombre, ese trasnochador tímido. En verdad, con mala conciencia anda por los tejados.

Porque es lujurioso y celoso, el monje de la luna, lujurioso de la tierra y de todas las alegrías de los que aman.

No, no me gusta, ese gato de tejado. Repugnantes me son todos los que se deslizan junto a ventanas entornadas.

Piadoso y callado camina sobre alfombras de estrellas; pero no me gustan los pies de varón que pisan sin ruido, en los que no suena ni una espuela.

El paso de todo hombre honesto habla; el gato, en cambio, se escurre por el suelo. Mira: como un gato viene la luna, y sin honestidad.

Este símil os doy a vosotros, hipócritas sensibles, a vosotros, «los del puro conocer». *Yo* os llamo lujuriosos.

También vosotros amáis la tierra y lo terrenal: bien os adiviné. Pero hay vergüenza en vuestro amor, y mala conciencia: ¡os parecéis a la luna!

A despreciar lo terrenal han persuadido a vuestro espíritu, pero no a vuestras entrañas: y *ellas* son lo más fuerte que tenéis.

Y ahora vuestro espíritu se avergüenza de hacerle la voluntad a vuestras entrañas, y por su propia vergüenza anda por caminos furtivos y mentirosos.

«Esto sería para mí lo más alto», así se habla a sí mismo vuestro espíritu embustero, «mirar la vida sin deseo, y no como el perro, con la lengua colgando:

ser feliz en el mirar, con la voluntad muerta, sin la garra ni la avidez del egoísmo; frío y gris ceniza en todo el cuerpo, pero con ojos de luna embriagados».

«Esto sería para mí lo más querido», así se seduce a sí mismo el seducido, «amar la tierra como la ama la luna, y palpar su belleza solo con el ojo.

Y esto llamo yo conocimiento *inmaculado* de todas las cosas: no querer nada de las cosas, salvo que se me permita estar tumbado ante ellas como un espejo de cien ojos».

Oh, hipócritas sensibles, lujuriosos. Os falta la inocencia en el deseo: y por eso ahora calumniáis el desear.

En verdad, no amáis la tierra como creadores, como engendradores, como gente con ganas de devenir.

¿Dónde está la inocencia? Donde hay voluntad de engendrar. Y quien quiere crear más allá de sí mismo, ese tiene para mí la voluntad más pura.

¿Dónde está la belleza? Donde *tengo que querer* con toda mi voluntad; donde quiero amar e irme al ocaso para que una imagen no se quede solo en imagen.

Amar e irse al ocaso: eso rima desde hace eternidades. Voluntad de amor: eso es estar dispuesto también a la muerte. Así os hablo a vosotros, cobardes.

Pero ahora vuestro mirar de reojo, castrado, quiere llamarse «contemplación». Y a lo que se deja palpar por ojos cobardes se lo ha de bautizar «hermoso». Oh, ensuciadores de nombres nobles.

Pero esta ha de ser vuestra maldición, inmaculados, los del puro conocer: que nunca daréis a luz, aunque estéis anchos y preñados en el horizonte.

En verdad, os llenáis la boca con palabras nobles: ¿y hemos de creer que se os desborda el corazón, embusteros?

Pero *mis* palabras son palabras pobres, despreciadas, torcidas: de buena gana recojo lo que en vuestro banquete cae debajo de la mesa.

Con ellas todavía puedo decirles la verdad a los hipócritas. Sí, mis espinas de pescado, mis conchas y mis hojas con púas han de hacerles cosquillas en la nariz a los hipócritas.

Siempre hay mal aire alrededor de vosotros y de vuestros banquetes: vuestros pensamientos lujuriosos, vuestras mentiras y vuestros secretos están en el aire.

Atreveos primero a creeros a vosotros mismos, a vosotros y a vuestras entrañas. Quien no se cree a sí mismo miente siempre.

Una careta de dios os colgasteis delante de vosotros mismos, «puros»: en una careta de dios se escondió vuestro horrible gusano anillado.

En verdad, engañáis, «contemplativos». También Zaratustra fue una vez el tonto de vuestras pieles divinas; no adivinó el enroscarse de serpientes con que estaban rellenas.

El alma de un dios creí ver jugar una vez en vuestros juegos, los del puro conocer. Ningún arte creí mejor que vuestras artes.

La distancia me ocultaba la inmundicia de serpiente y el mal olor: y que la astucia de un lagarto se arrastraba por aquí, lujuriosa.

Pero me *acerqué* a vosotros: entonces me llegó el día, y ahora os llega a vosotros. Se acabaron los amoríos de la luna.

¡Mirad! Sorprendida y pálida está ahí, ante la aurora.

Porque ya viene, la ardiente; *su* amor a la tierra viene. Inocencia y ansia de crear es todo amor de sol.

Mirad cómo viene impaciente por encima del mar. ¿No sentís la sed y el aliento caliente de su amor?

Del mar quiere mamar y beberse hacia arriba su profundidad: entonces el deseo del mar se levanta con mil pechos.

Besado y mamado *quiere* ser por la sed del sol; aire *quiere* volverse, y altura, y sendero de la luz, y luz él mismo.

En verdad, igual que el sol amo yo la vida y todos los mares profundos.

Y esto llamo *yo* conocimiento: que todo lo profundo suba hasta mi altura.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Conocimiento inmaculado. *Unbefleckte Erkenntniss*, calcado sobre *unbefleckte Empfängnis*, la concepción inmaculada. El español conserva la parodia entera, cosa que no siempre pasa.

2. Los del puro conocer. *Rein-Erkennende*: los que dicen mirar el mundo sin deseo. Se traduce como etiqueta y no como frase, porque en alemán también es un compuesto inventado.

3. Contemplación. *Beschaulichkeit*: así llaman ellos a lo que Zaratustra describe como un mirar de reojo castrado.

4. El monje de la luna. En alemán hay un juego intraducible: primero dice *der Mann im Monde*, el hombre de la luna, y después *der Mönch im Monde*, el monje de la luna. Suenan casi igual.

5. Entrañas. *Eingeweide*. El argumento del capítulo: a vuestro espíritu lo convencieron de despreciar la tierra, pero a vuestras entrañas no, y son lo más fuerte que tenéis.

6. Amar e irse al ocaso. «Eso rima desde hace eternidades». *Untergehn* es lo que hace el sol al ponerse y también perecer: por eso «ocaso», que guarda las dos cosas.

7. Lo que Zaratustra llama conocimiento. El cierre lo dice sin rodeos: «que todo lo profundo suba hasta mi altura». No es mirar, es atraer.

SEGUNDA PARTE

De los eruditos

Mientras yo dormía, una oveja se puso a comerse la corona de hiedra de mi cabeza; comía y decía al mismo tiempo: «Zaratustra ya no es un erudito».

Lo dijo y se fue, tiesa y orgullosa. Me lo contó un niño.

De buena gana me tumbo aquí, donde juegan los niños, junto al muro roto, entre cardos y amapolas rojas.

Para los niños sigo siendo un erudito, y también para los cardos y las amapolas rojas. Son inocentes, incluso en su maldad.

Pero para las ovejas ya no lo soy: así lo quiere mi suerte. ¡Bendita sea!

Porque esta es la verdad: me he mudado de la casa de los eruditos, y además di un portazo al salir.

Demasiado tiempo estuvo mi alma sentada con hambre a su mesa; yo no estoy amaestrado, como ellos, para conocer igual que se amaestra a alguien para cascar nueces.

Amo la libertad y el aire sobre la tierra fresca; prefiero dormir sobre pieles de buey que sobre sus dignidades y sus respetabilidades.

Estoy demasiado caliente y quemado por mis propios pensamientos: muchas veces me quitan el aliento. Entonces tengo que salir al aire libre y lejos de todos los cuartos polvorientos.

Pero ellos están sentados a la fresca, en la sombra fresca: quieren ser en todo solo espectadores, y se cuidan de sentarse donde el sol quema los escalones.

Como los que se paran en la calle y se quedan mirando a la gente que pasa: así esperan también ellos y se quedan mirando pensamientos que otros pensaron.

Si se los agarra con las manos, sueltan polvo a su alrededor como sacos de harina, sin querer; ¿pero quién adivinaría que su polvo viene del

grano y de la delicia amarilla de los campos de verano?

Cuando se ponen sabios, me dan escalofríos sus sentencias y sus verdades pequeñas: su sabiduría huele muchas veces como si viniera del pantano, y en verdad, ¡ya he oído croar dentro de ella a la rana!

Son hábiles, tienen dedos listos: ¿qué hace *mi* sencillez ante su complicación? Sus dedos entienden de enhebrar y de anudar y de tejer: así fabrican las medias del espíritu.

Son buenos relojes: ¡solo hay que cuidar de darles bien la cuerda! Entonces marcan la hora sin engaño y hacen al hacerlo un ruido discreto.

Trabajan como molinos y como pilones: ¡no hay más que echarles el grano! Ya saben ellos moler el trigo y sacar de él polvo blanco.

Se vigilan bien los dedos unos a otros y no se fían demasiado entre sí. Inventivos en pequeñas astucias, esperan a aquellos cuyo saber anda con los pies cojos: como arañas esperan.

Siempre los vi preparar veneno con cuidado; y siempre se ponían para eso guantes de vidrio en los dedos.

También saben jugar con dados falsos; y los encontré jugando con tanto afán que sudaban al hacerlo.

Somos extraños el uno para el otro, y sus virtudes van todavía más contra mi gusto que sus falsedades y sus dados falsos.

Y cuando viví entre ellos, viví por encima de ellos. Por eso me tomaron ojeriza.

No quieren oír que alguien camine por encima de sus cabezas; así que pusieron madera y tierra y basura entre mí y sus cabezas.

Así amortiguaron el sonido de mis pasos: y hasta ahora el que peor me ha oído ha sido el más erudito.

Todas las faltas y las flaquezas de los hombres las pusieron entre ellos y yo: falso suelo lo llaman en sus casas.

Pero a pesar de eso camino con mis pensamientos *por encima de* sus cabezas; y aunque quisiera caminar sobre mis propios errores, seguiría estando por encima de ellos y de sus cabezas.

Porque los hombres *no* son iguales: así habla la justicia. Y lo que yo quiero, *ellos* no tendrían derecho a quererlo.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Los eruditos. *Die Gelehrten*. No «los sabios» —esos son los *Weisen* de los capítulos ocho y doce—: el *Gelehrter* es el que tiene el saber por oficio, el académico.

2. Falso suelo. *Fehlboden* es un término de carpintería: el relleno de tablas, tierra y desechos que se pone entre dos pisos para amortiguar los pasos de arriba. Nietzsche lo aprovecha porque lleva dentro *Fehl*, «falta»: lo que ponen entre sus cabezas y él son las faltas de los hombres.

3. Amaestrado para conocer. «Yo no estoy amaestrado, como ellos, para conocer igual que se amaestra a alguien para cascar nueces».

4. Las medias del espíritu. *Strümpfe des Geistes*: lo que tejen con sus dedos hábiles. La imagen dice a la vez destreza y domesticidad.

5. La rana en el pantano. «Su sabiduría huele muchas veces como si viniera del pantano, y en verdad, ya he oído croar dentro de ella a la rana».

6. «Los hombres no son iguales». La frase vuelve aquí, ocho capítulos después de «De las tarántulas», y cierra el capítulo con la misma justificación: así habla la justicia.

SEGUNDA PARTE

De los poetas

«Desde que conozco mejor el cuerpo», le dijo Zaratustra a uno de sus discípulos, «el espíritu ya no es para mí más que espíritu por así decirlo; y todo lo imperecedero tampoco es más que un símil».

«Ya te oí decir eso una vez», contestó el discípulo, «y entonces añadiste: "pero los poetas mienten demasiado". ¿Por qué dijiste que los poetas mienten demasiado?».

«¿Por qué?», dijo Zaratustra. «¿Preguntas por qué? Yo no soy de aquellos a quienes está permitido preguntarles por su porqué.

¿Acaso mi vivir es de ayer? Hace mucho que viví las razones de mis opiniones.

¿No tendría que ser un barril de memoria si además quisiera llevar conmigo mis razones?

Bastante me cuesta ya retener mis propias opiniones; y más de un pájaro se me vuela.

Y a veces encuentro también en mi palomar un animal llegado volando que me es extraño, y que tiembla cuando le pongo la mano encima.

¿Pero qué te dijo una vez Zaratustra? ¿Que los poetas mienten demasiado? Pero también Zaratustra es un poeta.

¿Crees ahora que aquí dijo la verdad? ¿Por qué lo crees?».

El discípulo contestó: «creo en Zaratustra». Pero Zaratustra sacudió la cabeza y sonrió.

«La fe no me hace bienaventurado», dijo, «y menos la fe en mí.

Pero suponiendo que alguien dijera muy en serio que los poetas mienten demasiado: tiene razón. *Nosotros* mentimos demasiado.

También sabemos demasiado poco y aprendemos mal: así que no nos queda más que mentir.

¿Y quién de nosotros, los poetas, no ha adulterado su vino? Más de una mezcla venenosa se hizo en nuestras bodegas, más de una cosa indescriptible se hizo allí.

Y como sabemos poco, nos gustan de corazón los pobres de espíritu, sobre todo si son mujercitas jóvenes.

Y hasta somos codiciosos de esas cosas que las mujercitas viejas se cuentan por la tarde. A eso lo llamamos en nosotros lo eterno femenino.

Y como si hubiera un acceso secreto y particular al saber que se les *tapa* a quienes aprenden algo: así creemos en el pueblo y en su «sabiduría».

Pero esto lo creen todos los poetas: que quien, tumbado en la hierba o en laderas solitarias, aguza el oído, se entera de algo de las cosas que hay entre el cielo y la tierra.

Y si les vienen emociones tiernas, los poetas piensan siempre que la naturaleza misma está enamorada de ellos, y que se desliza hasta su oído para decirle secretos y halagos de enamorada: con eso se pavonean y se hinchan ante todos los mortales.

Ah, hay tantas cosas entre el cielo y la tierra con las que solo los poetas se han dejado soñar.

Y sobre todo *por encima* del cielo: porque todos los dioses son símil de poetas, simulación de poetas.

En verdad, siempre nos atrae hacia arriba, es decir, hacia el reino de las nubes: encima de ellas ponemos nuestros pellejos de colores y los llamamos entonces dioses y superhombres.

¡Si justamente son bastante ligeros para esas sillas! Todos esos dioses y superhombres.

Ah, qué cansado estoy de todo lo insuficiente que a fuerza tiene que ser acontecimiento. Ah, ¡qué cansado estoy de los poetas!».

Cuando Zaratustra habló así, su discípulo se enojó con él, pero calló. Y también Zaratustra calló; y su ojo se había vuelto hacia dentro, como si mirara a lejanías anchas. Por fin suspiró y tomó aliento.

Soy de hoy y de antaño, dijo entonces; pero hay algo en mí que es de mañana y de pasado mañana y de algún día.

Me cansé de los poetas, de los viejos y de los nuevos: superficiales me parecen todos, y mares poco hondos.

No pensaron lo bastante hacia lo hondo: por eso su sentimiento no bajó hasta el fondo.

Un poco de voluptuosidad y un poco de aburrimiento: eso ha sido hasta ahora su mejor meditación.

Soplo y correteo de fantasmas me parece todo su tintineo de arpas; ¿qué han sabido ellos hasta ahora del fervor de los sonidos?

Tampoco me son bastante limpios: todos enturbian sus aguas para que parezcan profundas.

Y de buena gana se hacen pasar por reconciliadores: pero para mí siguen siendo intermediarios y mezcladores, y medias tintas, y sucios.

Ah, eché mi red en sus mares y quería pescar buenos peces; pero siempre saqué la cabeza de algún dios viejo.

Así, al hambriento el mar le dio una piedra. Y ellos mismos vienen quizá del mar.

Cierto que se encuentran perlas en ellos: tanto más se parecen entonces a duros animales de concha. Y en vez de alma encontré muchas veces en ellos baba salada.

Del mar aprendieron también su vanidad: ¿no es el mar el pavo real de los pavos reales?

Hasta ante el más feo de los búfalos despliega su cola; nunca se cansa de su abanico de encaje de plata y seda.

El búfalo mira eso con terquedad, cerca de la arena en su alma, más cerca todavía de la maleza, y lo más cerca del pantano.

¿Qué le importan a él la belleza y el mar y los adornos del pavo real? Este símil se lo digo a los poetas.

En verdad, su espíritu mismo es el pavo real de los pavos reales y un mar de vanidad.

Espectadores quiere el espíritu del poeta, ¡aunque sean búfalos!

Pero de ese espíritu me cansé: y veo venir que se cansará de sí mismo.

Transformados he visto ya a los poetas, y con la mirada dirigida contra sí mismos.

Penitentes del espíritu he visto venir: crecieron de ellos.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. No me preguntéis por qué. La primera respuesta es una negativa: «yo no soy de aquellos a quienes está permitido preguntarles por su porqué». Hace mucho que vivió las razones de sus opiniones, dice, y no es un barril de memoria.

2. Símil y simulación. Nietzsche inventa *Erschleichnis* para rimar con *Gleichnis*, símil: lo obtenido con engaño. «Todos los dioses son símil de poetas, simulación de poetas». En español «símil» y «simulación» comparten raíz y guardan la rima y la trampa.

3. Lo eterno femenino. *Das Ewig-Weibliche*, del final del Fausto de Goethe. Nietzsche se lo aplica a los poetas con sorna: es el nombre que le ponen a su gusto por lo que cuentan las mujercitas viejas.

4. Entre el cielo y la tierra. «Hay tantas cosas entre el cielo y la tierra con las que solo los poetas se han dejado soñar» juega con la frase de Hamlet.

5. Medias tintas. *Halb-und-Halbe*: los que se dan por reconciliadores sin serlo.

6. El pavo real de los pavos reales. El mar, que despliega su cola aunque delante solo haya un búfalo. Es el símil que Zaratustra dice estar dirigiendo a los poetas, y que al final se aplica a su espíritu.

7. Penitentes del espíritu. La última línea enlaza con el capítulo trece: de los poetas cansados de sí mismos crecen los penitentes del espíritu.

SEGUNDA PARTE

De los grandes acontecimientos

Hay una isla en el mar, no lejos de las islas afortunadas de Zaratustra, sobre la cual humea sin parar una montaña de fuego; de ella dice el pueblo, y lo dicen sobre todo las mujercitas viejas del pueblo, que está puesta como un peñasco ante la puerta del inframundo, y que por la montaña de fuego misma baja el camino estrecho que lleva a esa puerta.

Pues bien, por aquel tiempo en que Zaratustra estaba en las islas afortunadas, ocurrió que un barco echó el ancla en la isla donde está la montaña humeante; y su tripulación bajó a tierra a cazar conejos. Pero hacia la hora del mediodía, cuando el capitán y su gente volvían a estar reunidos, vieron de pronto venir hacia ellos por el aire a un hombre, y una voz dijo con claridad: «¡Es tiempo! ¡Ya es la hora!». Y cuando la figura estuvo más cerca de ellos —pasó volando rápida como una sombra, en dirección a donde estaba la montaña de fuego—, reconocieron con enorme espanto que era Zaratustra; porque todos lo habían visto ya, menos el capitán, y lo querían como quiere el pueblo: de modo que hay amor y recelo a partes iguales.

«¡Mirad!», dijo el viejo timonel, «¡ahí va Zaratustra al infierno!».

Por ese mismo tiempo, cuando esos marineros desembarcaron en la isla de fuego, corrió el rumor de que Zaratustra había desaparecido; y cuando se les preguntó a sus amigos, contaron que se había embarcado de noche, sin decir adónde quería viajar.

Así nació una inquietud; y a los tres días se le sumó a esa inquietud la historia de los marineros, y entonces todo el pueblo dijo que el diablo se había llevado a Zaratustra. Sus discípulos se rieron de esa habladuría, y uno de ellos incluso dijo: «antes creería que Zaratustra se llevó al diablo». Pero en el fondo del alma estaban todos llenos de preocupación y de anhelo: así que fue grande su alegría cuando al quinto día Zaratustra apareció entre ellos.

Y este es el relato de la conversación de Zaratustra con el perro de fuego.

La tierra, dijo, tiene una piel; y esa piel tiene enfermedades. Una de esas enfermedades se llama, por ejemplo, «hombre».

Y otra de esas enfermedades se llama «perro de fuego»: sobre *él* los hombres se han mentido mucho y se han dejado mentir mucho.

Para llegar al fondo de ese secreto crucé el mar: y he visto la verdad desnuda, ¡en verdad!, descalza hasta el cuello.

Ahora sé lo que pasa con el perro de fuego; y lo mismo con todos los demonios del vómito y del derrumbe, a los que no solo les tienen miedo las mujercitas viejas.

¡Sal de ahí, perro de fuego, sal de tu profundidad!, grité, y confiesa qué tan profunda es esa profundidad. ¿De dónde sale eso que resoplas hacia arriba?

Bebes abundantemente del mar: lo delata tu elocuencia salada. En verdad, para ser un perro de la profundidad tomas demasiado tu alimento de la superficie.

Como mucho te tengo por el ventrílocuo de la tierra: y siempre que oí hablar a demonios del derrumbe y del vómito los encontré iguales a ti: salados, mentirosos y planos.

Sabéis bramar y oscurecer con ceniza. Sois los mejores bocazas y aprendisteis de sobra el arte de hervir el lodo.

Donde vosotros estáis tiene que haber siempre lodo cerca, y mucho de esponjoso, de cavernoso, de apretujado: eso quiere salir a la libertad.

«Libertad» es lo que más os gusta bramar a todos: pero yo desaprendí la fe en los «grandes acontecimientos» en cuanto hay mucho bramido y humo alrededor de ellos.

Y créeme, amigo estruendo del infierno: los acontecimientos más grandes no son nuestras horas más ruidosas, sino las más silenciosas.

No en torno a los inventores de ruido nuevo: en torno a los inventores de valores nuevos gira el mundo; gira *sin que se oiga*.

Y confiésalo: siempre había pasado poco cuando tu ruido y tu humo se disipaban. ¿Qué importa que una ciudad se haya vuelto momia y que una estatua esté tirada en el lodo?

Y esta palabra se la digo además a los que derriban estatuas. Seguramente es la mayor locura echar sal al mar y estatuas al lodo.

En el lodo de vuestro desprecio estaba tirada la estatua: pero su ley es justamente esa, que del desprecio le vuelva a crecer vida y belleza viva.

Con rasgos más divinos se levanta ahora, y seductora en su padecer; y en verdad, todavía os dará las gracias por haberla derribado, ¡derribadores!

Pero este consejo se lo doy a reyes y a iglesias y a todo lo que está débil de años y de virtud: ¡dejaos derribar! Para que volváis a la vida, y a vosotros vuelva la virtud.

Así hablaba yo ante el perro de fuego: entonces me interrumpió malhumorado y preguntó: «¿Iglesia? ¿Y eso qué es?».

¿Iglesia?, contesté; es una especie de Estado, y la más mentirosa. Pero cállate, perro hipócrita. ¡Seguro que tú conoces mejor que nadie a los de tu especie!

Igual que tú, el Estado es un perro hipócrita; igual que tú, le gusta hablar con humo y bramidos, para hacer creer, igual que tú, que habla desde el vientre de las cosas.

Porque quiere ser a toda costa el animal más importante de la tierra, el Estado; y además se lo creen.

Cuando dije eso, el perro de fuego se puso como loco de envidia. «¿Cómo?», gritó, «¿el animal más importante de la tierra? ¿Y además se lo creen?». Y le salió tanto vapor de las fauces, y tantas voces horribles, que pensé que se iba a ahogar de rabia y de envidia.

Por fin se calmó y su jadeo aflojó; y en cuanto estuvo callado, le dije riéndome:

Te enojas, perro de fuego: ¡luego tengo razón sobre ti!

Y para que además siga teniéndola, oye hablar de otro perro de fuego: ese sí habla desde el corazón de la tierra.

Oro exhala su aliento, y lluvia dorada: así lo quiere su corazón. ¿Qué le importan ya la ceniza y el humo y la baba caliente?

La risa revolotea fuera de él como una nube de colores; y le tiene ojeriza a tus gargarismos y a tus escupitajos y a tu rabia de tripas.

Pero el oro y la risa los saca del corazón de la tierra: porque, para que lo sepas, *el corazón de la tierra es de oro*.

Cuando el perro de fuego oyó esto, ya no aguantó seguir escuchándome. Avergonzado metió el rabo entre las patas, dijo con voz apocada «¡guau, guau!» y se arrastró de vuelta a su cueva.

Así contó Zaratustra. Pero sus discípulos casi no lo escuchaban: tan grandes eran sus ganas de contarle lo de los marineros, los conejos y el hombre volador.

«¿Qué he de pensar de eso?», dijo Zaratustra. «¿Acaso soy un fantasma?

Pero habrá sido mi sombra. ¿Habéis oído ya algo del caminante y su sombra?

Lo seguro es esto: tengo que llevarla más corta, o me va a arruinar la fama».

Y otra vez sacudió Zaratustra la cabeza y se quedó extrañado. «¿Qué he de pensar de eso?», dijo otra vez.

«¿Por qué gritó el fantasma "es tiempo, ya es la hora"?

¿*Para qué* es, entonces, la hora?».

Así habló Zaratustra.

Notas

1. El perro de fuego. *Feuerhund*: el volcán, y con él todo lo que hace ruido y humo creyendo que eso es un acontecimiento.

2. Demonios del derrumbe y del vómito. *Umsturz- und Auswurf-Teufel*. Nietzsche junta a propósito los de la revuelta y los de la erupción.

3. El ventrílocuo de la tierra. Lo que Zaratustra le concede al perro de fuego, como mucho: que parece hablar desde el vientre de las cosas sin hacerlo.

4. El Estado, perro hipócrita. El pasaje sobre la Iglesia y el Estado —«una especie de Estado, y la más mentirosa»— continúa lo que Nietzsche había dicho en «Del nuevo ídolo», en la primera parte.

5. El otro perro de fuego. El que habla de verdad desde el corazón de la tierra, y del que salen el oro y la risa. «El corazón de la tierra es de oro».

6. El caminante y su sombra. En el párrafo 38 Zaratustra pregunta si han oído hablar «del caminante y su sombra». Es el título de un libro del propio Nietzsche, de 1880, dicho de pasada y sin avisar.

7. «Es tiempo, ya es la hora». El fantasma que vuela sobre los marineros grita eso, y el capítulo cierra con Zaratustra preguntándose para qué es la hora. No lo contesta.

SEGUNDA PARTE

El adivino

«Y vi venir sobre los hombres una gran tristeza. Los mejores se cansaron de sus obras.

Salió una doctrina, y a su lado corría una creencia: "todo está vacío, todo es igual, todo fue".

Y desde todas las colinas se oía el eco: "todo está vacío, todo es igual, todo fue".

Cierto que cosechamos: ¿pero por qué se nos pudrieron todos los frutos y se pusieron pardos? ¿Qué cayó de la luna mala la noche pasada?

En vano fue todo el trabajo, nuestro vino se volvió veneno, un mal de ojo quemó de amarillo nuestros campos y nuestros corazones.

Secos nos volvimos todos; y si nos cae fuego encima, nos deshacemos en polvo como la ceniza; sí, al fuego mismo lo cansamos.

Todas las fuentes se nos secaron, también el mar se retiró. Todo suelo quiere rajarse, ¡pero la profundidad no quiere tragar!

"Ah, ¿dónde hay todavía un mar en el que uno pudiera ahogarse?": así suena nuestra queja, por encima de pantanos planos.

En verdad, ya nos cansamos demasiado hasta para morir; ahora seguimos despiertos y seguimos viviendo, ¡en cámaras sepulcrales!».

Así oyó Zaratustra hablar a un adivino; y su profecía le llegó al corazón y lo transformó. Andaba triste y cansado; y se volvió igual a aquellos de quienes había hablado el adivino.

En verdad, les dijo a sus discípulos, falta poco y llega ese largo crepúsculo. Ah, ¡cómo voy a salvar mi luz al otro lado!

Que no se me ahogue en esta tristeza. Tiene que ser luz para mundos más lejanos, y para noches lejanísimas.

Así, afligido en el corazón, andaba Zaratustra; y durante tres días no tomó bebida ni comida, no tuvo descanso y perdió el habla. Por fin

ocurrió que cayó en un sueño profundo. Sus discípulos se sentaron a su alrededor en largas vigilias y esperaron con preocupación a que despertara y volviera a hablar y sanara de su pesadumbre.

Y este es el discurso que pronunció Zaratustra cuando despertó; pero su voz les llegó a sus discípulos como desde muy lejos.

Oíd el sueño que soñé, amigos, y ayudadme a adivinar su sentido.

Todavía es un enigma para mí ese sueño; su sentido está escondido dentro de él y apresado, y no vuela todavía por encima de él con alas libres.

Le había dicho adiós a toda vida, así soñé. En guardián de la noche y de los sepulcros me había convertido, allá en el solitario castillo de montaña de la muerte.

Allá arriba custodiaba sus ataúdes: llenas estaban las bóvedas sofocantes de esos trofeos. Desde ataúdes de vidrio me miraba la vida vencida.

Respiraba el olor de eternidades llenas de polvo: bochornosa y polvorienta estaba mi alma. ¿Y quién habría podido airear allí su alma?

Claridad de medianoche había siempre a mi alrededor, la soledad acuclillada a su lado; y, de tercera, un silencio de muerte que estertoraba, la peor de mis amigas.

Llaves llevaba, las más oxidadas de todas las llaves; y sabía abrir con ellas la más chirriante de todas las puertas.

Como un graznido rabioso corría el sonido por los pasillos largos cuando se alzaban las hojas de la puerta: con hostilidad gritaba ese pájaro, de mala gana quería que lo despertaran.

Pero más espantoso todavía, y más angustiante, era cuando volvía a callar y todo quedaba en silencio alrededor, y yo estaba solo sentado en ese callar traicionero.

Así se me iba y se me arrastraba el tiempo, si es que todavía había tiempo: ¡qué sé yo! Pero al fin pasó aquello que me despertó.

Tres golpes sonaron en la puerta, como truenos; las bóvedas resonaron y aullaron tres veces: entonces fui hacia la puerta.

¡Alpa!, grité, ¿quién lleva su ceniza a la montaña? ¡Alpa! ¡Alpa! ¿Quién lleva su ceniza a la montaña?

Y apreté la llave y empujé la puerta y me esforcé. Pero todavía no estaba abierta ni el ancho de un dedo.

Entonces un viento bramador arrancó sus hojas: silbando, chillando y cortando me arrojó un ataúd negro.

Y entre el bramido y el silbido y el chillido reventó el ataúd y escupió una carcajada de mil formas.

Y desde mil muecas de niños, de ángeles, de lechuzas, de locos y de mariposas grandes como niños, algo reía y se burlaba y bramaba contra mí.

Espantosamente me aterré por eso: me tiró al suelo. Y grité de horror como nunca había gritado.

Pero el propio grito me despertó, y volví en mí.

Así contó Zaratustra su sueño, y luego calló: porque todavía no sabía la interpretación de su sueño. Pero el discípulo al que más quería se levantó rápido, tomó la mano de Zaratustra y dijo:

«Tu vida misma nos interpreta este sueño, oh Zaratustra.

¿No eres tú mismo el viento de silbido chillón que les arranca las puertas a los castillos de la muerte?

¿No eres tú mismo el ataúd lleno de maldades de colores y de muecas angelicales de la vida?

En verdad, como una carcajada de niños de mil formas entra Zaratustra en todas las cámaras mortuorias, riéndose de esos guardianes de la noche y de los sepulcros, y de cualquiera que haga sonar llaves lúgubres.

Los asustarás y los derribarás con tu carcajada; el desmayo y el despertar demostrarán tu poder sobre ellos.

Y aunque venga el largo crepúsculo y el cansancio de muerte, tú no te pondrás en nuestro cielo, ¡abogado de la vida!

Estrellas nuevas nos dejaste ver, y esplendores nuevos de la noche; en verdad, la risa misma la tendiste sobre nosotros como una tienda de colores.

Ahora brotará siempre risa de niño de los ataúdes; ahora vendrá siempre, victorioso, un viento fuerte contra todo cansancio de muerte: de eso eres tú mismo nuestra garantía y nuestro adivino.

En verdad, *a ellos mismos los soñaste*, a tus enemigos: ese fue tu sueño más pesado.

Pero así como tú despertaste de ellos y volviste en ti, así han de despertar ellos de sí mismos, ¡y venir a ti!».

Así habló el discípulo; y todos los demás se apretaron entonces alrededor de Zaratustra y lo agarraron de las manos y quisieron convencerlo de que dejara la cama y la tristeza y volviera con ellos. Pero Zaratustra estaba sentado erguido en su lecho, y con mirada extraña. Como alguien que vuelve a casa después de mucho tiempo en tierra extraña, miró a sus discípulos y examinó sus caras; y todavía no los reconocía. Pero cuando lo levantaron y lo pusieron de pie, mira: entonces se le transformó el ojo de golpe; comprendió todo lo que había pasado, se acarició la barba y dijo con voz fuerte: «¡Vamos! Esto ya tuvo su tiempo; pero cuidad, discípulos míos, de que hagamos una buena comida, y pronto. ¡Así pienso hacer penitencia por los malos sueños!

Pero el adivino ha de comer y beber a mi lado: y en verdad, ¡todavía quiero enseñarle un mar en el que pueda ahogarse!».

Así habló Zaratustra. Pero después le miró largo rato la cara al discípulo que había hecho de intérprete del sueño, y sacudió la cabeza.

Notas

1. El adivino. *Wahrsager*. Volverá en la cuarta parte, y su estribillo también.

2. «Todo está vacío, todo es igual, todo fue». *Alles ist leer*, *Alles ist gleich*, *Alles war*. Es la fórmula del nihilismo en Nietzsche, y se traduce igual cada vez que aparece.

3. «¿Dónde hay todavía un mar en el que uno pudiera ahogarse?». La queja del adivino, que Zaratustra le devuelve al final del capítulo como invitación a cenar.

4. Guardián de la noche y de los sepulcros. *Nacht- und Grabwächter*: el oficio que Zaratustra tiene en el sueño, y la imagen de lo que sería su vida si el adivino tuviera razón.

5. ¡Alpa! El grito del sueño no tiene sentido establecido, tampoco en alemán. Se deja como está.

6. Las mil muecas. Lo que escupe el ataúd al reventar: niños, ángeles, lechuzas, locos y mariposas del tamaño de un niño. El discípulo lo interpretará como la risa del propio Zaratustra.

7. «A ellos mismos los soñaste». La interpretación del discípulo es que el sueño es sobre sus enemigos. Zaratustra escucha, y al final del capítulo le mira la cara largo rato y sacude la cabeza.

SEGUNDA PARTE

De la redención

Cuando un día Zaratustra pasaba por el puente grande, lo rodearon los lisiados y los mendigos, y un jorobado le habló así:

«¡Mira, Zaratustra! También el pueblo aprende de ti y va ganando fe en tu doctrina: pero para que te crea del todo hace falta todavía una cosa: ¡tienes que convencernos primero a nosotros, los lisiados! Aquí tienes una bonita selección y, en verdad, una ocasión con más de un mechón por donde agarrarla. A los ciegos puedes curarlos y hacer correr a los cojos; y a aquel que lleva demasiado a la espalda bien podrías quitarle un poco: esa, creo yo, sería la manera justa de hacer que los lisiados crean en Zaratustra».

Pero Zaratustra le contestó así al que hablaba: si al jorobado se le quita la joroba, se le quita su espíritu; así enseña el pueblo. Y si al ciego se le dan sus ojos, ve demasiadas cosas malas en la tierra, de modo que maldice al que lo curó. Y el que hace correr al cojo le hace el mayor daño: porque apenas puede correr, sus vicios se le desbocan; así enseña el pueblo sobre los lisiados. ¿Y por qué no habría de aprender también Zaratustra del pueblo, si el pueblo aprende de Zaratustra?

Pero desde que estoy entre los hombres, esto es para mí lo de menos: ver que «a este le falta un ojo, y a aquel una oreja, y a un tercero la pierna, y hay otros que perdieron la lengua o la nariz o la cabeza».

Yo veo y he visto cosas peores, y algunas tan abominables que no querría hablar de todas, y de algunas ni siquiera querría callar: hombres a los que les falta todo menos que tienen una cosa de más; hombres que no son más que un ojo grande, o una boca grande, o un vientre grande, o cualquier cosa grande. Lisiados al revés los llamo yo.

Y cuando salí de mi soledad y crucé por primera vez este puente, no di crédito a mis ojos y miré, y volví a mirar, y dije por fin: «¡eso es una oreja! ¡Una oreja tan grande como un hombre!». Miré mejor todavía: y de verdad, debajo de la oreja se movía algo que era, de dar lástima,

pequeño y pobre y enclenque. Y en efecto, la oreja descomunal estaba montada sobre un tallito delgado; ¡y el tallo era un hombre! Quien se pusiera un cristal delante del ojo podía distinguir incluso una carita pequeña y envidiosa, y también que del tallo colgaba, hinchada, un almita. El pueblo me dijo, en cambio, que la oreja grande no era solo un hombre, sino un hombre grande, un genio. Pero yo nunca le creí al pueblo cuando hablaba de hombres grandes, y mantuve mi convicción de que era un lisiado al revés, que de todo tenía demasiado poco y de una sola cosa demasiado.

Cuando Zaratustra hubo hablado así al jorobado y a aquellos de quienes era boca y abogado, se volvió hacia sus discípulos con hondo malhumor y dijo:

En verdad, amigos míos, ando entre los hombres como entre los pedazos y los miembros sueltos de hombres.

Esto es lo espantoso para mi ojo: encontrar al hombre hecho añicos y desparramado como sobre un campo de batalla y de matadero.

Y si mi ojo huye del ahora al antaño, siempre encuentra lo mismo: pedazos y miembros sueltos y azares horribles, pero hombres no.

El ahora y el antaño sobre la tierra, ah, amigos míos, eso es *para mí* lo más insoportable; y no sabría vivir si no fuera además un vidente de lo que tiene que venir.

Un vidente, uno que quiere, uno que crea, un futuro él mismo y un puente hacia el futuro, y, ah, también algo así como un lisiado en ese puente: todo eso es Zaratustra.

Y también vosotros os preguntasteis muchas veces: «¿quién es para nosotros Zaratustra? ¿Cómo debemos llamarlo?». Y como yo mismo, os disteis preguntas por respuesta.

¿Es alguien que promete? ¿O alguien que cumple? ¿Un conquistador? ¿O un heredero? ¿Un otoño? ¿O una reja de arado? ¿Un médico? ¿O alguien que sanó?

¿Es un poeta? ¿O alguien veraz? ¿Un libertador? ¿O un domador? ¿Un bueno? ¿O un malo?

Ando entre los hombres como entre los pedazos del futuro: de ese futuro que yo contemplo.

Y todo mi poetizar y mi afán es componer en uno y juntar lo que es pedazo y enigma y azar horrible.

¿Y cómo soportaría ser hombre si el hombre no fuera también poeta y adivinador de enigmas y el redentor del azar?

Redimir a los que pasaron y transformar todo «así fue» en un «¡así lo quise yo!»: solo eso sería para mí redención.

Voluntad: así se llama el libertador y el portador de alegría; así os enseñé, amigos míos. Pero ahora aprended además esto: la voluntad misma es todavía una prisionera.

Querer libera: ¿pero cómo se llama aquello que echa cadenas incluso al libertador?

«Así fue»: así se llama el rechinar de dientes de la voluntad y su pesadumbre más solitaria. Impotente contra lo que está hecho, es un espectador malvado de todo lo pasado.

Hacia atrás no puede querer la voluntad; que no pueda romper el tiempo ni el ansia del tiempo: esa es la pesadumbre más solitaria de la voluntad.

Querer libera: ¿qué se inventa el querer mismo para librarse de su pesadumbre y burlarse de su calabozo?

Ah, ¡en un loco se convierte todo prisionero! También la voluntad prisionera se redime como una loca.

Que el tiempo no corra hacia atrás, esa es su rabia; «aquello que fue»: así se llama la piedra que no puede mover.

Y así mueve piedras por rabia y por malhumor, y se venga de aquello que no siente, como ella, rabia y malhumor.

Así la voluntad, el libertador, se volvió alguien que hace daño: y de todo lo que puede sufrir se venga de no poder ir hacia atrás.

Esto, sí, solo esto es *la venganza* misma: la aversión de la voluntad contra el tiempo y su «así fue».

En verdad, una gran locura habita en nuestra voluntad; y se volvió una maldición para todo lo humano que esa locura aprendiera espíritu.

El espíritu de la venganza: amigos míos, esa ha sido hasta ahora la mejor meditación de los hombres; y donde había sufrimiento, tenía que haber siempre castigo.

Porque «castigo» es como se llama a sí misma la venganza: con una palabra mentirosa se finge una buena conciencia.

Y como en el que quiere hay sufrimiento, porque no puede querer hacia atrás, por eso el querer mismo y toda la vida tenían que ser castigo.

Y entonces nube sobre nube rodó sobre el espíritu, hasta que por fin la locura predicó: «todo pasa, ¡por eso todo merece pasar!».

«Y esto mismo es justicia, esa ley del tiempo de tener que devorar a sus hijos»: así predicaba la locura.

«Moralmente están ordenadas las cosas según derecho y castigo. Oh, ¿dónde está la redención del río de las cosas y del castigo llamado existencia?». Así predicaba la locura.

«¿Puede haber redención si hay un derecho eterno? Ah, inamovible es la piedra "así fue": ¡eternos tienen que ser también todos los castigos!». Así predicaba la locura.

«Ningún acto puede ser aniquilado: ¿cómo podría deshacerlo el castigo? Esto, esto es lo eterno del castigo llamado existencia: que la existencia tenga que ser también eternamente acto y culpa.

A no ser que la voluntad se redimiera por fin a sí misma y el querer se volviera no-querer»: pero vosotros conocéis, hermanos míos, esa canción de fábula de la locura.

Lejos de esas canciones de fábula os llevé cuando os enseñé: «la voluntad es alguien que crea».

Todo «así fue» es un pedazo, un enigma, un azar horrible, hasta que la voluntad creadora le dice: «¡pero así lo quise yo!».

Hasta que la voluntad creadora le dice: «¡pero así lo quiero! ¡Así lo querré!».

¿Pero ha hablado ya así? ¿Y cuándo ocurre eso? ¿Está ya la voluntad desenganchada de su propia necedad?

¿Se ha vuelto ya la voluntad redentora de sí misma y portadora de alegría? ¿Desaprendió el espíritu de la venganza y todo rechinar de dientes?

¿Y quién le enseñó la reconciliación con el tiempo, y algo más alto que toda reconciliación?

Algo más alto que toda reconciliación tiene que querer la voluntad que es voluntad de poder: ¿pero cómo le ocurre eso? ¿Quién le enseñó además el querer hacia atrás?

Pero en este punto de su discurso ocurrió que Zaratustra se detuvo de golpe y parecía exactamente alguien que se ha asustado al extremo. Con ojo asustado miró a sus discípulos; su ojo les atravesaba como con flechas los pensamientos y los segundos pensamientos. Pero al poco rato ya volvía a reírse, y dijo apaciguado:

«Es difícil vivir con los hombres, porque callar es muy difícil. Sobre todo para un charlatán».

Así habló Zaratustra. Pero el jorobado había escuchado la conversación y se había tapado la cara mientras tanto; y cuando oyó reír a Zaratustra, levantó la vista con curiosidad y dijo despacio:

«¿Pero por qué nos habla Zaratustra a nosotros de otra manera que a sus discípulos?».

Zaratustra contestó: «¡Qué hay que asombrarse! ¡Con jorobados bien se puede hablar jorobado!».

«Bien», dijo el jorobado, «y con alumnos bien se puede charlar cosas de la escuela.

¿Pero por qué le habla Zaratustra a sus alumnos de otra manera que a sí mismo?».

Notas

1. «Así fue» y «así lo quise yo». *Es war* y *So wollte ich es*. El corazón del capítulo y de toda la obra. Se traduce igual cada vez que vuelve.

2. Redención. *Erlösung*, la palabra de la teología. Nietzsche la usa contra ella: no redimir del pecado, sino redimir el pasado.

3. Espíritu de la venganza. *Geist der Rache*. «Esa ha sido hasta ahora la mejor meditación de los hombres; y donde había sufrimiento, tenía que haber siempre castigo».

4. Lisiados al revés. *Umgekehrte Krüppel*, invento del capítulo: al lisiado le falta algo; al lisiado al revés le sobra una sola cosa y le falta todo lo demás. El ejemplo es una oreja del tamaño de un hombre con un hombrecito colgando debajo, y el pueblo lo llama genio.

5. «Castigo» es como se llama a sí misma la venganza. El párrafo 32 es la tesis en una línea: la venganza se finge una buena conciencia con una palabra mentirosa.

6. La piedra que no se puede mover. «Aquello que fue»: lo único contra lo que la voluntad no puede nada, y de ahí, dice Nietzsche, sale todo el resentimiento.

7. «Todo pasa, por eso todo merece pasar». Lo que predica la locura, y otra vez una frase de Mefistófeles en el Fausto de Goethe.

8. El jorobado tiene la última palabra. El capítulo no lo cierra Zaratustra: lo cierra el jorobado preguntándole por qué les habla a sus alumnos de otra manera que a sí mismo. Y no hay respuesta.

SEGUNDA PARTE

De la prudencia con los hombres

No la altura: ¡la pendiente es lo espantoso!

La pendiente, donde la mirada se precipita *hacia abajo* y la mano se agarra *hacia arriba*. Ahí el corazón se marea ante su doble voluntad.

Ah, amigos, ¿adiviná is también vosotros la doble voluntad de mi corazón?

Esto, esto es *mi* pendiente y mi peligro: que mi mirada se precipite hacia lo alto y que mi mano quisiera sostenerse y apoyarse en la profundidad.

Al hombre se aferra mi voluntad, con cadenas me ato al hombre, porque algo me arrastra hacia arriba, hacia el superhombre: porque hacia allá va mi otra voluntad.

Y *por eso* vivo ciego entre los hombres, como si no los conociera: para que mi mano no pierda del todo su fe en lo firme.

No os conozco, hombres: esa oscuridad y ese consuelo se extienden a menudo a mi alrededor.

Estoy sentado junto al portón para todo bribón y pregunto: ¿quién quiere engañarme?

Esta es mi primera prudencia con los hombres: dejarme engañar para no tener que estar en guardia contra los engañadores.

Ah, si estuviera en guardia contra el hombre, ¿cómo iba a ser el hombre un ancla para mi globo? Con demasiada facilidad me arrastraría hacia arriba y lejos.

Esta providencia pesa sobre mi destino: que tengo que ser sin precaución.

Y quien no quiera morirse de sed entre los hombres tiene que aprender a beber de todos los vasos; y quien quiera quedar limpio entre los hombres tiene que saber lavarse también con agua sucia.

Y así me dije muchas veces para consolarme: «¡Vamos! ¡Arriba, viejo corazón! Te salió mal una desgracia: ¡disfrútala como tu suerte!».

Pero esta es mi segunda prudencia con los hombres: cuido más a los *vanidosos* que a los orgullosos.

¿No es la vanidad herida la madre de todas las tragedias? Pero donde se hiere el orgullo crece algo mejor todavía que el orgullo.

Para que la vida sea buena de mirar, su juego tiene que jugarse bien: y para eso hacen falta buenos actores.

Buenos actores encontré en todos los vanidosos: actúan y quieren que se los mire con gusto; todo su espíritu está en esa voluntad.

Se ponen en escena, se inventan; cerca de ellos me gusta mirar la vida: cura de la melancolía.

Por eso cuido a los vanidosos, porque son médicos de mi melancolía y me sostienen junto al hombre como junto a un espectáculo.

Y además: ¿quién mide en el vanidoso toda la hondura de su modestia? Le quiero bien y le tengo compasión por su modestia.

De vosotros quiere aprender su fe en sí mismo; se alimenta de vuestras miradas, come el elogio de vuestras manos.

Hasta vuestras mentiras se cree, cuando mentís bien sobre él: porque en lo más hondo su corazón suspira: «¿qué soy *yo*?».

Y si la virtud verdadera es la que no sabe de sí misma: pues bien, ¡el vanidoso no sabe de su modestia!

Pero esta es mi tercera prudencia con los hombres: que no dejo que vuestro miedo me amargue la vista de los *malvados*.

Soy bienaventurado viendo las maravillas que incuba el sol caliente: tigres y palmeras y serpientes de cascabel.

También entre los hombres hay hermosa cría del sol caliente, y mucho digno de asombro en los malvados.

Cierto que, así como vuestros hombres más sabios no me parecieron tan sabios, también encontré que la maldad de los hombres estaba por debajo de su fama.

Y muchas veces pregunté sacudiendo la cabeza: ¿para qué seguís haciendo sonar el cascabel, serpientes de cascabel?

En verdad, ¡también para lo malo hay todavía un futuro! Y el sur más caliente no ha sido descubierto todavía para el hombre.

Cuántas cosas se llaman hoy la peor maldad y no miden más que doce pies de ancho y tres meses de largo. Pero alguna vez vendrán al mundo dragones más grandes.

Porque para que al superhombre no le falte su dragón, el sobre-dragón que sea digno de él, para eso tiene que arder todavía mucho sol caliente sobre selva húmeda.

De vuestros gatos monteses tienen que haberse hecho antes tigres, y de vuestros sapos venenosos, cocodrilos: porque el buen cazador ha de tener buena caza.

Y en verdad, buenos y justos: en vosotros hay mucho de qué reírse, y sobre todo vuestro miedo a lo que hasta ahora se llamaba «diablo».

Tan extraños sois a lo grande con vuestra alma, que el superhombre os resultaría *espantoso* en su bondad.

Y vosotros, sabios y sabedores, huiríais de la quemadura de sol de la sabiduría en la que el superhombre baña con gusto su desnudez.

Vosotros, hombres más altos con los que se ha encontrado mi ojo: esta es mi duda sobre vosotros y mi risa secreta: adivino que a mi superhombre lo llamaríais diablo.

Ah, me cansé de esos altísimos y óptimos: desde su «altura» sentí el deseo de subir, de salir, de irme hacia el superhombre.

Un espanto me asaltó cuando vi desnudos a esos óptimos: entonces me crecieron alas para volar hacia futuros lejanos.

Hacia futuros más lejanos, hacia sures más al sur de lo que nunca soñó un escultor: allá donde los dioses se avergüenzan de toda ropa.

Pero disfrazados quiero veros *a vosotros*, prójimos y semejantes, y bien acicalados, y vanidosos, y dignos, como «los buenos y justos».

Y disfrazado quiero sentarme yo mismo entre vosotros, para *desconoceros a vosotros y desconocerme a mí*: esa es precisamente mi última prudencia con los hombres.

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Prudencia con los hombres. *Menschen-Klugheit*: no la sabiduría, sino el saber moverse entre gente.

2. La pendiente, no la altura. El capítulo abre con la imagen que lo explica todo: lo espantoso no es estar alto, es la cuesta, donde la mirada se va hacia abajo y la mano se agarra hacia arriba.

3. El ancla del globo. Por qué Zaratustra se ata a los hombres: porque algo tira de él hacia el superhombre y necesita peso.

4. Los vanidosos son buenos actores. La segunda regla no es caridad: es que sin buenos actores la vida no se deja mirar, y Zaratustra dice que ellos lo curan de la melancolía.

5. «¿Qué soy yo?». Lo que suspira el corazón del vanidoso en lo más hondo, y por lo que se cree hasta las mentiras que le cuentan.

6. El sobre-dragón. *Über-Drache*, otro invento sobre el modelo de *Übermensch*: para que el superhombre tenga un dragón digno de él, hace falta que crezcan dragones más grandes.

7. Disfrazado entre vosotros. El cierre: «para desconoceros a vosotros y desconocerme a mí: esa es precisamente mi última prudencia con los hombres».

SEGUNDA PARTE

La hora más silenciosa

¿Qué me ha pasado, amigos míos? Me veis trastornado, empujado, obediente a mi pesar, listo para irme; ah, ¡para irme *de vosotros*!

Sí, una vez más tiene que volver Zaratustra a su soledad: pero esta vez el oso vuelve sin ganas a su *cueva*.

¿Qué me ha pasado? ¿Quién lo manda? Ah, mi señora iracunda lo quiere así; ella me habló. ¿Os dije alguna vez su nombre?

Ayer, al caer la tarde, me habló *mi hora más silenciosa*: ese es el nombre de mi terrible señora.

Y así ocurrió, porque tengo que decíroslo todo, para que vuestro corazón no se endurezca contra el que se va de repente.

¿Conocéis el espanto del que se está durmiendo? Hasta en los dedos de los pies se espanta de que el suelo le ceda y empiece el sueño.

Esto os lo digo como símil. Ayer, a la hora más silenciosa, se me cedió el suelo: empezó el sueño.

La aguja avanzó, el reloj de mi vida tomó aliento; nunca oí semejante silencio a mi alrededor, de modo que mi corazón se espantó.

Entonces algo me habló sin voz: «¿*Tú lo sabes, Zaratustra*?».

Y grité de espanto ante ese susurro, y la sangre se me fue de la cara: pero callé.

Entonces volvió a hablarme sin voz: «Lo sabes, Zaratustra, ¡pero no lo dices!».

Y contesté por fin como un terco: «Sí, lo sé, ¡pero no quiero decirlo!».

Entonces volvió a hablarme sin voz: «¿No *quieres*, Zaratustra? ¿Es eso también verdad? ¡No te escondas en tu terquedad!».

Y lloré y temblé como un niño y dije: «Ah, sí que querría, ¡pero cómo voy a poder! Dispénsame de esto. Está por encima de mi fuerza».

Entonces volvió a hablarme sin voz: «¿Qué importas tú, Zaratustra? ¡Di tu palabra y hazte pedazos!».

Y contesté: «Ah, ¿es *mi* palabra? ¿Quién soy yo? Espero al más digno; no valgo ni siquiera para hacerme pedazos con ella».

Entonces volvió a hablarme sin voz: «¿Qué importas tú? Todavía no eres bastante humilde para mí. La humildad tiene la piel más dura».

Y contesté: «¡Qué no habrá soportado ya la piel de mi humildad! Al pie de mi altura vivo: ¿qué tan altas son mis cumbres? Nadie me lo ha dicho todavía. Pero bien conozco mis valles».

Entonces volvió a hablarme sin voz: «Oh Zaratustra, el que tiene que mover montañas mueve también valles y tierras bajas».

Y contesté: «Todavía mi palabra no movió ninguna montaña, y lo que dije no llegó a los hombres. Fui hacia los hombres, sí, pero todavía no llegué hasta ellos».

Entonces volvió a hablarme sin voz: «¡Qué sabes tú *de eso*! El rocío cae sobre la hierba cuando la noche está más callada».

Y contesté: «Se burlaron de mí cuando encontré y anduve mi propio camino; y en verdad, entonces me temblaban los pies.

Y así me dijeron: desaprendiste el camino, ¡ahora desaprendes también el andar!».

Entonces volvió a hablarme sin voz: «¡Qué importa su burla! Tú eres uno que desaprendió a obedecer: ¡ahora debes mandar!

¿No sabes quién les hace más falta a todos? El que manda cosas grandes.

Llevar a cabo cosas grandes es difícil: pero lo más difícil es mandar cosas grandes.

Esto es lo más imperdonable en ti: tienes el poder y no quieres dominar».

Y contesté: «Me falta la voz del león para todo mandar».

Entonces volvió a hablarme como un susurro: «Son las palabras más silenciosas las que traen la tormenta. Los pensamientos que vienen con pies de paloma dirigen el mundo.

Oh Zaratustra, tú debes ir como una sombra de lo que tiene que venir: así mandarás, y mandando irás delante».

Y contesté: «Me da vergüenza».

Entonces volvió a hablarme sin voz: «Todavía tienes que volverte niño y sin vergüenza.

El orgullo de la juventud está todavía sobre ti, tarde te hiciste joven: pero quien quiere volverse niño tiene que superar también su juventud».

Y reflexioné largo rato y temblé. Pero al fin dije lo que había dicho primero: «No quiero».

Entonces hubo una risa a mi alrededor. ¡Ay, cómo me desgarró esa risa las entrañas y me abrió el corazón en canal!

Y me habló por última vez: «Oh Zaratustra, tus frutos están maduros, ¡pero tú no estás maduro para tus frutos!

Así que tienes que volver a la soledad: porque todavía debes ablandarte».

Y volvió a reírse y huyó: entonces se hizo silencio a mi alrededor como con un silencio doble. Pero yo estaba tirado en el suelo, y el sudor me corría por los miembros.

Ya lo habéis oído todo, y por qué tengo que volver a mi soledad. Nada os he callado, amigos míos.

Pero también esto habéis oído de mí: *quién* sigue siendo el más callado de todos los hombres, ¡y quiere serlo!

Ah, amigos míos. Todavía tendría algo que deciros, todavía tendría algo que daros. ¿Por qué no lo doy? ¿Acaso soy avaro?

Pero cuando Zaratustra hubo dicho estas palabras, lo asaltó la fuerza del dolor y la cercanía de la despedida de sus amigos, de modo que lloró en voz alta; y nadie supo consolarlo. Y de noche se fue solo y dejó a sus amigos.

Notas

1. La hora más silenciosa. *Die stillste Stunde*: el nombre de la «terrible señora» que le habla. No es una metáfora suelta; es quien manda en el capítulo.

2. Hablar sin voz. *Ohne Stimme*. La fórmula se repite doce veces, como un martilleo, y es lo que hace que el capítulo dé miedo.

3. «Di tu palabra y hazte pedazos». *Sprich dein Wort und zerbrich*. La exigencia central, y la respuesta de Zaratustra: que no se cree digno ni de romperse con ella.

4. Pensamientos con pies de paloma. *Gedanken, die mit Taubenfüssen kommen*. La frase más citada del capítulo: «son las palabras más silenciosas las que traen la tormenta».

5. Volverse niño. El final retoma el primer discurso de la primera parte, el de las tres transformaciones: camello, león, niño. «Quien quiere volverse niño tiene que superar también su juventud».

6. «No quiero». Zaratustra se niega tres veces, y la tercera es la definitiva. La risa que sigue es lo que lo tira al suelo.

7. Una curiosidad del impreso. En el párrafo 19 la palabra «*sprach*» aparece con la s larga —ſprach—, la letra que se usaba en interior de palabra. La transcripción del facsímil la conserva tal como está en la caja del impresor.

TERCERA PARTE

El caminante

«Vosotros miráis hacia arriba cuando anheláis elevaros. Y yo miro hacia abajo, porque estoy elevado. ¿Quién de vosotros puede reír y estar elevado a la vez? El que sube a las montañas más altas se ríe de todas las tragedias y de toda la seriedad de luto».

Zaratustra, «Del leer y el escribir» (primera parte)

Era medianoche cuando Zaratustra tomó su camino por el lomo de la isla, para llegar con la primera luz de la mañana a la otra orilla: porque allí quería embarcarse. Había allí, en efecto, una buena rada donde también los barcos extranjeros gustaban de echar el ancla; y se llevaban consigo a más de uno que quería cruzar el mar desde las islas afortunadas. Y mientras Zaratustra subía así la montaña, se acordó por el camino de todo lo que había caminado solo desde su juventud, y de cuántas montañas y lomos y cumbres había subido ya.

Soy un caminante y uno que sube montañas, dijo a su corazón; no amo las llanuras y, según parece, no puedo estar sentado quieto mucho tiempo.

Y lo que todavía me llegue como destino y como vivencia, habrá en ello un caminar y un subir montañas: a fin de cuentas, uno ya no vive más que a sí mismo.

Pasó el tiempo en que todavía podían salirme al paso los azares; ¡y qué *podría* caerme ahora que no fuera ya mío!

Solo retorna, vuelve por fin a casa: mi propio sí-mismo, y lo que de él estuvo largo tiempo en tierra extraña y disperso entre todas las cosas y azares.

Y una cosa más sé: estoy ahora ante mi última cumbre y ante lo que por más tiempo se me tuvo reservado. ¡Ah, tengo que subir mi camino más duro! ¡Ah, he comenzado mi caminata más solitaria!

Pero el que es de mi especie no escapa a una hora así: la hora que le dice: «¡Solo ahora recorres tu camino de grandeza! Cumbre y abismo: ¡eso ha quedado ahora encerrado en uno solo!

Recorres tu camino de grandeza: ¡ahora se ha vuelto tu último refugio lo que hasta hoy se llamaba tu último peligro!

Recorres tu camino de grandeza: ¡ahora tiene que ser este tu mejor valor, que detrás de ti ya no haya camino!

Recorres tu camino de grandeza; ¡aquí nadie ha de seguirte a hurtadillas! Tu propio pie borró detrás de ti el camino, y sobre él está escrito: imposibilidad.

Y si ahora te faltan todas las escaleras, tienes que saber subirte todavía sobre tu propia cabeza: ¿de qué otro modo querrías subir?

¡Sobre tu propia cabeza, y más allá de tu propio corazón! Ahora lo más suave en ti tiene que volverse todavía lo más duro.

El que siempre se ha cuidado mucho acaba enfermando de tanto cuidarse. ¡Alabado sea lo que endurece! ¡No alabo la tierra donde mana mantequilla y miel!

Aprender a *no verse* a sí mismo hace falta para ver *mucho*: esa dureza le hace falta a todo el que sube montañas.

Pero el que, como uno que conoce, es importuno con los ojos, ¿cómo podría ver de todas las cosas algo más que su primer plano?

Pero tú, oh Zaratustra, querías contemplar el fondo y el trasfondo de todas las cosas: así que tienes que subir por encima de ti mismo, ¡arriba, más arriba, hasta tener también tus estrellas *por debajo* de ti!

¡Sí! Mirar hacia abajo, a mí mismo y aun a mis estrellas: solo eso llamaría yo mi *cumbre*, ¡eso me quedaba todavía como mi *última* cumbre!».

Así habló Zaratustra consigo mismo mientras subía, consolando su corazón con pequeñas sentencias duras: porque estaba herido en el corazón como nunca antes. Y cuando llegó a lo alto del lomo de la montaña, he aquí que vio extendido ante sí el otro mar: y se quedó

quieto y calló largo rato. Pero la noche era fría a esa altura, y clara, y llena de estrellas.

Conozco mi suerte, dijo por fin con tristeza. ¡Pues bien! Estoy dispuesto. Acaba de comenzar mi última soledad.

¡Ah, este mar negro y triste debajo de mí! ¡Ah, esta preñada desazón nocturna! ¡Ah, destino y mar! ¡Hacia vosotros tengo ahora que *bajar*!

Ante mi montaña más alta estoy, y ante mi caminata más larga: por eso tengo que bajar primero más hondo de lo que nunca subí:

más hondo en el dolor de lo que nunca subí, ¡hasta dentro de su marea más negra! Así lo quiere mi destino: ¡pues bien! Estoy dispuesto.

¿De dónde vienen las montañas más altas?, pregunté una vez. Entonces aprendí que vienen del mar.

Este testimonio está escrito en su roca y en las paredes de sus cumbres. Desde lo más hondo tiene que llegar lo más alto a su altura.

Así habló Zaratustra en la cima de la montaña, donde hacía frío; pero cuando llegó cerca del mar y se quedó por fin solo entre los peñascos, se había cansado por el camino y estaba más lleno de anhelo que nunca.

Todo duerme todavía, dijo; también el mar duerme. Ebrio de sueño y extraño me mira su ojo.

Pero respira tibio, eso lo siento. Y siento también que sueña. Se retuerce soñando sobre almohadas duras.

¡Escucha! ¡Escucha! ¡Cómo gime de malos recuerdos! ¿O de malos presagios?

Ah, estoy triste contigo, tú, monstruo oscuro, y aun me guardo rencor a mí mismo por tu causa.

¡Ah, que mi mano no tenga fuerza bastante! ¡Con gusto, en verdad, querría redimirte de los malos sueños!

Y mientras Zaratustra hablaba así, se rio con melancolía y amargura de sí mismo. «¡Cómo! ¡Zaratustra!, dijo, ¿todavía quieres cantarle consuelo

al mar?

¡Ah, tú, Zaratustra, loco lleno de amor, tú, que de tanto confiar eres bienaventurado en exceso! Pero así fuiste siempre: siempre te acercaste confiado a todo lo terrible.

A cada monstruo querías todavía acariciarlo. Un soplo de aliento tibio, un poco de pelambre suave en la zarpa: y enseguida estabas dispuesto a amarlo y a atraerlo.

El amor es el peligro del más solitario, el amor a todo, ¡*con tal de que viva*! ¡Para reírse son, en verdad, mi locura y mi modestia en el amor!».

Así habló Zaratustra, y se rio por segunda vez: pero entonces se acordó de sus amigos abandonados; y como si con sus pensamientos hubiera pecado contra ellos, se enojó consigo mismo por sus pensamientos. Y enseguida sucedió que el que reía lloró: de ira y de anhelo lloró Zaratustra amargamente.

Notas

1. El lema de la parte. Antes del primer capítulo, el impreso de 1884 pone tres frases de la primera parte, de «Del leer y el escribir», con su propia referencia a la página 53 de 1883: «Vosotros miráis hacia arriba cuando anheláis elevaros. Y yo miro hacia abajo, porque estoy elevado». Se leen con las mismas palabras que ya tiene nuestra primera parte.

2. El caminante. *Der Wanderer*: el que va a pie de un lugar a otro, sin casa fija. Nietzsche había publicado en 1880 un libro con ese nombre, «El caminante y su sombra», que Zaratustra nombra de pasada en la segunda parte.

3. Solo retorna. «Solo retorna, vuelve por fin a casa: mi propio sí-mismo». *Es kehrt nur zurück*: la primera vez en esta parte que suena el verbo del retorno, que dos capítulos después tendrá forma de pensamiento. El sí-mismo es das *Selbst*, lo que está detrás del yo.

4. Cumbre y abismo. *Gipfel und Abgrund*: lo más alto y lo más hondo «encerrados en uno solo». Al final del capítulo lo dice la montaña misma: las cumbres más altas vienen del mar.

5. ¡Alabado sea lo que endurece! *Gelobt sei*, *was hart macht*. Vuelve, como mandato, al final de «De las tablas viejas y nuevas»: «¡haceos duros!».

6. Mantequilla y miel. «No alabo la tierra donde mana mantequilla y miel»: parodia de la tierra prometida «que mana leche y miel» (Éxodo 3, 8). En alemán una raya separa la última palabra para que se oiga el chiste.

7. Aprender a no verse. *Von sich absehn*: apartar la vista de sí mismo, y también prescindir de sí, para poder ver mucho, *Viel sehn*. En alemán es un juego entre los dos verbos de ver.

8. Primer plano, fondo y trasfondo. *Vordere Gründe*, *Grund und Hintergrund*. El trasfondo, *Hintergrund*, es pariente de *Hinterwelt*, el trasmundo de la primera parte: Zaratustra quiere ver el fondo de las cosas sin inventarse otro mundo detrás.

9. Las montañas vienen del mar. «Este testimonio está escrito en su roca»: las rocas de las cumbres guardan restos del fondo marino.

10. Bienaventurado en exceso. *Vertrauens-Überseliger*: palabra inventada por Nietzsche, el que de tanto confiar es demasiado bienaventurado. Bienaventuranza es *Seligkeit*, la palabra de las bienaventuranzas del Evangelio.

11. Sin fórmula de cierre. Este discurso no termina en «Así habló Zaratustra»: termina con Zaratustra llorando de ira y de anhelo. Se respeta como está en el impreso.

TERCERA PARTE

De la visión y el enigma

1

Cuando corrió la voz entre los marineros de que Zaratustra iba en el barco, porque con él había subido a bordo un hombre que venía de las islas afortunadas, se levantó una gran curiosidad y expectación. Pero Zaratustra calló dos días y estuvo frío y sordo de tristeza, de modo que no respondía ni a miradas ni a preguntas. Pero al atardecer del segundo día volvió a abrir los oídos, aunque seguía callando: porque había mucho de extraño y de peligroso que oír en aquel barco, que venía de lejos y quería ir más lejos todavía. Y Zaratustra era amigo de todos los que hacen largos viajes y no gustan de vivir sin peligro. Y he aquí que al fin, escuchando, se le soltó la propia lengua, y el hielo de su corazón se rompió: entonces comenzó a hablar así:

A vosotros, audaces buscadores y tentadores, y a quienquiera que se haya embarcado alguna vez con velas astutas por mares terribles;

a vosotros, ebrios de enigmas, gozosos del crepúsculo, cuya alma se deja atraer con flautas hasta cualquier sima de extravío:

porque no queréis seguir a tientas un hilo con mano cobarde; y donde podéis *adivinar*, odiáis *deducir*;

solo a vosotros os cuento el enigma que *vi*: la visión del más solitario.

Sombrío andaba yo hace poco por un crepúsculo color de cadáver, sombrío y duro, con los labios apretados. No era un solo sol el que se me había ido al ocaso.

Un sendero que subía desafiante entre pedregales, un sendero malvado, solitario, al que ya no le hablaban ni hierba ni arbusto: un sendero de montaña crujía bajo el desafío de mi pie.

Avanzando mudo sobre el tintineo burlón de los guijarros, aplastando la piedra que lo hacía resbalar: así se obligaba mi pie hacia arriba.

Hacia arriba: en desafío al espíritu que lo arrastraba hacia abajo, hacia el abismo, el espíritu de la pesadez, mi demonio y archienemigo.

Hacia arriba: aunque él iba sentado sobre mí, mitad enano, mitad topo; paralítico; paralizante; goteándome plomo por el oído, pensamientos como gotas de plomo en el cerebro.

«Oh Zaratustra, susurraba burlón, sílaba a sílaba, ¡tú, piedra de la sabiduría! Te arrojaste alto, ¡pero toda piedra arrojada tiene que caer!

Oh Zaratustra, tú, piedra de la sabiduría, tú, piedra de honda, ¡tú, destructor de estrellas! A ti mismo te arrojaste tan alto, ¡pero toda piedra arrojada tiene que caer!

Condenado a ti mismo y a tu propia lapidación: oh Zaratustra, lejos arrojaste, sí, la piedra, ¡pero sobre *ti* volverá a caer!».

Después calló el enano; y aquello duró largo rato. Pero su silencio me oprimía; ¡y estando así de a dos, uno está en verdad más solo que estando solo!

Subía, subía, soñaba, pensaba, pero todo me oprimía. Me parecía a un enfermo al que su atroz tortura deja cansado, y al que un sueño todavía peor despierta cuando empieza a dormirse.

Pero hay algo en mí que llamo valor: hasta ahora mató en mí todo desaliento. Ese valor me mandó por fin detenerme y hablar: «¡Enano! ¡Tú! ¡O yo!».

Porque el valor es el mejor matador: el valor que *ataca*; pues todo ataque va a tambor batiente.

Pero el hombre es el animal más valeroso: con eso superó a todos los animales. A tambor batiente superó todavía todo dolor; pero el dolor humano es el dolor más hondo.

El valor mata también el vértigo junto a los abismos: ¿y dónde no estaría el hombre junto a abismos? ¿No es el ver mismo ver abismos?

El valor es el mejor matador: el valor mata también la compasión. Pero la compasión es el abismo más hondo: tan hondo como el hombre mira

en la vida, tan hondo mira también en el sufrimiento.

Pero el valor es el mejor matador, el valor que ataca: ese mata aun a la muerte, porque dice: «¿*Eso* era la vida? ¡Pues bien! ¡Otra vez!».

Y en una sentencia así hay mucho de tambor batiente. El que tenga oídos, que oiga.

2

«¡Alto, enano!, dije. ¡Yo! ¡O tú! Pero yo soy el más fuerte de los dos: ¡tú no conoces mi pensamiento abismal! ¡*Ese* no podrías cargarlo!».

Entonces sucedió lo que me hizo más ligero: porque el enano se me bajó del hombro de un salto, ¡el curioso! Y se puso en cuclillas sobre una piedra delante de mí. Y justo allí donde nos detuvimos había un portón.

«¡Mira este portón, enano!, seguí diciendo: tiene dos caras. Dos caminos se juntan aquí: nadie los ha recorrido todavía hasta el final.

Esta larga calle hacia atrás: dura una eternidad. Y aquella larga calle hacia adelante: esa es otra eternidad.

Se contradicen, estos caminos; chocan de frente uno contra otro: y aquí, en este portón, es donde se juntan. El nombre del portón está escrito arriba: «Instante».

Pero si alguien siguiera por uno de ellos, más y más allá, y cada vez más lejos: ¿crees tú, enano, que estos caminos se contradicen eternamente?».

«Todo lo recto miente, murmuró el enano con desprecio. Toda verdad es curva, el tiempo mismo es un círculo».

«¡Tú, espíritu de la pesadez!, dije con ira, ¡no te lo hagas demasiado fácil! O te dejo en cuclillas donde estás en cuclillas, cojo, ¡y eso que yo te traje hasta *lo alto*!

Mira, seguí diciendo, ¡este instante! Desde este portón, Instante, corre una larga calle eterna *hacia atrás*: detrás de nosotros hay una eternidad.

¿No tiene que haber recorrido ya esta calle, alguna vez, todo lo que de entre las cosas *puede* correr? ¿No tiene que haber sucedido ya alguna

vez, haberse hecho, haber pasado corriendo, todo lo que de entre las cosas *puede* suceder?

Y si todo ha estado ya aquí: ¿qué piensas tú, enano, de este instante? ¿No tiene que haber estado ya aquí también este portón?

¿Y no están todas las cosas tan firmemente anudadas que este instante arrastra tras de sí *todas* las cosas venideras? Y *por tanto*, ¿también a sí mismo?

Porque lo que de entre las cosas *puede* correr: ¡también por esta larga calle *hacia adelante tiene que* correr una vez más!

Y esta araña lenta que se arrastra a la luz de la luna, y esta misma luz de la luna, y yo y tú en el portón, susurrando juntos, susurrando de cosas eternas: ¿no tenemos que haber estado ya aquí todos?

y volver, y correr por aquella otra calle, hacia adelante, delante de nosotros, por esta larga calle espantosa: ¿no tenemos que volver eternamente?».

Así hablaba yo, y cada vez más bajo: porque tenía miedo de mis propios pensamientos y de lo que pensaba detrás de ellos. Entonces, de repente, oí *aullar* a un perro cerca.

¿Oí alguna vez a un perro aullar así? Mi pensamiento corrió hacia atrás. ¡Sí! Cuando era niño, en la infancia más lejana:

entonces oí a un perro aullar así. Y lo vi también, erizado, con la cabeza hacia arriba, temblando, en la medianoche más silenciosa, cuando también los perros creen en fantasmas:

de modo que sentí piedad. Porque justo entonces pasaba la luna llena, con un silencio de muerte, sobre la casa; justo entonces se detuvo, una brasa redonda, quieta sobre el tejado plano, como sobre propiedad ajena:

por eso se espantó entonces el perro: porque los perros creen en ladrones y en fantasmas. Y cuando volví a oírlo aullar así, sentí piedad otra vez.

¿Adónde se había ido ahora el enano? ¿Y el portón? ¿Y la araña? ¿Y todo el susurro? ¿Estaba soñando? ¿Me desperté? Entre peñascos salvajes me encontré de golpe, solo, desolado, en la más desolada luz de luna.

¡*Pero allí yacía un hombre*! ¡Y allí! El *perro*, saltando, erizado, gimiendo: ahora me vio venir; entonces aulló otra vez, entonces *gritó*: ¿oí alguna vez a un perro gritar así pidiendo ayuda?

Y en verdad, lo que vi no lo había visto nunca. Vi a un pastor joven que se retorcía, se ahogaba, se convulsionaba, con el rostro desencajado, y de cuya boca colgaba una serpiente negra y pesada.

¿Vi alguna vez tanto asco y tan pálido horror en un solo rostro? ¿Se habría quedado dormido? Entonces la serpiente se le metió en la garganta, y allí se prendió con los dientes.

Mi mano tiró de la serpiente, y tiró: ¡en vano! No arrancaba la serpiente de la garganta. Entonces algo gritó desde mí: «¡Muerde! ¡Muerde!

¡Fuera la cabeza! ¡Muerde!»: así gritó algo desde mí; mi horror, mi odio, mi asco, mi piedad, todo lo bueno y lo malo que hay en mí gritó desde mí con un solo grito.

¡Vosotros, audaces que me rodeáis! ¡Vosotros, buscadores, tentadores, y quien de vosotros se haya embarcado con velas astutas por mares inexplorados! ¡Vosotros, gozosos de enigmas!

¡Adivinadme, pues, el enigma que contemplé entonces, interpretadme, pues, la visión del más solitario!

Porque fue una visión y una previsión: ¿*qué* vi entonces en símil? ¿Y *quién* es el que algún día todavía tiene que venir?

¿*Quién* es el pastor al que así se le metió la serpiente en la garganta? ¿*Quién* es el hombre al que así se le meterá en la garganta todo lo más pesado, lo más negro?

Pero el pastor mordió, como mi grito le aconsejaba; ¡mordió con buena mordida! Lejos escupió la cabeza de la serpiente: y se levantó de un salto.

Ya no pastor, ya no hombre: ¡un transformado, uno envuelto en luz, que *reía*! ¡Nunca jamás en la tierra rio un hombre como *él* rio!

Oh hermanos míos, oí una risa que no era risa de hombre; y ahora me roe una sed, un anhelo que nunca se calma.

Mi anhelo de esa risa me roe: ¡oh, cómo soporto todavía vivir! ¡Y cómo soportaría morir ahora!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Visión. *Gesicht*: en alemán es el rostro y también la visión del profeta. En el título vale lo segundo. Cuando el portón «tiene dos caras», *zwei Gesichter*, la palabra es la misma: el eco se pierde en español.

2. Buscadores y tentadores. *Suchern*, *Versuchern*: los que buscan y los que ensayan. En español tentar también es probar, y por eso se conserva el doble sentido; la rima, no.

3. Adivinar y deducir. «Donde podéis adivinar, odiáis deducir»: *errathen*, acertar por intuición, contra *erschliessen*, sacar por razonamiento. Y *Räthsel*, enigma, es de la misma familia que *errathen*.

4. El espíritu de la pesadez. *Geist der Schwere*, ya en la primera parte: aquí tiene cuerpo, medio enano y medio topo, y le gotea plomo a Zaratustra en el oído.

5. Piedra de la sabiduría. *Stein der Weisheit*, eco de la piedra filosofal de los alquimistas. El enano juega con ella: toda piedra arrojada tiene que caer.

6. A tambor batiente. *Mit klingendem Spiel*: la música militar con que se marcha al ataque. «El valor es el mejor matador»: mata el vértigo, la compasión y aun a la muerte.

7. ¿Eso era la vida? ¡Pues bien! ¡Otra vez! «*War das das Leben? Wohlan! Noch Ein Mal!*»: la fórmula vuelve en la cuarta parte.

8. El portón Instante. *Augenblick*, literalmente «golpe de ojo»: el instante. Dos calles eternas se juntan en él, una hacia atrás y otra hacia adelante. El enano lo resuelve rápido —«toda verdad es curva, el tiempo mismo es un círculo»— y Zaratustra lo regaña: no te lo hagas demasiado fácil.

9. Pensamiento abismal. *Abgründlicher Gedanke*: el que Zaratustra no se atreve todavía a decir. Aquí lo insinúa con preguntas; en «El convaleciente» lo dicen sus animales.

10. El pastor y la serpiente. «¡Muerde! ¡Muerde!». Nietzsche no dice qué significa: lo pregunta. «¿Quién es el pastor?». El que muerde y escupe la cabeza se levanta transformado, *Verwandelter*, la palabra de las tres transformaciones del espíritu.

11. Una risa que no era de hombre. El anhelo de esa risa es lo que roe a Zaratustra desde aquí hasta el final del libro.

TERCERA PARTE

De la bienaventuranza involuntaria

Con tales enigmas y amarguras en el corazón cruzó Zaratustra el mar. Pero cuando estuvo a cuatro jornadas de las islas afortunadas y de sus amigos, había superado todo su dolor: victorioso y con pies firmes estaba otra vez de pie sobre su destino. Y entonces habló Zaratustra así a su conciencia jubilosa:

Solo estoy de nuevo, y quiero estarlo, solo con el cielo puro y el mar libre; y otra vez me rodea la tarde.

Por la tarde encontré antaño a mis amigos por primera vez, y por la tarde también la segunda: a la hora en que toda luz se aquieta.

Porque lo que de felicidad anda todavía en camino entre el cielo y la tierra, se busca ahora como albergue un alma luminosa: *de felicidad* se ha aquietado ahora toda luz.

¡Oh tarde de mi vida! Antaño también *mi* felicidad bajó al valle a buscarse un albergue: entonces encontró esas almas abiertas y hospitalarias.

¡Oh tarde de mi vida! ¡Qué no entregué para tener una sola cosa: esta plantación viva de mis pensamientos y esta luz matinal de mi más alta esperanza!

Compañeros buscó antaño el que crea, e hijos de *su* esperanza: y he aquí que resultó que no podía encontrarlos, a menos que primero los creara él mismo.

Así estoy en medio de mi obra, yendo hacia mis hijos y volviendo de ellos: por amor de sus hijos tiene Zaratustra que consumarse a sí mismo.

Porque de raíz solo se ama al propio hijo y a la propia obra; y donde hay gran amor a sí mismo, ese amor es la señal de la preñez: así lo encontré.

Todavía reverdecen mis hijos en su primera primavera, de pie cerca unos de otros y sacudidos juntos por los vientos: los árboles de mi jardín y de mi mejor tierra.

¡Y en verdad! Donde tales árboles están juntos, ¡ahí sí *hay* islas afortunadas!

Pero algún día quiero sacarlos de la tierra y poner a cada uno aparte, solo: para que aprenda soledad y desafío y cautela.

Nudoso y torcido y con flexible dureza ha de estar entonces junto al mar, faro viviente de vida invencible.

Allí donde las tormentas se precipitan al mar y la trompa de la montaña bebe agua, allí ha de tener cada uno alguna vez sus vigilias de día y de noche, las de *su* prueba y su conocimiento.

Conocido y probado ha de ser, para ver si es de mi especie y de mi linaje, si es dueño de una voluntad larga, callado aun cuando habla, y dócil de tal modo que al dar *toma*:

para que algún día sea mi compañero, y alguien que crea y celebra junto con Zaratustra: uno así, que me escriba mi voluntad en mis tablas, para la más plena consumación de todas las cosas.

Y por amor de él y de sus iguales tengo que *consumarme* yo mismo: por eso rehúyo ahora mi felicidad y me ofrezco a toda desdicha, para *mi* última prueba y conocimiento.

Y en verdad, ya era hora de que me fuera; y la sombra del caminante y el más largo aburrimiento y la hora más silenciosa, todos me dijeron: «¡ya es más que hora!».

El viento me sopló por el ojo de la cerradura y dijo: «¡Ven!». La puerta se me abrió de golpe, astuta, y dijo: «¡Vete!».

Pero yo estaba encadenado al amor por mis hijos: el deseo me tendió este lazo, el deseo de amor, para que me volviera presa de mis hijos y me perdiera en ellos.

Desear: eso ya significa para mí haberme perdido. ¡*Os tengo, hijos míos*! En este tener todo ha de ser seguridad y nada deseo.

Pero el sol de mi amor yacía incubando sobre mí, en su propio jugo se cocía Zaratustra: entonces volaron por encima de mí sombras y dudas.

Ya se me antojaban la helada y el invierno: «¡oh, que la helada y el invierno me hicieran otra vez crujir y rechinar!», suspiraba: entonces subieron de mí nieblas heladas.

Mi pasado rompió sus sepulcros, más de un dolor enterrado vivo despertó: solo había dormido a sus anchas, escondido en mortajas.

Así me lo gritaba todo en señales: «¡es hora!». Pero yo no oía: hasta que por fin mi abismo se movió y mi pensamiento me mordió.

¡Ah, pensamiento abismal, tú que eres *mi* pensamiento! ¿Cuándo hallaré la fuerza para oírte cavar y no temblar ya?

Hasta la garganta me late el corazón cuando te oigo cavar. ¡Aun tu silencio quiere estrangularme, tú, abismalmente silencioso!

Nunca me atreví todavía a llamarte *hacia arriba*: ¡bastante era ya que te llevara conmigo! Todavía no era bastante fuerte para la última audacia y la última travesura del león.

Bastante temible fue siempre para mí tu pesadez: ¡pero algún día he de hallar todavía la fuerza y la voz de león que te llame hacia arriba!

Cuando me haya superado en eso, entonces querré superarme también en algo más grande; ¡y una *victoria* ha de ser el sello de mi consumación!

Mientras tanto, voy todavía a la deriva por mares inciertos; el azar me halaga, el de lengua lisa; hacia adelante y hacia atrás miro, y todavía no veo ningún final.

Todavía no me llegó la hora de mi última lucha, ¿o acaso me está llegando ahora? ¡En verdad, con pérfida belleza me miran en torno el mar y la vida!

¡Oh tarde de mi vida! ¡Oh felicidad antes del anochecer! ¡Oh puerto en alta mar! ¡Oh paz en lo incierto! ¡Cómo desconfío de todos vosotros!

En verdad, desconfío de vuestra pérfida belleza. Me parezco al amante que desconfía de las sonrisas demasiado aterciopeladas.

Así como él empuja delante de sí a la más amada, tierno aun en su dureza, el celoso: así empujo yo delante de mí esta hora bienaventurada.

¡Fuera de aquí, hora bienaventurada! ¡Contigo me vino una bienaventuranza involuntaria! Voluntariamente estoy aquí, dispuesto a mi dolor más hondo: ¡a destiempo viniste!

¡Fuera de aquí, hora bienaventurada! ¡Mejor busca albergue allá, con mis hijos! ¡Apresúrate! ¡Y bendícelos todavía antes del anochecer con *mi* felicidad!

Ya se acerca el anochecer: el sol se hunde. ¡Allá se va mi felicidad!

Así habló Zaratustra. Y esperó su desdicha toda la noche: pero esperó en vano. La noche siguió clara y quieta, y la felicidad misma se le acercaba cada vez más y más. Pero hacia la mañana se rio Zaratustra a su corazón y dijo burlón: «la felicidad corre tras de mí. Eso viene de que yo no corro tras las mujeres. Pero la felicidad es una mujer».

Notas

1. Bienaventuranza involuntaria. *Seligkeit wider Willen*: una dicha contra su voluntad. Al final Zaratustra le contesta con la misma raíz: «Voluntariamente estoy aquí», *willig*, dispuesto a su dolor más hondo.

2. La tarde de mi vida. *Nachmittag*: la tarde, la hora que viene después del mediodía, «a la hora en que toda luz se aquieta». A esa hora encontró a sus amigos las dos veces.

3. Los hijos y los árboles. Sus discípulos son a la vez hijos de su esperanza y árboles de su jardín. «Donde tales árboles están juntos, ahí sí hay islas afortunadas», las del capítulo 2 de la segunda parte.

4. El que crea. *Der Schaffende*: no «el creador», que en español se lee como Dios. Compañeros buscó el que crea, y resultó que tenía que crearlos él mismo.

5. Mis tablas. «Uno así, que me escriba mi voluntad en mis tablas»: las tablas de la ley, que tendrán su propio discurso en el capítulo 12.

6. Tres figuras que lo llaman. La sombra del caminante, el más largo aburrimiento y la hora más silenciosa. La primera es el libro de 1880; la segunda juega con *Langeweile*, aburrimiento, que en alemán es literalmente «rato largo»; la tercera es el último capítulo de la segunda parte.

7. Pensamiento abismal. *Abgründlicher Gedanke*: lo oye cavar y no se atreve a llamarlo hacia arriba. Le falta «la voz de león», el león de las tres transformaciones del espíritu.

8. Sello de mi consumación. «Una victoria ha de ser el sello de mi consumación»: *Sieg* y *Siegel*, victoria y sello, suenan casi igual en alemán. El sello vuelve en el último capítulo de la parte, «Los siete sellos».

9. Audacia y travesura. *Übermuth* y *Muthwille*, las dos de la familia de *Muth*, el valor: el exceso de ánimo y el ánimo que juega.

10. La felicidad es una mujer. El cierre es una broma: la felicidad lo persigue porque él no persigue a las mujeres.

TERCERA PARTE

Antes de la salida del sol

¡Oh cielo sobre mí, tú, puro! ¡Profundo! ¡Tú, abismo de luz! Contemplándote me estremezco de deseos divinos.

Arrojarme a tu altura: ¡esa es *mi* profundidad! Cobijarme en tu pureza: ¡esa es *mi* inocencia!

Al dios lo vela su belleza: así escondes tú tus estrellas. Tú no hablas: *así* me anuncias tu sabiduría.

Mudo sobre el mar que brama has salido hoy para mí; tu amor y tu pudor le hablan revelación a mi alma que brama.

Que vinieras a mí hermoso, velado en tu belleza, que me hables mudo, revelado en tu sabiduría:

¡oh, cómo no iba a adivinar todo lo pudoroso de tu alma! Antes del sol viniste a mí, el más solitario.

Somos amigos desde el principio: el pesar y el pavor y el fondo nos son comunes; aun el sol nos es común.

No nos hablamos, porque sabemos demasiadas cosas: nos callamos el uno al otro, nos sonreímos nuestro saber.

¿No eres tú la luz para mi fuego? ¿No tienes tú el alma hermana de mi entendimiento?

Juntos lo aprendimos todo; juntos aprendimos a subir por encima de nosotros hacia nosotros mismos y a sonreír sin nubes:

a sonreír sin nubes hacia abajo, desde ojos luminosos y desde leguas de distancia, cuando bajo nosotros la coacción y la finalidad y la culpa humean como lluvia.

Y si caminaba solo: ¿de *quién* tenía hambre mi alma en las noches y en los senderos extraviados? Y si subía montañas, ¿a quién buscaba yo nunca en las montañas, sino a ti?

Y todo mi caminar y subir montañas: no era más que una necesidad y un recurso del que no tiene recursos: ¡*volar* es lo único que quiere mi voluntad entera, volar dentro de *ti*!

¿Y a quién odié más que a las nubes que pasan y a todo lo que te mancha? ¡Y aun mi propio odio odiaba, porque te manchaba!

Les guardo rencor a las nubes que pasan, a esos gatos de presa que se deslizan: nos quitan a ti y a mí lo que nos es común, el inmenso, ilimitado decir sí y amén.

A esos mediadores y mezcladores les guardamos rencor, a las nubes que pasan: a esas medias tintas que no aprendieron ni a bendecir ni a maldecir de raíz.

Prefiero estar sentado en el tonel bajo un cielo cerrado, prefiero estar sentado en el abismo sin cielo, que verte a ti, cielo de luz, manchado de nubes de paso.

Y muchas veces se me antojó clavarlas con dentados alambres de oro de relámpago, para tocar, como el trueno, el timbal sobre su panza de caldero:

un timbalero furioso, porque me roban tu sí y tu amén, ¡tú, cielo sobre mí, tú, puro! ¡Luminoso! ¡Tú, abismo de luz!, porque te roban *mi* sí y mi amén.

Porque prefiero todavía el estruendo y el trueno y las maldiciones del temporal a esta calma de gato, cautelosa y dudosa; y también entre los hombres a quienes más odio es a todos los que andan de puntillas, y a las medias tintas, y a las nubes de paso, dudosas y vacilantes.

Y «el que no puede bendecir, ¡que *aprenda* a maldecir!»: esta luminosa doctrina me cayó de un cielo luminoso; esta estrella sigue en mi cielo aun en las noches negras.

Pero yo soy uno que bendice y uno que dice sí, con tal de que tú estés a mi alrededor, ¡tú, puro! ¡Luminoso! ¡Tú, abismo de luz!: a todos los abismos llevo entonces todavía mi decir sí que bendice.

En uno que bendice me he convertido, y en uno que dice sí: y para eso luché largo tiempo y fui un luchador, para tener algún día las manos libres para bendecir.

Pero esta es mi bendición: estar sobre cada cosa como su propio cielo, como su techo redondo, su campana de azur y su seguridad eterna: ¡y bienaventurado el que así bendice!

Porque todas las cosas están bautizadas en el manantial de la eternidad y más allá del bien y del mal; pero el bien y el mal mismos no son más que sombras intermedias y húmedas aflicciones y nubes de paso.

En verdad, es un bendecir y no un blasfemar cuando enseño: «sobre todas las cosas está el cielo Azar, el cielo Inocencia, el cielo Acaso, el cielo Audacia».

«Por acaso»: esa es la nobleza más antigua del mundo; se la devolví a todas las cosas, las redimí de la servidumbre bajo la finalidad.

Esta libertad y esta serenidad de cielo las puse como campana de azur sobre todas las cosas, cuando enseñé que por encima de ellas y a través de ellas no quiere ninguna «voluntad eterna».

Esta audacia y esta locura las puse en lugar de aquella voluntad, cuando enseñé: «en todo hay una cosa imposible: ¡la racionalidad!».

Un *poco* de razón, es cierto, una semilla de sabiduría esparcida de estrella en estrella: esa levadura está mezclada en todas las cosas; ¡por amor de la locura está la sabiduría mezclada en todas las cosas!

Un poco de sabiduría es ya posible; pero esta bienaventurada seguridad encontré en todas las cosas: que prefieren todavía *bailar* sobre los pies del azar.

¡Oh cielo sobre mí, tú, puro! ¡Alto! Esta es ahora para mí tu pureza: que no hay ninguna eterna araña de la razón ni telarañas de razón;

que tú eres para mí una pista de baile para azares divinos, que eres para mí una mesa de dioses para dados divinos y jugadores de dados.

¿Pero te sonrojas? ¿Dije lo indecible? ¿Blasfemé al querer bendecirte?

¿O es el pudor de estar de a dos el que te hizo sonrojar? ¿Me mandas irme y callar porque ahora llega el *día*?

El mundo es profundo: y más profundo de lo que el día ha pensado nunca. No todo puede tener palabras ante el día. Pero el día llega: ¡separémonos, pues!

¡Oh cielo sobre mí, tú, pudoroso! ¡Ardiente! ¡Oh tú, mi felicidad antes de la salida del sol! El día llega: ¡separémonos, pues!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Abismo de luz. *Licht-Abgrund*: el cielo como un abismo hacia arriba. «Arrojarme a tu altura: esa es mi profundidad».

2. El decir sí y amén. *Ja- und Amen-sagen*: lo que las nubes le roban al cielo y a Zaratustra. Da subtítulo al último capítulo de la parte, «la canción del sí y del amén».

3. Medias tintas. *Halb- und Halben*: los que no aprendieron ni a bendecir ni a maldecir de raíz. Ya en la segunda parte.

4. Los que andan de puntillas. *Leisetreter*: el que pisa sin hacer ruido, el que no se compromete.

5. Sentado en el tonel. «Prefiero estar sentado en el tonel bajo un cielo cerrado»: guiño a Diógenes de Sinope, que vivía en una tinaja.

6. Más allá del bien y del mal. *Jenseits von Gut und Böse*. Las cosas están bautizadas en el manantial de la eternidad y más allá del bien y del mal. Dos años después será el título de un libro de Nietzsche.

7. El cielo Azar, Inocencia, Acaso, Audacia. *Zufall, Unschuld, Ohngefähr, Übermuth*. *Ohngefähr* es una palabra vieja para el acaso, y «*von Ohngefähr*», «por acaso», lleva el «*von*» de los apellidos nobles alemanes: por eso Zaratustra la llama «la nobleza más antigua del mundo».

8. La servidumbre bajo la finalidad. *Zweck*: el para qué. Zaratustra dice que redimió a las cosas de tener que servir a un fin.

9. La araña de la razón. «No hay ninguna eterna araña de la razón»: ninguna inteligencia que teja el mundo desde arriba.

10. Dados divinos. El cielo como mesa de dioses para dados y jugadores de dados. La imagen vuelve en «Los siete sellos».

11. El mundo es profundo. «Y más profundo de lo que el día ha pensado nunca»: la frase vuelve casi igual en la canción de medianoche, al final de «La otra canción del baile».

TERCERA PARTE

De la virtud que empequeñece

1

Cuando Zaratustra estuvo de nuevo en tierra firme, no se fue derecho a sus montañas y a su cueva, sino que anduvo muchos caminos e hizo muchas preguntas y averiguó esto y aquello, de modo que decía de sí mismo en broma: «¡he aquí un río que, con muchas vueltas, vuelve a correr hacia su fuente!». Porque quería enterarse de lo que entretanto le había pasado *al hombre*: si se había hecho más grande o más pequeño. Y una vez vio una hilera de casas nuevas; entonces se asombró y dijo:

¿Qué significan estas casas? ¡En verdad, no las puso ahí ninguna gran alma como símil de sí misma!

¿Las sacaría acaso un niño tonto de su caja de juguetes? ¡Ojalá otro niño volviera a meterlas en su caja!

Y estas salas y estos cuartos: ¿pueden entrar y salir de ahí *varones*? Me parecen hechos para muñecas de seda; o para golosos que quizá también se dejan mordisquear.

Y Zaratustra se quedó parado y reflexionó. Por fin dijo apesadumbrado: «¡*Todo* se ha vuelto más pequeño!

Por todas partes veo puertas más bajas: el que es de *mi* especie todavía pasa por ellas, ¡pero tiene que agacharse!

¡Oh, cuándo volveré a mi tierra, donde ya no tenga que agacharme, ya no tenga que agacharme *ante los pequeños*!». Y Zaratustra suspiró y miró a lo lejos.

Ese mismo día pronunció su discurso sobre la virtud que empequeñece.

2

Ando entre este pueblo y tengo los ojos abiertos: no me perdonan que no envidie sus virtudes.

Me tiran picotazos porque les digo: para gente pequeña hacen falta virtudes pequeñas; ¡y porque me cuesta aceptar que haga falta gente pequeña!

Todavía me parezco al gallo aquí, en corral ajeno, al que también las gallinas le tiran picotazos; pero no por eso les guardo rencor a estas gallinas.

Soy cortés con ellas, como con toda molestia pequeña; ser espinoso con lo pequeño me parece una sabiduría de erizos.

Todos hablan de mí cuando se sientan por la noche alrededor del fuego: hablan de mí, ¡pero en mí no piensa nadie!

Este es el nuevo silencio que aprendí: su ruido en torno a mí tiende un manto sobre mis pensamientos.

Hacen ruido entre ellos: «¿qué quiere de nosotros esa nube sombría? ¡cuidemos que no nos traiga una peste!».

Y hace poco una mujer arrebató hacia sí a su hijo, que quería venir a mí: «¡apartad a los niños!, gritó; ojos así chamuscan las almas de los niños».

Tosen cuando hablo: creen que la tos es una objeción contra los vientos fuertes; ¡no adivinan nada del bramido de mi felicidad!

«Todavía no tenemos tiempo para Zaratustra»: así objetan; pero ¿qué importa un tiempo que «no tiene tiempo» para Zaratustra?

Y si encima me alaban: ¿cómo podría yo dormirme sobre *su* gloria? Un cinturón de púas es para mí su alabanza: todavía me araña cuando me lo quito.

Y también esto aprendí entre ellos: el que alaba hace como si devolviera, ¡pero en verdad quiere que le regalen más!

¡Preguntadle a mi pie si le gusta su tonada de alabanza y anzuelo! En verdad, a tal compás y tictac no quiere ni bailar ni quedarse quieto.

A la virtud pequeña quisieran atraerme con anzuelo y alabanza; al tictac de la pequeña felicidad quisieran persuadir a mi pie.

Ando entre este pueblo y tengo los ojos abiertos: se han hecho *más pequeños*, y se hacen cada vez más pequeños: pero *eso lo hace su doctrina de la felicidad y la virtud*.

Porque también en la virtud son modestos, pues quieren comodidad. Y con la comodidad solo se aviene la virtud modesta.

Bien es verdad que también ellos aprenden a su modo a dar pasos y a avanzar: a eso lo llamo yo su *cojear*. Con ello se vuelven piedra de tropiezo para todo el que tiene prisa.

Y más de uno de ellos camina hacia adelante y al mismo tiempo mira hacia atrás, con la nuca tiesa: a ese me gusta embestirlo.

El pie y los ojos no han de mentir, ni desmentirse el uno al otro. Pero hay mucha mentira entre la gente pequeña.

Algunos de ellos quieren, pero los más solo son lo que otro quiere. Algunos de ellos son auténticos, pero los más son malos actores.

Hay entre ellos actores sin saberlo y actores involuntarios; los auténticos son siempre raros, sobre todo los actores auténticos.

De varón hay poco aquí: por eso sus mujeres se hacen varoniles. Porque solo el que es bastante varón *redimirá* en la mujer *a la mujer*.

Y esta hipocresía encontré entre ellos como la peor: que también los que mandan fingen las virtudes de los que sirven.

«Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos»: así reza aquí también la hipocresía de los que dominan; ¡y ay, cuando el primer señor *no es más que* el primer servidor!

Ah, también en sus hipocresías se extravió volando la curiosidad de mi ojo; y bien adiviné toda su felicidad de moscas y su zumbar en torno a los cristales soleados.

Tanta bondad, tanta debilidad veo. Tanta justicia y compasión, tanta debilidad.

Redondos, honrados y bondadosos son unos con otros, como son redondos, honrados y bondadosos los granitos de arena con los granitos

de arena.

Abrazar modestamente una pequeña felicidad: ¡a eso lo llaman «resignación»!, y mientras tanto ya miran de reojo, modestos, hacia otra pequeña felicidad nueva.

En el fondo quieren, en su simpleza, una sola cosa sobre todo: que nadie les haga daño. Así se adelantan a todo el mundo y le hacen bien.

Pero esto es *cobardía*, aunque se llame «virtud».

Y cuando alguna vez hablan con aspereza, esta gente pequeña, *yo* solo oigo en ello su ronquera: porque cualquier corriente de aire los enronquece.

Listos son, sus virtudes tienen dedos listos. Pero les faltan los puños; sus dedos no saben esconderse detrás de los puños.

Virtud es para ellos lo que vuelve modesto y manso: con ello hicieron del lobo un perro, y del hombre mismo el mejor animal doméstico del hombre.

«Pusimos nuestra silla en el *medio* —eso me dice su sonrisita—, igual de lejos de los gladiadores moribundos que de los cerdos contentos».

Pero esto es *mediocridad*, aunque se llame moderación.

3

Ando entre este pueblo y dejo caer más de una palabra: pero no saben ni tomar ni guardar.

Se asombran de que no haya venido a blasfemar contra placeres y vicios; ¡y en verdad, tampoco vine a prevenir contra los carteristas!

Se asombran de que no esté dispuesto a afinar y afilar todavía más su listeza: ¡como si no tuvieran ya bastantes sabelotodos, cuya voz me chirría como pizarrín sobre la pizarra!

Y cuando grito: «¡Maldecid a todos los demonios cobardes que hay en vosotros, que gustan de gimotear y juntar las manos y adorar!», gritan ellos: «Zaratustra es un impío».

Y lo gritan sobre todo sus maestros de la resignación; pero justamente a ellos me gusta gritarles al oído: ¡Sí! ¡Yo *soy* Zaratustra, el impío!

¡Estos maestros de la resignación! A todas partes donde hay algo pequeño y enfermo y sarnoso se arrastran, como piojos; y solo mi asco me impide reventarlos.

¡Pues bien! Este es mi sermón para *sus* oídos: yo soy Zaratustra, el impío, que dice: «¿quién es más impío que yo, para que yo me alegre de su enseñanza?».

Yo soy Zaratustra, el impío: ¿dónde encuentro a mis iguales? Y mis iguales son todos los que se dan a sí mismos su voluntad y se quitan de encima toda resignación.

Yo soy Zaratustra, el impío: todavía cuezo cada azar en *mi* olla. Y solo cuando está bien cocido le doy la bienvenida, como *mi* comida.

Y en verdad, más de un azar vino a mí imperioso: pero más imperiosamente todavía le habló mi *voluntad*, y ya estaba de rodillas, suplicando,

suplicando hallar en mí albergue y corazón, y diciéndome con lisonja: «¡mira, oh Zaratustra, cómo solo un amigo viene al amigo!».

Pero ¿para qué hablo, donde nadie tiene *mis* oídos? Y así quiero gritarlo a todos los vientos:

¡Os vais haciendo cada vez más pequeños, gente pequeña! ¡Os desmoronáis, cómodos! Todavía vais a perecer

por vuestras muchas virtudes pequeñas, por vuestras muchas omisiones pequeñas, ¡por vuestra mucha resignación pequeña!

Demasiado indulgente, demasiado condescendiente: ¡así es vuestra tierra! ¡Pero para que un árbol se haga *grande*, quiere echar duras raíces en torno a duras rocas!

También lo que omitís teje en el tejido de todo el futuro humano; también vuestra nada es una telaraña y una araña que vive de la sangre del futuro.

Y cuando tomáis, es como hurtar, pequeños virtuosos; pero aun entre pícaros habla el *honor*: «solo se debe hurtar donde no se puede robar».

«Ya se dará»: esa es también una doctrina de la resignación. Pero yo os digo, cómodos: ¡ya *se tomará*, y os tomará cada vez más!

¡Ah, si os quitarais de encima todo querer *a medias*, y os decidierais tanto a la pereza como a la acción!

¡Ah, si entendierais mi palabra: «haced en todo caso lo que queráis, pero sed primero de los que *pueden querer*»!

«Amad en todo caso a vuestro prójimo como a vosotros mismos, pero sed primero de los que *se aman a sí mismos*:

de los que aman con el gran amor, de los que aman con el gran desprecio». Así habla Zaratustra, el impío.

Pero ¿para qué hablo, donde nadie tiene *mis* oídos? Aquí es todavía una hora demasiado temprano para mí.

Soy mi propio precursor entre este pueblo, mi propio canto de gallo por callejones oscuros.

¡Pero *su* hora llega! Y llega también la mía. De hora en hora se vuelven más pequeños, más pobres, más estériles: ¡pobre hierba! ¡pobre tierra!

¡Y *pronto* han de estar ante mí como hierba seca y estepa, y en verdad, cansados de sí mismos, y sedientos, más que de agua, de *fuego*!

¡Oh hora bendita del rayo! ¡Oh misterio antes del mediodía! Fuegos que corren quiero hacer todavía de ellos algún día, y anunciadores con lenguas de fuego:

han de anunciar algún día con lenguas de fuego: ¡Viene, está cerca, *el gran mediodía*!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. La virtud que empequeñece. *Verkleinernde Tugend*: formada como «la virtud que regala» del último capítulo de la primera parte. Es la que vuelve más pequeño al que la practica.

2. Un río que vuelve a su fuente. La broma de Zaratustra sobre su propio rodeo, «con muchas vueltas».

3. Varón. *Mann*, frente a *Mensch*, hombre. «Solo el que es bastante varón redimirá en la mujer a la mujer».

4. Lo que otro quiere. «Algunos de ellos quieren, pero los más solo son lo que otro quiere»: *gewollt*, la pasiva de *wollen*, querer. No es «queridos» en el sentido de amados: es que la voluntad la pone otro.

5. Actores involuntarios. *Schauspieler wider Willen*: el mismo «*wider Willen*» del título del capítulo 3.

6. El primer servidor. «Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos». Federico II de Prusia se llamó a sí mismo «el primer servidor del Estado»; Zaratustra se lamenta de que el primer señor no sea más que eso.

7. Del lobo, un perro. La virtud como domesticación: hicieron del hombre «el mejor animal doméstico del hombre».

8. Mediocridad y moderación. *Mittelmässigkeit*, *Mässigkeit*: en alemán la mediocridad lleva dentro la palabra moderación, y el chiste está ahí.

9. El impío. *Der Gottlose*, la palabra de los salmos, que Zaratustra se pone a sí mismo una y otra vez en la tercera parte del discurso. «¿Quién es más impío que yo, para que yo me alegre de su enseñanza?».

10. Hurtar y robar. *Stehlen* y *rauben*: el que hurta lo hace a escondidas; el que roba, a la fuerza. «Solo se debe hurtar donde no se puede robar».

11. Ya se dará. «*Es giebt sich*», la frase de la resignación; Zaratustra la voltea: «*es nimmt sich*», ya se tomará.

12. Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos. El mandamiento (Levítico 19, 18; Mateo 22, 39), con una condición antes: sed primero de los que se aman a sí mismos.

13. Lenguas de fuego. Los anunciadores con lenguas de fuego recuerdan Pentecostés (Hechos 2). Lo que anuncian es el gran mediodía.

TERCERA PARTE

En el monte de los Olivos

El invierno, un huésped malo, está sentado en mi casa; azules tengo las manos del apretón de su amistad.

Lo honro, a este huésped malo, pero me gusta dejarlo sentado solo. Me gusta huir de él; y si uno corre *bien*, ¡se le escapa!

Con pies calientes y pensamientos calientes corro hacia donde el viento se está quieto: al rincón soleado de mi monte de los Olivos.

Allí me río de mi severo huésped y todavía le tengo cariño, porque en casa me caza las moscas y acalla mucho ruido pequeño.

Porque no tolera que un mosquito quiera cantar, y menos dos; hasta la calle la deja tan sola que de noche la luz de la luna tiene miedo en ella.

Un huésped duro es, pero lo honro, y no le rezo, como los delicados, al barrigón ídolo de fuego.

¡Mejor castañetear un poco los dientes que adorar ídolos!: así lo quiere mi manera de ser. Y en especial estoy enojado con todos los ídolos de fuego ardorosos, vaporosos, viciados.

A quien amo, lo amo mejor en invierno que en verano; mejor me burlo ahora de mis enemigos, y más de corazón, desde que el invierno está sentado en mi casa.

De corazón, en verdad, aun cuando me *arrastro* a la cama: entonces todavía ríe y hace travesuras mi felicidad acurrucada; todavía ríe mi sueño mentiroso.

¿Yo, un rastrero? Nunca en la vida me arrastré ante los poderosos; y si alguna vez mentí, mentí por amor. Por eso estoy contento también en la cama de invierno.

Una cama pobre me calienta más que una rica, porque estoy celoso de mi pobreza. Y en invierno es cuando más fiel me es.

Con una maldad empiezo cada día: me burlo del invierno con un baño frío; por eso refunfuña mi severo amigo de casa.

También me gusta hacerle cosquillas con una velita de cera: para que por fin me suelte el cielo del crepúsculo gris ceniza.

Porque soy malicioso sobre todo por la mañana: a la hora temprana en que tintinea el balde en el pozo y los caballos relinchan tibios por las calles grises.

Impaciente espero entonces a que por fin se me abra el cielo claro, el cielo de invierno con barba de nieve, el anciano de cabeza blanca,

el cielo de invierno, el callado, que muchas veces se calla todavía su sol.

¿Aprendí de él el largo y claro silencio? ¿O lo aprendió él de mí? ¿O lo inventó cada uno de nosotros por su cuenta?

El origen de todas las cosas buenas es de mil maneras; todas las cosas buenas y traviesas saltan de placer a la existencia: ¡cómo iban a hacerlo siempre una sola vez!

Una cosa buena y traviesa es también el largo silencio, y mirar como el cielo de invierno, desde un rostro claro de ojos redondos;

como él, callarse su sol y su inflexible voluntad de sol: en verdad, ¡este arte y esta travesura de invierno los aprendí *bien*!

Mi maldad y mi arte preferidos son que mi silencio aprendió a no delatarse callando.

Haciendo ruido con palabras y con dados engaño a los solemnes vigilantes: a todos estos severos acechadores se les ha de escurrir mi voluntad y mi propósito.

Para que nadie vea hasta abajo, hasta mi fondo y mi última voluntad, para eso me inventé el largo y claro silencio.

A más de un listo encontré: se velaba el rostro y enturbiaba su agua, para que nadie viera a través de él y hasta su fondo.

Pero justamente a él acudían los desconfiados más listos y los cascanueces: ¡justamente a él le pescaban su pez más escondido!

Sino que los claros, los valientes, los transparentes, esos son para mí los más listos de los que callan: los que tienen el fondo tan *hondo* que ni el agua más clara lo delata.

¡Tú, cielo de invierno callado, con barba de nieve, tú, cabeza blanca de ojos redondos, sobre mí! ¡Oh tú, símil celeste de mi alma y de su travesura!

¿Y no *tengo que* esconderme, como uno que se ha tragado oro, para que no me abran el alma a cuchillo?

¿No *tengo que* andar en zancos, para que *no vean* mis piernas largas todos estos envidiosos y llorosos que me rodean?

Estas almas ahumadas, calentadas en cuarto cerrado, gastadas, enmohecidas, amargadas: ¡cómo *podría* su envidia soportar mi felicidad!

Por eso solo les enseño el hielo y el invierno de mis cumbres, ¡y *no* que mi montaña se ciñe todavía con todos los cinturones del sol!

Solo oyen silbar mis tormentas de invierno, y *no* que también navego por mares cálidos, como los vientos del sur, anhelantes, pesados, ardientes.

Todavía se apiadan de mis accidentes y de mis azares: pero *mi* palabra dice: «¡dejad que el azar venga a mí: es inocente como un niño!».

¡Cómo *podrían* soportar mi felicidad, si yo no le pusiera alrededor accidentes y apuros de invierno y gorros de oso polar y mantos de cielo nevado!

¡Si yo mismo no me apiadara de su *compasión*, de la compasión de estos envidiosos y llorosos!

¡Si yo mismo no suspirara delante de ellos y no tiritara de frío y no me *dejara* envolver con paciencia en su compasión!

Esta es la sabia travesura y la buena voluntad de mi alma: que *no esconde* su invierno ni sus tormentas de escarcha; tampoco esconde sus

sabañones.

La soledad de uno es la huida del enfermo; la soledad del otro, la huida ante los enfermos.

¡Que me *oigan* castañetear y suspirar de frío de invierno todos estos pobres pícaros de mirada torcida que me rodean! Con tanto suspiro y castañeteo huyo todavía de sus cuartos caldeados.

Que me compadezcan y me consuspiren por mis sabañones: «¡en el hielo del conocimiento se nos va a *congelar*!», así se lamentan.

Mientras tanto corro con pies calientes de acá para allá por mi monte de los Olivos: en el rincón soleado de mi monte de los Olivos canto y me burlo de toda compasión.

Así cantó Zaratustra.

Notas

1. El monte de los Olivos. *Der Oelberg*, el monte al este de Jerusalén adonde Jesús iba a orar y donde pasó la noche antes de que lo prendieran (Lucas 22, 39). Zaratustra hace de él un rincón al sol para reírse del invierno.

2. Así cantó Zaratustra. *Also sang Zarathustra*: este discurso cierra con «cantó», no con «habló», como los tres cantos de la segunda parte. Se respeta la diferencia.

3. El barrigón ídolo de fuego. *Feuer-Götze*: la estufa. *Götze* es la palabra del ídolo, la misma de «Del nuevo ídolo» en la primera parte. Los delicados le rezan; Zaratustra prefiere castañetear los dientes.

4. Travesura. *Muthwille*, de la familia de *Muth*, el valor: el gozo juguetón y atrevido. «Mi felicidad acurrucada» hace travesuras aun en la cama de invierno.

5. ¿Una sola vez? «Todas las cosas buenas y traviesas saltan de placer a la existencia: ¡cómo iban a hacerlo siempre una sola vez!». *Ein Mal*, con mayúscula en el impreso: la pregunta roza el pensamiento del retorno que la tercera parte viene preparando.

6. Un silencio que no se delata. Lo que aprendió del cielo de invierno es un silencio que no se nota como silencio: «mi silencio aprendió a no delatarse callando». Lo dice con un ejemplo: al que enturbia su agua le pescan su pez más

escondido; al claro, no, porque tiene el fondo tan hondo «que ni el agua más clara lo delata».

7. Envidiosos y llorosos. *Neidbolde und Leidholde*: *Neidbold* es una palabra corriente para el envidioso; *Leidhold* la inventa Nietzsche para que rime, el que se encariña con el sufrimiento. «Envidiosos y llorosos» guarda la rima.

8. El azar, inocente como un niño. «¡Dejad que el azar venga a mí: es inocente como un niño!» parodia el «Dejad a los niños venir a mí» del Evangelio (Marcos 10, 14). Azar e inocencia son los nombres del cielo en «Antes de la salida del sol».

9. Compasión. *Mitleid*, literalmente «padecer con». Zaratustra se apiada de la compasión de los envidiosos y la deja envolverlo. Nietzsche inventa además *bemitseufzen*, «suspirar con», sobre *bemitleiden*: en nuestra versión, «me consuspiren».

10. Dos soledades. «La soledad de uno es la huida del enfermo; la soledad del otro, la huida ante los enfermos». En alemán basta una preposición, *vor*, para separar al que huye por estar enfermo del que huye de los enfermos.

TERCERA PARTE

Del pasar de largo

Así, atravesando despacio mucho pueblo y muchas y diversas ciudades, volvía Zaratustra dando rodeos a sus montañas y a su cueva. Y he aquí que en el camino llegó también, sin darse cuenta, a la puerta de la *gran ciudad*: pero allí un loco que echaba espuma saltó hacia él con las manos abiertas y le cerró el paso. Era este el mismo loco al que el pueblo llamaba «el mono de Zaratustra»: porque le había copiado algo del giro y la cadencia de su habla, y seguramente también le gustaba tomar prestado del tesoro de su sabiduría. Y el loco le habló así a Zaratustra:

«Oh Zaratustra, aquí está la gran ciudad: aquí no tienes nada que buscar y todo que perder.

¿Para qué ibas a vadear este lodo? ¡Ten compasión de tu pie! Mejor escupe sobre la puerta de la ciudad, ¡y date la vuelta!

Aquí está el infierno de los pensamientos de ermitaño: aquí a los grandes pensamientos los cuecen vivos y los guisan hasta dejarlos pequeños.

Aquí se pudren todos los grandes sentimientos: ¡aquí solo tienen permiso de castañetear unos sentimientitos en los huesos!

¿No hueles ya los mataderos y las fondas del espíritu? ¿No humea esta ciudad con el vapor del espíritu degollado?

¿No ves las almas colgadas como trapos flojos y sucios? ¡Y todavía hacen periódicos con esos trapos!

¿No oyes cómo el espíritu se volvió aquí juego de palabras? ¡Vomita unas repugnantes aguas sucias de palabras! Y todavía hacen periódicos con esas aguas sucias de palabras.

Se acosan unos a otros, ¿y no saben hacia dónde? Se acaloran unos a otros, ¿y no saben por qué? Hacen sonar su hojalata, hacen tintinear su oro.

Tienen frío y buscan calor en los aguardientes; están acalorados y buscan frescura en los espíritus helados; todos están enfermos y enviciados de opiniones públicas.

Todos los placeres y los vicios tienen aquí su casa; pero aquí hay también virtuosos, hay mucha virtud empleable y empleada:

mucha virtud empleable con dedos de escribiente y con la carne dura de estar sentada y de esperar, bendecida con estrellitas en el pecho y con hijas rellenas y sin trasero.

Aquí hay también mucha piedad y mucha lambisconería creyente, mucha repostería de zalamerías ante el Dios de los ejércitos.

Porque «de arriba» gotean la estrella y la saliva clemente; hacia arriba suspira todo pecho sin estrella.

La luna tiene su corte, y la corte tiene sus becerros de luna: pero a todo lo que viene de la corte le reza el pueblo mendigo y toda la mendiga virtud empleable.

«Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos»: así le reza toda virtud empleable al príncipe, allá arriba: ¡para que por fin se le prenda al pecho estrecho la estrella ganada de tanto servir!

Pero la luna gira todavía alrededor de todo lo terreno: así gira también el príncipe todavía alrededor de lo más terreno de todo; y eso es el oro de los tenderos.

El Dios de los ejércitos no es un dios de lingotes de oro; ¡el príncipe propone, pero el tendero dispone!

¡Por todo lo que hay en ti de claro y de fuerte y de bueno, oh Zaratustra! ¡Escupe sobre esta ciudad de tenderos y date la vuelta!

Aquí toda la sangre corre podrida y tibia y espumosa por todas las venas: ¡escupe sobre la gran ciudad, que es el gran vertedero donde toda la escoria se junta en espuma!

Escupe sobre la ciudad de las almas aplastadas y los pechos estrechos, de los ojos afilados, de los dedos pegajosos,

sobre la ciudad de los impertinentes, de los desvergonzados, de los que chillan con la pluma y con la garganta, de los ambiciosos sobrecalentados,

donde todo lo carcomido, lo de mala fama, lo lujurioso, lo tenebroso, lo pasado de maduro, lo ulceroso, lo conspirador se encona junto:

¡escupe sobre la gran ciudad y date la vuelta!».

Pero aquí Zaratustra interrumpió al loco que echaba espuma y le tapó la boca.

«¡Basta ya!», gritó Zaratustra, «¡hace mucho que me dan asco tu discurso y tu manera de ser!

¿Por qué viviste tanto tiempo junto al pantano, hasta tener que volverte tú mismo rana y sapo?

¿No te corre ahora a ti mismo por las venas una sangre de pantano, podrida y espumosa, que así aprendiste a croar y a blasfemar?

¿Por qué no te fuiste al bosque? ¿O a arar la tierra? ¿No está el mar lleno de islas verdes?

Desprecio tu despreciar; y si me advertías a mí, ¿por qué no te advertías a ti mismo?

Solo del amor ha de alzar el vuelo mi despreciar y mi pájaro que advierte: ¡pero no del pantano!

Te llaman mi mono, loco que echas espuma: pero yo te llamo mi cerdo gruñón; con tus gruñidos me echas a perder hasta mi *elogio* de la locura.

¿Qué fue lo que primero te hizo gruñir? Que nadie te *halagó* lo bastante: por eso te sentaste junto a esta basura, para tener motivo de gruñir mucho,

¡para tener motivo de mucha *venganza*! Porque venganza, loco vanidoso, es todo tu echar espuma: ¡bien que te adiviné!

¡Pero tu palabra de loco me hace daño *a mí*, aun donde tienes razón! Y aunque la palabra de Zaratustra *tuviera* cien veces razón: ¡*tú*, con mi

palabra, siempre *cometerías* una sinrazón!».

Así habló Zaratustra; y miró la gran ciudad, suspiró y calló largo rato. Al fin habló así:

Me da asco también esta gran ciudad, y no solo este loco. Aquí y allá no hay nada que mejorar, nada que malear.

¡Ay de esta gran ciudad! Y quisiera ver ya la columna de fuego en que arda.

Porque tales columnas de fuego tienen que ir delante del gran mediodía. Pero esto tiene su tiempo y su propio destino.

Esta doctrina, sin embargo, te doy de despedida, loco: donde ya no se puede amar, ahí hay que *pasar de largo*.

Así habló Zaratustra, y pasó de largo junto al loco y la gran ciudad.

Notas

1. Pasar de largo. *Vorübergehen*: seguir de frente sin detenerse. Es el verbo con que la Biblia de Lutero cuenta al sacerdote que ve al herido y sigue su camino, el que en español «pasó de largo» (Lucas 10, 31). Aquí Zaratustra lo vuelve doctrina.

2. El mono de Zaratustra. *Affe*: el que imita. El loco le copió «el giro y la cadencia de su habla» y le toma prestada la sabiduría; por eso su discurso suena a Zaratustra y no lo es. Loco es *Narr*, como en toda la obra.

3. Trapos y periódicos. «¡Y todavía hacen periódicos con esos trapos!»: durante siglos el papel se hizo con trapos viejos. Y *Wortspiel*, juego de palabras, rima con *Wort-Spülicht*, «aguas sucias de palabras».

4. Virtud empleable y empleada. *Anstellige angestellte Tugend*: anstellig es el que se presta para todo; angestellt, el empleado. Las estrellitas en el pecho son las condecoraciones.

5. Lambisconería y repostería. *Speichel-Leckerei*, *Schmeichel-Bäckerei*: literalmente lamer saliva y hornear halagos, en rima. Se rezan ante el Dios de los ejércitos, el Señor de los ejércitos de la Biblia (Isaías 6, 3).

6. Becerros de luna. *Mondkalb*: el becerro malformado que se achacaba al influjo de la luna, y de ahí, en alemán, el tonto. «La luna tiene su corte, y la corte tiene sus becerros de luna».

7. Yo sirvo, tú sirves, nosotros servimos. La conjugación de los cortesanos, que ya salió en «De la virtud que empequeñece»: sirven para que les prendan la estrella al pecho.

8. El príncipe propone, el tendero dispone. «*Der Fürst denkt, aber der Krämer — lenkt*!»: parodia del refrán alemán «*der Mensch denkt, Gott lenkt*», en español «el hombre propone y Dios dispone», que viene de la Imitación de Cristo (libro I, 19): homo proponit, sed Deus disponit.

9. Mi elogio de la locura. *Lob der Narrheit*: eco del Elogio de la locura de Erasmo (1511). Zaratustra le reprocha al loco que con sus gruñidos le eche a perder hasta eso.

10. Nada que mejorar, nada que malear. *Nichts zu bessern, Nichts zu bösern*: *bösern* lo inventa Nietzsche sobre *böse*, malo, para que rime con *bessern*.

11. ¡Ay de esta gran ciudad! La columna de fuego. «La gran ciudad» y el «¡ay!» son los del lamento por Babilonia (Apocalipsis 18, 10). Las columnas de fuego que «tienen que ir delante del gran mediodía» recuerdan la que iba delante de Israel en el desierto (Éxodo 13, 21).

TERCERA PARTE

De los apóstatas

1

Ah, ¿ya yace marchito y gris todo lo que hace poco estaba verde y lleno de colores en esta pradera? ¡Y cuánta miel de esperanza llevé de aquí a mis colmenas!

Estos corazones jóvenes se han vuelto ya todos viejos,

y ni siquiera viejos: solo cansados, vulgares, cómodos;

ellos lo llaman «hemos vuelto a ser piadosos».

Todavía hace poco los vi salir corriendo de madrugada con pies valientes: pero sus pies del conocimiento se cansaron, ¡y ahora calumnian además su valentía de la mañana!

En verdad, más de uno levantaba antes las piernas como un bailarín, le hacía señas la risa de mi sabiduría: entonces lo pensó mejor. Hace un momento lo vi, encorvado, arrastrarse a la cruz.

Alrededor de la luz y de la libertad revoloteaban antes, como los mosquitos y los poetas jóvenes. Un poco más viejos, un poco más fríos: y ya son ensombrecedores y murmuradores y arrimados a la estufa.

¿Se les desanimó acaso el corazón porque la soledad me tragó como una ballena? ¿Escuchó su oído, con anhelo, largo tiempo y *en vano*, buscándome a mí y mis llamadas de trompeta y de heraldo?

¡Ah! Siempre son pocos aquellos cuyo corazón tiene un valor largo y una larga audacia; y a esos también el espíritu les sigue siendo paciente. Pero el resto es *cobarde*.

El resto: esos son siempre los más, lo de todos los días, lo que sobra, los demasiados: ¡todos esos son cobardes!

Al que es de mi especie le saldrán también al paso las vivencias de mi especie: de modo que sus primeros compañeros tendrán que ser cadáveres y bufones.

Pero sus segundos compañeros, esos se llamarán sus *creyentes*: un enjambre vivo, mucho amor, mucha necedad, mucha veneración imberbe.

A estos creyentes no ha de atar su corazón el que sea de mi especie entre los hombres; en estas primaveras y praderas de colores no ha de creer el que conoce la especie humana, fugaz y cobarde.

Si *pudieran* de otro modo, también *querrían* de otro modo. Los de medias tintas echan a perder todo lo entero. Que las hojas se marchiten, ¿qué hay ahí que lamentar?

¡Déjalas ir y caer, oh Zaratustra, y no te lamentes! Mejor sopla todavía entre ellas con vientos que hagan crujir,

sopla entre estas hojas, oh Zaratustra: ¡para que todo lo *marchito* huya de ti más deprisa todavía!

2

«Hemos vuelto a ser piadosos»: así confiesan estos apóstatas; y algunos de ellos son todavía demasiado cobardes para confesarlo así.

A esos los miro a los ojos, a esos se lo digo en la cara y en el rubor de sus mejillas: ¡sois de los que vuelven a *rezar*!

¡Pero es una ignominia rezar! No para todos, pero sí para ti y para mí y para quien tenga su conciencia también en la cabeza. ¡Para *ti* es una ignominia rezar!

Bien lo sabes: tu diablo cobarde, el que llevas dentro, al que le gustaría juntar las manos y quedarse de manos cruzadas y tenerlo todo más cómodo, ese diablo cobarde te convence: «¡*hay* un Dios!».

Pero con eso perteneces a la especie que huye de la luz, a la que la luz nunca deja en paz; ¡ahora tienes que meter cada día más hondo la cabeza en la noche y en el vaho!

Y en verdad, elegiste bien la hora: porque justo ahora vuelven a salir las aves nocturnas. Llegó la hora para todo el pueblo que huye de la luz, la hora del atardecer y del descanso, en que no «descansa».

Lo oigo y lo huelo: llegó su hora de cacería y de procesión; no de una cacería salvaje, sino de una cacería mansa, coja, husmeadora, de pisaquedos y rezaquedos,

una cacería de mosquitas muertas con mucha alma: ¡todas las ratoneras del corazón están puestas otra vez! Y donde levanto una cortina, sale disparada una mariposita de noche.

¿Estaría ahí agazapada junto con otra mariposita de noche? Porque por todas partes huelo pequeñas comunidades escondidas; y donde hay cuartitos, hay dentro nuevos rezanderos y el tufo de los rezanderos.

Se sientan juntos largas tardes y dicen: «¡volvamos a ser como niños y a decir "Diosito"!», con la boca y el estómago echados a perder por los confiteros piadosos.

O se pasan largas tardes mirando a una astuta araña crucera al acecho, que les predica prudencia a las mismas arañas y enseña así: «¡bajo las cruces se teje bien!».

O se sientan el día entero con cañas de pescar junto a pantanos y por eso se creen *profundos*; ¡pero al que pesca donde no hay peces no lo llamo ni siquiera superficial!

O aprenden, piadosos y contentos, a tañer el arpa con un poeta de canciones al que le gustaría meterse a punta de arpa en el corazón de las mujercitas jóvenes: porque se cansó de las mujercitas viejas y de sus alabanzas.

O aprenden a sentir escalofríos con un letrado medio loco, que espera en cuartos oscuros a que le vengan los espíritus, ¡y el espíritu se le va del todo corriendo!

O escuchan a un viejo silbador ambulante de ronroneos y gruñidos, que aprendió de los vientos turbios la tristeza de los tonos; ahora silba según sopla el viento y predica en tonos turbios la tristeza.

Y algunos de ellos hasta se han hecho veladores: esos saben ahora tocar el cuerno y rondar de noche y despertar cosas viejas que hace mucho se quedaron dormidas.

Cinco frases sobre cosas viejas oí anoche junto a la tapia del jardín: venían de unos de esos veladores viejos, afligidos y secos.

«Para ser padre, no se preocupa lo bastante por sus hijos: ¡los padres humanos lo hacen mejor!».

«¡Es demasiado viejo! Ya ni se preocupa por sus hijos», así respondió el otro velador.

«¿Pero *tiene* hijos? ¡Nadie puede probarlo, si él mismo no lo prueba! Hace mucho que quisiera que lo probara de una vez a fondo».

«¿Probar? ¡Como si *ese* hubiera probado algo alguna vez! Probar le cuesta trabajo; le da mucha importancia a que le *crean*».

«¡Sí! ¡Sí! La fe lo hace bienaventurado, la fe en él. ¡Así son los viejos! ¡A nosotros nos pasa igual!».

Así se hablaron los dos veladores viejos y espantaluces, y luego tocaron tristemente sus cuernos: así pasó anoche junto a la tapia del jardín.

Pero a mí el corazón se me retorcía de risa y quería romperse y no sabía hacia dónde, y se me hundió en el diafragma.

En verdad, esto será todavía mi muerte: que me ahogue de risa cuando veo asnos borrachos y oigo a veladores dudar así de Dios.

¿No pasó hace *mucho*, también, el tiempo de todas esas dudas? ¿Quién puede todavía despertar cosas tan viejas, dormidas, que huyen de la luz?

Con los viejos dioses se acabó hace mucho: ¡y en verdad, tuvieron un buen y alegre final de dioses!

No se apagaron hasta morir en un «crepúsculo», ¡eso es mentira! Al contrario: un día ellos mismos se *rieron* hasta morir.

Eso ocurrió cuando la palabra más impía salió de un dios mismo, la palabra: «¡Hay un solo Dios! ¡No tendrás ningún otro dios delante de mí!»;

un viejo dios de barba iracunda, un dios celoso, se olvidó así de sí mismo.

Y todos los dioses se rieron entonces y se mecieron en sus sillas y gritaron: «¿No es esto precisamente la divinidad: que haya dioses, pero no Dios?».

El que tenga oídos, que oiga.

Así habló Zaratustra en la ciudad que amaba y que lleva por sobrenombre «la Vaca Pinta». Porque desde aquí solo le faltaban dos días de camino para volver a su cueva y a sus animales; y su alma se regocijaba sin cesar por la cercanía de su regreso a casa.

Notas

1. Los apóstatas. *Die Abtrünnigen*: los que se apartan de la fe que tenían. Aquí la vuelta es al revés: dejan a Zaratustra para volver a ser piadosos.

2. Tres renglones. «Estos corazones jóvenes se han vuelto ya todos viejos, / y ni siquiera viejos: solo cansados, vulgares, cómodos; / ellos lo llaman...». En el impreso son tres párrafos de una línea y así se dejan.

3. Ensombrecedores y murmuradores. *Dunkler und Munkler und Ofenhocker*: palabras en rima, el que oscurece, el que cuchichea y el que no se despega de la estufa.

4. Como una ballena. «La soledad me tragó como una ballena»: Jonás, tragado por el gran pez (Jonás 1, 17).

5. Los demasiados. *Die Viel-zu-Vielen*, la palabra de la primera parte para la mayoría. «Cadáveres y bufones» son los primeros compañeros de Zaratustra en el prólogo: el funámbulo muerto y el bufón que lo hizo caer.

6. Medias tintas. *Halb- und Halbe*: los que se quedan a la mitad. «Los de medias tintas echan a perder todo lo entero».

7. Pisaquedos y rezaquedos. *Leisetreter- und Leisebeter-Jagd*: el que pisa sin ruido y el que reza sin ruido, en rima. Y la *Feierstunde*, la hora del descanso, es la hora «en que no "descansa"»: *feiern* es a la vez descansar y celebrar.

8. Mosquitas muertas y ratoneras. En *Duckmäuser*, el que se agacha y calla para no comprometerse, se oye Maus, ratón: de ahí las ratoneras del corazón.

9. Volvamos a ser como niños. Parodia de Mateo 18, 3: «si no os volvéis y os hacéis como niños». *Lieber Gott*, «Diosito», es como le hablan a Dios los niños alemanes. La araña crucera, *Kreuzspinne*, lleva una cruz en el lomo.

10. La fe lo hace bienaventurado. *Der Glaube macht selig*, refrán alemán que viene de Marcos 16, 16 («el que creyere... será salvo»). *Selig* es la palabra de las bienaventuranzas. Velador es *Nachtwächter*, el guardia nocturno; espantaluces, *Lichtscheuchen*, se forma como espantapájaros.

11. Ni crepúsculo. «*Sie "dämmerten" sich nicht zu Tode*»: no se apagaron en un crepúsculo. Suena *Götterdämmerung*, el crepúsculo de los dioses, la última ópera del Anillo de Wagner (1876). Los dioses no se apagaron: se rieron hasta morir.

12. La palabra más impía. *Das gottloseste Wort*, de *gottlos*, sin Dios: el mismo «impío» que Zaratustra se llama a sí mismo en el capítulo 5. Es el primer mandamiento: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (Éxodo 20, 3), dicho por un dios «celoso» (Éxodo 20, 5). «El que tenga oídos, que oiga»: Mateo 11, 15.

13. La Vaca Pinta. *Die bunte Kuh*, la ciudad donde Zaratustra predicaba en la primera parte. *Bunt* es «de muchos colores»: en español, una vaca pinta.

TERCERA PARTE

El regreso a casa

¡Oh soledad! ¡Tú, soledad, mi *hogar*! Demasiado tiempo viví salvaje en salvajes tierras extrañas como para no volver a ti con lágrimas.

Ahora amenázame con el dedo, como amenazan las madres; ahora sonríeme, como sonríen las madres; ahora di nada más: «¿Y quién era aquel que una vez, como un huracán, se me fue huracanado?

que al despedirse gritó: "demasiado tiempo estuve sentado junto a la soledad, ¡ahí desaprendí el callar!". ¿*Eso* es lo que has aprendido ahora?

Oh Zaratustra, todo lo sé: ¡y que entre los muchos estuviste más *abandonado*, tú, uno solo, que nunca conmigo!

Una cosa es el abandono, otra la soledad: ¡*eso* es lo que has aprendido ahora! Y que entre los hombres siempre serás salvaje y extraño:

salvaje y extraño todavía cuando te amen: ¡porque antes que nada quieren que *se les trate con miramiento*!

Pero aquí estás en tu casa y en tu hogar; aquí puedes decirlo todo y derramar todas tus razones, aquí nada se avergüenza de sentimientos escondidos, empedernidos.

Aquí vienen todas las cosas acariciando tu habla y te halagan: porque quieren montar en tu espalda. En cada símil cabalgas aquí hacia cada verdad.

Recto y sincero puedes hablar aquí a todas las cosas: y en verdad, a sus oídos suena como un elogio que alguien hable con todas las cosas así, derecho.

Pero otra cosa es estar abandonado. Porque, ¿te acuerdas todavía, oh Zaratustra? Cuando aquella vez tu pájaro gritó por encima de ti, cuando estabas en el bosque, indeciso, ¿hacia dónde?, sin saber, cerca de un cadáver;

cuando dijiste: "¡que me guíen mis animales! Más peligroso lo encontré entre los hombres que entre los animales": ¡eso era abandono!

¿Y te acuerdas todavía, oh Zaratustra? Cuando estabas sentado en tu isla, un pozo de vino entre baldes vacíos, dando y repartiendo, regalando y escanciando entre sedientos,

hasta que al fin te quedaste sentado, sediento, solo entre borrachos, y te quejabas de noche: "¿no es más bienaventurado recibir que dar? ¿Y robar más bienaventurado todavía que recibir?": ¡*eso* era abandono!

¿Y te acuerdas todavía, oh Zaratustra? Cuando llegó tu hora más silenciosa y te echó lejos de ti mismo, cuando te dijo con un susurro malo: "¡Habla y hazte pedazos!";

cuando te hizo penosa toda tu espera y tu silencio y desanimó tu ánimo humilde: ¡eso era abandono!».

¡Oh soledad! ¡Tú, soledad, mi hogar! ¡Qué bienaventurada y qué tierna me habla tu voz!

No nos preguntamos el uno al otro, no nos quejamos el uno al otro, andamos juntos, abiertos, por puertas abiertas.

Porque junto a ti todo está abierto y claro; y también las horas corren aquí con pies más ligeros. Porque en lo oscuro se carga el tiempo con más peso que en la luz.

Aquí se me abren de golpe las palabras y los cofres de palabras de todo ser: todo ser quiere aquí volverse palabra, todo devenir quiere aprender aquí de mí a hablar.

Pero allá abajo, allá todo hablar es en vano. Allá olvidar y pasar de largo es la mejor sabiduría: ¡*eso* es lo que aprendí ahora!

El que quisiera captarlo todo en los hombres tendría que manosearlo todo. Pero para eso tengo las manos demasiado limpias.

Ya no me gusta ni respirar su aliento; ¡ay, que haya vivido tanto tiempo entre su ruido y su mal aliento!

¡Oh silencio bienaventurado a mi alrededor! ¡Oh olores puros a mi alrededor! ¡Oh, cómo toma este silencio aliento puro desde el fondo del pecho! ¡Oh, cómo escucha este silencio bienaventurado!

Pero allá abajo, allá todo habla, allá todo se queda sin oír. Uno puede anunciar su sabiduría a campanazos: ¡los tenderos del mercado la taparán con el tintineo de sus centavos!

Entre ellos todo habla, nadie sabe ya entender. Todo cae al agua, ya nada cae en pozos hondos.

Entre ellos todo habla, ya nada sale bien ni llega a su fin. Todo cacarea, pero ¿quién quiere todavía estarse quieto en el nido empollando huevos?

Entre ellos todo habla, todo se deshace a fuerza de hablar. Y lo que ayer era todavía demasiado duro para el tiempo mismo y su diente, hoy cuelga raído y roído de los hocicos de los de hoy.

Entre ellos todo habla, todo se delata. Y lo que antes se llamaba secreto e intimidad de almas profundas, hoy es de los trompeteros callejeros y de otras mariposas.

¡Oh, lo humano, tú, cosa extraña! ¡Tú, ruido en calles oscuras! Ahora vuelves a quedar detrás de mí: ¡mi mayor peligro queda detrás de mí!

En tratar con miramiento y en compadecer estuvo siempre mi mayor peligro; y todo lo humano quiere que lo traten con miramiento y que lo toleren.

Con verdades retenidas, con mano de loco y corazón loco de amor, y rico en pequeñas mentiras de la compasión: así viví siempre entre los hombres.

Disfrazado estaba sentado entre ellos, dispuesto a desconocerme *a mí* con tal de soportarlos *a ellos*, y diciéndome de buena gana: «¡loco, no conoces a los hombres!».

Uno desaprende a los hombres cuando vive entre hombres: hay demasiado primer plano en todos los hombres; ¿qué van a hacer *ahí* unos ojos que ven lejos y que ansían lejos?

Y cuando me desconocían, yo, loco, los trataba por eso con más miramiento que a mí: acostumbrado a la dureza conmigo, y

vengándome muchas veces de mí mismo por ese miramiento.

Picado por moscas venenosas y ahuecado, como la piedra, por muchas gotas de maldad, así estaba sentado entre ellos, y todavía me decía: «¡inocente es todo lo pequeño de su pequeñez!».

Sobre todo a los que se llaman a sí mismos «los buenos» los encontré las moscas más venenosas: pican con toda inocencia, mienten con toda inocencia; ¡cómo iban a *ser capaces* de ser justos conmigo!

Al que vive entre los buenos, la compasión le enseña a mentir. La compasión les vuelve sofocante el aire a todas las almas libres. Porque la estupidez de los buenos es insondable.

Esconderme a mí mismo y mi riqueza: *eso* aprendí allá abajo; porque a todos los encontré todavía pobres de espíritu. Esa fue la mentira de mi compasión, que en cada uno sabía,

que a cada uno le veía y le olía cuánto espíritu le *bastaba* y cuánto espíritu ya le *sobraba*.

A sus sabios tiesos los llamé sabios, no tiesos: así aprendí a tragarme palabras. A sus sepultureros los llamé investigadores y examinadores: así aprendí a cambiar palabras.

Los sepultureros se cavan enfermedades. Bajo los escombros viejos reposan vapores malignos. No hay que remover el lodazal. Hay que vivir en las montañas.

¡Con narices bienaventuradas respiro otra vez la libertad de la montaña! Redimida está por fin mi nariz del olor de todo lo humano.

Cosquilleada por aires afilados, como por vinos espumosos, *estornuda* mi alma, estornuda y se grita con júbilo: ¡salud!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Hogar. *Heimat*, la tierra propia, y *Heimkehr*, volver a ella. «¡Tú, soledad, mi hogar!».

2. Soledad y abandono. *Einsamkeit* y *Verlassenheit*: estar solo y estar dejado. «Una cosa es el abandono, otra la soledad». Zaratustra estuvo más abandonado entre los muchos que nunca con la soledad.

3. Tres abandonos. La soledad le recuerda tres escenas de los libros anteriores: el bosque, junto al cadáver del funámbulo, cuando dijo «¡que me guíen mis animales!» (prólogo, 10); la isla donde daba sin recibir, la de «La canción de la noche» de la segunda parte; y «La hora más silenciosa», que cierra la segunda parte.

4. Más bienaventurado recibir. «¿No es más bienaventurado recibir que dar?» voltea el dicho de Jesús que cita san Pablo: «Más bienaventurado es dar que recibir» (Hechos 20, 35). Bienaventurado es *selig*, la palabra de las bienaventuranzas.

5. Habla y hazte pedazos. *Sprich und zerbrich*: en alemán riman las dos órdenes de la hora más silenciosa.

6. Símil. *Gleichniss*: «En cada símil cabalgas aquí hacia cada verdad». Las cosas se dejan montar porque Zaratustra les habla en imágenes.

7. Recto y sincero. *Aufrecht und aufrichtig*, las dos con la raíz de *recht*, derecho: por eso las cosas oyen como elogio que alguien les hable «así, derecho».

8. Captar y manosear. *Begreifen* y *angreifen*, las dos de *greifen*, agarrar: «El que quisiera captarlo todo en los hombres tendría que manosearlo todo. Pero para eso tengo las manos demasiado limpias».

9. Todo cae al agua. «*Alles fällt in's Wasser*»: en alemán, caer al agua es también quedarse en nada. Zaratustra lo opone a caer en un pozo hondo.

10. Miramiento y compasión. *Schonen* y *Mitleiden*: tratar con cuidado y padecer con. «En tratar con miramiento y en compadecer estuvo siempre mi mayor peligro».

11. Primer plano. *Vordergrund*: «hay demasiado primer plano en todos los hombres», lo que se ve primero y tapa el fondo.

12. Pobres de espíritu. *Arm am Geiste*: eco de la primera bienaventuranza, «bienaventurados los pobres en espíritu» (Mateo 5, 3).

13. ¡Salud! *Gesundheit*: lo que se dice en alemán, como en español, al que estornuda, y también la salud misma. El alma de Zaratustra se lo grita a sí misma.

TERCERA PARTE

De los tres males

1

En sueños, en el último sueño de la mañana, estaba yo hoy de pie sobre un promontorio, más allá del mundo, sostenía una balanza y *pesaba* el mundo.

¡Oh, que demasiado pronto me llegó la aurora: me despertó con su ardor, la celosa! Celosa está siempre de los ardores de mis sueños de la mañana.

Medible para el que tiene tiempo, pesable para un buen pesador, alcanzable en vuelo para alas fuertes, adivinable para divinos cascanueces: así encontró mi sueño el mundo.

Mi sueño, un navegante audaz, mitad barco, mitad remolino, callado como las mariposas, impaciente como los halcones nobles: ¡cuánta paciencia y cuánto sosiego tenía hoy, sin embargo, para pesar el mundo!

¿Le habló en secreto, quizá, mi sabiduría, mi sabiduría de día, despierta y risueña, que se burla de todos los «mundos infinitos»? Porque dice: «donde hay fuerza, también el *número* se hace dueño: tiene más fuerza».

¡Con qué seguridad miraba mi sueño este mundo finito, sin avidez de lo nuevo, sin avidez de lo viejo, sin temer, sin rogar!:

como si una manzana llena se ofreciera a mi mano, una manzana de oro madura, de piel aterciopelada, fresca y suave: así se me ofrecía el mundo;

como si un árbol me hiciera señas, de ramas anchas, de voluntad fuerte, curvado para servir de respaldo y aun de escabel al cansado del camino: así estaba el mundo sobre mi promontorio;

como si unas manos delicadas me trajeran un cofre. Un cofre abierto para el embeleso de ojos pudorosos y venerantes: así se me ofrecía hoy el mundo;

no lo bastante enigma para ahuyentar de él el amor de los hombres, no lo bastante solución para adormecer la sabiduría de los hombres: ¡una cosa humanamente buena era hoy para mí el mundo, del que tanto mal se dice!

¡Cuánto le agradezco a mi sueño de la mañana que yo pesara así el mundo hoy temprano! Como una cosa humanamente buena vino a mí este sueño, este consolador del corazón.

Y para hacer de día lo mismo que él, y aprenderle y copiarle lo mejor que tiene, voy a poner ahora las tres cosas más malas en la balanza y a pesarlas de un modo humanamente bueno.

El que enseñó a bendecir enseñó también a maldecir: ¿cuáles son en el mundo las tres cosas mejor maldecidas? Esas quiero poner en la balanza.

La *voluptuosidad*, el *ansia de dominio*, el *egoísmo*: estas tres han sido hasta ahora las mejor maldecidas y las peor difamadas y difamentidas; estas tres quiero pesarlas de un modo humanamente bueno.

¡Arriba! Aquí está mi promontorio y allí el mar: *ese* viene revolcándose hacia mí, greñudo, zalamero, el viejo y fiel monstruo perruno de cien cabezas que amo.

¡Arriba! Aquí quiero sostener la balanza sobre el mar revuelto: y también escojo un testigo, para que mire: ¡a ti, árbol ermitaño, a ti, de aroma fuerte y copa ancha, al que amo!

¿Por qué puente va el ahora hacia el algún día? ¿Por qué coacción se fuerza lo alto a descender a lo bajo? ¿Y qué le ordena todavía a lo más alto crecer hacia arriba?

Ahora la balanza está en equilibrio y quieta: tres preguntas pesadas eché en ella, tres respuestas pesadas lleva el otro platillo.

2

La voluptuosidad: para todos los despreciadores del cuerpo vestidos de cilicio, su aguijón y su estaca; y maldecida como «mundo» por todos los

trasmundanos: porque se burla y se ríe de todos los maestros del desvarío y del desvío.

La voluptuosidad: para la chusma, el fuego lento en que la queman; para toda madera agusanada, para todos los trapos apestosos, el horno siempre listo del celo y del borboteo.

La voluptuosidad: para los corazones libres, inocente y libre, la felicidad de jardín de la tierra, el desbordamiento de gratitud de todo el futuro hacia el ahora.

La voluptuosidad: solo para el que se marchita, un veneno dulzón; pero para los de voluntad de león, el gran tónico del corazón, y el vino de los vinos, guardado con reverencia.

La voluptuosidad: la gran felicidad hecha símil de una felicidad más alta y de la esperanza más alta. Porque a muchas cosas se les ha prometido matrimonio, y más que matrimonio,

a muchas cosas que son más extrañas entre sí que el varón y la mujer: ¡y quién ha comprendido del todo *qué extraños* son entre sí el varón y la mujer!

La voluptuosidad: pero quiero tener cercas alrededor de mis pensamientos, y también alrededor de mis palabras: ¡para que no se me metan en mis jardines los cerdos y los exaltados!

El ansia de dominio: el látigo ardiente de los más duros entre los duros de corazón; la tortura cruel que se reserva para el más cruel; la llama sombría de las hogueras vivientes.

El ansia de dominio: el tábano malicioso que se les pone encima a los pueblos más vanidosos; la que se burla de toda virtud insegura; la que cabalga sobre todo caballo y sobre todo orgullo.

El ansia de dominio: el terremoto que rompe y abre todo lo podrido y lo hueco; la que rueda, retumba y castiga, la que hace pedazos los sepulcros blanqueados; el signo de interrogación que relampaguea junto a las respuestas prematuras.

El ansia de dominio: ante cuya mirada el hombre se arrastra y se agacha y sirve como siervo y se vuelve más bajo que la serpiente y el cerdo, hasta que por fin el gran desprecio grita desde dentro de él.

El ansia de dominio: la terrible maestra del gran desprecio, que les predica a la cara a ciudades e imperios: «¡fuera tú!», hasta que de ellos mismos sale el grito: «¡fuera *yo*!».

El ansia de dominio: que, sin embargo, sube también, seductora, hasta los puros y los solitarios, y hasta las alturas que se bastan a sí mismas, ardiente como un amor que pinta, seductor, bienaventuranzas de púrpura en los cielos de la tierra.

El ansia de dominio: pero ¿quién la llamaría *ansia*, cuando lo alto desea bajar hacia el poder? En verdad, ¡nada de enfermo ni de ansioso hay en ese desear y descender!

Que la altura solitaria no se quede sola para siempre ni se baste a sí misma; que la montaña baje al valle, y los vientos de la altura a las tierras bajas:

¡oh, quién encontrara el justo nombre de bautismo y de virtud para tal anhelo! «La virtud que regala»: así llamó una vez Zaratustra a lo innombrable.

Y entonces ocurrió también, ¡y en verdad, ocurrió por primera vez!, que su palabra llamó bienaventurado al *egoísmo*, al egoísmo íntegro y sano que mana de un alma poderosa,

de un alma poderosa, a la que pertenece el cuerpo alto, el hermoso, victorioso, reconfortante, alrededor del cual toda cosa se vuelve espejo:

el cuerpo flexible y persuasivo, el bailarín, cuyo símil y quintaesencia es el alma que se complace en sí misma. El placer de sí de tales cuerpos y almas se llama a sí mismo: «virtud».

Con sus palabras de bueno y de ruin se protege ese placer de sí como con bosques sagrados; con los nombres de su felicidad destierra de sí todo lo despreciable.

Destierra de sí todo lo cobarde; dice: ruin, ¡*eso es* lo cobarde! Despreciable le parece el que siempre se preocupa, suspira, se lamenta, y también el que recoge hasta las ventajas más pequeñas.

Desprecia también toda sabiduría que se complace en su dolor: porque, en verdad, hay también sabiduría que florece en lo oscuro, una sabiduría de hierba mora, como la que siempre suspira: «¡todo es vanidad!».

La desconfianza tímida la tiene en poco, y a todo el que quiere juramentos en vez de miradas y de manos: también a toda sabiduría demasiado desconfiada, porque esa es la índole de las almas cobardes.

En menos todavía tiene al complaciente a la primera, al perruno, que enseguida se echa de espaldas, al humilde; y también hay sabiduría que es humilde y perruna y piadosa y complaciente a la primera.

Odioso le es, y hasta le da asco, el que nunca quiere defenderse, el que se traga saliva venenosa y miradas malas, el demasiado paciente, el que todo lo aguanta, el que con todo se conforma: porque esa es la índole servil.

Sea uno servil ante dioses y patadas divinas, o ante hombres y estúpidas opiniones de hombres: ¡a *toda* índole de siervo la escupe este egoísmo bienaventurado!

Ruin: así llama a todo lo que está doblegado y es tacañamente servil, a los ojos no libres que guiñan, a los corazones oprimidos, y a esa índole falsa, siempre cediendo, que besa con labios anchos y cobardes.

Y seudosabiduría: así llama a todo aquello con que bromean los siervos y los viejos y los cansados; y en especial a toda la mala, desatinada y pasada de ingeniosa locura de los sacerdotes.

Pero los seudosabios, todos los sacerdotes, los cansados del mundo y aquellos cuya alma es de índole de mujer y de siervo, ¡oh, qué malas pasadas le ha jugado desde siempre su juego al egoísmo!

¡Y justamente eso había de ser virtud y llamarse virtud: *que* se le jugaran malas pasadas al egoísmo! Y «sin sí mismos»: así se deseaban a sí

mismos, con buena razón, todos estos cobardes cansados del mundo y arañas cruceras.

Pero a todos ellos les llega ahora el día, la transformación, la espada del verdugo, *el gran mediodía*: ¡entonces se harán manifiestas muchas cosas!

Y el que llama sano y santo al yo y bienaventurado al egoísmo, en verdad, ese dice también lo que sabe, como un profeta: «¡*He aquí que viene, está cerca, el gran mediodía*!».

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Los tres males. *Die drei Bösen*: las tres cosas malas, con *böse*, la palabra de «el bien y el mal». Son *Wollust*, *Herrschsucht* y *Selbstsucht*: voluptuosidad, ansia de dominio, egoísmo.

2. Difamadas y difamentidas. «*beleu- und belügenmundet*»: Nietzsche parte beleumundet, tener fama, y le mete *belügen*, mentir. Se calca el invento.

3. Mitad barco, mitad remolino. *Windsbraut*, literalmente «novia del viento»: el torbellino.

4. Un mundo finito. La sabiduría de día se burla de los «mundos infinitos»: donde hay fuerza, manda el número. En los cuadernos de Nietzsche de esos años, que la fuerza del mundo sea finita es una de las razones del eterno retorno.

5. Su aguijón y su estaca. *Stachel und Pfahl*. Donde la Biblia en español dice que a Pablo le fue dado «un aguijón en mi carne» (2 Corintios 12, 7), Lutero pone *Pfahl*, estaca. Nietzsche pone las dos.

6. Trasmundanos. *Hinterweltler*: los que creen en un trasmundo, un mundo detrás de este.

7. El tábano. El ansia de dominio como «el tábano malicioso» de los pueblos vanidosos recuerda a Sócrates, que en la Apología (30e) se llama el tábano de Atenas.

8. Sepulcros blanqueados. «*Übertünchter Gräber*»: así llama Jesús a los fariseos (Mateo 23, 27).

9. Ansia. *Sucht* no viene de *suchen*, buscar, sino de *siech*, enfermo. Por eso: «¡nada de enfermo ni de ansioso hay en ese desear y descender!», *nichts Sieches und*

Süchtiges. Ese anhelo ya tenía nombre: «la virtud que regala», el último discurso de la primera parte.

10. Bienaventurado. *Selig preisen*, llamar bienaventurado, es el verbo de las bienaventuranzas del Evangelio: «su palabra llamó bienaventurado al egoísmo».

11. Bueno y ruin. *Gut und Schlecht*, no *Gut und Böse*: Nietzsche separa los dos pares, y para que se oiga, *schlecht* va como «ruin». Lo desarrolla en «La genealogía de la moral» (1887).

12. Sabiduría de hierba mora. *Nachtschatten*, «sombra de noche»: una planta venenosa, de la familia de la belladona. La que suspira «¡todo es vanidad!» repite al Eclesiastés (1, 2).

13. Seudosabiduría. *After-Weisheit*: *After-* es el prefijo de lo falso, y *After* a secas es el ano.

14. Arañas cruceras. *Kreuzspinnen*: la araña de jardín, que lleva una cruz en el lomo.

15. El gran mediodía. «¡He aquí que viene, está cerca, el gran mediodía!» suena a los profetas: «viene el día de Jehová, porque está cercano» (Joel 2, 1).

TERCERA PARTE

Del espíritu de la pesadez

1

Mi boca es del pueblo: hablo demasiado grueso y demasiado cordial para los conejos de seda. Y todavía más extraña suena mi palabra a todos los calamares de la tinta y a los zorros de la pluma.

Mi mano es una mano de loco: ¡ay de todas las mesas y paredes, y de cuanto tenga sitio todavía para adornos de loco, para garabatos de loco!

Mi pie es una pata de caballo; con ella trapaleo y troto por breñas y peñas, a campo traviesa, de aquí para allá, y me pongo endiablado de placer en toda carrera veloz.

Mi estómago, ¿será acaso un estómago de águila? Porque lo que más le gusta es la carne de cordero. Pero de seguro es un estómago de pájaro.

Alimentado de cosas inocentes y de poco, dispuesto e impaciente por volar, por echarme a volar lejos: esa es mi índole; ¡cómo no iba a tener algo de índole de pájaro!

Y sobre todo que yo sea enemigo del espíritu de la pesadez: eso es índole de pájaro. Y en verdad, ¡enemigo mortal, archienemigo, enemigo desde el origen! ¡Oh, adónde no ha volado ya mi enemistad, y adónde no se ha extraviado en su vuelo!

De eso ya podría cantar una canción, y *quiero* cantarla: aunque esté solo en una casa vacía y tenga que cantársela a mis propios oídos.

Hay otros cantores, desde luego, a quienes solo la casa llena les ablanda la garganta, les vuelve locuaz la mano, expresivo el ojo, despierto el corazón: a esos no me parezco.

2

El que un día enseñe a volar a los hombres habrá sacado de quicio todos los mojones; todos los mojones mismos le saltarán por los aires, y a la tierra la bautizará de nuevo: como «la ligera».

El avestruz corre más rápido que el caballo más rápido, pero también él mete todavía la cabeza, pesadamente, en la pesada tierra: así el hombre que aún no sabe volar.

Pesadas llama él a la tierra y a la vida; ¡y así lo *quiere* el espíritu de la pesadez! Pero el que quiera volverse ligero y pájaro tiene que amarse a sí mismo: así enseño yo.

No, desde luego, con el amor de los enfermos y los enviciados: ¡porque en esos apesta hasta el amor propio!

Hay que aprender a amarse a sí mismo, así enseño yo, con un amor íntegro y sano: para que uno se aguante consigo mismo y no ande vagando de un lado a otro.

Ese vagar se bautiza a sí mismo «amor al prójimo»: con esa palabra se ha mentido y se ha fingido hasta ahora mejor que con ninguna, y sobre todo por aquellos que a todo el mundo le resultaban pesados.

Y en verdad, *aprender* a amarse no es un mandamiento para hoy ni para mañana. Más bien es, de todas las artes, la más fina, la más astuta, la última y la más paciente.

Porque a su propietario todo lo propio le está bien escondido; y de todos los tesoros enterrados, el propio es el último que se desentierra: así obra el espíritu de la pesadez.

Casi desde la cuna nos dan ya, para el camino, palabras y valores pesados: «bueno» y «malo», así se llama esa dote. Por ella se nos perdona que vivamos.

Y para eso se deja que los niños vengan a uno: para impedirles a tiempo que se amen a sí mismos: así obra el espíritu de la pesadez.

Y nosotros, nosotros arrastramos fielmente lo que nos dan, sobre hombros duros y por montes ásperos. Y si sudamos, nos dicen: «¡Sí, la vida es pesada de llevar!».

¡Pero solo el hombre es pesado de llevar para sí mismo! Y es que arrastra sobre sus hombros demasiadas cosas ajenas. Como el camello, se

arrodilla y se deja cargar bien.

Sobre todo el hombre fuerte y sufrido, en quien habita la veneración: demasiadas palabras y valores *ajenos* y pesados se echa encima, ¡y entonces la vida le parece un desierto!

¡Y en verdad! También mucho de *lo propio* es pesado de llevar. Y mucho de lo que el hombre tiene por dentro es igual que la ostra, es decir, asqueroso y resbaloso y difícil de agarrar,

de modo que una concha noble, con noble adorno, tiene que interceder por ello. Pero también este arte hay que aprenderlo: *tener* concha, y bella apariencia, y una ceguera prudente.

A su vez, sobre mucho de lo que hay en el hombre engaña que más de una concha sea pobre y triste y demasiado concha. Mucha bondad y mucha fuerza escondidas no se adivinan nunca; ¡los bocados más exquisitos no encuentran quién los saboree!

Lo saben las mujeres, las más exquisitas: un poco más gorda, un poco más flaca, ¡oh, cuánto destino cabe en tan poco!

El hombre es difícil de descubrir, y para sí mismo, el más difícil de todos; a menudo el espíritu miente sobre el alma. Así obra el espíritu de la pesadez.

Pero se ha descubierto a sí mismo el que dice: «Este es *mi* bien y mi mal»: con eso ha hecho callar al topo, al enano, que dice: «Bueno para todos, malo para todos».

En verdad, tampoco me gustan aquellos para quienes toda cosa es buena y este mundo, incluso, el mejor. A esos los llamo los que se conforman con todo.

Ese conformarse con todo, que todo lo sabe saborear: ¡ese no es el mejor gusto! Yo honro las lenguas y los estómagos rebeldes y exigentes, que aprendieron a decir «yo» y «sí» y «no».

Pero masticarlo y digerirlo todo: ¡esa es una verdadera índole de cerdo! Decir siempre «i-a»: eso solo lo aprendió el asno, y el que es de su

espíritu.

El amarillo hondo y el rojo ardiente: así lo quiere *mi* gusto, que mezcla sangre en todos los colores. Pero el que blanquea su casa con cal me delata un alma blanqueada.

Enamorados unos de las momias, los otros de los fantasmas; y unos y otros igual de enemigos de toda carne y toda sangre: ¡oh, cómo me disgustan los dos! Porque yo amo la sangre.

Y no quiero morar ni demorarme donde todo el mundo escupe y esputa: ese es *mi* gusto; antes viviría entre ladrones y perjuros. Nadie lleva oro en la boca.

Pero más repugnantes todavía me son todos los lambiscones; y al animal de hombre más repugnante que encontré lo bauticé parásito: no quería amar y quería, sin embargo, vivir del amor.

Malaventurados llamo a todos los que solo tienen una elección: volverse bestias malas o malos domadores de bestias: entre esos no levantaría yo mis chozas.

Malaventurados llamo también a los que siempre tienen que *esperar*: esos me disgustan: todos los publicanos y tenderos y reyes y demás guardianes de países y de tiendas.

En verdad, también yo aprendí a esperar, y a fondo; pero solo a esperarme *a mí*. Y por encima de todo aprendí a estar de pie y a andar y a correr y a saltar y a trepar y a bailar.

Pero esta es mi doctrina: el que quiera aprender a volar un día tiene que aprender primero a estar de pie y a andar y a correr y a trepar y a bailar: ¡el volar no se gana de un vuelo!

Con escalas de cuerda aprendí a trepar hasta más de una ventana, con piernas ligeras subí a mástiles altos: estar sentado en lo alto de los mástiles del conocimiento no me pareció pequeña bienaventuranza:

titilar como pequeñas llamas en lo alto de los mástiles: una luz pequeña, es cierto, pero un gran consuelo para marineros a la deriva y para

náufragos.

Por muchos caminos y de muchas maneras llegué a mi verdad; no subí por una sola escalera a la altura desde donde mi ojo vaga por mi lejanía.

Y siempre pregunté de mala gana por los caminos: ¡eso siempre me disgustó! Prefería preguntarles a los caminos mismos, y tantearlos.

Un tantear y un preguntar fue todo mi andar: ¡y en verdad, también a responder a semejante preguntar hay que *aprender*! Pero esto es mi gusto:

ni bueno ni malo, pero *mi* gusto, del que ya no me avergüenzo ni hago secreto.

«Este es *mi* camino: ¿dónde está el vuestro?», así respondía yo a los que me preguntaban «por el camino». Porque *el* camino, ¡ese no existe!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. El espíritu de la pesadez. *Geist der Schwere*, ya en la primera parte; en «De la visión y el enigma» es medio enano y medio topo. *Schwer* es pesado y también difícil, y el capítulo juega con las dos: «¡Sí, la vida es pesada de llevar!», «El hombre es difícil de descubrir».

2. Calamares de la tinta y zorros de la pluma. *Tintenfisch*, «pez de tinta», es el calamar, y *Federfuchser* es el chupatintas pedante. Nietzsche las parte con guion: son los que escriben.

3. Mano de loco. Las mesas y paredes que ensucia vienen del refrán *Narrenhände beschmieren Tisch und Wände*, las manos del loco ensucian mesa y pared.

4. Pata de caballo. *Pferdefuss* es la pata del diablo; por eso sigue «me pongo endiablado de placer».

5. Mojones. «habrá sacado de quicio todos los mojones»: *verrückt* es movido de su lugar y también loco.

6. Amor al prójimo. *Nächstenliebe*, el mandamiento (Levítico 19, 18). «Ese vagar se bautiza a sí mismo "amor al prójimo"».

7. Lo propio. «A su propietario todo lo propio le está bien escondido»: *Eigener*, *Eigene*, todo de *eigen*, propio.

8. Dejad que los niños vengan. «se deja que los niños vengan a uno: para impedirles a tiempo que se amen a sí mismos»: parodia de Marcos 10, 14, «Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis». Nietzsche usa las palabras de Lutero, *Kindlein* y *wehren*.

9. El camello. «Como el camello, se arrodilla y se deja cargar bien», y la vida le parece un desierto: el camello de «De las tres transformaciones», el primer discurso de la primera parte.

10. El mejor de los mundos. Los que llaman a este mundo «el mejor» repiten a Leibniz, el mejor de los mundos posibles (Teodicea, 1710).

11. I-a. El rebuzno del asno suena en alemán casi como *Ja*, sí: decir que sí a todo.

12. Lambiscones. *Speichellecker*, literalmente «lamesalivas», justo después de los que escupen.

13. Malaventurados. *Unselig*, lo contrario de *selig*, bienaventurado, la palabra de las bienaventuranzas.

14. Publicanos. *Zöllner*: los cobradores de impuestos del Evangelio.

15. Mi gusto. *Geschmack* recorre el final del capítulo; «me disgustan» traduce *wider den Geschmack gehen*, ir contra el gusto.

16. El camino no existe. «*Den Weg nämlich* — den *giebt* es *nicht*!»: Nietzsche subraya el artículo. No hay el camino, uno para todos: hay el mío y el vuestro.

TERCERA PARTE

De las tablas viejas y nuevas

1

Aquí estoy sentado y espero, rodeado de viejas tablas rotas y también de tablas nuevas, escritas a medias. ¿Cuándo llega mi hora?

La hora de mi poniente, de mi ocaso: porque una vez más quiero ir a los hombres.

Eso espero ahora: porque primero tienen que llegarme las señales de que es *mi* hora, a saber, el león que ríe con la bandada de palomas.

Entretanto hablo conmigo mismo, como uno que tiene tiempo. Nadie me cuenta nada nuevo: así que me cuento a mí mismo.

2

Cuando llegué a los hombres, los encontré sentados sobre una vieja presunción: todos presumían saber desde hacía mucho lo que es bueno y malo para el hombre.

Una cosa vieja y cansada les parecía todo hablar de virtud; y el que quería dormir bien, todavía antes de acostarse hablaba del «bien» y del «mal».

Esa modorra la sacudí yo cuando enseñé: lo que es bueno y malo, *eso no lo sabe todavía nadie*, ¡a no ser el que crea!

Y ese es el que crea la meta del hombre y le da a la tierra su sentido y su futuro: solo él *crea* esto, *que* algo sea bueno y malo.

Y les mandé derribar sus viejas cátedras, y todo lugar donde había estado sentada aquella vieja presunción; les mandé reírse de sus grandes maestros de virtud y de sus santos y poetas y redentores del mundo.

De sus sombríos sabios les mandé reírse, y de quien alguna vez se hubiera sentado, como negro espantapájaros, a advertir desde el árbol de la vida.

Junto a su gran calle de sepulcros me senté, y hasta junto a la carroña y los buitres, y me reí de todo su antaño y de su gloria carcomida que se derrumba.

En verdad, como los predicadores de penitencia y los locos, grité con ira y con alarido sobre todo lo grande y lo pequeño de ellos: ¡que lo mejor de ellos sea tan pequeño! ¡Que lo peor de ellos sea tan pequeño! Así me reía.

Así gritaba y reía desde mí mi sabio anhelo, que nació en las montañas, ¡una sabiduría salvaje, en verdad!, mi gran anhelo de alas rumorosas.

Y a menudo me arrebataba lejos y hacia arriba y fuera, y en mitad de la risa: y entonces volaba yo, estremecido, una flecha, a través de un éxtasis ebrio de sol:

afuera, hacia futuros lejanos que ningún sueño vio todavía, hacia sures más ardientes de lo que nunca soñaron los escultores: allá donde los dioses, danzando, se avergüenzan de toda ropa:

es decir, que hablo en símiles y cojeo y balbuceo como los poetas: ¡y en verdad me avergüenzo de tener que ser todavía poeta!

Donde todo devenir me parecía danza de dioses y travesura de dioses, y el mundo, desatado y desenfrenado, huyendo de vuelta hacia sí mismo:

como un eterno huirse y volver a buscarse de muchos dioses, como el bienaventurado contradecirse, volver a oírse, volver a pertenecerse de muchos dioses:

Donde todo tiempo me parecía una burla bienaventurada de los instantes, donde la necesidad era la libertad misma, que jugaba bienaventurada con el aguijón de la libertad:

Donde también reencontré a mi viejo demonio y archienemigo, el espíritu de la pesadez, y todo lo que él creó: coacción, precepto, necesidad y consecuencia y fin y voluntad y bien y mal:

Porque ¿no tiene que existir aquello sobre lo cual se baile, aquello que se deje atrás bailando? ¿No tienen que existir, por amor a los ligeros, a los

más ligeros, topos y enanos pesados?

3

Allí fue también donde recogí del camino la palabra «superhombre», y que el hombre es algo que debe ser superado,

que el hombre es un puente y no un fin: que se llama bienaventurado por su mediodía y por su atardecer, como camino hacia nuevas auroras:

la palabra de Zaratustra sobre el gran mediodía, y todo lo demás que colgué sobre el hombre, como segundos arreboles de púrpura.

En verdad, también les hice ver nuevas estrellas junto con nuevas noches; y por encima de las nubes y del día y de la noche extendí todavía la risa como una tienda de muchos colores.

Les enseñé todo *mi* poetizar y mi afán: componer en uno y juntar lo que en el hombre es pedazo y enigma y azar horrible,

como poeta, adivinador de enigmas y redentor del azar les enseñé a crear el futuro, y a redimir creando todo lo que *fue*.

Redimir lo pasado en el hombre y transformar todo «así fue», hasta que la voluntad diga: «¡Pero así lo quise yo! Así lo querré».

A esto lo llamé para ellos redención, solo a esto les enseñé a llamar redención.

Ahora espero *mi* redención: ir a ellos por última vez.

Porque una vez más quiero ir a los hombres: *entre ellos* quiero irme al ocaso, ¡muriendo quiero darles mi don más rico!

Eso se lo aprendí al sol cuando se pone, el sobreabundante: oro derrama entonces en el mar, de su riqueza inagotable,

de modo que hasta el pescador más pobre rema todavía con remo *de oro*. Porque esto lo vi una vez, y no me sacié de lágrimas al mirarlo.

Igual que el sol, también Zaratustra quiere irse al ocaso: ahora está aquí sentado y espera, rodeado de viejas tablas rotas y también de tablas nuevas, escritas a medias.

4

¡Mira, aquí hay una tabla nueva! Pero ¿dónde están mis hermanos, que la lleven conmigo al valle y a corazones de carne?

Así lo exige mi gran amor a los más lejanos: ¡*no tengas miramientos con tu prójimo*! El hombre es algo que debe ser superado.

Hay muchas vías y maneras de superación: ¡eso es cosa *tuya*! Pero solo un bufón piensa: «al hombre también se lo puede *saltar*».

Supérate a ti mismo aun en tu prójimo: ¡y un derecho que puedas arrebatar, no dejes que te lo den!

Lo que tú haces, nadie te lo puede volver a hacer. Mira: no hay retribución.

El que no puede mandarse a sí mismo, que obedezca. ¡Y más de uno *puede* mandarse, pero todavía le falta mucho para obedecerse también!

5

Así lo quiere la índole de las almas nobles: no quieren tener nada *gratis*, y menos que nada la vida.

El que es de la plebe quiere vivir gratis; pero nosotros, los otros, a quienes la vida se nos dio, ¡nosotros siempre estamos pensando *qué* es lo mejor que podemos dar *a cambio*!

Y en verdad, es un decir señorial el que dice: «lo que la vida nos promete *a nosotros*, eso queremos *nosotros* cumplírselo a la vida».

No hay que querer gozar donde no se da a gozar. Y además: ¡no hay que *querer* gozar!

Porque el goce y la inocencia son las cosas más pudorosas: ninguna de las dos quiere ser buscada. Hay que *tenerlas*; ¡pero antes todavía hay que *buscar* la culpa y los dolores!

6

Oh hermanos míos, el que es primicia es siempre sacrificado. Y ahora nosotros somos primicias.

Todos sangramos en altares secretos, todos ardemos y nos asamos en honor de viejos ídolos.

Lo mejor de nosotros es todavía joven: eso excita a los paladares viejos. Nuestra carne es tierna, nuestra piel es apenas piel de cordero: ¡cómo no habríamos de excitar a los viejos sacerdotes de ídolos!

En nosotros mismos vive todavía él, el viejo sacerdote de ídolos, que asa lo mejor de nosotros para su banquete. ¡Ay, hermanos míos, cómo no habrían de ser sacrificio las primicias!

Pero así lo quiere nuestra índole; y yo amo a los que no quieren conservarse. A los que se van al ocaso los amo con todo mi amor: porque pasan al otro lado.

7

Ser verdadero: ¡eso pocos lo *pueden*! Y el que puede, todavía no quiere. Pero menos que nadie lo pueden los buenos.

¡Oh, estos buenos! *Los hombres buenos nunca dicen la verdad*; para el espíritu, ser bueno de ese modo es una enfermedad.

Ceden, estos buenos, se rinden, su corazón repite lo que oye, su fondo obedece: ¡pero el que obedece *no se oye a sí mismo*!

Todo lo que los buenos llaman malo tiene que juntarse para que nazca una verdad: oh hermanos míos, ¿sois también vosotros lo bastante malos para *esta* verdad?

La osadía temeraria, la larga desconfianza, el no cruel, el hastío, el cortar en lo vivo: ¡qué rara vez se junta *todo eso*! Pero de semejante semilla se engendra la verdad.

¡*Junto a* la mala conciencia creció hasta ahora toda *ciencia*! ¡Romped, romped las viejas tablas, vosotros los que conocéis!

8

Cuando el agua tiene vigas, cuando pasarelas y barandales saltan sobre el río: en verdad, ahí no encuentra fe el que dice: «Todo fluye».

Al contrario, hasta los zopencos le contradicen. «¿Cómo?, dicen los zopencos, ¿que todo fluye? ¡Si las vigas y los barandales están *por encima* del río!».

«*Por encima* del río todo está firme, todos los valores de las cosas, los puentes, los conceptos, todo "bien" y "mal": ¡todo eso está *firme*!»

Pero cuando llega el duro invierno, el domador de la bestia del río: entonces hasta los más ingeniosos aprenden la desconfianza; y en verdad, no solo los zopencos dicen entonces: «¿No estará todo *quieto*?».

«En el fondo todo está quieto»: esa sí es una doctrina de invierno, buena cosa para tiempos estériles, buen consuelo para los que hibernan y los que no se apartan de la estufa.

«En el fondo todo está quieto»: ¡pero *en contra de eso* predica el viento del deshielo!

El viento del deshielo, un toro que no es toro de arado: ¡un toro furioso, un destructor, que rompe el hielo con cuernos iracundos! Y el hielo, a su vez, ¡*rompe las pasarelas*!

Oh hermanos míos, ¿no *fluye ahora* todo? ¿No han caído al agua todos los barandales y las pasarelas? ¿Quién se *agarraría* todavía del «bien» y del «mal»?

«¡Ay de nosotros! ¡Dichosos nosotros! ¡Sopla el viento del deshielo!»: ¡predicadme esto, oh hermanos míos, por todas las calles!

9

Hay un viejo delirio que se llama bien y mal. Alrededor de adivinos y astrólogos ha girado hasta ahora la rueda de ese delirio.

En otro tiempo se *creía* en adivinos y astrólogos: y *por eso* se creía «Todo es destino: ¡debes, porque tienes que!».

Luego se desconfió de todos los adivinos y astrólogos: y *por eso* se creyó «Todo es libertad: ¡puedes, porque quieres!».

Oh hermanos míos, sobre las estrellas y el futuro hasta ahora solo se ha delirado, no se ha sabido: ¡y *por eso* sobre el bien y el mal hasta ahora

solo se ha delirado, no se ha sabido!

10

«¡No robarás! ¡No matarás!»: a tales palabras se las llamó santas en otro tiempo; ante ellas se doblaban rodillas y cabezas, y uno se quitaba los zapatos.

Pero yo os pregunto: ¿dónde hubo jamás en el mundo mejores ladrones y asesinos que esas palabras santas?

¿No hay en toda vida misma robar y matar? Y al llamar santas a tales palabras, ¿no se mató con ello a *la verdad* misma?

¿O fue una prédica de la muerte llamar santo a lo que contradecía y desaconsejaba toda vida? Oh hermanos míos, ¡romped, romped las viejas tablas!

11

Esta es mi compasión con todo lo pasado: ver que está a merced,

a merced de la gracia, del espíritu, de la locura de cada generación que llega y reinterpreta todo lo que fue como su propio puente.

Podría venir un gran déspota, un monstruo astuto, que con su gracia y su desgracia forzara y estrujara todo lo pasado, hasta que se le volviera puente y presagio y heraldo y canto del gallo.

Pero este es el otro peligro y mi otra compasión: el que es de la plebe, su memoria llega hasta el abuelo; pero con el abuelo se acaba el tiempo.

Así todo lo pasado está a merced: porque podría llegar el día en que la plebe se hiciera señor y ahogara todo el tiempo en aguas poco profundas.

Por eso, oh hermanos míos, hace falta una *nueva nobleza*, que sea adversaria de toda plebe y de todo lo despótico, y que escriba de nuevo en tablas nuevas la palabra «noble».

¡Porque hacen falta muchos nobles, y nobles de muchas clases, *para que haya nobleza*! O, como dije una vez en un símil: «¡Esto precisamente es la

divinidad: que haya dioses, pero no Dios!».

12

Oh hermanos míos, os consagro y os encamino a una nueva nobleza: debéis ser para mí engendradores y criadores y sembradores del futuro,

en verdad, no a una nobleza que pudierais comprar como los tenderos y con oro de tenderos: porque poco valor tiene todo lo que tiene su precio.

¡Que de ahora en adelante no os haga honor de dónde venís, sino adónde vais! Vuestra voluntad y vuestro pie, que quiere ir más allá de vosotros mismos: ¡que eso sea vuestro nuevo honor!

En verdad, no que hayáis servido a un príncipe, ¡qué importan ya los príncipes!, o que os hayáis hecho baluarte de lo que está en pie, para que estuviera más firme.

No que vuestro linaje se volviera cortesano en las cortes, y aprendierais, de colores, parecidos a un flamenco, a estar de pie largas horas en estanques poco profundos.

Porque *poder* estar de pie es un mérito entre los cortesanos; y todos los cortesanos creen que entre las bienaventuranzas de después de la muerte está ¡que a uno lo *dejen* sentarse!

Ni tampoco que un espíritu al que llaman santo llevara a vuestros antepasados a tierras prometidas que *yo* no alabo: porque donde creció el peor de todos los árboles, la cruz, ¡en esa tierra no hay nada que alabar! Y en verdad, adondequiera que este «espíritu santo» llevara a sus caballeros, siempre iban *delante*, en tales marchas, ¡cabras y gansos y cabezas cruzadas y atravesadas!

Oh hermanos míos, ¡que vuestra nobleza no mire hacia atrás, sino hacia *afuera*! ¡Desterrados debéis ser de todas las patrias y de todas las tierras de los antepasados!

¡La *tierra de vuestros hijos* debéis amar: que este amor sea vuestra nueva nobleza, la tierra no descubierta, en el mar más lejano! A buscarla y buscarla mando yo a vuestras velas.

En vuestros hijos debéis *reparar* el ser hijos de vuestros padres: ¡*así* debéis redimir todo lo pasado! Esta tabla nueva la pongo yo por encima de vosotros.

13

«¿Para qué vivir? ¡Todo es vanidad! Vivir: eso es trillar paja; vivir: eso es quemarse y no calentarse».

Esa charlatanería antigua pasa todavía por «sabiduría»; y precisamente porque es vieja y huele a encierro, *por eso* se la honra más. También el moho ennoblece.

Así podían hablar los niños: ¡esos le *temen* al fuego porque los quemó! Hay mucha niñería en los viejos libros de la sabiduría.

Y el que siempre «trilla paja», ¿cómo habría de poder blasfemar contra el trillar? ¡A semejante loco habría que ponerle bozal!

Esos se sientan a la mesa y no traen nada, ni siquiera buen apetito: y luego blasfeman: «¡Todo es vanidad!».

Pero comer y beber bien, oh hermanos míos, ¡no es en verdad un arte vano! ¡Romped, romped las tablas de los nunca alegres!

14

«Para el puro todo es puro», así dice el pueblo. Pero yo os digo: ¡para los puercos todo se vuelve puerco!

Por eso predican los exaltados y los cabizbajos, a quienes también el corazón les cuelga: «el mundo mismo es un monstruo inmundo».

Porque todos estos son de espíritu desaseado; pero sobre todo aquellos que no tienen paz ni sosiego si no ven el mundo *por detrás*: ¡los trasmundanos!

A *esos* les digo a la cara, aunque no suene amable: el mundo se parece al hombre en que tiene trasero: ¡*hasta ahí* es verdad!

Hay en el mundo mucha inmundicia: ¡*hasta ahí* es verdad! ¡Pero no por eso el mundo mismo es ya un monstruo inmundo!

Hay sabiduría en que muchas cosas en el mundo huelan mal: ¡el asco mismo crea alas y fuerzas que presienten manantiales!

En el mejor hay todavía algo que da asco; ¡y el mejor es todavía algo que debe ser superado!

¡Oh hermanos míos, hay mucha sabiduría en que haya mucha inmundicia en el mundo!

15

Tales sentencias oí decir a piadosos trasmundanos a su conciencia; y en verdad, sin malicia ni doblez, aunque no hay en el mundo nada más falso, ni nada peor.

«¡Deja que el mundo sea el mundo! ¡No levantes contra él ni un dedo!».

«Deja que el que quiera estrangule a la gente y la apuñale y la corte y la raspe: ¡no levantes contra eso ni un dedo! Así aprenderán a renunciar al mundo».

«Y tu propia razón: a esa debes ahogarla y estrangularla tú mismo; porque es una razón de este mundo: así aprenderás tú mismo a renunciar al mundo».

¡Romped, romped, oh hermanos míos, estas viejas tablas de los piadosos! ¡Desdecid los dichos de los calumniadores del mundo!

16

«El que mucho aprende desaprende todo desear violento»: eso se cuchichea hoy en todas las callejuelas oscuras.

«La sabiduría cansa, nada vale la pena; ¡no codiciarás!»: esta tabla nueva la encontré colgada hasta en las plazas de mercado abiertas.

¡Romped, oh hermanos míos, romped también esta tabla *nueva*! La colgaron los cansados del mundo y los predicadores de la muerte, y también los carceleros: porque mirad, ¡es también una prédica para la servidumbre!

Que aprendieron mal, y no lo mejor, y todo demasiado pronto y todo demasiado aprisa; que *comieron* mal: de ahí les vino ese estómago estropeado,

porque un estómago estropeado es su espíritu: ¡ese aconseja la muerte! Porque en verdad, hermanos míos, el espíritu *es* un estómago.

La vida es un manantial de placer: pero aquel por quien habla el estómago estropeado, el padre de la tristeza, tiene envenenadas todas las fuentes.

Conocer: ¡eso es *placer* para el de voluntad de león! Pero el que se cansó, ese ya solo es lo que otro quiere, y con él juegan todas las olas.

Y así es siempre la índole de los hombres débiles: se pierden en sus caminos. Y al final su cansancio pregunta todavía: «¡para qué anduvimos nunca caminos! ¡Todo es igual!».

A esos les suena dulce al oído que se predique: «¡Nada vale la pena! ¡No debéis querer!». Pero esta es una prédica para la servidumbre.

Oh hermanos míos, como un viento huracanado y fresco llega Zaratustra a todos los cansados del camino; ¡a muchas narices hará todavía estornudar!

También a través de los muros sopla mi aliento libre, ¡y adentro de las cárceles y de los espíritus cautivos!

Querer libera: porque querer es crear: así enseño yo. ¡Y *solo* para crear debéis aprender!

¡Y también el aprender debéis *aprenderlo* primero de mí, el aprender bien! El que tenga oídos, que oiga.

17

Ahí está la barca: allá enfrente se va quizá a la gran nada. Pero ¿quién quiere subirse a este «quizá»?

¡Ninguno de vosotros quiere subirse a la barca de la muerte! ¿Cómo queréis entonces ser *cansados del mundo*?

¡Cansados del mundo! ¡Y ni siquiera llegasteis a desprenderos de la tierra! Siempre os encontré ávidos todavía de tierra, enamorados todavía de vuestro propio cansancio de la tierra.

No en vano os cuelga el labio: ¡todavía se sienta encima un pequeño deseo terrenal! Y en el ojo, ¿no flota ahí una nubecilla de placer terrenal no olvidado?

Hay en la tierra muchos buenos inventos, unos útiles, otros agradables: por ellos hay que amar la tierra.

Y hay allí cosas tan bien inventadas que son como el pecho de la mujer: útiles y a la vez agradables.

¡Pero vosotros, cansados del mundo! ¡Vosotros, perezosos de la tierra! A vosotros hay que daros con la vara: a varazos hay que volver a haceros piernas alegres.

Porque si no sois enfermos y enclenques gastados de quienes la tierra está cansada, sois perezosos astutos o gatos del placer, golosos y escondidos. Y si no queréis volver a *correr* con gusto, entonces debéis iros de este mundo.

Con los incurables no hay que querer hacer de médico: así lo enseña Zaratustra: ¡así que debéis iros de este mundo!

Pero hace falta más *valor* para poner un final que para un verso nuevo: eso lo saben todos los médicos y los poetas.

18

Oh hermanos míos, hay tablas que creó el cansancio, y tablas que creó la pereza, la podrida: aunque hablan igual, quieren ser oídas de manera desigual.

¡Mirad aquí a este que desfallece! Solo está a un palmo de su meta, pero de cansancio se ha echado aquí, obstinado, en el polvo: ¡este valiente!

De cansancio le bosteza al camino y a la tierra y a la meta y a sí mismo: no quiere dar ni un paso más, ¡este valiente!

Ahora el sol arde sobre él, y los perros le lamen el sudor: pero él yace ahí en su obstinación y prefiere desfallecer:

¡desfallecer a un palmo de su meta! En verdad, todavía tendréis que arrastrarlo de los cabellos a su cielo, ¡a este héroe!

Mejor todavía, dejadlo yacer donde se echó, para que le llegue el sueño, el consolador, con su lluvia rumorosa que refresca:

Dejadlo yacer hasta que despierte por sí mismo, ¡hasta que por sí mismo se retracte de todo cansancio y de lo que el cansancio enseñaba por su boca!

Solo, hermanos míos, espantad de él a los perros, a los perezosos que se deslizan, y a toda la sabandija que enjambra:

¡a toda la sabandija enjambrada de los «cultos», que se da un festín con el sudor de todo héroe!

19

Trazo círculos a mi alrededor y fronteras sagradas; cada vez menos suben conmigo a montañas cada vez más altas: construyo una cordillera de montañas cada vez más sagradas.

Pero adondequiera que subáis conmigo, oh hermanos míos: ¡cuidad de que no suba con vosotros un *parásito*!

Parásito: eso es un gusano, una cosa que se arrastra y se arrima, que quiere engordar en vuestros rincones enfermos y heridos.

Y *este* es su arte: adivinar las almas que suben donde están cansadas: en vuestra pena y vuestro desaliento, en vuestro tierno pudor construye él su nido asqueroso.

Donde el fuerte es débil y el noble demasiado blando, ahí dentro construye su nido asqueroso: el parásito vive donde el grande tiene pequeños rincones heridos.

¿Cuál es la especie más alta de todo lo que es, y cuál la más baja? El parásito es la especie más baja; pero el que es de la especie más alta alimenta a la mayor cantidad de parásitos.

Porque el alma que tiene la escalera más larga y puede bajar más hondo: ¿cómo no habrían de sentársele encima los más parásitos?

el alma más vasta, la que más lejos puede correr y errar y vagar dentro de sí; la más necesaria, la que por placer se arroja al azar:

el alma que es, que se sumerge en el devenir; la que tiene, que *quiere* entrar en el querer y el desear:

la que huye de sí misma, que se alcanza a sí misma en el círculo más amplio; el alma más sabia, a la que la locura le habla con más dulzura:

la que más se ama a sí misma, en la que todas las cosas tienen su fluir y su refluir y su bajamar y su pleamar: ¡oh, cómo no habría de tener *el alma más alta* los peores parásitos!

20

Oh hermanos míos, ¿soy acaso cruel? Pero yo digo: ¡a lo que cae, hay que darle todavía un empujón!

Todo lo de hoy cae, decae: ¿quién querría sostenerlo? Pero yo, ¡yo *quiero* todavía empujarlo!

¿Conocéis la voluptuosidad que hace rodar piedras a profundidades escarpadas? Estos hombres de hoy: ¡miradlos cómo ruedan a mis profundidades!

¡Un preludio soy de mejores jugadores, oh hermanos míos! ¡Un ejemplo! ¡*Obrad* según mi ejemplo!

Y al que no le enseñéis a volar, ¡enseñadle a *caer más rápido*!

21

Amo a los valientes: pero no basta con ser espadachín: ¡hay que saber también «pega, y mira *a quién*»!

Y a menudo hay más valentía en que uno se contenga y pase de largo: ¡*para* guardarse para el enemigo más digno!

Solo debéis tener enemigos dignos de odio, pero no enemigos para despreciar: tenéis que estar orgullosos de vuestro enemigo: así lo enseñé

ya una vez.

Para el enemigo más digno, oh amigos míos, debéis guardaros: por eso tenéis que pasar de largo ante muchas cosas,

sobre todo ante mucha chusma que os aturde los oídos con el pueblo y los pueblos.

¡Mantened vuestro ojo limpio de su a favor y su en contra! Ahí hay mucha justicia, mucha injusticia: el que mira, se enfurece.

Meter los ojos, meter la espada: ahí es todo uno. Por eso, idos a los bosques y poned a dormir vuestra espada.

¡Id por *vuestros* caminos! ¡Y dejad que el pueblo y los pueblos vayan por los suyos!, caminos oscuros en verdad, en los que ya no relampaguea ni una sola esperanza.

¡Que reine el tendero allí donde todo lo que todavía brilla es oro de tendero! Ya no es el tiempo de los reyes: lo que hoy se llama pueblo no merece reyes.

Mirad cómo estos pueblos hacen ahora lo mismo que los tenderos: ¡recogen hasta la ventaja más pequeña de cualquier basura!

Se acechan unos a otros, se arrebatan algo acechándose: a eso lo llaman «buena vecindad». ¡Oh bienaventurado tiempo lejano en que un pueblo se decía: «quiero ser *señor* de los pueblos»!

Porque, hermanos míos: lo mejor debe dominar, ¡lo mejor *quiere* también dominar! Y donde la doctrina dice otra cosa, ahí *falta* lo mejor.

22

Si *esos* tuvieran el pan gratis, ¡ay! ¡Qué no reclamarían a gritos *esos*! Su sustento: ese es su verdadero entretenimiento; ¡y que lo tengan difícil!

Son animales de rapiña: en su «trabajar» hay todavía robo, en su «ganar» hay todavía engaño. ¡Por eso deben tenerlo difícil!

Mejores animales de rapiña deben llegar a ser, pues, más finos, más listos, más *parecidos al hombre*: porque el hombre es el mejor animal de

rapiña.

A todos los animales les ha robado ya el hombre sus virtudes: eso es porque, de todos los animales, el hombre es el que lo ha tenido más difícil.

Solo los pájaros están todavía por encima de él. ¡Y si el hombre aprendiera además a volar, ay! ¡*Hasta qué alturas* volaría su ansia de rapiña!

23

Así quiero yo al varón y a la mujer: apto para la guerra el uno, apta para parir la otra, pero los dos aptos para el baile, con la cabeza y con las piernas.

¡Y perdido sea para nosotros el día en que no se haya bailado ni una vez! ¡Y falsa llamemos a toda verdad que no haya traído consigo ni una carcajada!

24

Vuestro contraer matrimonio: ¡mirad que no sea un mal *concluir*! Concluisteis demasiado aprisa: y de ahí se *sigue*: ¡romper el matrimonio!

¡Y más vale todavía romper el matrimonio que torcer el matrimonio, que mentir el matrimonio! Así me dijo una mujer: «sí, rompí el matrimonio, pero primero el matrimonio me rompió a mí».

A los mal apareados los encontré siempre como los peores vengativos: le hacen pagar a todo el mundo que ya no pueden andar cada uno por su lado.

Por eso quiero que los honestos se digan uno al otro: «nos amamos: ¡*veamos* de seguir amándonos! ¿O ha de ser nuestra palabra dada una palabra errada?».

«Dadnos un plazo y un matrimonio pequeño, para ver si servimos para el matrimonio grande. ¡Gran cosa es estar siempre de a dos!».

Así aconsejo a todos los honestos; ¿y qué sería mi amor al superhombre y a todo lo que ha de venir, si aconsejara y hablara de otro modo?

No solo a propagaros hacia adelante, sino *hacia arriba*: ¡para eso, oh hermanos míos, os ayude el jardín del matrimonio!

25

El que se hizo sabio acerca de los viejos orígenes, mira, ese acabará buscando fuentes del futuro y orígenes nuevos.

Oh hermanos míos, no pasará mucho tiempo y brotarán *pueblos nuevos*, y fuentes nuevas bajarán rumorosas a nuevas profundidades.

Porque el terremoto ciega muchos pozos, causa mucho desfallecer: pero también saca a la luz fuerzas interiores y secretos.

El terremoto hace manifiestas fuentes nuevas. En el terremoto de pueblos viejos brotan fuentes nuevas.

Y el que grita: «Mirad, aquí hay un pozo para muchos sedientos, un corazón para muchos anhelantes, una voluntad para muchos instrumentos»: en torno a él se reúne un *pueblo*, es decir: muchos que ensayan.

Quién puede mandar, quién tiene que obedecer: ¡*eso es lo que ahí se ensaya*! ¡Ay, con cuánto largo buscar y acertar y desacertar y aprender y volver a ensayar!

La sociedad humana: es un ensayo, así lo enseño yo, un largo buscar: ¡pero lo que busca es al que manda!

¡Un ensayo, oh hermanos míos! ¡Y *no* un «contrato»! ¡Romped, romped esa palabra de los blandos de corazón y de las medias tintas!

26

¡Oh hermanos míos! ¿En quiénes está el mayor peligro de todo el futuro humano? ¿No es en los buenos y justos?

¿En aquellos que dicen y sienten en su corazón: «nosotros ya sabemos lo que es bueno y justo, y además lo tenemos; ¡ay de los que todavía buscan aquí!»?

Y sea cual sea el daño que hagan los malos: ¡el daño de los buenos es el daño más dañino!

Y sea cual sea el daño que hagan los calumniadores del mundo: el daño de los buenos es el daño más dañino.

Oh hermanos míos, en el corazón de los buenos y justos miró uno una vez, que dijo: «son los fariseos». Pero no lo entendieron.

A los buenos y justos mismos no les estaba permitido entenderlo: su espíritu está preso en su buena conciencia. La estupidez de los buenos es insondablemente lista.

Pero esta es la verdad: los buenos *tienen que* ser fariseos, ¡no tienen elección!

¡Los buenos *tienen que* crucificar al que se inventa su propia virtud! ¡Esa *es* la verdad!

Pero el segundo, el que descubrió su tierra, la tierra, el corazón y el suelo de los buenos y justos: ese fue el que preguntó: «¿a quién odian más?».

Al *que crea* es al que más odian: al que rompe tablas y valores viejos, al que rompe: a ese lo llaman infractor.

Porque los buenos no *pueden* crear: son siempre el principio del fin:

crucifican al que escribe valores nuevos en tablas nuevas, sacrifican el futuro *a sí mismos*: ¡crucifican todo el futuro humano!

Los buenos: esos fueron siempre el principio del fin.

27

Oh hermanos míos, ¿entendisteis también esta palabra? ¿Y lo que dije una vez del «último hombre»?

¿En quiénes está el mayor peligro de todo el futuro humano? ¿No es en los buenos y justos?

¡*Romped, romped a los buenos y justos*! Oh hermanos míos, ¿entendisteis también esta palabra?

28

¿Huis de mí? ¿Estáis asustados? ¿Tembláis ante esta palabra?

Oh hermanos míos, cuando os mandé romper a los buenos y las tablas de los buenos: solo entonces embarqué al hombre en su alta mar.

Y solo ahora le llega el gran espanto, el gran mirar en torno, la gran enfermedad, el gran asco, el gran mareo.

Costas falsas y falsas seguridades os enseñaron los buenos; en mentiras de los buenos nacisteis y fuisteis guarecidos. Todo está mentido y torcido hasta el fondo por los buenos.

Pero el que descubrió la tierra «hombre» descubrió también la tierra «futuro humano». ¡Ahora debéis ser para mí navegantes, valientes y pacientes!

¡Andad erguidos a tiempo, oh hermanos míos, aprended a andar erguidos! El mar se embravece: muchos quieren volver a enderezarse apoyándose en vosotros.

El mar se embravece: todo está en el mar. ¡Pues bien! ¡Arriba! ¡Viejos corazones de marinero!

¡Qué importa la patria! *Hacia allá* quiere ir nuestro timón, adonde está la *tierra de nuestros hijos*. Hacia allá afuera, más embravecido que el mar, se lanza nuestro gran anhelo.

29

«¿Por qué tan duro?», le dijo una vez al diamante el carbón de cocina; «¿no somos acaso parientes cercanos?».

¿Por qué tan blandos? Oh hermanos míos, esto os pregunto *yo*: ¿no sois acaso mis hermanos?

¿Por qué tan blandos, tan prontos a ceder y a doblegaros? ¿Por qué hay tanta negación, tanta renegación en vuestro corazón? ¿Tan poco destino en vuestra mirada?

Y si no queréis ser destinos e inexorables: ¿cómo podríais vencer conmigo?

Y si vuestra dureza no quiere relampaguear y separar y cortar en pedazos: ¿cómo podríais un día crear conmigo?

Porque los que crean son duros. Y bienaventuranza tiene que pareceros imprimir vuestra mano sobre milenios como sobre cera,

bienaventuranza, escribir sobre la voluntad de milenios como sobre bronce, más duro que el bronce, más noble que el bronce. Del todo duro es solo lo más noble.

Esta tabla nueva, oh hermanos míos, la pongo por encima de vosotros: ¡*haceos duros*!

30

¡Oh tú, voluntad mía! ¡Tú, que das vuelta a toda necesidad, tú, *mi* necesidad! ¡Guárdame de todas las pequeñas victorias!

¡Tú, lo destinado a mi alma, a lo que llamo destino! ¡Tú, en-mí! ¡Sobre-mí! ¡Guárdame y resérvame para un gran destino!

Y tu última grandeza, voluntad mía, resérvala para tu final: ¡para que seas inexorable *en* tu victoria! ¡Ay, quién no sucumbió a su victoria!

¡Ay, a quién no se le oscureció el ojo en este crepúsculo ebrio! ¡Ay, a quién no le vaciló el pie, y no desaprendió en la victoria a estar de pie!

Que un día esté yo dispuesto y maduro en el gran mediodía: dispuesto y maduro como bronce al rojo, como nube preñada de rayos y como ubre hinchada de leche:

dispuesto para mí mismo y para mi voluntad más oculta: un arco en celo por su flecha, una flecha en celo por su estrella:

una estrella dispuesta y madura en su mediodía, ardiente, traspasada, bienaventurada ante las flechas del sol que aniquilan:

un sol ella misma y una inexorable voluntad de sol, ¡dispuesta a aniquilar en la victoria!

¡Oh voluntad, tú, que das vuelta a toda necesidad, tú, *mi* necesidad! ¡Resérvame para una gran victoria!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Tablas. *Tafeln*: las de la ley, que Moisés rompe al pie del Sinaí y vuelve a escribir (Éxodo 32, 19; 34, 1). Desde la primera parte, las tablas de valores de un pueblo.

2. Ocaso. *Untergang*: lo que hace el sol al ponerse, y también hundirse, perecer. «Igual que el sol, también Zaratustra quiere irse al ocaso».

3. Superhombre. *Übermensch*, de la familia de *überwinden*, superar: «el hombre es algo que debe ser superado».

4. Redención. *Erlösung*, la palabra de la teología: redimir el pasado hasta que la voluntad diga «¡Pero así lo quise yo!», como en «De la redención», en la segunda parte.

5. Todo fluye. «*Alles ist im Fluss*», lo que la tradición atribuye a Heráclito (Platón, Crátilo 402a). *Fluss* es el río y el flujo: por eso las vigas están «por encima del río».

6. ¡No robarás! ¡No matarás! Los mandamientos (Éxodo 20, 13 y 15), pero no con las palabras de Lutero: Nietzsche pone *rauben*, robar con violencia, y *todtschlagen*, matar a golpes. Quitarse los zapatos es la zarza ardiente (Éxodo 3, 5).

7. Tierras prometidas que no alabo. «*gelobte Länder*», «*die ich nicht lobe*»: *gelobt*, prometido, suena a «alabado». Las cabras y los gansos: el cronista Alberto de Aquisgrán cuenta que en la cruzada de 1096 algunos seguían a una oca y una cabra que creían llenas del Espíritu Santo.

8. Todo es vanidad. Eclesiastés 1, 2. «trillar paja» es hablar por hablar; y «ponerle bozal» voltea Deuteronomio 25, 4: «No pondrás bozal al buey cuando trillare».

9. Para el puro todo es puro. Tito 1, 15. Los trasmundanos, *Hinterweltler*, ven el mundo «por detrás»: de ahí el trasero, *Hintern*.

10. Debéis iros de este mundo. El verbo es *dahinfahren*: irse, y en la Biblia de Lutero, morir. Se lo dice dos veces a los cansados del mundo.

11. «Pega, y mira a quién». *Hau-schau-Wen* voltea el refrán Trau, *schau*, *wem*: fíate, pero mira de quién.

12. Romper el matrimonio. *Ehebrechen*, el adulterio, es literalmente romper el matrimonio, y *Eheschliessen*, contraer matrimonio, lleva *schliessen*, concluir. *Versprechen* y *Versehen*, promesa y error: «palabra dada», «palabra errada».

13. Un ensayo, no un contrato. *Versuch contra Vertrag*: contra el contrato social de Rousseau (1762).

14. Fariseos. El que miró en el corazón de los buenos y justos se entiende que es Jesús, que llama hipócritas a los fariseos (Mateo 23).

15. Infractor. *Brecher*, *Verbrecher*: el que rompe tablas es, para los buenos, un delincuente.

16. Haceos duros. «*werdet hart*!», como el «¡Alabado sea lo que endurece!» de «El caminante». «más duro que el bronce» recuerda a Horacio (Odas III, 30, 1). Con esta sección cierra «Crepúsculo de los ídolos» (1888).

17. Vuelta de toda necesidad. *Wende aller Noth*, *Nothwendigkeit*: *Noth* es la penuria, y lo necesario es lo que le da vuelta. «Necesidad» guarda en español los dos sentidos.

TERCERA PARTE

El convaleciente

1

Una mañana, no mucho después de su regreso a la cueva, Zaratustra saltó de su lecho como un loco furioso, gritó con voz terrible y se comportó como si en el lecho estuviera acostado todavía alguien que no quisiera levantarse; y de tal modo resonó la voz de Zaratustra que sus animales acudieron asustados, y que de todas las cuevas y escondrijos vecinos a la cueva de Zaratustra se escabulleron todos los animales: volando, aleteando, arrastrándose, saltando, según la clase de pie o de ala que a cada uno le hubiera tocado. Pero Zaratustra dijo estas palabras:

¡Arriba, pensamiento abismal, sube desde mi profundidad! Yo soy tu gallo y tu alba, gusano dormilón: ¡arriba, arriba! Mi voz te ha de despertar con su canto de gallo.

Desata los grilletes de tus oídos: ¡escucha! ¡Porque yo quiero oírte! ¡Arriba, arriba! Aquí hay trueno bastante para que también los sepulcros aprendan a escuchar.

¡Y límpiate de los ojos el sueño y todo lo turbio y lo ciego! Óyeme también con tus ojos: mi voz es remedio aun para los ciegos de nacimiento.

Y una vez despierto, despierto me has de quedar eternamente. No es *mi* costumbre despertar a las bisabuelas de su sueño para mandarles que sigan durmiendo.

¿Te mueves, te estiras, resuellas? ¡Arriba, arriba! Nada de resollar: ¡hablarme es lo que has de hacer! Te llama Zaratustra, el impío.

Yo, Zaratustra, el abogado de la vida, el abogado del sufrimiento, el abogado del círculo: ¡a ti te llamo, a ti, mi pensamiento más abismal!

¡Dichoso de mí! Vienes, ¡te oigo! ¡Mi abismo *habla*, he vuelto del revés mi última profundidad y la he sacado a la luz!

¡Dichoso de mí! ¡Acércate! Dame la mano: ¡ah! ¡Suelta!

¡Ah, ah! Asco, asco, asco: ¡ay de mí!

2

Pero apenas había dicho Zaratustra estas palabras, cayó al suelo como un muerto y se quedó mucho tiempo como un muerto. Y cuando volvió en sí, estaba pálido y temblaba, y siguió acostado, y por mucho tiempo no quiso comer ni beber. Así estuvo siete días; pero sus animales no lo dejaron ni de día ni de noche, salvo cuando el águila salía volando a buscar comida. Y lo que traía y juntaba a fuerza de rapiña lo ponía en el lecho de Zaratustra: de modo que Zaratustra acabó tendido entre bayas amarillas y rojas, uvas, manzanas de rosa, hierbas olorosas y conos de pino. A sus pies estaban tendidos dos corderos que el águila, a duras penas, les había robado a sus pastores.

Por fin, al cabo de siete días, Zaratustra se incorporó en su lecho, tomó en la mano una manzana de rosa, la olió y encontró delicioso su olor. Entonces sus animales creyeron que había llegado el momento de hablar con él.

«Oh Zaratustra», dijeron, «ya llevas siete días así tendido, con los ojos pesados: ¿no quieres por fin volver a ponerte en pie?

Sal de tu cueva: el mundo te espera como un jardín. El viento juega con perfumes pesados que quieren llegar hasta ti; y todos los arroyos quisieran correr tras de ti.

Todas las cosas te anhelan, porque te quedaste solo siete días: ¡sal de tu cueva! ¡Todas las cosas quieren ser tus médicos!

¿Te llegó acaso un conocimiento nuevo, agrio, pesado? Como masa agria con levadura yacías: tu alma subía y se hinchaba por encima de todos sus bordes».

Oh animales míos, respondió Zaratustra, seguid parloteando así y dejadme escuchar. Me reconforta tanto que parloteéis: donde se parlotea, ahí el mundo se me extiende ya como un jardín.

¡Qué delicia que haya palabras y sonidos! ¿No son las palabras y los sonidos arcoíris y puentes de apariencia entre lo eternamente separado?

A cada alma le pertenece otro mundo; para cada alma, cualquier otra alma es un trasmundo.

Justo entre lo más parecido es donde la apariencia miente con más belleza; porque el abismo más pequeño es al que más cuesta tenderle un puente.

Para mí, ¿cómo habría un fuera-de-mí? ¡No hay ningún afuera! Pero eso lo olvidamos con todos los sonidos; ¡qué delicia es que olvidemos!

¿No se les han regalado a las cosas nombres y sonidos para que el hombre se reconforte con las cosas? Una hermosa locura es el hablar: con él baila el hombre por encima de todas las cosas.

¡Qué delicia es todo hablar y toda mentira de los sonidos! Con sonidos baila nuestro amor sobre arcoíris de colores.

«Oh Zaratustra», dijeron entonces los animales, «a los que piensan como nosotros, todas las cosas mismas les bailan: vienen y se dan la mano y ríen y huyen, y vuelven.

Todo se va, todo vuelve; eternamente gira la rueda del ser. Todo muere, todo vuelve a florecer; eternamente corre el año del ser.

Todo se rompe, todo se ensambla de nuevo; eternamente se construye la misma casa del ser. Todo se despide, todo vuelve a saludarse; eternamente permanece fiel a sí mismo el anillo del ser.

En cada momento comienza el ser; alrededor de cada aquí gira la esfera del allá. El centro está en todas partes. Curvo es el sendero de la eternidad».

¡Oh truhanes y organillos!, respondió Zaratustra, y sonrió de nuevo, ¡qué bien sabéis lo que tenía que cumplirse en siete días:

y cómo aquel monstruo se me metió arrastrándose en la garganta y me ahogaba! Pero le arranqué la cabeza de un mordisco y la escupí lejos de mí.

Y vosotros, ¿vosotros ya hicisteis de eso una cantinela de organillo? Pero ahora yazgo aquí, cansado todavía de ese morder y escupir, enfermo

todavía de mi propia redención.

¿*Y vosotros mirabais todo eso*? Oh animales míos, ¿también vosotros sois crueles? ¿Quisisteis mirar mi gran dolor, como hacen los hombres? Porque el hombre es el animal más cruel.

En tragedias, corridas de toros y crucifixiones es donde hasta ahora se ha sentido más a gusto sobre la tierra; y cuando se inventó el infierno, he aquí que ese fue su cielo en la tierra.

Cuando el hombre grande grita, en seguida acude corriendo el pequeño; y se le sale la lengua de la garganta de pura lascivia. Pero él lo llama su «compasión».

El hombre pequeño, sobre todo el poeta: ¡con qué celo acusa a la vida con palabras! Escuchadlo, ¡pero que no se os escape el placer que hay en todo acusar!

A esos acusadores de la vida, la vida los supera con un parpadeo. «¿Me amas?», dice la descarada; «espera todavía un poco, que aún no tengo tiempo para ti».

El hombre es, contra sí mismo, el animal más cruel; y en todo lo que se llama «pecador» y «portador de la cruz» y «penitente», ¡que no se os escape la voluptuosidad que hay en ese quejarse y acusar!

Y yo mismo, ¿quiero con esto ser el acusador del hombre? Ay, animales míos, solo esto he aprendido hasta ahora: que al hombre lo más malo que tiene le es necesario para lo mejor que tiene;

que todo lo más malo es su mejor *fuerza*, y la piedra más dura para el más alto de los que crean; y que el hombre tiene que volverse mejor *y* más malo. No estuve clavado a *este* madero de tormento, el de saber que el hombre es malo, sino que grité como nadie ha gritado todavía:

«¡Ay, que lo más malo de él sea tan pequeño! ¡Ay, que lo mejor de él sea tan pequeño!».

El gran hastío del hombre: eso era lo que me ahogaba y se me había metido arrastrándose en la garganta; y lo que el adivino adivinaba:

«Todo es igual, nada vale la pena, el saber ahoga».

Un largo crepúsculo cojeaba delante de mí, una tristeza cansada a muerte, ebria de muerte, que hablaba con la boca bostezando.

«Eternamente retorna el hombre del que estás cansado, el hombre pequeño»: así bostezaba mi tristeza, y arrastraba el pie y no podía dormirse.

En cueva se me transformó la tierra de los hombres, su pecho se hundió; todo lo vivo se me volvió podredumbre humana y huesos y pasado carcomido.

Mi suspirar se sentaba sobre todos los sepulcros de los hombres y ya no podía levantarse; mi suspirar y mi preguntar agoraba y se ahogaba y roía y se lamentaba de día y de noche:

«¡ay, el hombre retorna eternamente! ¡El hombre pequeño retorna eternamente!».

Desnudos los había visto yo un día a los dos, al hombre más grande y al hombre más pequeño: demasiado parecidos el uno al otro, ¡demasiado humano también el más grande!

¡Demasiado pequeño el más grande! Ese fue mi hastío del hombre. ¡Y eterno retorno también del más pequeño! Ese fue mi hastío de toda existencia.

¡Ay, asco, asco, asco! Así habló Zaratustra, y suspiró y se estremeció; porque se acordaba de su enfermedad. Pero entonces sus animales no lo dejaron seguir hablando.

«No sigas hablando, convaleciente», le respondieron sus animales, «sino sal afuera, donde el mundo te espera como un jardín.

Sal a las rosas y a las abejas y a las bandadas de palomas. Pero sobre todo a los pájaros cantores: ¡para que aprendas de ellos a *cantar*!

Porque cantar es para los convalecientes; el sano, que hable. Y aunque también el sano quiera canciones, quiere canciones distintas de las del convaleciente».

«Oh truhanes y organillos, ¡callaos ya!», respondió Zaratustra, y sonrió de sus animales. «¡Qué bien sabéis qué consuelo me inventé yo mismo en siete días!

Que tendría que volver a cantar: *ese* consuelo me inventé, y *esa* curación. ¿También de eso queréis hacer en seguida otra cantinela de organillo?».

«No sigas hablando», le respondieron otra vez sus animales; «mejor todavía, convaleciente, prepárate primero una lira, ¡una lira nueva!

¡Porque mira, oh Zaratustra! Para tus nuevas canciones hacen falta liras nuevas.

Canta y desbórdate bramando, oh Zaratustra, cura tu alma con canciones nuevas: ¡para que lleves tu gran destino, que no ha sido todavía el destino de ningún hombre!

Porque tus animales saben bien, oh Zaratustra, quién eres y quién tienes que llegar a ser: mira, *tú eres el maestro del eterno retorno*: ¡ese es ahora *tu* destino!

Que tengas que enseñar el primero esta doctrina: ¡cómo no iba a ser este gran destino también tu mayor peligro y tu mayor enfermedad!

Mira, nosotros sabemos lo que enseñas: que todas las cosas retornan eternamente, y nosotros con ellas, y que ya hemos estado aquí eternas veces, y todas las cosas con nosotros.

Tú enseñas que hay un gran año del devenir, un monstruo de gran año: que tiene que voltearse una y otra vez, como un reloj de arena, para volver a correr y a vaciarse;

de modo que todos esos años son iguales a sí mismos, en lo más grande y también en lo más pequeño; de modo que nosotros mismos, en cada gran año, somos iguales a nosotros mismos, en lo más grande y también en lo más pequeño.

Y si ahora quisieras morir, oh Zaratustra, mira, también sabemos cómo te hablarías entonces a ti mismo; ¡pero tus animales te piden que no mueras todavía!

Hablarías sin temblar, más bien respirando hondo de bienaventuranza: porque se te habría quitado de encima una gran pesadez y un gran bochorno, ¡oh tú, el más paciente!

"Ahora muero y desaparezco", dirías, "y en un momento soy una nada. Las almas son tan mortales como los cuerpos.

Pero retorna el nudo de causas en que estoy enlazado: ¡él me volverá a crear! Yo mismo pertenezco a las causas del eterno retorno.

Vuelvo, con este sol, con esta tierra, con esta águila, con esta serpiente: *no* a una vida nueva, ni a una vida mejor, ni a una vida parecida:

vuelvo eternamente a esta vida igual e idéntica, en lo más grande y también en lo más pequeño, para enseñar de nuevo el eterno retorno de todas las cosas;

para decir de nuevo la palabra del gran mediodía de la tierra y de los hombres, para anunciar de nuevo a los hombres el superhombre.

Dije mi palabra, me rompo en mi palabra: así lo quiere mi suerte eterna; ¡como anunciador perezco!

Ha llegado la hora de que el que se va al ocaso se bendiga a sí mismo. Así *termina* el ocaso de Zaratustra"».

Cuando los animales hubieron dicho estas palabras, callaron y esperaron a que Zaratustra les dijera algo; pero Zaratustra no oyó que callaban. Más bien yacía quieto, con los ojos cerrados, parecido a uno que duerme, aunque no dormía: porque en ese momento conversaba con su alma. Pero la serpiente y el águila, al encontrarlo tan callado, honraron el gran silencio que lo rodeaba y se retiraron con cuidado.

Notas

1. El convaleciente. *Der Genesende*, de *genesen*, sanar: el que se está reponiendo de una enfermedad. Los animales dicen cuál: enseñar el eterno retorno es «tu mayor peligro y tu mayor enfermedad».

2. Pensamiento abismal. *Abgründlicher Gedanke*: el que Zaratustra oía cavar sin atreverse a llamarlo. Aquí lo llama: «¡Arriba, pensamiento abismal, sube desde mi

profundidad!».

3. Tu gallo y tu alba. *Morgen-Grauen* es el alba, la primera luz gris; pero *Grauen*, sola, es también el horror. El doble sentido no pasa al español.

4. El impío, el abogado. *Der Gottlose*, la palabra de los salmos. *Fürsprecher* es el que habla a favor de otro: abogado de la vida, del sufrimiento y del círculo.

5. Asco. *Ekel*: lo que lo tumba. «¡Ah, ah!» traduce *Haha*!: un sobresalto, no una risa.

6. Puentes de apariencia. *Schein-Brücken*: palabras y sonidos tendidos «entre lo eternamente separado». «Para cada alma, cualquier otra alma es un trasmundo»: *Hinterwelt*, el mundo de detrás de la primera parte.

7. Cantinela y lira. Los animales cantan «Todo se va, todo vuelve; eternamente gira la rueda del ser», y Zaratustra los llama truhanes y organillos: hacen del pensamiento un *Leier-Lied*, una cantinela de organillo. *Leier* es también la lira; por eso luego le piden «una lira nueva».

8. El centro está en todas partes. Eco de una fórmula antigua: Dios es una esfera cuyo centro está en todas partes y la circunferencia en ninguna (Libro de los veinticuatro filósofos, proposición 2, siglo XII); Pascal la dice de la naturaleza (Pensamientos, 72 en la edición de Brunschvicg). Aquí no hay Dios: «curvo es el sendero de la eternidad», *krumm*, como «toda verdad es curva» en «De la visión y el enigma».

9. El madero de tormento. *Marterholz* es una de las palabras alemanas para la cruz. Va junto a «pecador», «portador de la cruz» y «penitente»: *Sünder*, *Kreuzträger*, *Büsser*.

10. Lo que adivinaba el adivino. «Todo es igual, nada vale la pena, el saber ahoga»: el adivino de la segunda parte, el que profetizaba el gran cansancio.

11. Demasiado humano. *Allzumenschlich*: el título del libro de Nietzsche de 1878, «Humano, demasiado humano», dicho de pasada.

12. El maestro del eterno retorno. *Der Lehrer der ewigen Wiederkunft*: así lo nombran sus animales. El gran año del devenir, que se voltea como un reloj de arena, recuerda el gran año de los griegos, cuando todos los astros vuelven a su punto de partida (Platón, Timeo, 39d).

13. Así termina el ocaso de Zaratustra. *Untergang* es el ocaso: lo que hace el sol al ponerse, y también hundirse. La frase contesta a la del prólogo de la primera parte, «Así comenzó el ocaso de Zaratustra». Y «como anunciador perezco»: *zu Grunde gehen*, perecer.

14. Sin fórmula de cierre. No termina en «Así habló Zaratustra»: los animales se retiran en silencio mientras él conversa con su alma, que es a quien le habla el capítulo siguiente.

TERCERA PARTE

Del gran anhelo

Oh alma mía, yo te enseñé a decir «hoy» como «un día» y «antaño», y a bailar tu ronda por encima de todo aquí y ahí y allá.

Oh alma mía, yo te redimí de todos los rincones, barrí de ti el polvo, las arañas y la penumbra.

Oh alma mía, lavé de ti la pequeña vergüenza y la virtud de rincón, y te persuadí a estar desnuda ante los ojos del sol.

Con la tormenta que se llama «espíritu» soplé sobre tu mar agitado; todas las nubes las barrí soplando, estrangulé incluso a la estranguladora que se llama «pecado».

Oh alma mía, te di el derecho de decir no como la tormenta y de decir sí como dice sí el cielo abierto: quieta como la luz estás en pie, y caminas ahora a través de tormentas que niegan.

Oh alma mía, te devolví la libertad sobre lo creado y lo increado: ¿y quién conoce como tú la voluptuosidad de lo venidero?

Oh alma mía, te enseñé el despreciar que no llega como la carcoma, el grande, el despreciar amante, que ama más donde más desprecia.

Oh alma mía, te enseñé a persuadir de tal modo que persuades a los fundamentos mismos a venir a ti: igual que el sol, que persuade aun al mar a subir hasta su altura.

Oh alma mía, te quité todo obedecer, todo doblar la rodilla y todo decir «señor»; a ti misma te di el nombre de «vuelta de la necesidad» y de «destino».

Oh alma mía, te di nombres nuevos y juguetes de colores, te llamé «destino» y «contorno de los contornos» y «cordón umbilical del tiempo» y «campana de azur».

Oh alma mía, a tu tierra le di a beber toda sabiduría, todos los vinos nuevos y también todos los vinos fuertes de la sabiduría, viejos desde tiempo inmemorial.

Oh alma mía, derramé sobre ti todo sol y toda noche y todo silencio y todo anhelo: entonces creciste para mí como una vid.

Oh alma mía, rebosante y pesada estás ahora ahí, una vid de ubres hinchadas y de racimos apretados de uvas morenas de oro:

apretada y oprimida por tu felicidad, esperando de tanta abundancia, y pudorosa todavía de tu esperar.

Oh alma mía, ¡no hay ya en ninguna parte un alma que sea más amante y más abarcadora y más vasta! ¿Dónde estarían el futuro y el pasado más juntos que en ti?

Oh alma mía, te lo di todo, y todas mis manos se han vaciado en ti: ¡y ahora! Ahora me dices sonriendo y llena de melancolía: «¿Quién de nosotros tiene que dar las gracias?

¿no tiene el que da que dar las gracias de que el que toma haya tomado? ¿No es el regalar una necesidad? ¿No es el tomar una misericordia?».

Oh alma mía, entiendo la sonrisa de tu melancolía: ¡tu sobre-riqueza misma tiende ahora manos anhelantes!

Tu plenitud mira por encima de mares bramadores, y busca y espera; ¡el anhelo de la sobre-plenitud mira desde el cielo sonriente de tus ojos!

¡Y en verdad, oh alma mía! ¿Quién vería tu sonrisa sin deshacerse en lágrimas? Los ángeles mismos se deshacen en lágrimas por la sobre-bondad de tu sonrisa.

Es tu bondad y tu sobre-bondad la que no quiere quejarse ni llorar: y sin embargo, oh alma mía, tu sonrisa anhela las lágrimas, y tu boca temblorosa, los sollozos.

«¿No es todo llorar un quejarse? ¿Y todo quejarse, un acusar?». Así te hablas a ti misma, y por eso, oh alma mía, prefieres sonreír antes que derramar tu pena,

derramar en lágrimas torrenciales toda tu pena por tu plenitud y por todo el apremio de la vid que clama por el vendimiador y su cuchillo.

Pero si no quieres llorar, ni desahogar llorando tu melancolía de púrpura, ¡tendrás que *cantar*, oh alma mía! Mira, yo mismo sonrío, yo que te predigo esto:

cantar, con un canto bramador, hasta que todos los mares se callen para escuchar tu anhelo,

hasta que sobre mares callados y anhelantes flote la barca, la maravilla áurea, en torno a cuyo oro brincan todas las cosas buenas, malas y extrañas:

también muchos animales grandes y pequeños, y todo lo que tiene pies ligeros y extraños para poder correr por senderos de color violeta,

hacia la maravilla áurea, hacia la barca que va por su voluntad y hacia su señor: y ese es el vendimiador, que espera con su cuchillo de diamante,

tu gran liberador, oh alma mía, el sin nombre, ¡al que solo cantos venideros hallarán nombre! Y en verdad, ya tu aliento huele a cantos venideros,

ya ardes y sueñas, ya bebes sedienta en todas las fuentes de consuelo, hondas y sonoras, ¡ya descansa tu melancolía en la bienaventuranza de cantos venideros!

Oh alma mía, ahora te lo di todo, y también lo último que me quedaba, y todas mis manos se han vaciado en ti: *que te mandara cantar*, mira, ¡eso era lo último que me quedaba!

Que te mandara cantar: di ahora, di: ¿*quién* de nosotros tiene ahora que dar las gracias? Pero mejor todavía: ¡cántame, canta, oh alma mía! ¡Y déjame a mí dar las gracias!

Así habló Zaratustra.

Notas

1. Anhelo. *Sehnsucht*: de *sehnen*, anhelar, y *Sucht*, que es ansia y antiguamente enfermedad. El deseo de lo que todavía no está.

2. Oh alma mía. Casi todos los párrafos empiezan así, como una letanía. Es el alma con la que Zaratustra conversaba en silencio al final de «El convaleciente».

3. «Hoy» como «un día» y «antaño». *Einst* vale en alemán para el pasado y para el futuro, «una vez» y «algún día»; «un día» sirve en español para los dos.

4. Virtud de rincón. *Winkel-Tugend*: la que se esconde en los rincones. «Yo te redimí de todos los rincones»: redimir es *erlösen*, la palabra de la teología.

5. La estranguladora que se llama «pecado». *Würgerin*, de *würgen*, ahogar: el mismo verbo con que el asco del hombre le ahogaba la garganta en el capítulo anterior.

6. El despreciar amante. *Das liebende Verachten*, el gran desprecio de la primera parte: el que «ama más donde más desprecia».

7. Los fundamentos mismos. *Gründe* son las razones y también los fondos, el fondo del mar: por eso sigue el símil del sol, que persuade aun al mar a subir hasta su altura.

8. Vuelta de la necesidad. *Wende der Noth*: *Noth* es apuro, penuria, y *Nothwendigkeit*, necesidad, es literalmente lo que le da la vuelta a la penuria. En español «necesidad» guarda los dos sentidos.

9. Nombres nuevos. «Contorno de los contornos», «cordón umbilical del tiempo», «campana de azur»: *Umfang der Umfänge*, *Nabelschnur der Zeit*, *azurne Glocke*.

10. Sobre-riqueza, sobre-plenitud, sobre-bondad. *Über-Reichthum*, *Über-Fülle*, *Über-Güte*: Nietzsche pone el guion para que se oiga el *über* de *Übermensch*, el superhombre. Se calcan con guion, como él los escribe.

11. La vid y el vendimiador. *Weinstock*, *Winzer*, *Winzermesser*: el alma, cargada de uvas, clama por el que la corte. El vendimiador espera en la barca «con su cuchillo de diamante».

12. La barca de oro. *Der Nachen*, das *güldene Wunder*: «la barca que va por su voluntad», *freiwillig*. Vuelve en el capítulo siguiente, destellando en el ojo de la Vida.

13. El liberador sin nombre. *Löser*, el que suelta, distinto de *Erlöser*, el redentor. «Al que solo cantos venideros hallarán nombre»: Nietzsche no lo nombra. Muchos lectores ven en él a Dioniso, el dios del vino, que en los libros siguientes de Nietzsche aparece con su nombre.

14. ¿Quién tiene que dar las gracias? «¿No es el regalar una necesidad? ¿No es el tomar una misericordia?». *Schenken*, regalar, es el verbo de «la virtud que regala»

de la primera parte; *Nothdurft*, la necesidad que apremia.

TERCERA PARTE

La otra canción del baile

1

«En tu ojo miré hace poco, oh vida: oro vi destellar en tu ojo de noche; mi corazón se detuvo ante esa voluptuosidad:

una barca de oro vi destellando sobre aguas nocturnas, una barca de oro que se hunde, que bebe, que otra vez hace señas, ¡una barca de oro de vaivén!

A mi pie, furioso de baile, le echaste una mirada, una mirada que ríe, que pregunta, que derrite, una mirada de vaivén:

Solo dos veces agitaste tus castañuelas con tus manos pequeñas: y ya se mecía mi pie con furia de baile.

Mis talones se encabritaban, mis dedos escuchaban para entenderte: ¡porque el bailarín lleva el oído en los dedos de los pies!

Hacia ti salté: y tú te echaste atrás ante mi salto; ¡y contra mí vibraba la lengua de tu cabello, que huía, que volaba!

Salté lejos de ti y de tus serpientes: y ya estabas ahí, medio vuelta, con el ojo de deseo ardiente.

Con miradas de soslayo me enseñas sendas curvas; ¡por sendas curvas aprende mi pie artimañas!

Te temo cercana, te amo lejana; tu huida me atrae, tu buscarme me retrae: sufro, pero ¡qué no he sufrido por ti de buena gana!

Tú, cuya frialdad enciende, cuyo odio seduce, cuya huida prende, cuya burla conmueve:

¡quién no te odiaría a ti, gran atadora, envolvedora, tentadora, buscadora, halladora! ¡Quién no te amaría a ti, inocente, impaciente, presta como el viento, de ojos de niña, pecadora!

¿Adónde me arrastras ahora, consumada desbocada? ¡Y ahora me huyes otra vez, dulce fierecilla ingrata!

Bailo detrás de ti, te sigo aun por un rastro chiquito. ¿Dónde estás? ¡Dame la mano! ¡O nomás un dedito!

Aquí hay cuevas y matorrales: ¡nos vamos a extraviar! ¡Alto! ¡Quieta! ¿No ves lechuzas y murciélagos revolotear?

¡Tú, lechuza! ¡Tú, murciélago! ¿Me quieres remedar? ¿Dónde estamos? De los perros aprendiste ese aullar y ladrar.

Me pelas con dulzura tus blancos dientecitos; ¡tus ojos malos me saltan encima desde una melena de ricitos!

Este es un baile por breñas y peñas: yo soy el cazador; ¿quieres ser mi perro o mi gamuza?

¡Ahora a mi lado! ¡Y rápido, saltarina maliciosa! ¡Ahora arriba! ¡Y al otro lado! ¡Ay de mí! ¡Al saltar me caí yo mismo!

¡Oh, mírame tendido, audacia, implorando piedad! ¡Con gusto iría contigo por senderos más amables!

¡los senderos del amor, entre matas quietas y multicolores! O allá, por la orilla del lago: ¡ahí nadan y bailan peces de colores!

¿Estás cansada ahora? Allá hay ovejas y arreboles: ¿no es hermoso dormir cuando tocan la flauta los pastores?

¿Tan cansada estás? Yo te llevo; ¡deja nomás los brazos bajar! Y si tienes sed, algo tendría yo, ¡pero tu boca no lo quiere tomar!

¡Oh, esta maldita serpiente, ágil y flexible, esta bruja escurridiza! ¿Adónde te fuiste? ¡Pero en la cara siento, de tu mano, dos toques y manchas rojizas!

¡En verdad estoy cansado de ser siempre tu pastor ovejuno! Bruja, si hasta ahora te he cantado yo, ¡ahora eres *tú* la que va a gritar para mí!

¡Al compás de mi látigo vas a bailar y a gritar para mí! ¿No habré olvidado el látigo? ¡No!».

2

Entonces la vida me respondió así, tapándose las delicadas orejas:

«¡Oh Zaratustra! ¡No chasquees tan terriblemente tu látigo! Ya lo sabes: el ruido asesina los pensamientos, y justo ahora me están viniendo pensamientos tan tiernos.

Somos los dos unos verdaderos buenos para nada y malos para nada. Más allá del bien y del mal encontramos nuestra isla y nuestro prado verde: ¡nosotros dos solos! Por eso tenemos que querernos bien.

Y aunque no nos amemos de raíz, ¿acaso hay que guardarse rencor si uno no se ama de raíz?

Y que te quiero bien, y a menudo demasiado bien, eso lo sabes: y la razón es que tengo celos de tu sabiduría. ¡Ah, esa vieja loca, esa chiflada de la sabiduría!

Si alguna vez tu sabiduría se te escapara, ¡ay!, en seguida se te escaparía también mi amor».

Entonces la vida miró pensativa detrás de sí y a su alrededor, y dijo en voz baja: «Oh Zaratustra, ¡no me eres bastante fiel!

Ni de lejos me amas tanto como dices; yo sé que piensas en que quieres dejarme pronto.

Hay una vieja campana, pesada, pesada, que retumba: de noche retumba hasta tu cueva allá arriba;

cuando oyes esa campana dar la hora a medianoche, entre la una y las doce piensas en ello;

piensas, oh Zaratustra, lo sé, en que quieres dejarme pronto».

«Sí», respondí vacilando, «pero tú también lo sabes». Y le dije algo al oído, justo en medio de sus greñas amarillas, enmarañadas y necias.

¿Tú *sabes* eso, oh Zaratustra? Eso no lo sabe nadie.

Y nos miramos y contemplamos el prado verde, sobre el que en ese momento corría la tarde fresca; y lloramos juntos. Pero entonces la vida me fue más querida de lo que nunca me fue toda mi sabiduría.

Así habló Zaratustra.

3

¡Uno! ¡Oh hombre! ¡Pon cuidado!

¡Dos! ¿Qué dice la profunda medianoche?

¡Tres! «Yo dormía, dormía,

¡Cuatro! De un profundo sueño he despertado:

¡Cinco! El mundo es profundo,

¡Seis! Y más profundo de lo que el día ha pensado.

¡Siete! Profundo es su dolor,

¡Ocho! El placer, más profundo aún que el pesar:

¡Nueve! El dolor dice: ¡Acaba!

¡Diez! Pero todo placer quiere eternidad,

¡Once! ¡Quiere profunda, profunda eternidad!».

¡Doce!

Notas

1. La otra. La primera canción del baile está en la segunda parte: ahí hablaban la Vida y la Sabiduría, y las dos se reían de Zaratustra. Aquí la Vida vuelve sola.

2. Rimas. En alemán casi toda la canción va en rima: *Spur* y *nur*, *verirren* y *schwirren*, *Zähnlein* y *Mähnlein*. La traducción rima donde puede: «rastro chiquito» y «dedito», «extraviar» y «revolotear».

3. Vaivén. *Schaukel-Kahn*, *Schaukel-Blick*: la barca que se mece y la mirada que se mece. La barca de oro viene del capítulo anterior, «Del gran anhelo».

4. Miradas de soslayo, sendas curvas. *Krumm*, curvo, la palabra de «toda verdad es curva»: con miradas curvas la Vida le enseña sendas curvas, y su pie aprende artimañas, *Tücken*.

5. Atadora, tentadora, buscadora. *Binderin*, *Umwinderin*, *Versucherin*, *Sucherin*, *Finderin*. *Versucherin* y *Sucherin* son de la misma familia, como los «buscadores y tentadores» de «De la visión y el enigma».

6. Audacia. «Oh, mírame tendido, audacia»: *Übermuth*, el ánimo de sobra, la misma palabra del «cielo Audacia» de «Antes de la salida del sol».

7. Pastor ovejuno. *Schafichter Schäfer*: el pastor que se ha vuelto oveja.

8. El látigo. «¿No habré olvidado el látigo? ¡No!»: contesta a la frase de la primera parte, «¿Vas con mujeres? ¡No olvides el látigo!», que no dice Zaratustra sino una viejecita. La Vida se tapa los oídos: «el ruido asesina los pensamientos».

9. Buenos para nada y malos para nada. *Thunichtgute und Thunichtböse*: *Thunichtgut*, «el que no hace nada bueno», es el bueno para nada; el par lo inventa Nietzsche. En seguida, «más allá del bien y del mal»: *Jenseits von Gut und Böse*, el título de su libro de 1886.

10. Lo que le dice al oído. Nietzsche no lo escribe. La Vida contesta: «¿Tú sabes eso, oh Zaratustra? Eso no lo sabe nadie».

11. Entre la una y las doce. La vieja campana que da la medianoche hasta la cueva anuncia las doce campanadas de la sección 3.

12. La canción de medianoche. «Profundo» traduce *tief*, como en «El mundo es profundo» del capítulo 4; placer es *Lust*, dolor es *Weh*, pesar es *Herzeleid*. «El dolor dice: ¡Acaba! Pero todo placer quiere eternidad». Vuelve en el penúltimo capítulo de la cuarta parte, comentada verso por verso. Gustav Mahler la puso en música en el cuarto movimiento de su Tercera sinfonía (1896).

TERCERA PARTE

Los siete sellos

(O: la canción del sí y del amén.)

1

Si soy un adivino, y estoy lleno de aquel espíritu adivinador que camina sobre una alta cresta entre dos mares,

que entre lo pasado y lo venidero camina como nube pesada, enemigo de las bajuras bochornosas y de todo lo que está cansado y no puede ni morir ni vivir:

presto al relámpago en el seno oscuro y al rayo de luz redentor, preñado de relámpagos que dicen ¡sí!, que ríen ¡sí!, presto a rayos adivinos:

¡pero bienaventurado el que así está preñado! Y en verdad, ¡mucho tiempo tiene que colgar del monte como tormenta pesada el que un día ha de encender la luz del futuro!

oh, ¡cómo no iba yo a arder en deseo por la eternidad, y por el anillo nupcial de los anillos, el anillo del retorno!

Nunca encontré todavía a la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡porque te amo, oh eternidad!

¡*Porque te amo, oh eternidad*!

2

Si alguna vez mi cólera rompió sepulcros, movió mojones e hizo rodar tablas viejas, rotas, a profundidades escarpadas:

Si alguna vez mi burla dispersó soplando palabras podridas, y vine como escoba para las arañas de cruz, y como viento que barre para viejas cámaras sepulcrales enmohecidas:

Si alguna vez me senté jubiloso donde yacen enterrados viejos dioses, bendiciendo el mundo, amando el mundo, junto a los monumentos de viejos calumniadores del mundo:

porque hasta las iglesias y los sepulcros de Dios amo, una vez que el cielo mira con ojo puro a través de sus techos rotos; me gusta sentarme, como la hierba y la amapola roja, sobre iglesias rotas:

Oh, ¿cómo no iba yo a arder en deseo por la eternidad, y por el anillo nupcial de los anillos, el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía a la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡porque te amo, oh eternidad!

¡*Porque te amo, oh eternidad*!

3

Si alguna vez me llegó un soplo del soplo creador, y de aquella necesidad celeste que obliga aun a los azares a bailar rondas de estrellas:

Si alguna vez reí con la risa del relámpago creador, al que sigue, gruñendo pero obediente, el largo trueno de la acción:

Si alguna vez jugué a los dados con dioses en la mesa de dioses de la tierra, de modo que la tierra tembló y se rompió y resopló hacia arriba ríos de fuego:

porque una mesa de dioses es la tierra, y tiembla con nuevas palabras creadoras y con tiradas de dioses:

Oh, ¿cómo no iba yo a arder en deseo por la eternidad, y por el anillo nupcial de los anillos, el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía a la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡porque te amo, oh eternidad!

¡*Porque te amo, oh eternidad*!

4

Si alguna vez bebí a grandes tragos de aquella jarra espumante de especias y de mezclas en la que todas las cosas están bien mezcladas:

Si alguna vez mi mano vertió lo más lejano en lo más cercano, y fuego en espíritu, y placer en pena, y lo peor en lo más bondadoso:

Si yo mismo soy un grano de aquella sal redentora que hace que todas las cosas se mezclen bien en la jarra:

porque hay una sal que une lo bueno con lo malo; y también lo más malo es digno de sazonar, y del último desbordarse en espuma:

Oh, ¿cómo no iba yo a arder en deseo por la eternidad, y por el anillo nupcial de los anillos, el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía a la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡porque te amo, oh eternidad!

¡*Porque te amo, oh eternidad*!

5

Si le tengo cariño al mar y a todo lo que es de índole de mar, y más cariño todavía cuando me contradice airado:

Si está en mí aquel placer que busca, que empuja las velas hacia lo no descubierto, si hay un placer de navegante en mi placer:

Si alguna vez mi júbilo gritó: «la costa desapareció; ahora se me cayó la última cadena;

lo ilimitado brama a mi alrededor, a lo lejos brillan para mí el espacio y el tiempo, ¡pues bien!, ¡arriba!, ¡viejo corazón!»:

Oh, ¿cómo no iba yo a arder en deseo por la eternidad, y por el anillo nupcial de los anillos, el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía a la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡porque te amo, oh eternidad!

¡*Porque te amo, oh eternidad*!

6

Si mi virtud es la virtud de un bailarín, y a menudo salté con los dos pies a un éxtasis de oro y esmeralda:

Si mi malicia es una malicia que ríe, que está en su casa entre laderas de rosas y setos de lirios:

porque en la risa está todo lo malo junto, pero santificado y absuelto por su propia bienaventuranza:

Y si este es mi alfa y mi omega: que todo lo pesado se vuelva ligero, todo cuerpo bailarín, todo espíritu pájaro; ¡y en verdad, ese es mi alfa y mi omega!

Oh, ¡cómo no iba yo a arder en deseo por la eternidad, y por el anillo nupcial de los anillos, el anillo del retorno!

Nunca encontré todavía a la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡porque te amo, oh eternidad!

¡*Porque te amo, oh eternidad*!

7

Si alguna vez extendí cielos callados sobre mí y volé con alas propias hacia cielos propios:

Si nadé jugando en hondas lejanías de luz, y llegó la sabiduría de pájaro de mi libertad:

pero así habla la sabiduría de pájaro: «¡Mira, no hay arriba, no hay abajo! ¡Lánzate por todos lados, hacia fuera, hacia atrás, tú, el ligero! ¡Canta!, ¡no hables más!

¿no están hechas todas las palabras para los pesados? ¡Pero si al ligero le mienten todas las palabras! ¡Canta!, ¡no hables más!»:

Oh, ¿cómo no iba yo a arder en deseo por la eternidad, y por el anillo nupcial de los anillos, el anillo del retorno?

Nunca encontré todavía a la mujer de quien quisiera tener hijos, a no ser esta mujer a la que amo: ¡porque te amo, oh eternidad!

¡*Porque te amo, oh eternidad*!

Notas

1. Los siete sellos. *Siegel*: los del Apocalipsis, el libro «sellado con siete sellos» (Apocalipsis 5, 1) que el Cordero abre uno por uno (capítulos 6 y 8). En alemán

Siegel, sello, suena casi igual que *Sieg*, victoria: «una victoria ha de ser el sello de mi consumación», dijo Zaratustra en «De la bienaventuranza involuntaria».

2. La canción del sí y del amén. *Das Ja- und Amen-Lied*. La fórmula es de Pablo: las promesas de Dios «son en él Sí, y en él Amén» (2 Corintios 1, 20), *Ja* y *Amen* en la Biblia de Lutero.

3. Un estribillo que cambia. Termina con exclamación en las secciones 1 y 6 y con pregunta en las otras cinco; en la 1 empieza con minúscula, porque sigue la frase de la estrofa. Así está en el impreso y se respeta.

4. Arder en deseo. *Brünstig*: en celo, ardiente. «El anillo nupcial de los anillos, el anillo del retorno»: el eterno retorno como boda.

5. Oh eternidad. *Ewigkeit* es femenina en alemán, como en español: por eso puede ser la mujer de quien quiere tener hijos.

6. Mojones. *Grenzsteine*, las piedras que marcan los linderos. La ley de Moisés maldice al que las mueve (Deuteronomio 19, 14; 27, 17).

7. Arañas de cruz. *Kreuzspinnen*: la araña de jardín, que lleva una cruz dibujada en el lomo. En seguida vienen las iglesias rotas, por cuyos techos mira el cielo «con ojo puro».

8. Necesidad y dados. *Noth* es necesidad: la «necesidad celeste que obliga aun a los azares a bailar rondas de estrellas». La tierra como mesa de dioses para los dados viene de «Antes de la salida del sol».

9. La sal. «Hay una sal que une lo bueno con lo malo»: en la jarra de las mezclas también lo más malo sirve para sazonar.

10. ¡Pues bien!, ¡arriba! *Wohlan*! *wohlauf*!: los dos gritos del navegante cuando desaparece la costa.

11. Alfa y omega. Nietzsche escribe *A und O*, como la Biblia de Lutero: «Yo soy el Alfa y la Omega» (Apocalipsis 1, 8; 22, 13). Su alfa y su omega: «que todo lo pesado se vuelva ligero».

12. Santificado y absuelto. *Heilig- und losgesprochen*: *losgesprochen* es la absolución del confesor. En la risa lo malo queda absuelto «por su propia bienaventuranza», *Seligkeit*, la palabra de las bienaventuranzas del Evangelio.

13. Sabiduría de pájaro. *Vogel-Weisheit*: «¡Canta!, ¡no hables más!». Lo mismo que le dijeron sus animales en «El convaleciente»: cantar es para los convalecientes.

14. Sin fórmula de cierre. La tercera parte termina sin «Así habló Zaratustra». Se publicó en 1884; la cuarta llegó en 1885, en una edición privada.